



JOSÉ JAVIER ESPARZA
VISIGODOS
LA VERDADERA HISTORIA DE LA PRIMERA ESPAÑA



José Javier Esparza

VISIGODOS

La verdadera historia de la primera España

Traducción del alemán Javier Alonso

la esfera  de los libros



Para Ramiro.

La Esfera de los Libros
Madrid, 2018
Edición digital

ISBN: 9788491644194

INTRODUCCIÓN. LA PRIMERA ESPAÑA

Érase una vez un caudillo tribal llamado Berig que abandonó sus tierras escandinavas con un tercio de su pueblo. Marcharon porque no había comida para todos. Marcharon y siguieron marchando. Así comenzó la aventura de los godos según la tradición legendaria recogida por Jordanes. Medio milenio después, aquel pueblo fundaba un Reino en una tierra llamada Hispania.

Fueron los visigodos, en efecto, los que por primera vez crearon un Estado en España. Fue entre los siglos VI y VIII. Lo mantuvieron vivo hasta que la peste, el hambre y la guerra lo destruyeron. No eran bárbaros ni atrasados. Sus elites culturales sabían que la Tierra era redonda, conocían la razón de los eclipses, no ignoraban la obra de Aristóteles, estaban mucho más alfabetizados que sus coetáneos de Francia o Alemania y eran capaces de hacer ciudades como la misteriosa Recópolis, cuyos materiales estudia hoy la Universidad de Harvard por la asombrosa dureza de sus argamasas. ¿No es suficiente para mirarlos con interés?

Los godos habían partido a comienzos de nuestra era, aproximadamente, desde el mismo lugar donde mucho después aparecerían los vikingos. En su asombroso periplo recorrieron media Europa. A lo largo de su carrera fueron construyéndose como pueblo, incorporando elementos ajenos y subrayando a la vez su identidad singular. Fueron enemigos de Roma, fueron aliados de Roma y fueron herederos de Roma. Galopando sobre sus caballos pasó

España de la Antigüedad a la Edad Media. Este libro quiere contar la aventura fascinante de un pueblo que forma parte de nuestra memoria colectiva. Porque ellos fueron la primera España.

Es verdad que hablar de los visigodos, en España, es un ejercicio que despierta extrañas reacciones. Para algunos sigue siendo un oscuro mundo vinculado a la cansina lista de unos reyes con nombres extravagantes. A otros solo les evoca la sanguinaria estampa de unos tipos que se apuñalaban sin descanso entre sí. Hay quien los considera una mera anécdota en la historia de un suelo al que todavía no se puede llamar «España». E incluso existen eruditos que, tomando los rábanos por las hojas y atando las moscas por el rabo, culpan a los visigodos, a sus insuficiencias y sus pecados, de los males posteriores de España. Eso por no hablar de los que, simplemente, ignoran su existencia. Si verdad que, en los últimos años ha habido alguna rehabilitación de los visigodos tanto en el interés popular como en los trabajos científicos. Después de los estudios magistrales de García Moreno y de las investigaciones de Lauro Olmo sobre Recópolis o de Isabel Velázquez sobre las pizarras visigóticas, por citar solo a estas tres cumbres (y que nos perdonen todas las demás), nadie puede negar que el mundo de los visigodos nos ha hecho regalos fascinantes y que aún hay muchos tesoros por descubrir que llevan escrito su nombre. Y sin embargo...

Sin embargo, en el contexto cultural español siguen pesando gruesas losas que impiden acercarse a los visigodos con la naturalidad de quien contemplara la foto de un lejanísimo abuelo (que no otra cosa son). Parte importante

de esa plúmbea mochila la llenó un día José Ortega y Gasset, el gran pensador español del siglo xx, y seguramente no sabía el bueno de don José hasta qué punto su frivolidad iba a marcar a las generaciones siguientes. Porque fue Ortega el que, en su *España invertibrada*, y tratando de explicar la ausencia en nuestro país de fuertes minorías rectoras, dio en pensar que la clave de todo estaba en nuestro «blando» feudalismo, y que la culpa era de los visigodos. ¿Por qué? Porque eran unos flojos. Así escribía Ortega: «Eran, pues, los visigodos germanos alcoholizados de romanismo, un pueblo decadente que venía dando tumbos por el espacio y por el tiempo cuando llega a España, último rincón de Europa, donde encuentra algún reposo. [...] El visigodo era el pueblo más viejo de Germania; había convivido con el Imperio romano en su hora más corrupta; había recibido su influjo más directo y envolvente. Por lo mismo era el más *civilizado*, esto es, el más reformado, deformado y anquilosado».

La verdad sobre los visigodos

A Ortega y Gasset, que en aquella época estaba muy influido por el papanatismo germanófilo, los visigodos le parecían unos germanos de pacotilla. Lo mismo pensaba el nacionalismo alemán. ¿Por qué? Pues porque los visigodos parecían más romanos que germanos. Paradójicamente, eso, en ciertos momentos, ha parecido un negro baldón: lo romano aparecía como lo «corrupto» y lo «deformado» frente a lo germano, que debería aparecer como lo fresco y vigoroso. El peso de los prejuicios es aquí tan evidente que casi duele. La ocurrencia de Ortega daría para un ensayo de refutación, pero limitémonos a subrayar que la tesis de

fondo —la insuficiencia del feudalismo español por culpa de los visigodos— es, simplemente, errónea: fue precisamente la feudalización lo que mató al Reino visigodo. En este libro se explica por qué.

Lo interesante es que esta perspectiva de Ortega —¿se molestará alguien si la tildamos de «delirante»?— no deja de guardar un estrecho parentesco con cierta tradición nacional, de cuño providencialista cristiano, según la cual la caída del Reino de Toledo se debió a los pecados de los visigodos: si los godos cayeron, fue por sus ofensas a Dios, tal y como en el siglo VIII era habitual interpretar estas cosas. De ahí esa leyenda que nos muestra a un libidinoso rey don Rodrigo forzando a Florinda la Cava, hija de don Julián, gobernador de Ceuta, el cual se venga abriendo la puerta del Reino a los musulmanes. A partir de este patrón providencialista, toda la atención se concentra en el examen de las grietas que aquejaban al edificio gótico toledano: la ambición de los poderosos nobles, la incapacidad de la corona para afianzar su poder centralizador, etc. Grietas bien visibles, es verdad. Pero que igualmente se ven con claridad en todos los reinos germánicos de su tiempo. Y si el pecado era de todos, ¿por qué cayeron solo unos?

Otro elemento que en nada ayuda a poner a los visigodos en su sitio es el feroz corsé ideológico que afecta a la historia de España. Así, por ejemplo, en muy influyentes ambientes universitarios es pecado de lesa Academia atribuir el sustantivo «español» a los visigodos. Al parecer, España propiamente dicha solo existe a partir de un momento indeterminado que depende de criterios políticos nunca explicitados. De manera que está prohibido decir que un

Reino que ocupaba la totalidad de la península ibérica sobre un territorio que se llamaba «Hispania», era España. Bien: y si no era España, ¿entonces qué era? Porque la palabra «España», hasta donde sabemos, proviene del latín *Hispania* y siempre ha designado la misma realidad geográfica y política, con muy pocas variaciones. Al final, el problema parece estar en que utilizar el término «España» en el sentido de una nación histórica es políticamente incorrecto, porque podría alimentar al protervo monstruo del «nacionalismo español». La verdad es que esto es aún más delirante que lo de Ortega.

Va siendo hora ya de quitarse todas estas cosas de encima. No dejan de ser prejuicios que vienen motivados por razones ideológicas y que, tienen poco que ver con lo que los visigodos significaron y significan en la historia de España. Para empezar: hablar simplemente de «los visigodos» es bastante parcial, y por eso lo más común en los especialistas es hablar de «España visigoda», porque lo que da su auténtica dimensión a este pueblo —en lo que a nuestra Historia concierne— es la interpenetración del elemento germánico y el elemento autóctono hispanorromano.

España, sí. Se habla de «España», y no de otra cosa, porque la realidad de los hechos es que la fundación de una unidad política independiente en nuestro suelo es cosa de los visigodos: después de innumerables peripecias, frecuentemente cruentas, el rey Leovigildo afronta la tarea de crear un Reino propio, singular, alejado ya de la dependencia nominal del Imperio, y lo hace a través de un amplio proceso de fusión de lo hispanogodo y lo hispanorromano que se irá verificando en los años

siguientes en lo jurídico, lo territorial, lo religioso y lo social. Son los visigodos los que convierten en Hispania política las Hispanias geográficas de Roma. La creación de esa España visigoda se muestra muy pronto como un proyecto que va más allá de la voluntad de un rey y encuentra en autores como Isidoro de Sevilla una plena legitimación desde el punto de vista cultural. De tal forma que aquello, sí, era ya España porque esa gente tenía plena conciencia de lo que estaba haciendo. Por eso decimos aquí que el Reino visigodo de Toledo fue «la primera España».

En el curso de ese proceso surgen cosas realmente admirables. A despecho de la imagen tópica del rey bárbaro, siempre con la daga en una mano y, en la otra, la cabeza de un enemigo, la realidad del mundo visigodo es de una riqueza cultural admirable si la comparamos con los otros reinos germánicos de su tiempo. Las pizarras visigóticas, por ejemplo, que recogen transacciones y notas del ámbito agrario y civil, demuestran que el grado de alfabetización entre la gente de condición servil era muy elevado para la época. Las excavaciones de la ciudad de Recópolis, mandada elevar por Leovigildo en La Alcarria, ponen de manifiesto un contacto comercial y humano muy intenso con los puntos más lejanos del área mediterránea. Una carta como la del rey Sisebuto explicando a Isidoro de Sevilla por qué se producen los eclipses, en hexámetros latinos, es una pieza asombrosa: derrumba todos los tópicos sobre la ignorancia de una época supuestamente «oscura», evidencia que la elite del Reino sabía que la Tierra es redonda, que las órbitas de los astros son elípticas y que algunos cuerpos celestes tienen luz propia, además de confirmar que el conocimiento de

Aristóteles era relativamente común entre la gente culta de aquella España. Todo esto no son conjeturas: son evidencias. Seguir considerando primitivo o atrasado a un mundo así es insostenible.

Es verdad que de aquellos esplendores nos quedan pocas huellas. Las arquitectónicas, que son muy impresionantes, resultan escasas. Las mobiliarias, y en particular las joyas como los tesoros de Guarrazar y Torredonjimeno, reaparecieron en época muy tardía (a partir del siglo XIX) y han sufrido numerosos expolios y daños. Y las documentales, con la excepción de las compilaciones jurídicas y algunas obras de la escuela isidoriana, son muy problemáticas. No hubo un cronista visigodo que contara la historia de sus reyes en España. San Isidoro redactó una historia brevísima, Juan de Biclaro se limitó a los periodos de Leovigildo y Recaredo, Julián de Toledo contó solamente la llegada de Wamba y lo demás son fuentes extranjeras como Gregorio de Tours o Procopio, que narran los sucesos desde el punto de vista franco y bizantino, respectivamente, y algunos párrafos de Fredegario, franco también.

Tenemos, eso sí, las actas de los sucesivos concilios, que terminaron convirtiéndose en algo semejante a las cortes del reino, pero lo que de aquí obtenemos son fundamentalmente pistas para conjeturar qué estaba pasando, rarísima vez una consignación de hechos con su fecha. Lo demás son fuentes posteriores: lo que cuenta la Crónica Mozárabe de 754, lo que dicen las crónicas árabes sobre la conquista musulmana y, por fin, las crónicas asturianas de Alfonso III, pero en estas dos últimas se acumula ya una importante porción de tradición oral difícilmente verificable y, con frecuencia,

contradictoria. Todo eso obliga al estudioso a una minuciosa tarea de reconstrucción, como quien tiene que componer un gigantesco mosaico con muy pocas piezas en la mano, y nunca se encomiará bastante el trabajo de quienes se han dejado y se siguen dejando las pestañas en la tarea.

¿Por qué el repertorio documental de los visigodos nos parece tan pobre? Hay dos opciones: la primera, que nunca hubo tal repertorio; la segunda, que fue destruido. La primera parece inviable por la sencilla razón de que es posible rastrear sus huellas: si un rey guerrero como Sisebuto conocía la teoría de Aristóteles sobre los planetas, es porque en algún sitio la habría bebido (y, como él, muchos otros), lo cual necesariamente hace pensar en bibliotecas donde se acumulaba el saber. ¿Qué fue de ese saber? La única respuesta razonable a esa pregunta es que fue deliberadamente destruido. ¿Cuándo? Solo pudo ser durante la invasión musulmana, y las crónicas árabes nos dan suficientes datos cuando hablan de la destrucción y el saqueo sistemático de las iglesias, es decir, justo los lugares donde se acumulaba el saber. Ahora bien, en la vida pública española parece prohibido decir que la invasión musulmana produjo un deliberado empobrecimiento de la cultura autóctona. Otra vez esas losas de lo políticamente correcto.

Junto a todas esas luces, el Reino visigodo de Toledo también condensó sombras, naturalmente. El proyecto político de construcción de un Estado, es decir, de un poder público, visible en Leovigildo, Recaredo, Sisebuto, Chindasvinto y Wamba, por ejemplo, chocó permanentemente con la realidad oligárquica de un sistema donde los señores de la tierra imponían sus intereses y sus

alianzas. La incapacidad para superar el esquema primitivo de la monarquía electiva hizo imposible configurar un poder público duradero. En lo social, el reino de Toledo terminó reproduciendo las mismas disfunciones que el Imperio romano en su fase tardía, con la acumulación de cada vez más recursos económicos en cada vez menos manos e, inversamente, la multiplicación exponencial de la población desheredada, a la cual no le quedaba otra opción que entregarse a sus señores. En una situación así, los lazos de obediencia personal se hicieron mucho más fuertes que los vínculos de carácter político con la corona, en lo que es un claro anuncio del sistema feudal. Y sumemos a todo ello la legislación segregacionista contra los judíos, realmente obsesiva en el último medio siglo de la España visigoda, fruto de la definición política de la corona como guardiana de la fe. El resultado de todo esto fue un paisaje de inestabilidad crónica.

En el peor sitio posible

Fue tal inestabilidad, en una circunstancia concreta particularmente crítica, con sucesivos años de peste y hambrunas y un feroz enemigo a las puertas, lo que llevó al Reino de Toledo al colapso final en el año 711. El Reino visigodo estaba en el peor sitio posible, en el peor momento posible y en las peores circunstancias posibles. Eso es todo. En el peor sitio posible, porque España era la primera muralla europea ante la ola expansiva del islam. En el peor momento posible, porque el islam todavía bullía bajo los efectos de su explosión inicial. Y en las peores circunstancias posibles, porque en el interior del Reino se daban la mano una gravísima crisis demográfica a causa de la peste de 693,

una gravísima crisis económica por la sucesión de malas cosechas y las consiguientes hambrunas, y una gravísima crisis política por la quiebra del poder público de la corona frente al poder privado de la nobleza.

¿Hay que recordar cómo estaba entonces el resto de Europa? Los otros reinos germánicos de Europa en aquel momento, como el de los francos o el de los longobardos, se encontraban en la misma situación política que el Reino visigodo de Toledo, e incluso peor: ninguno había sido capaz de construir un Estado y todos se quebraban bajo el peso de sus propias aristocracias. Pero no tuvieron que sufrir una invasión exterior, luego, mal que bien, sobrevivieron. La ola musulmana llegará, sí, hasta el centro de Francia, pero para entonces el frente musulmán ya estaba roto por mil querellas internas. Y la gran crisis, por cierto, no era solo cosa de la Europa germánica. El propio Imperio bizantino, el heredero directo del Imperio romano, atravesaba tremendos problemas por la presión del poder territorial —simbolizado por los monasterios— frente al poder imperial: fue la famosa «querella iconoclasta». Bizancio, dicho sea de paso, también sufrió el azote de la expansión musulmana y bajo sus golpes perdió Egipto, Palestina y Siria. Y en el extremo oriental de la expansión musulmana, el poderoso Imperio persa se hundía en apenas cinco años y por las mismas causas: la fragmentación del poder. No, el problema no fueron los pecados de los visigodos ni su «deformación» romana. El problema, en efecto, es que estaba en el peor sitio, en el peor momento, en las peores circunstancias posibles.

De todas estas cosas se habla en este libro. Una aproximación divulgativa y ordenada cronológicamente al

mundo de los visigodos. Desde su migración inicial hasta su caída en 711. Es una historia llena de peripecias, frecuentemente enrevesadas, que lleva a nuestros protagonistas desde las orillas del Báltico hasta la península ibérica pasando por el complejísimo ocaso del Imperio romano. A lo largo de esta historia vertiginosa se suceden decenas de paisajes distintos y centenares de nombres relevantes. Para hacer más asequible el trabajo del lector, hemos incluido en este libro varios mapas de situación y una nómina de protagonistas. Con especial atención, como es lógico, a los años del Reino visigodo de Toledo. Los años en los que nació la primera España.

I. DEL BÁLTICO A ROMA

LOS BARCOS DE BERIG

Campo de batalla sobre el río Guadalete, año 711. El ejército del rey visigodo Rodrigo se enfrenta a los musulmanes de Tarik, que acaban de invadir España. No son buenos tiempos para el Reino godo de Toledo. Desde diez años atrás, la peste, el hambre y la muerte se han enseñoreado del país. A esas calamidades se ha sumado una crisis política profundísima: el año anterior a la muerte del rey Witiza, dos bandos se han enfrentado por el poder. El bando de Rodrigo se ha impuesto sobre el de su rival, Agila. La feroz oposición ha dejado muchas heridas abiertas. Ahora, ante la invasión extranjera, todos parecen unidos en una misma tarea. Sin embargo, pronto las cosas darán un giro inesperado.

Todo era una trampa, sí. En plena batalla, las huestes partidarias de Agila abandonan el ejército de Rodrigo. La maniobra queda al descubierto: es el partido de Agila el que ha facilitado la entrada de las tropas musulmanas para acabar con Rodrigo y conquistar el poder. El caos en el campo de batalla es descomunal: los de Rodrigo combaten contra los musulmanes y contra los de Agila, los musulmanes atacan a todos indistintamente y los de Agila intentan acabar con los de Rodrigo a la vez que se esfuerzan por evitar el ataque de sus aliados musulmanes. A las pocas horas, toda la orilla del Guadalete es un campo de muerte: la mayor parte de la nobleza guerrera visigoda de ambos

bandos, y Rodrigo incluido, se ha dejado la vida en el combate. El reino se queda sin espadas.

Los escasos supervivientes intentan buscar refugio en Córdoba, en Sevilla, en Mérida, en Toledo... Pero su número es tan reducido, y el orden político godo ha quedado tan malparado, que nadie será capaz de reunir un nuevo ejército. Los musulmanes, por el contrario, tienen reservas: ante el evidente hundimiento del poder godo, el general Tarik pide al gobernador Muza un nuevo ejército. Este tardará pocos meses en llegar. Encontrará un país enteramente a sus pies, sin más oposición que la que las viejas aristocracias terratenientes puedan plantear desde sus ciudades amuralladas. El Reino visigodo de Toledo, aún más, el pueblo visigodo como tal, quedan borrados de un solo golpe. Se ponía fin así a una larga historia de siete siglos. Y tal vez en aquel momento, quizás en la agonía sobre el campo de Guadalete, alguno de aquellos visigodos pudo recordar las viejas historias sobre su remoto origen; las viejas historias que contaban cómo los visigodos aparecieron en la historia, tantos siglos atrás, en una tierra tan lejos del campo ardiente de Guadalete.

La madre de los pueblos

«Las dunas glaciales del Septentrión cabe los reinos de los escitas». Así describe Isidoro de Sevilla el solar originario de los godos. Viajemos setecientos años atrás. Siglo I d.C. La península de Escandinavia se ha convertido en algo parecido a una centrifugadora de pueblos. La gente se va de allí. No por el frío o el hambre, sino más bien por todo lo contrario. Europa conoce un periodo excepcionalmente cálido. Tan cálido que, según nos cuentan las fuentes antiguas, el cultivo

de la vid se había extendido por las tierras que hoy conocemos como Inglaterra y Alemania, y en la Britania romana producían vino en abundancia, tanto que no era preciso importarlo. En geografía, la línea de cultivo de la vid y del olivo separa convencionalmente las tierras cálidas de las frías. Podemos imaginar pues cómo sería de benigno el clima cuando estas líneas estaban tan al norte. Ahora bien, la bonanza significa también superpoblación, porque la gente tiene más posibilidades de supervivencia. Tantas que la tierra, por feraz que sea, no da para todos. El hambre, el frío y la enfermedad han sido siempre inclementes reguladores demográficos. Pero si el frío remite, si el hambre se reduce y si, en consecuencia, la enfermedad mengua, entonces la población se multiplica. Para llenar tantas bocas hacen falta mucha tierra y métodos de cultivo avanzados. Y si no hay ni una cosa ni otra, ¿qué opción queda? Es preciso que algunos marchen. Así muchos salieron de una Escandinavia que parecía vivir en perpetua primavera.

Todos estos pueblos protagonizarán después las grandes conmociones de la historia de Europa. Los rugios son un grupo escandinavo que procede de Rogaland, al sur de Noruega. Salen de allí y se instalan en una isla del Báltico a la que dan su nombre: Rügen. Pronto los veremos en las costas de lo que hoy es Polonia. Siglos después se disolverán –literalmente- en Italia. Otro grupo, que recibirá el nombre de vándalos, sale de Vendel, en el Uppland sueco, frente a las costas finesas; se sigue su rastro en el Vendyssel danés antes de encontrarlos en el curso alto del Vístula, donde los sitúa Plinio el Viejo a comienzos de la era cristiana, y terminarán en España y en África. De la isla danesa de Bornholm,

antiguamente conocida como Burgundarholmr, en el extremo sur de Suecia, sale otro pueblo: los burgundios, que saltan al continente y se internarán hasta ocupar tierras en el curso medio del Oder, entre las actuales Polonia y Alemania. Terminarán dando nombre a Borgoña. Y como ellos, muchos más.

Uno de cada tres

Esta migración parece responder a un cierto método. Nicolás Maquiavelo, en su *Historia de Florencia*, se hace eco de la tradición según la cual los pueblos nórdicos, cuando su suelo no daba suficiente para mantener a la población, enviaban fuera a un tercio de la comunidad —hombres, mujeres, niños, ganado: todos— para que buscara un nuevo lugar donde asentarse. Una fuente nórdica del siglo XIII lo cuenta así: «Los descendientes de aquellos tres se multiplicaron tanto que la tierra no pudo mantenerlos a todos. Se hizo una criba y a uno de cada tres se le invitaba a marchar, permitiendo quedarse con las posesiones y llevarlas consigo, excepto la tierra». Esa fuente es la *Gutasaga* o *Historia de los Gotlandeses*, y los «descendientes» a los que hace referencia son los godos. Porque así, en efecto, entraron los godos en la historia: uno más de los numerosos pueblos que salieron de Escandinavia, la «isla de Scandza» de los antiguos, en aquellos cálidos años. Con la diferencia de que los godos iban a jugar un papel completamente singular en los siglos siguientes. Y en la historia de España, con un protagonismo decisivo.

Érase una vez un hombre llamado Zielvar (o Tjalve) que vivía en algún lugar del sur de Suecia, probablemente en la región que después se llamaría Götaland o Gotia. Un día

Zielvar descubrió una misteriosa isla que permanecía bajo las aguas durante las horas de sol y emergía por la noche. La llamó Gotland. Zielvar engendró un hijo, Havdi, que se casó con Vitastjerna, y ambos tuvieron a su vez tres vástagos: Gaut, Graip y Gunfjaun. Los tres hermanos se repartieron la isla bajo la autoridad de Gaut, elegido jefe. De los tres nietos de Zielvar descienden los Gutans, los Godos. Durante largo tiempo los godos poblaron la isla y se multiplicaron, hasta que ya no había tierra suficiente para albergarlos a todos. Fue entonces cuando, como cuenta la *Gutasaga*, un tercio de ellos tuvo que partir. La *Gutasaga* fue puesta por escrito en algún momento del siglo XIII, recogiendo antiquísimas tradiciones orales. No hay más que un manuscrito: el Codex Holm. B 64, fechado en 1350, que se conserva en la Biblioteca Real de Suecia. Y cuenta la saga que aquellos remotos ancestros marcharon hacia el río Dvina, en la actual Letonia, y que siguieron moviéndose hacia el sur hasta llegar a tierras de los griegos. «Todavía mantienen algo de nuestra lengua», dice el texto. Esa lengua es el gútnico, un dialecto del nórdico antiguo. Los que permanecieron en Escandinavia se llamarán gautas: es el mismo pueblo que siglos más tarde engendrará al legendario héroe Beowulf. De ellos tomará nombre después la región de Götaland, que aún hoy se llama así. Pero los que nos interesan son los otros: los que se marcharon de allí.

Volvamos a los viajeros. Los guía un hombre llamado Berig. Eso cuenta en el siglo VI Jordanes, cuya *Getica*, síntesis de la desaparecida historia de Casiodoro sobre los godos, es la fuente documental más antigua sobre la materia. La gente de Berig se interna en la cuenca del Vístula buscando un

solar que hacer propio. Lamentablemente, no están solos: otros han llegado antes y hay que abrirse paso a codazos. Primero se encuentran a los rugios: combaten contra ellos y los desplazan. Después se topan con los burgundios. Más tarde, con los vándalos. En realidad son luchas tribales entre pueblos con un fondo étnico común. A fuerza de guerra, los godos terminan asentándose en la orilla polaca del Báltico, entre la Pomerania y la Prusia Oriental, sobre los cursos del Vístula y el Oder. Estos godos que vienen de Scandzia bautizarán su nueva tierra como Gotiscandzia. Aquí encontramos la primera prueba material de su paso: la llamada «cultura de Wielbark», en la actual Polonia. Estamos a mediados del siglo I.

De Wielbark a Cherniajov

La cultura de Wielbark es un conjunto de tres mil tumbas que reproduce los mismos usos funerarios del sur de Escandinavia: cadáveres inhumados o incinerados en túmulos marcados por alineamientos líticos, ya se trate de círculos de piedra, estelas aisladas o pavimentos. Los cadáveres se enterraban con sus joyas (hebillas, brazaletes, peines, alfileres, sortijas) y con sus ropas, nunca con sus armas; el único resto guerrero que hay en las tumbas son espuelas de montar. Los objetos hallados son fundamentalmente de bronce, en ocasiones de plata, rara vez de oro, casi nunca de hierro. La reconstrucción de las viviendas muestra un patrón indudablemente escandinavo: grandes casas de madera con enormes tejados a dos aguas aislados con gruesas capas de paja o brezo. El emplazamiento de Wielbark coincide *grosso modo* con la región ocupada por los que Plinio el Viejo, en este mismo

momento, llama «gutones» y Tácito «gothones». Son nuestros godos, sin duda. La cultura de Wielbark no es una creación enteramente goda: otros pueblos había allí antes, seguramente vendos, es decir, eslavos. Pero es indudable que los godos fueron la tribu dominante, y con el suficiente grado de organización como para que los historiadores romanos señalaran el poder de sus reyes.

Pasaron cuatro generaciones sobre las tierras de Wielbark. El pueblo godo creció. En algún momento de este periodo surgió una primera diferenciación: aparecen los gépidos. ¿Quiénes eran los gépidos? Nadie lo sabe muy bien. Cuenta Jordanes que los gépidos eran los que viajaban en el tercer barco de aquellos que abandonaron Escandinavia bajo el mando de Berig: como eran más lentos y llegaron los últimos, se les aplicó el nombre de «gépidos», que en su lengua quiere decir «flemáticos». Esto, claro, es una leyenda, pero es lo único que tenemos. El hecho cierto es que aquí el bloque godo se escinde por primera vez, probablemente en función de identidades tribales o familiares previas. Retengamos la circunstancia, porque no será la última división de los godos. En cuanto a los gépidos, volveremos a encontrarlos en nuestra historia.

Cuatro generaciones desde el pionero Berig, sí. Y en la quinta generación, los godos deciden abandonar Wielbark y ponerse de nuevo en marcha. ¿Por qué? Jordanes habla una vez más de superpoblación: «...Y como el número de los godos había aumentado considerablemente durante su permanencia en aquel país, Filimer, hijo de Gandarico y quinto de sus reyes después de Berig, tomó, al principio de su reinado, la resolución de salir, partiendo a la cabeza de un

ejército de godos, seguido de su familia y poniéndose en busca de un país que le conviniese y en el que pudiera establecerse cómodamente». Los godos, o la mayor parte de ellos, recogen sus bártulos y se ponen en camino rumbo sureste. Les espera una peregrinación de más de mil kilómetros hasta las costas del mar Negro. ¿Imaginamos la escena? Largas caravanas de miles de personas con sus carros, sus familias, su ganado, desafiando el peligro de una tierra desconocida y sin rutas estables, surcando inmensas planicies en busca de una tierra donde haya sitio para todos. Y después de meses, quizá años de marcha incesante, al fin el mar.

Estamos ya a principios del siglo III. Una vez más, hay huella material de esta nueva migración: es la cultura de Cherniajov, un vasto espacio entre las actuales Ucrania, Moldavia y Rumanía, a caballo de los Cárpatos y que se extiende sobre los cursos del Dniéper y el Dniester hasta el mar Negro. Son las tierras que los romanos llaman Escitia y que nuestros protagonistas bautizan como Ouim. Hay una continuidad bastante clara entre la cultura de Wielbark y la de Cherniajov: los mismos enterramientos, los mismos ajueres, los mismos objetos... Son godos, sin duda. Pero en Cherniajov hay mucho más: hay abundantes elementos vendos (eslavos), hay pueblos antiquísimos como los getas y hay culturas ostensiblemente distintas como los sármatas, que son indoarios, es decir, indoeuropeos del este.

Hay que suponer que los godos que se asientan en Cherniajov, flamantes vecinos de pueblos arraigados allí desde siglos atrás, en un vastísimo mundo donde había tierra para todos, no tardarían en trabar contactos, ya fueran

bélicos, matrimoniales, patrimoniales (con frecuencia una cosa y otra eran lo mismo) o de conocimientos, como el arte de guerrear a caballo con lanza y armadura pesada, que según las fuentes clásicas aprendieron los godos de los sármatas. ¿Cómo era la sociedad goda en este momento? Probablemente, como todas las sociedades europeas de su tiempo: una estructura jerárquica ostensiblemente rígida, con una casta cerrada que desempeñaba la función regia, jurídica y sacerdotal, un segundo estamento compuesto por la nobleza militar y una tercera función dedicada a las tareas del campo y a la artesanía. Sabemos que, en el caso de nuestros protagonistas, la función regia estaba circunscrita a dos linajes (*sippe*) principales: los baltos y los amalos, o baltingos y amalungos, que de ambas maneras se puede decir.

A partir de ahora, baltos y amalos estarán continuamente presentes en nuestra historia. Ignoramos si tales linajes existían ya en el momento de la primera migración o si surgieron con el paso del tiempo. De creer a Jordanes, corresponden a la más antigua memoria goda: «El primero de estos héroes —escribe—, como ellos mismos relatan en sus leyendas, fue Gapt, quien engendró a Hulmul. Y Hulmul engendró a Augis; y Augis engendró aquel que fue llamado Amal, de quien reciben nombre los amalos». Es importante subrayar que Gapt o Gaupt es en realidad Gautr, uno de los nombres de Odín en el panteón escandinavo, y su familiaridad fonética con el gentilicio de los gautas es evidente. La reivindicación de un linaje que remite al mismo Odín va a ser una constante en los pueblos nórdicos hasta el siglo IX, por lo menos; lo sabemos por los vikingos. En

cuanto a los otros, los Baltingos, Jordanes dice que venían «de la familia de los Balthi, quienes por su audacia y valentía habían recibido tiempo atrás entre los de su raza el nombre Baltha, es decir, Audaz».

El área de la cultura de Cherniajov es enorme, aproximadamente la mitad de la superficie de la península ibérica. Hay que suponer, por tanto, que la ocupación goda mostraría un paisaje muy disperso, con pequeños centros de población distantes unos de otros, distribuidos en función de filiaciones de clan y, a juzgar por los hallazgos arqueológicos, superpuestos sobre centros de población preexistentes. Los godos no vivían solos y sus ciudades incluían una proporción no desdeñable de población nativa. Tanto la dispersión de los centros urbanos como la coexistencia con otros pueblos debieron de traducirse en una ostensible relajación del lazo político. Eso encaja con lo que dicen algunas fuentes antiguas, que pensaban que los godos de esta época no tenían propiamente un rey como gobernante único, sino que cada grupo obedecía solo a su jefe local. De hecho, en algún momento de este periodo, ya muy entrado el siglo III, sale a la luz una nueva división entre los godos: las tribus de los tervingios y los greutungos se separan. Es la escisión que los historiadores romanos recogerán con dos nombres que harán historia: visigodos y ostrogodos.

¿Recapitulamos? Durante casi trescientos años, un fragmento de un pueblo nórdico abandona Escandinavia, se establece en la costa sur del Báltico, construye allí su hogar, marcha nuevamente hacia el sur hasta llegar al mar Negro, se instala en las amplias tierras entre el Dniéper y el

Dniester, en la actual Ucrania, y termina configurando una suerte de confederación informal de tribus y clanes según antiquísimos patrones de linaje. Una migración de dos mil kilómetros. A lo largo de esos tres siglos, los godos entraron en contacto con otros pueblos, incluso se mezclaron con ellos, pero nunca dejaron de ser godos, hasta el punto de conservar sus propias divisiones y querellas internas. Es realmente un prodigio de supervivencia colectiva. Pero la epopeya no había hecho más que comenzar.

TERVINGIOS, GREYUNGOS Y... ROMANOS

Es sugestivo imaginar que aquellos tres barcos del pionero Berig correspondían en realidad a tres tribus distintas: gépidos, tervingios y greutungos, lo cual daría razón de las divisiones posteriores del pueblo godo. Los gépidos se separaron primero y después afloró la división entre tervingios y greutungos. No faltan autores que mantienen esta hipótesis. Pero para defender esto deberíamos estar seguros de que tal división existía ya antes de la migración y que esos nombres expresaban algún tipo de singularidad colectiva. ¿Qué significa ser «tervingio», y qué ser «greutungo»? ¿Una pertenencia de clan, unos vínculos familiares, la obediencia a una misma jerarquía, tal vez otro tipo de lazo colectivo? Lamentablemente, nadie tiene ni idea. Pero para nosotros es muy importante, porque del brazo tervingio saldrán nuestros visigodos.

La hipótesis más común es que estos gentilicios de los godos obedecen a razones geográficas, y no desde el origen, sino ya después de la migración hacia el mar Negro: los tervingios eran los godos que vivían en las zonas boscosas

del oeste y el sur del río Dniester (sobre la actual Moldavia), cerca ya de la frontera romana, y los greutungos eran los que poblaban las grandes estepas del este, entre el Dniester y el Dniéper, en la actual Ucrania. Como unos quedaban al oeste y otros al este, en el mundo romanose les aplicó el gentilicio de visigodos y ostrogodos respectivamente. ¿Es esta la única razón? Parece que no: esa gente estaba dividida por algo más que su situación espacial. Pero no sabemos exactamente por qué, de manera que el debate académico al respecto es interminable. Limitémonos, pues, a señalar la diferencia.

Quiénes eran los tervingios

De los godos tervingios se tiene primera noticia escrita a la altura del año 268, cuando cruzaron la frontera del Imperio romano en una incursión sobre las provincias de Ilírico y Panonia (las actuales Serbia, Croacia y Eslovenia) en busca de botín, llegando incluso a la península italiana. No fue una cosa menor: los tervingios, con otros pueblos de frontera, se las habían arreglado para formar una gigantesca masa hostil, armada con barcos de guerra, que desde diez años atrás venía saqueando Grecia. Derrotados en aquel año de 268 en la batalla de Naisso por el emperador Claudio II (que por eso recibió el nombre de «Gótico»), terminaron regresando a sus tierras, pero sin dejar de presionar sobre el limes del imperio, que de hecho acabó hundiéndose en la Dacia a finales del siglo III. Desde entonces, las tribus tervingias supieron llegar a un complejo y cambiante sistema de alianzas con Roma: eligieron a un juez, Ariarico, que pactó con el emperador romano Constantino el Grande. Así los visigodos se vieron metidos de hoz y coz en el

laberíntico escenario de la política imperial. Retengamos el dato, porque será fundamental para entender lo que pasó después.



Ariarico era un juez, sí. Pero igualmente podríamos llamarlo «rey», pues sus atributos de jefatura no se diferenciaban gran cosa de cualquier reyezuelo tribal germánico. El modelo tervingio consistía, básicamente, en una monarquía electiva sobre la base de los consejos

tribales, gobernados a su vez por la aristocracia local. Cada territorio (*kuni*, en su lengua) estaba bajo el mando de un jefe (*reiks*) elegido de entre las familias más notables del lugar. Los asuntos comunes eran decididos en la asamblea de los distintos *reiks*, que elegían a un juez como autoridad suprema. Este juez (*kindins*) poseía amplias competencias en materia de justicia, religión y guerra, pero con una importante limitación: no podía abandonar el territorio tervingio. Si había que partir en campaña fuera del país, la dirección de la hueste se encomendaba a un guerrero señalado. Por ejemplo, la guerra contra Roma en 271 la encabezó el jefe militar Cannabaudes, del mismo modo que la posterior campaña contra los sármatas y los vándalos (año 335) tampoco la dirigió ningún juez, sino el caudillo Geberico. Este cargo de juez-rey era, en principio, electivo, pero parece que el linaje resultaba determinante. Después de Ariarico vino Aorico y más tarde Atanarico. Así era el mundo tervingio.

Quiénes eran los breutungos

En cuanto a los greutungos, asentados al este del Dniester y sobre el cauce del Dniéper, tampoco eran mucho más pacíficos: se impusieron por las armas sobre los sármatas y los gépidos (aquellos godos de la primera escisión) y controlaron un enorme territorio que se extendía desde las orillas del mar Negro hasta la actual Kiev. Los reyes greutungos llegaron a su máximo poder con Hermanarico, del cual se cuentan auténticas atrocidades, como esa de que hizo descuartizar a su esposa Sunilda, sorprendida en adulterio con un hijo del propio rey, por el procedimiento de atar sus extremidades a sendos caballos.

Funesta sería, en todo caso, la suerte posterior de Hermanarico. Pero no adelantemos acontecimientos.

Ni tervingios ni greutungos (ni visigodos ni ostrogodos) conformaban unidades políticas sólidas. Los primeros porque, según hemos visto, funcionaban como una asamblea de tribus variadas, probablemente no todas de origen estrictamente godo, regidas cada cual por su propio consejo singular. Los segundos, porque su Reino era en realidad una colección invertebrada de territorios más o menos vasallos, sin organización interna ni estructura de gobierno. Por otra parte, ¿quién necesitaba una organización compleja? Las excavaciones de Cherniajov nos hablan de una vida envidiablemente fácil, al menos para los parámetros de la época: una sociedad agraria con abundancia de recursos, como muestra el extraordinario número de arados, hoces y guadañas; rica en trigo, cebada y mijo; experta en la cría de ganado y en la doma de caballos en las estepas; diestra en el trabajo de los metales y la cerámica y, además, conectada con rutas comerciales exteriores, porque en el sitio se han descubierto lo mismo ánforas romanas que cerámicas germanas del Elba. Un remanso de paz. Por supuesto, el programa incluía guerras periódicas con los vecinos y habituales incursiones en territorio romano, pero ambas cosas formaban parte de lo que un godo podía entender por «remanso de paz». Parecía que, doscientos años después de su migración a la Escitia, al área de Cherniajov, el pueblo del viejo Berig había encontrado un lugar apto para vivir durante siglos.

El caos romano

Ahora es imprescindible cruzar la frontera del Danubio

para hablar de Roma, porque sin la vecindad del gran Imperio es imposible entender los vaivenes del mundo godo en este tiempo. ¿Cómo era en aquel momento el Imperio romano y cuál era su relación con los godos? Ante todo: Roma era un caos. Por decirlo en dos palabras, el Imperio había crecido enormemente no solo hacia fuera, o sea en extensión, sino también hacia adentro, es decir, en riqueza y complejidad y, por consiguiente, en elites locales que tenían suficientes recursos y poder como para aspirar a hacer de su capa un sayo. A lo largo del siglo III el Imperio se rompió bajo la presión de los patricios de las provincias, de las unidades militares alzadas en rebelión y, causa y consecuencia a la vez, de una serie continuada de crisis económicas que arruinaron el modo de vida romano. Añadamos la presión exterior de los pueblos que se movían en la frontera, como nuestros godos. La fragmentación territorial del poder y su secuela de guerras civiles no empezó a verse rectificada hasta las reformas de Diocleciano (hacia el año 285), que, por así decirlo, institucionalizaron la coexistencia de distintas cabezas políticas bajo una sola autoridad imperial. Aun así, la estructura política de Roma siguió sometida a tremendas presiones interiores y exteriores.

Durante este periodo, como hemos visto antes, los tervingios habían protagonizado incursiones violentas en el territorio imperial, hasta el punto de forzar a los ejércitos de Roma a extensas campañas que hoy conocemos como la primera guerra gótica. En aquel momento el Imperio trataba de suturar, *manu militari*, los terribles desgarros de su peor crisis. Los tervingios no fueron ajenos a esos trastornos: sus

servicios fueron contratados por los que aspiraban al poder en las numerosas querellas internas de la política romana, y así, por ejemplo, hacia el 314 apoyaron a Licinio en su sublevación contra el emperador Constantino. Para los godos era una forma de sacar ventaja del caos romano. Hay que decir que Constantino venció a Licinio, de manera que los tervingios quedaron en posición muy poco airosa. Pero como Roma tenía otros muchos frentes y los godos no iban a marcharse de allí, el conflicto se solventó con un tratado (un *foedus*, como se le llamaba) entre el emperador Constantino y el juez visigodo Ariarico. Un hecho fundamental, porque aquel tratado ponía por primera vez a los tervingios dentro del mapa político de Roma. El hijo de Ariarico, que se llamaba Aorico, marchó a educarse en Constantinopla, según la práctica común de garantizar los pactos con un rehén de campanillas. Era el año 332.

En la progresiva romanización de los visigodos resultó decisiva la conversión de muchos de ellos al cristianismo, y esto fue obra, sobre todo, del obispo Ulfilas, sobre el que hay que decir un par de cosas. Este Ulfilas no se llamaba originalmente así: romano de la Capadocia, siendo niño toda su familia fue apresada por los tervingios en una de sus correrías y fueron ellos quienes le pusieron ese nombre, Ulfilas o Wulfila, que en gótico quiere decir «lobezno». Joven de mente despejada, educado en latín y griego, iniciado en la fe de Cristo, su conocimiento de la lengua gótica le convirtió, además, en el evangelizador idóneo para aquel pueblo. Ascendió rápido dentro de su comunidad y fue ordenado obispo por Eusebio de Nicomedia, principal cabeza religiosa de la corte de Constantinopla y –atención al dato-

de credo arriano, es decir, aquella creencia predicada por Arrio según la cual Jesús no es la misma persona que Dios Padre, sino que fue creado por él. De manera que, cuando Ulfilas volvió con sus godos, el cristianismo en el que los bautizó no fue el ortodoxo del Credo de Nicea —Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre—, sino el arriano, que pronto sería considerado herejía. Este es otro hecho esencial para nuestro relato, porque el arrianismo iba a ser a partir de ahora un signo distintivo de la identidad cultural goda. Tan importante iba a ser este asunto, en particular para la epopeya española de los visigodos, que es preciso explicar un poco más en detalle la cuestión.

¿Qué significa «arriano»?

En aquel momento —años 330-340, aproximadamente— el arrianismo circulaba con relativa soltura. El primer Concilio de Nicea, en 325, lo había declarado herético, pero diez años después, en el sínodo de Tiro, Arrio fue exonerado, lo cual dejó a su doctrina en una suerte de limbo legal. Por otro lado, el emperador Constancio II profesaba simpatías arrianas, de manera que, a ojos de un extranjero recién evangelizado, como lo eran los visigodos, no debía de ser fácil entender qué estaba pasando. ¿Ser arriano era bueno o malo?, podría preguntarse un visigodo recién cristianado. Los visigodos que se convirtieron, lo hicieron en la certidumbre de que aquello les permitiría integrarse mejor en el mundo romano sin dejar de ser godos. Pero, en Roma, los aspirantes al Imperio utilizaban el arrianismo o el antiarrianismo como un elemento más de su discurso político, al margen de disquisiciones teológicas. ¿Dónde estaba exactamente el problema? ¿Era político o era

religioso? Para un tervingio que acababa de dejar atrás a sus viejos dioses paganos, todo aquel embrollo debía de resultar incomprensible.

Antes de seguir, y para que se entienda todo, conviene matizar un tanto esto del arrianismo, porque, en realidad, no es exacto llamar «arrianos» a los godos. ¿Por qué? Veamos. La gran polémica político-religiosa del momento gravitaba sobre una fórmula concreta del Credo de Nicea —el convocado por Constantino I en 325— según la cual Jesús, el Hijo, era igual al Padre, uno con el Padre y de la misma sustancia que el Padre. En griego, «de la misma sustancia» se dice «homoousios». Pero Arrio sostenía que el Padre y el Hijo no eran de la misma sustancia, sino de sustancia semejante, que en griego se dice «homoiousios». Muchos utilizaban esa fórmula sin ser expresamente arrianos, y aún otros muchos eludían el obstáculo diciendo simplemente «homoios», es decir, que Jesús era como el Padre, dejando aparte la espinosa cuestión de la sustancia («ousia»). ¿Cuál era el fondo político de la cuestión? Que la fórmula «homoios» era mayoritaria en Oriente, mientras que la fórmula «homoousios» era la dominante en Occidente. Por supuesto, a efectos políticos, aquí lo importante no era tanto la fórmula como los grupos de poder creados en torno a cada una de las interpretaciones. Y podemos imaginar que a los godos, cristianos neófitos, todo esto les parecería un laberinto inextricable.

¿Y Ulfilas? Ulfilas, mientras tanto, se dedicaba a crear un alfabeto propio para traducir la Biblia al gótico: *Codex Argenteus*, se llama la pieza, de la que hoy se conservan importantes fragmentos en Uppsala, Suecia. Nuestro hombre

se hizo célebre. Visitó al emperador en Constantinopla. Fue nombrado obispo de los «cristianos de Gocia» en el año 341 y en una situación política delicada, porque los visigodos acababan de ejecutar una nueva incursión de saqueo en territorio romano, concretamente en Mesia, entre las actuales Serbia y Bulgaria. Durante siete años más predicó el obispo Ulfilas entre los tervingios, ganando innumerables conversiones. Pero las cosas se torcieron a partir de 348, cuando varios jefes tribales visigodos empezaron a ver el cristianismo como una suerte de caballo de Troya que debilitaba la cohesión de su comunidad, rompía sus tradiciones y abría la puerta a los romanos. El cabecilla de la ola anticristiana fue Aorico, el mismo que había sido enviado de niño a Constantinopla. Ulfilas tuvo que volver a cruzar la frontera. El emperador Constancio II en persona fue a recibirle. Dice la Crónica (la de Auxencio, discípulo del obispo) que Ulfilas llegó acompañado por sus seguidores; sin duda la nueva fe había abierto más de una grieta en la comunidad tervingia. Constancio, en todo caso, no estaba interesado en crearse más problemas: la guerra de oriente contra los partos retenía toda su atención y nada habría más inoportuno que una nueva campaña contra los godos en el limes del Danubio. Así que Ulfilas se quedó en territorio romano, donde le esperaba una larga vida de predicación, y los godos siguieron con su conflictiva existencia.

Recapitulemos, porque acabamos de asistir, en muy pocos años, a los hechos fundamentales que conforman la identidad visigoda y que van a determinar toda la historia posterior de este pueblo: primero, la división entre tervingios y greutungos, vale decir entre visigodos y

ostrogodos; después, el primer acuerdo (*foedus*) de los tervingios con Roma, que introduce ya para siempre a los godos en el mundo político romano ; tercero, la conversión de los godos al cristianismo arriano, que desde ahora será un signo distintivo de la identidad goda. Los tres hechos dejarán sentir su peso cuando los visigodos se instalen en España.

¿Volvemos a Roma y sus querellas? Constancio II muere en 361 y nombra sucesor a su primo y rival Juliano, que pasará a la historia como el Apóstata por su intento de restaurar el paganismo. Juliano muere dos años después, en campaña contra los persas, atravesado por una lanza cuyo origen alimentará mil conjeturas. El ejército proclama entonces emperador a un oficial cristiano, Joviano, que dura solo un año en el trono porque en 364 muere asfixiado, al parecer de forma accidental. Es nuevamente el ejército quien nombra al sucesor: Valentiniano, un maduro guerrero de enorme prestigio. Valentiniano entiende que el Imperio es demasiado grande para un hombre solo y decide asociar al trono imperial a su hermano Valente, que queda al frente de todos los territorios orientales, incluida la frontera del Danubio. Mientras Valentiniano se dirige hacia Occidente para proteger la Galia, Valente marcha hacia el este para tratar de recuperar las posiciones perdidas en Mesopotamia. Momento que aprovecha un usurpador, Procopio (primo del difunto Juliano), para alzarse y proclamarse emperador en Constantinopla. A Procopio le apoyan tropas venidas de todas partes. Entre ellas, un buen número de tervingios. Y otra vez los visigodos entran de lleno en las querellas intestinas del Imperio.

Valente logró doblegar a Procopio y a su general godo, que se llamaba Gomoario. Más precisamente: Gomoario abandonó a Procopio en plena batalla (en Tiatira, abril de 366) y se pasó al bando de Valente. Podemos ahorrarnos los detalles, y también lo que pasó después con la cabeza de Procopio. Lo importante es que Valente había identificado claramente a los tervingios como enemigos, de manera que no perdió el tiempo y de inmediato emprendió una campaña contra los visigodos del otro lado del Danubio. ¿Quién regía entonces a los tervingios? Atanarico, que, desbordado, se retiró hacia los Cárpatos. Dos años duró aquella expedición de Valente. Los tervingios, derrotados, terminaron aceptando un pacto que en la práctica venía a romper cualquier relación entre los visigodos y Roma. ¿En qué consistía aquel pacto? En algo así como lo siguiente: «Bien, godos —venía a decir el emperador—, quedaos en vuestras tierras y os exonero de prestar tributo en hombres para las legiones, pero a partir de ahora se acabó la convivencia en la frontera, se acabó el comercio, se acabó cualquier relación». Era el año 369. Parecía que el mundo godo optaba por encerrarse sobre sí mismo. Pero no iba a ser así.

CUANDO LLEGARON LOS HUNOS

¿Con Roma o contra Roma? Esa era la gran brecha que rompía al mundo godo. Pero entonces ocurrió algo que iba a cambiar radicalmente las cosas: llegaron los hunos. Era el año 375. Y todo se vino abajo de un solo golpe.

Volvamos al tratado de Atanarico con Valente. Por los términos del pacto, da la impresión de que el objetivo del jefe tervingio era aislarse de Roma, encerrarse en su mundo

godo, siguiendo la política de su predecesor, Aorico, con su campaña contra los cristianos. Sin duda era una posición muy extendida entre la elite tervingia del momento. Consta que la persecución contra los cristianos se intensificó hasta el extremo. Corría 372. Ahora bien, la de Atanarico y su partido no era la única voz en presencia. Había otros que estaban en la posición contraria y no tardaron en hacerse oír. Nombres: Alavivo y Fritigerno. Este último se señaló en la oposición a Atanarico. Para ganarse al emperador Valente, no dudó en convertirse al cristianismo (arriano). Desde entonces Valente contó con un alfil en el tablero godo. Hay que suponer que la división de la comunidad tervingia entre los partidos de Atanarico y Fritigerno se prolongaría en los años siguientes. Y cuando llegaron los hunos, estalló de manera dramática.

Una marea humana

Estamos acostumbrados a imaginarnos a los hunos como una caótica y letal muchedumbre de mongoles desaforados, pero la realidad es algo más compleja. Para empezar, no eran mongoles. Es posible que descendieran de los xiongnu siberianos que asolaron China en el siglo II a.C., y es más probable que fueran una amalgama de poblaciones túrquicas e iránicas de las estepas de Asia Central, unidas por sus hábitos nómadas y por la necesidad de sobrevivir en un entorno dominado por los imperios chino, primero, y persa después. Lo único que se sabe a ciencia cierta es que una rama del pueblo huno quiso asentarse en las estepas del mar Caspio hacia principios del siglo IV y, disuadido por las sequías, avanzó aún más hacia el oeste, hacia el Cáucaso. Bajo el mando de un rey llamado Balamber, entraron en el

Reino de los alanos y lo arrasaron. Los alanos no eran poca cosa: llevaban siglos guerreando, se habían hecho con el liderazgo de todas las tribus sármatas de la región y eran maestros en el combate a caballo y en el uso de masas de arqueros. Pero los hunos eran más, muchísimos más; una imparable marea humana.

La llegada de los hunos precipitó un fenómeno que venía observándose desde tiempo atrás: el progresivo desplazamiento hacia el oeste de los pueblos germánicos. Uno mira hoy el mapa de Europa y puede parecer poco explicable que la aparición de un solo pueblo generara semejante terremoto en un espacio tan grande, pero hay que recordar que, en aquella época, la mayor parte de ese mapa era inhabitable. La Europa central estaba muy mayoritariamente ocupada por bosques impenetrables, páramos incultos o llanos pantanosos; nadie había abierto caminos en las montañas y los ríos eran ostensiblemente más anchos y caudalosos que hoy. No era fácil instalarse. Los lugares habitables eran pocos, y justo ahí atacaban los hunos, forzando a pueblos enteros a moverse a otras regiones ocupadas por otros pueblos. Para hacer un lugar habitable se precisaban tres cosas: tiempo, porque los cultivos no nacen de un día para otro; pericia técnica, para explotar adecuadamente los recursos, y organización para proteger a las comunidades. Los pueblos germánicos, en general, carecían de organización suficiente para proteger a sus comunidades ante el ataque de un enemigo superior. Y, una vez en movimiento, desde luego no había tiempo para crear nuevas zonas cultivables. Donde había las tres cosas — tiempo, pericia y organización— era en el territorio del

Imperio romano, ampliamente civilizado desde siglos atrás. Para los germanos, estaba claro dónde había que acudir.

¿Cómo eran los hunos? Hay un célebre testimonio de un oficial romano que se cita siempre para responder a esta pregunta. Vale la pena reproducirlo porque da una idea muy ajustada no solo de cómo era aquella gente, sino, sobre todo, de cómo la percibían los civilizados pobladores del Imperio. Dice así: «Pequeños y toscos, imberbes como eunucos, con unas caras horribles en las que apenas pueden reconocerse los rasgos humanos. Diríase que más que hombres son bestias que caminan sobre dos patas. Llevan una casaca de tela forrada con piel de gato salvaje y pieles de cabra alrededor de las piernas. Y parecen pegados a sus caballos. Sobre ellos comen, beben, duermen reclinados en las crines, tratan sus asuntos y emprenden sus deliberaciones. Y hasta cocinan en esa posición, porque en vez de cocer la carne con que se alimentan, se limitan a entibiarla manteniéndola entre la grupa del caballo y sus propios muslos. No cultivan el campo ni conocen la casa. Descabalgan solo para ir al encuentro de sus mujeres y de sus niños, que siguen en carros su errabunda existencia de devastadores». Lo peor que un romano podía imaginar. Mucho peor que un godo.

Los hunos no desconocían la propiedad inmueble, pero esta ocupaba un lugar muy secundario en sus instituciones. Empujados desde siglos atrás a una existencia nómada, se habían hecho a ella hasta el punto de que su estabilidad era la movilidad. Esto es importante para entender por qué eran imparables: no estamos hablando solo de hordas de guerreros que penetran en territorio enemigo, sino, literalmente, de un pueblo en marcha, alrededor de 200.000

personas caminando de un lado a otro, precedidos por decenas de miles de jinetes, y cuya supervivencia dependía de lo que fueran capaces de saquear en su incesante camino. Los hunos llegaban, combatían, vencían, se quedaban con todo lo que podían —incluidos los enemigos aptos para el combate, a los que, si sobrevivían, incorporaban a sus huestes— y seguían la marcha.

Apisonadora de pueblos

Ante un enemigo así era imposible pactar acuerdos, ceder territorios, concertar intercambios, en fin, hacer política; simplemente, porque no había «polis» alguna que sirviera de referencia. Ante los hunos, o combatías y vencías, y eso era muy difícil, o no te quedaba otra alternativa que entregarte esclavo o huir. Los alanos combatieron, fueron derrotados por aquella ola aterradora de jinetes con arcos letales y los supervivientes conocieron la suerte inevitable de las víctimas de los hunos: o la esclavitud, incluidos aquellos que a partir de ese momento combatirían para los vencedores como guerreros cautivos, o el destierro. Varios grupos de alanos huyeron hacia el oeste. Algunos de ellos invadirán España treinta y cinco años después.

Deshecho el Reino de los alanos, los hunos siguieron camino hacia el oeste, cruzaron el Dniéper y entraron en territorio ostrogodo. Allí sorprendieron a nuestro viejo conocido, el rey Hermanarico, ya por entonces anciano y, además, atribulado por el atroz incidente con su esposa Sunilda, líneas arriba referido. Se repitió el guion: los hunos llegaron y arrasaron el país. Hermanarico, herido en combate, se suicidó (aunque la *Völsunga* islandesa dice que las heridas fueron por mano de los hermanos de la

desdichada Sunilda). El Reino greutungo ardió por los cuatro costados: estaban los hunos, estaban los alanos que huían de los hunos, estaban los alanos que combatían para los hunos... Demasiados enemigos a la vez. La estructura política greutungica nunca había sido otra cosa que una frágil cadena de pequeños vasallajes territoriales sin más argamasa que el temor a las espadas del rey godo del este. Nada que pudiera hacer frente a la aparición súbita de un enemigo tan implacable como numeroso.

La corona de Hermanarico pasó a las sienes de un pariente, Vitimiro (Jordanes le llama «Vinitario»), que afrontó el trance a la germánica manera: viendo la ola, se puso delante. Aguantó un año peleando a la desesperada. Es el romano Amiano Marcelino quien lo cuenta. Finalmente, Vitimiro sucumbió. Y a los ostrogodos, como antes a los alanos, solo les quedaron dos opciones: someterse o huir. Un buen número quedó sujeto a los ejércitos hunos. Otros corrieron hacia el suroeste buscando refugio entre sus hermanos tervingios.

Los tervingios, o visigodos, no estaban mejor preparados que los greutungos para hacer frente a lo que se avecinaba. Incluso estaban peor, porque su estructura política era aún más lábil. Nadie pudo impedir que los invasores cruzaran el río Dniester. El viejo juez Atanarico, que era en aquel momento la autoridad tervingica, intentó defender sus territorios y fracasó estrepitosamente. Los hunos arrasaron el país. La pluralidad tribal de los tervingios se convirtió en fragmentación y, enseguida, en ruptura abierta. Ya hemos visto las brechas políticas que rompían al mundo godo. Dos notables de la comunidad tervingica, los mencionados

Fritigerno y Alavivo, que en los años anteriores se habían distinguido por su oposición a la política antirromana de Atanarico, encabezaron entonces la alternativa. Y optaron por una decisión trascendental: pedir al emperador romano de Oriente, Valente, que acogiera a los visigodos al otro lado del limes, tras la frontera del Imperio.

¿Roma hospitalaria?

Así fue. Mientras Atanarico, derrotado, se refugiaba en los Cárpatos con sus pocos fieles, la mayoría del pueblo tervingio optaba por ir en dirección contraria: bajo el caudillaje de Fritigerno y Alavivo buscó socorro en territorio romano. Y de esta forma doscientos mil visigodos, y enseguida los greutungos que venían huyendo también de los hunos, llegaron a orillas del Danubio en algún momento del año 376. La escena debió de ser aterradora: decenas de miles de personas apiñándose en el paso de la fortaleza de Durostorum, la actual Silistra, en Bulgaria. Aún hoy es uno de los pasos fronterizos con Rumanía. En esa masa que se apiñaba a orillas del gran río había de todo: arrianos, paganos, viejos partidarios de Atanarico, partidarios de la facción contraria, pero desesperados todos. Pronto se unieron, además, otros fugitivos que acudían en riada desde el norte: los greutungos del caudillo Farnobio, las huestes también ostrogodas de Alateo y del alano Sáfrax... Enseguida volveremos a hablar de ellos.

Valente aceptó la solicitud de Fritigerno. Habría cobijo para los godos en tierra de Roma. Los que allí se acumulaban en masa no eran desconocidos para los romanos: eran los mismos tervingios que años antes habían invadido con regularidad el territorio imperial, los mismos con los que

Roma había suscrito acuerdos siempre precarios, los mismos a los que las águilas romanas habían hecho la guerra. Si los romanos hubieran optado por cerrar la frontera, nadie habría podido extrañarse. Pero no: les dejaron pasar. El emperador ordenó abrir la puerta.

¿Por qué mandó Valente acoger a los godos? Porque el gesto le solucionaba un serio problema político con el mínimo esfuerzo. Acoger a la gente de Fritigerno significaba, de un plumazo, anular la altanera animosidad de Atanarico, convertir a los tervingios en aliados en vez de enemigos, ganarse la gratitud de aquel pueblo hostil y, por supuesto, acabar con aquella enojosa exención del tributo militar visigodo, pues ahora los nuevos huéspedes no tendrían más remedio que ceder unas tropas que Valente necesitaba como agua de mayo para atender sus innumerables frentes. ¿Qué ofreció el emperador? Ayuda para cruzar el río y, una vez en territorio romano, protección militar, tierra, grano y lugares para instalarse en paz. En principio, todos ganaban. Pero las cosas iban a salir mal. Muy mal.

CONTRA ROMA

Durostorum no es un sitio pequeño. Dieciocho hectáreas, según las excavaciones arqueológicas. Pero, evidentemente, todo es cuestión de perspectiva: un sitio es grande o pequeño según la cantidad de gente que albergue, y nada en Durostorum estaba preparado para recibir a los recién llegados. Para empezar, no estaban preparadas las propias guarniciones de la región. Hay que repetir —porque, si no, no se entiende nada— que los tervingios no eran unos desconocidos allá: en sus expediciones de saqueo habían

atacado sin cesar la comarca desde siglo y medio atrás. Había cuentas pendientes y heridas abiertas. Para las unidades fronterizas, aquello no era sino una invasión más. Unidades, por otro lado, que no eran exactamente un espejo de disciplina: reclutas de aluvión, en su mayor parte extraídos del personal local, frecuentemente tan ajenos a Roma como los bárbaros del otro lado del limes.

Cambiar niño por perro muerto

El paso del río fue un martirio: una fuga desesperada donde quedaron atrás ancianos y desvalidos. Los godos que llegaron a la orilla fueron los que podían valerse por sí mismos. Pero valerse solo hasta cierto punto, porque la guarnición de Durostorum se cuidó mucho de procurar que los godos pasaran desarmados: todo el mundo tuvo que entregar sus lanzas, hachas y espadas. Para una cultura tribal y guerrera como la goda, debió de ser una auténtica humillación: familias rotas y armas confiscadas. ¿Había alguna diferencia entre eso y una simple rendición? Sí, claro: el emperador había prometido tierras y grano, lo cual cambiaba las cosas; era un buen precio que se añadía al nada desdeñable aliciente de salvar la vida. Pero aquí es donde Roma faltó a su palabra.

No había tierras por ningún lado. Solo un inmenso campo inculto. Los godos quedaron retenidos en lo que bien podríamos llamar un campo de concentración celosamente custodiado por soldados. Tampoco había grano: los víveres que se guardaban en Durostorum apenas llegaban para atender las necesidades de la guarnición, de manera que los visitantes se quedaron literalmente sin nada que llevarse a la boca. No es difícil imaginar el grado de desesperación que

debió de adueñarse de los godos: habían llegado allí para ser colonos en un pacto con el emperador, pero en realidad eran cautivos sin pan ni tierra. Enseguida llegó el hambre. Y con el hambre, el infierno.

Los soldados de la guarnición de Durostorum desplegaron toda la crueldad de la que fueron capaces. Hay que suponer que, para muchos de ellos, había llegado el momento de vengarse de aquellos salvajes que tanto habían castigado la frontera, y no desperdiciaron la oportunidad. Así que los romanos propusieron a los godos un abominable trato: «¿Queréis comer? —dijeron—. No tenemos nada, pero podemos negociar: vendednos a vuestros hijos y mujeres, y os daremos carne; carne de perro, que es lo único que hay por aquí». Un niño por un perro. Hubo quien vendió a sus hijos, en efecto, a cambio de un poco de carne de perro: era la única manera de salvar no solo la propia vida, sino también la de los pequeños, aunque fuera como esclavos. Ahora bien, la transacción no fue pacífica. Hubo mucho dolor. Hubo mucho sufrimiento. Nació también mucho rencor. Y a Fritigerno, que había encabezado la migración, se le planteó un problema de primera magnitud: qué hacer ahora para no quedar ante su propio pueblo como un traidor.

Fritigerno y Alavivo volvieron a dirigirse a Valente. El emperador estaba en aquel momento más preocupado por tapar el boquete que se le había abierto en el este de su Imperio por la presión persa. ¿Qué respondió Valente? Que si los godos no encontraban sustento en Durostorum, podían ir a buscarlo a Marcianópolis, rica ciudad con abundantes mercados, residencia de invierno del emperador y pivote

estratégico de la frontera oriental. Y allá que fueron Fritigerno y Alavivo, escoltados por el jefe militar romano en la región, el general Lupicino. Marcianópolis es la actual ciudad búlgara de Devnya, 150 kilómetros al sur de Durostorum (la actual Silistra). Una marcha agotadora para los godos que allí acudieron en busca de pan para su pueblo. Maltrechos como iban, muchos de ellos murieron por el camino. ¿Y qué pasó en Marcianópolis? Que las cosas iban a ponerse todavía peor.

Sin piedad

Los tervingios llegan a Marcianópolis con su escolta romana. Lupicino ordena que se mantengan a distancia de la ciudad, con una fuerza militar para contenerlos. En ese momento los tervingios reciben noticias de que sus hermanos greutungos, que han cruzado ya el Danubio, se dirigen hacia Marcianópolis. También Lupicino recibe la noticia, de manera que el romano maquina una añagaza: temiendo que tervingios y greutungos juntos asalten la ciudad, invita a Fritigerno y Alavivo, más unos pocos nobles tervingios, a cenar con él dentro de los muros: serán sus rehenes. Mientras tanto, en las afueras de Marcianópolis, el resto de los godos ven cómo los romanos les cierran las puertas de los mercados de la ciudad. Muertos de hambre, los tervingios asaltan cuanto tienen a mano, roban, matan. ¿Con qué armas, si habían tenido que entregarlas cuando pasaron el Danubio? Con las que habían logrado llevar consigo a base de sobornar a la venal guarnición de Durostorum. Varios soldados romanos mueren en las turbulencias. ¿Qué hace Lupicino? Ordena en represalia matar a sus invitados tervingios y tomar a Fritigerno y

Alavivo como rehenes. Pero la matanza llega a oídos de los godos que aguardan fuera, que de inmediato preparan el asalto a la ciudad. Lupicino constata que la situación se le ha ido de la manos. Entonces Fritigerno propone una salida: que el romano le deje salir, para mostrar a su pueblo que está vivo, y él se marchará de allí. Lupicino accede. ¿Y Alavivo? Ni una sola línea se menciona sobre él en las crónicas a partir de este momento; hay que suponer, por tanto, que murió en la matanza de Marcianópolis.

Fritigerno vuelve con su pueblo, en efecto. Y abandona Marcianópolis, tal y como se había comprometido a hacer. Pero todo ha cambiado ya: los romanos les han engañado por segunda vez y no habrá una tercera. Los tervingios deciden romper el pacto con Roma y marchan al norte, donde están llegando ya los greutungos de Alateo y Sáfrax. Lupicino tiene que tomar una decisión y ha de hacerlo rápido. No se le ocurre mejor cosa que armar a sus hombres y salir en persecución de los godos. Los alcanza a catorce kilómetros de Marcianópolis. El romano lleva consigo 5.000 hombres, un millar de ellos a caballo; quiere dar la batalla. Grave error: a los tervingios de Fritigerno se han unido ya los greutungos de Alateo y los alanos de Sáfrax, de manera que suman más de 7.000 guerreros y tampoco carecen de caballería. Los godos cargan y rompen las líneas romanas. Sin orden, los romanos están perdidos. Toda la fuerza de Lupicino se descompone. El propio general salva la vida por los pelos y corre a refugiarse tras los muros de Marcianópolis. Detrás deja millares de bajas, incluidos todos los oficiales subalternos y la totalidad de los estandartes. Los cadáveres romanos proveen a los godos de todas las armas y

corazas que necesitan. Los peregrinos de Durostorum se han convertido en un ejército temible. No tardarán en volcar toda su exasperación sobre los Balcanes.

La derrota de Marcianópolis dejó quebrada a Roma en la región durante lo que quedaba de 376 y buena parte del año siguiente. Las unidades militares disponibles se vieron obligadas a permanecer en las ciudades para protegerlas ante los ataques de un enemigo imprevisible. Eso quiere decir que todo lo que quedaba fuera de las ciudades se convirtió en víctima de la furia goda: no hubo campo sin esquilmar, aldea sin saquear. Si Roma había sido cruel con los godos, ahora estos devolvían la pelota con una saña que cronistas como Amiano Marcelino describen con todo lujo de detalles: fuego, muerte, expolio, la esclavitud de familias enteras. En una de sus correrías, los tervingios de Fritigerno llegan hasta los muros de Adrianópolis, la gran capital de la región romana de la Tracia. Es la actual ciudad de Edirne, en la Turquía europea: a 350 kilómetros de distancia de Durostorum. Allí, en Adrianópolis, había una fuerte guarnición romana liderada por... dos godos. Suerido y Colias, se llamaban.

Godos, en efecto, como una parte significativa de las tropas que tenían bajo su mando: eran solo algunos de los numerosos godos (y germanos en general) que en los años anteriores habían entrado al servicio de Roma. El emperador ordenó a Suerido y Colias que hicieran frente a la situación; al fin y al cabo, para eso estaban. Ellas respondieron que ante todo protegerían su propia seguridad y la de la ciudad, lo cual no dejaba de ser una forma de escurrir el bulto. Cuando los magistrados de Adrianópolis les afearon su

conducta, los germanos de la guarnición romana, guiados por sus generales, se liaron a puñaladas con el resto de sus compañeros y terminaron pasándose al enemigo, o sea, a la gente de Fritigerno. Los godos no pudieron tomar Adrianópolis porque carecían de armas de asedio y la ciudad estaba muy bien amurallada, pero el episodio da fe de hasta qué punto el Imperio se cuarteaba desde su interior.

Mientras tanto, en el norte, un contingente de godos greutungos que había cruzado el Danubio llegaba cerca de Marcianópolis. Para entonces los romanos ya habían movilizado todo lo que tenían, pero esto, a decir verdad, no era mucho: tropas traídas de Armenia, Panonia o la Galia que nunca habían combatido contra germanos y alistadas a toda prisa. La fuerza romana, mandada por Ricomero, trató de parar a los godos. Hubo batalla en un lugar llamado Ad Salices, que significa «En los sauces», a unos 15 kilómetros de Marcianópolis. No puede decirse que ganaran los godos, pero los romanos sufrieron tanto quebranto que tuvieron que levantar el campo, de manera que aquellos greutungos lograron pasar y unirse a Fritigerno. Era septiembre de 377. La Tracia entera se hundía.

El desastre de Adrianópolis

El acto decisivo iba a tener lugar apenas un año después y de nuevo en Adrianópolis. Los romanos, que al fin y al cabo seguían siendo el Imperio por antonomasia, lograron poco a poco empujar a los godos hacia las zonas montañosas, cerrando pasos y recurriendo incluso a la guerra de guerrillas. El cerebro de la operación: un general llamado Sebastián, veterano de Egipto, de Persia y de la frontera occidental. Mientras tanto, el emperador de Oriente,

Valente, decide concentrarse por entero en el problema godo: cierra el frente persa —que le tenía retenido— con un acuerdo ciertamente oneroso, se desplaza hasta Adrianópolis y, al mismo tiempo, pide tropas al coemperador de Occidente, su sobrino Graciano. El plan de Valente es concentrar el mayor número posible de efectivos y hacer frente directamente a Fritigerno en una gran batalla. El godo lo sabe. Sobre el papel, los romanos llevan ventaja en número, preparación y situación táctica. Pero a Valente pronto se le acumulan los problemas. Primero, los refuerzos que espera de Occidente quedan muy disminuidos porque Graciano ha de parar la invasión de los alamanes, otro pueblo germánico. Después, los exploradores romanos, según parece, calculan mal el número del enemigo porque la caballería goda estaba lejos del lugar. Para colmo, resulta que Fritigerno no lleva solo a sus tervingios, sino que al contingente se le han unido numerosos greutungos, alanos y hasta bandas de hunos atraídos por el botín. La ventaja romana, en la práctica, era nula.

La batalla de Adrianópolis del año 378 terminará siendo uno de los mayores desastres de la historia de Roma. Lo que pasó puede sintetizarse así: Roma ya no era lo que un día fue. Los romanos llegaron a las dos de la tarde de un 9 de agosto y después de recorrer 13 kilómetros bajo el sol, es decir, agotados por el calor. ¿Cuántos eran? Hay una enorme polémica académica al respecto, pero los estudios más concienzudos hablan de no más de 20.000 hombres. ¿Y qué tenían enfrente? A los godos acampados en sus carromatos, que debían de sumar unas 35.000 personas, de las cuales alrededor de 15.000 eran aptas para el combate.

Los godos trataron de ganar tiempo enviando parlamentarios mientras mandaban aviso a su caballería y desplegaban a su infantería. Cuando los jinetes romanos atacaron por un flanco a los godos, llegó la caballería (con nuestros viejos conocidos Alateo y Sáfrax) y puso en fuga a los de Valente. Fritigerno ordenó entonces un ataque por el centro, sobre la línea de la infantería romana, que no había terminado de desplegarse. La profesional destreza de algunas unidades romanas logró romper la ofensiva goda y abrir brecha, pero como no había caballería que pudiera explotar el éxito, porque había quedado desorganizada en el lance anterior, la hazaña no sirvió de nada. Al revés, los caballos que aparecieron fueron los de los godos, que entraron a saco en la masa desorganizada de los infantes romanos. Fue una carnicería. Dos tercios del ejército romanose dejaron allí la vida. Murieron en combate treinta y cinco tribunos. Murió el general Sebastián. También murió el propio emperador Valente, herido por una flecha según la versión más común. La hecatombe.

El victorioso Fritigerno intentó llegar una vez más a Adrianópolis. La ciudad aguantó, pero nadie libró a los Balcanes de un saqueo a conciencia desde las montañas del interior hasta el mar: la Tracia, la Dacia, Panonia, Macedonia... Los godos se dividieron en dos, probablemente porque no era fácil sustentar a tanta gente desde un punto de vista meramente logístico, y también porque, como ya hemos visto, las escisiones de origen permanecían siempre vivas. Los greutungos se movieron hacia el norte, los tervingios hacia el sureste. Hizo falta todo el poder de Roma para frenarlos. El emperador de Occidente, Graciano, logró

detenerlos en Panonia. El relevo de Valente en Oriente, el hispano Teodosio, hizo lo propio en Tracia.

Este Teodosio, justamente llamado el Grande, iba a convertirse enseguida en cabeza de todo el Imperio, porque Graciano murió: será el último emperador que gobierne la totalidad del mundo romano. Será también el que consiga pacificar el paisaje. Después de cuatro años y dos campañas a gran escala, Teodosio entrará en Constantinopla, derrotará a Fritigerno y convencerá a los líderes de las fuerzas godas para firmar la paz. El tratado se suscribió en octubre de 382. Fue otro acontecimiento decisivo. Los tervingios obtenían plena posesión de anchas tierras en la Tracia —entre las actuales Bulgaria y Grecia—. Por primera vez en su historia, el Imperio romano concedía a un pueblo bárbaro el derecho a vivir de manera autónoma dentro de sus fronteras. Esa fue la gran victoria de los godos.

DENTRO DE ROMA

Los godos se mantuvieron relativamente tranquilos mientras duró el pacto con Teodosio. Al menos, los tervingios asentados en la Tracia, porque otros godos se dedicaban a perpetrar saqueos en diferentes puntos del este del Imperio y aún otros estaban ya sirviendo como soldados en las legiones romanas. Al otro lado del Danubio, los ostrogodos (los greutungos) habían quedado reducidos a siervos de los hunos. Precisamente la presión hunica había provocado que el desplazamiento de los pueblos germanos hacia el territorio imperial se hiciera irreversible: francos, godos, vándalos o burgundios, por ejemplo, formaban ya parte del paisaje imperial, unas veces como soldados en las

legiones, otras como aliados en la frontera y, frecuencia, como piezas del complejo juego político romano, de tal modo que una y otra vez veremos a unos germanos enfrentados contra otros bajo los estandartes de distintas facciones imperiales.

Nuestros tervingios constituían un caso muy especial porque, después del pacto con Teodosio, gozaban del privilegio de combatir para Roma como una fuerza singular, con sus propios jefes, en contingentes íntegramente godos, como nación reconocida por tal. Así ocurrió en la célebre batalla del río Frígido (hoy territorio de Eslovenia), donde los tervingios combatieron para Teodosio contra el usurpador Eugenio. Era el año 394. Por cierto: en esta batalla, el general de las tropas romanas de Teodosio fue el vándalo Estilicón, y el jefe del ejército igualmente romano de Eugenio era el franco Arbogastes. Decididamente, la suerte del Imperio era ya inseparable del elemento germánico.

Alarico tiene ideas propias

En aquella batalla del río Frígido brilló un joven guerrero del linaje de los baltingos, Alarico, que tenía ideas propias sobre la relación de su pueblo con Roma. Alarico había nacido en torno al año 370, de manera que le había tocado vivir los durísimos años de la migración, el hambre y la guerra contra Roma. Se hizo hombre luchando para Roma, pero dentro de la singular autonomía tervingia. Hay que suponer que, como todo su pueblo, guardaría las heridas de los años anteriores. Heridas antiguas a las que se añadieron otras nuevas, porque los romanos, todo sea dicho, usaban a los visigodos como carne de choque en sus batallas. En

aquella del río Frígido, el jefe militar de Teodosio, Estilicón, de origen vándalo, lanzó a los visigodos a pecho descubierto contra el enemigo, con el resultado de que perecieron la mitad de los tervingios hasta alcanzar el escalofriante número de 10.000 bajas. ¿Qué general diezma a su propia fuerza de choque en el primer compás de un combate? Siempre existirá la sospecha de que aquella maniobra suicida tenía precisamente por objeto diezmar a los tervingios para restarles fuerza frente a Roma. El jefe del contingente visigodo en el río Frígido era Alarico, que debió de sacar las oportunas enseñanzas del lance.

En esas condiciones, puede entenderse por qué cuando murió Teodosio, en el año 395, los visigodos decidieron romper su pacto con Roma: si el Imperio quería seguir contando con las armas tervingias, tendría que mejorar el contrato. Además, había problemas políticos que vaticinaban un paisaje extremadamente convulso: Teodosio, a su muerte, había vuelto a dividir el Imperio entre sus dos hijos, Arcadio y Honorio. Al primero le tocaba Oriente y al segundo Occidente. Con el agravante de que ambos hermanos se odiaban a más no poder. Arcadio, que tendría unos diecisiete años en el momento de heredar el Imperio oriental, carecía de la energía suficiente para controlar el gobierno; el hombre fuerte de la situación era el prefecto Rufino, de origen galo. Honorio, emperador de occidente, estaba en situación aún más precaria: un niño de once años al frente de un inmenso territorio cuya verdadera cabeza era el mencionado general Estilicón, hijo de un vándalo y una romana, casado con una sobrina del difunto Teodosio y nombrado por este tutor del pequeño Honorio. Retengamos

todos estos nombres, porque van a ser cruciales en los sucesos posteriores.

El reparto del imperio entre los inquietantes hermanos no habría dejado de ser un problema ajeno para los godos de no mediar la enojosa circunstancia de que nuestros tervingios aún no habían cobrado la cantidad que Roma les adeudaba por la batalla del río Frigido. Cuando Tedosio murió, Arcadio y Honorio se quitaron el problema de encima con el efugio de que aquella deuda había sido contraída por su padre, no por ellos, y en nombre de un Imperio que ya no era el mismo, porque ahora volvía a haber dos emperadores. En tal tesitura, los visigodos decidieron tirar por la calle de en medio: además de romper el pacto con Roma, eligieron a su propio rey. ¿Quién? El mencionado Alarico. Que, ciertamente, no era hombre dado al diálogo y la concertación. Y así volvió a empezar todo.

Es muy significativo que Alarico fuera elegido precisamente rey, cosa que no era inédita entre los greutungos, pero sí insólita en los tervingios. Hasta entonces los visigodos, ya lo hemos visto, elegían a un juez para los asuntos políticos y de manera ocasional a un caudillo para las empresas guerreras, pero no un rey con los atributos regulares de la monarquía. Alarico I, sin embargo, fue elegido jefe político y militar por el viejo procedimiento de la proclamación pública al estilo guerrero. He aquí que este pueblo, que hasta ese momento parecía fragmentario por naturaleza, concedía ahora a un hombre todo el poder. Y quizá no pueda decirse que con Alarico comienza la monarquía visigoda, porque aquel rey no tenía corte, ni capital ni territorio que pudiera considerar propio, pero,

desde luego, con él empieza el camino de los visigodos para convertirse en una unidad política. Ese camino que terminaría en España.

¿Qué hizo Alarico? Atacar las ricas tierras de Tracia en una feroz campaña de saqueo. Después de todo, no dejaba de ser una manera de cobrarse lo adeudado. Por otro lado, los hunos estaban presionando de nuevo en el Danubio, de manera que no había muchos más sitios donde ir. Así que los tervingios cogen las armas y atraviesan a punta de lanza los Balcanes hasta llegar a un paso de Atenas. Ciudades como Corinto, Argos y Esparta caen bajo su empuje. Roma reacciona: Estilicón moviliza a su ejército, el mismo que había combatido en el río Frígido, y lo lanza contra Alarico. Ahora bien, ese ejército estaba compuesto por unidades tanto del Occidente como del oriente del Imperio, y los nuevos jefes de Oriente, Arcadio y su prefecto Rufino, temían más a Estilicón que a Alarico. ¿Qué hizo Rufino? Reclamar para sí a todas las fuerzas de oriente que Estilicón tenía bajo su mando, dejando a este sin la mitad de su ejército. La maniobra da fe de hasta dónde llegaba la putrefacción del imperio. Resultado: Estilicón se tuvo que marchar por donde había venido y Alarico llegó hasta las puertas de Atenas. Si no pasó la ciudad a sangre y fuego fue porque los atenienses, sabios, salieron a las puertas de la ciudad y colmaron a Alarico y los suyos de toda clase de agasajos, regalos, baños y banquetes, de modo que los tervingios no necesitaron desenvainar la espada para llevarse lo que habían ido a buscar. A todo esto, mientras tanto, las tropas que habían abandonado a Estilicón llegaban a Constantinopla y asesinaban a Rufino, al parecer por mano

de un mercenario godo llamado Gainas y probablemente bajo instrucciones directas del eunuco Eutropio, que ambicionaba el puesto del difunto Rufino. Este debió de morir pensando que siempre hay alguien más malo que uno mismo.

El problema de Estilicón

Alarico encontró vía libre por todas partes: no había nadie para detenerle. El emperador Arcadio, guiado por el eunuco Eutropio, optó por una solución política con retranca: nombraría a Alarico *magister militum*, es decir, el más alto jefe militar, y cedería territorios a los visigodos en Iliria, la parte occidental de los Balcanes, que corresponde más o menos a la actual Albania más partes de Croacia, Bosnia y Serbia. Eso significaba tanto como institucionalizar la presencia visigoda en el imperio: una novedad política fundamental. Ahora bien, la retranca consistía en que aquella región de Iliria, no particularmente rica, se hallaba en perpetua discordia con el Imperio de Occidente, de modo que, en la práctica, eso de mandar a los tervingios a Iliria equivalía a traspasar el problema godo a Honorio y Estilicón. Dicho de otro modo: Arcadio utilizó a los visigodos para hacerle la guerra a su hermano Honorio.

Cuando decimos «Honorio» hay que decir en realidad «Estilicón», porque el emperador de occidente, con sus once años, apenas podía hacer otra cosa que poner cara de niño muy serio. Estilicón era quien mandaba a las tropas y, por expreso deseo del difunto emperador Teodosio, quien guiaba como tutor al chiquillo. Más aún, Estilicón arregló que su hija María, que aún no tenía catorce años, se casara con Honorio, de manera que todo quedaba en casa. El

matrimonio no llegó a consumarse y María murió muy joven, en 407, pero entonces a Honorio lo casaron con la otra hija de Estilicón, que se llamaba Termancia. Mucho poder en unas solas manos; probablemente demasiado.

Hay que decir que Estilicón era un general de eficiencia asombrosa y que tres veces frenó a Alarico: en Macedonia en 397, en Pollentia en 402, en Verona en 403. Cada vez que los tervingios trataban de pasar al oeste, hacia la mismísima Roma, allí estaba Estilicón, medio vándalo y medio romano, con su ejército lleno de germanos, para pararles los pies: unas veces con la espada y otras con tratados como el del año 407, que apaciguó a Alarico a cambio de la muy respetable suma de 1.814 kilos de oro. Pero el gran problema para Estilicón no estaba en los visigodos. Tampoco en los vándalos y alanos a los que derrotó en Recia. Ni en la expedición ostrogoda de Radagaiso que dismanteló en Fiésolo (lance en el cual, por cierto, Alarico echó una mano a Estilicón al abstenerse de participar en el combate). Ni en los suevos a los que venció a orillas del Rin. Ni en los rebeldes como el general de origen moro Gildo, sublevado y aniquilado en África. El gran problema del victorioso general, que fue capaz de hacer frente a todos esos desafíos, estaba a sus espaldas. Porque, mientras Estilicón batallaba, en Roma se movían las lenguas de doble filo: que si Estilicón ambiciona la púrpura imperial, que si él fue el verdadero autor del asesinato de Rufino, que si en realidad es aliado secreto del godo Alarico, que si ha abierto las puertas del Imperio a los bárbaros del Rin, que qué otra cosa se puede esperar de un tipo mestizo de vándalo y romana y, además, arriano... Todo el Imperio vivía en aquel momento bajo el

impacto del cruce masivo del Rin por millares de vándalos, suevos y alanos, que aprovecharon los fríos del 31 de diciembre de 406 para atravesar el río congelado y desparramarse por la Galia. Ser medio vándalo y mandar un ejército lleno de germanos, como en el caso de Estilicón, no era algo que proporcionara una excesiva popularidad. Ningún objetivo más fácil para la venenosa crítica de la corte. Un veneno que los cortesanos de Honorio instilaban con el evidente fin de apartar al joven emperador de su veterano tutor.

La ocasión propicia para acabar con Estilicón llega en 408. En Oriente, el emperador Arcadio muere sin haber cumplido los treinta años: su único heredero es un niño de siete años, Teodosio II. Estilicón ve la oportunidad de que Honorio recupere el oriente del Imperio y le propone una jugada magistral: apoyarse en los visigodos. ¿Cómo? En aquel momento se había levantado en la Galia un usurpador llamado Constantino: Honorio —propuso Estilicón— podría pagar a los godos de Alarico la suma adeudada, aquellos 1.814 kilos de oro aún no cobrados, y utilizar a la gente de Alarico para cortarle la cabeza al tal Constantino. Así quedaría despejado el paisaje para que él, Estilicón, marchara a Constantinopla para hacerse cargo del gobierno de oriente en nombre de Honorio hasta que el pequeño Teodosio II se hiciera mayor. La maniobra tenía sentido. Pero no fue eso lo que pasó.

Honorio, contra la opinión de Estilicón, abandona Roma y se marcha a Rávena, con la corte detrás (incluida la joven Termancia, hija de Estilicón y esposa de Honorio). Una vez allí, todas las maledicencias acumuladas contra Estilicón

estallan. ¿Que el general quiere ir a Constantinopla para poner la situación bajo el control de Honorio? No, no — dicen las malas lenguas—: lo que Estilicón quiere es poner en el trono de oriente a su propio hijo, Euquerio. Y en cuanto a los visigodos —acusan los cortesanos—, ¿no es transparente que Estilicón ha pactado con ellos para entregarles el Imperio de occidente? Así se condenó al bravo general.

La suerte está echada. Con la anuencia de Honorio, la guardia de la corte de Rávena apresa a Estilicón. El joven emperador declara a su tutor y suegro enemigo público de Roma. Es agosto de 408. Estilicón es acusado formalmente de todos los males de Roma, degradado en público y decapitado el 22 de agosto. Honorio, naturalmente, repudia a su esposa, la niña Termancia, hija de Estilicón. Para dejar solo vacío tras de sí, el emperador ordena a dos eunucos que vayan a buscar a Euquerio, el hijo de Estilicón, y lo asesinen, cosa que hacen con fría eficacia. Y en un paso más allá, los soldados de Roma, siguiendo las órdenes imperiales, entran a cuchillo contra las familias de los bárbaros alistados en las legiones perpetrando una brutal matanza. Así acabó la brillante carrera de Estilicón: ahogada en sangre por su joven pupilo Honorio.

Lo que Honorio o sus cortesanos deberían haber previsto era que semejante escabechina no podía quedar sin consecuencias. Nuestro amigo Alarico, burlado una vez más por Roma, que le había birlado sus 1.814 kilos de oro, resolvía tomarse la justicia por su mano. Y los soldados germanos cuyas familias habían sido asesinadas, así como las tropas fieles a Estilicón, decidían que, como reza el Romancero, «más vale morir con honra que no vivir

deshonrado» y abandonaban en masa las filas hasta un número de 30.000 guerreros. ¿A quién acudieron los ultrajados germanos? Al tervingio Alarico, por supuesto, que veía así engrosado su ejército con una aportación de la mayor calidad. Y el rey visigodo lo vio claro: había llegado el momento de marchar sobre Roma.

SOBRE ROMA

Alarico no era un salvaje. Conviene poner esto por delante porque, cuando se habla de los «bárbaros», tendemos a imaginarnos hordas de brutos sin rasgo alguno de civilización ni otro horizonte vital que la violencia, pero los visigodos, recordémoslo, llevaban ya más de un siglo en estrecho contacto con Roma, su cultura era cada vez más romana y su mundo material era ya el del Imperio. Ello al margen de que, como acabamos de ver, y en punto a salvajismo, la civilizadísima Roma podía ser más cruel que cualquier «bárbaro». Si Alarico decidió marchar sobre Roma y aterrorizar al emperador Honorio no fue por afán de destrucción, sino porque se sentía plenamente legitimado para ello. Primero, porque Honorio le había engañado con aquel asunto de los 1.814 kilos de oro. Después, porque Honorio había roto todos los puentes con el pueblo tervingio al asesinar tan alevosamente al general Estilicón. Y además, porque Honorio, siempre Honorio, había incendiado el campo al ordenar la matanza de los soldados germanos y sus familias. Desde la perspectiva de Alarico, marchar sobre Roma no era sino un acto de justicia.

«*Intraris in urbem*»

Hay que añadir que Alarico, además, se sentía movido

por una misión que le empujaba como una fuerza irrefrenable. ¿Qué misión? Dar a su pueblo una patria, según sus propias palabras. Y esa patria solo podía conquistarse después de haber dominado la ciudad más poderosa del mundo. *Intraris in urbem*, o sea, «Entrarás en la ciudad», le decían a Alarico recurrentes voces que escuchaba en sueños. La ciudad era Roma, la gran Roma con sus fuertes murallas y sus doce puertas, con sus basílicas y con sus tesoros, la capital de la cristiandad y al mismo tiempo la capital del Imperio. La capital del mundo.

Alarico condujo a su ejército hasta Roma en aquel mismo mes de septiembre de 408, con el cadáver de Estilicón aún caliente. Lo que el rey de los visigodos llevaba consigo era, propiamente hablando, un pueblo en marcha donde, por cierto, los godos solo eran una parte. Porque iban, sí, las tribus tervingias con sus familias en carros (hasta 200.000 personas, dicen algunas fuentes), pero además estaban los soldados que habían abandonado las filas romanas por el asesinato de Estilicón, las familias de estos que habían logrado sobrevivir a la matanza y, no menos importante, millares de campesinos itálicos hartos de la opresión de sus señores, ciudadanos romanos fugados de las urbes, libertos sin otro lugar donde ir y, en fin, todo un heteróclito mosaico formado por los innumerables fragmentos que el Imperio iba rompiendo en su caída. De manera que los ataques de Alarico sobre Roma tuvieron, además, un hondo significado social.

Ataques, sí, en plural, porque fueron varios. Alarico llegó a Roma antes de que acabara el verano de 408 marchando aceleradamente por la vía Flaminia. Una vez ante la capital,

lo primero que hizo fue apoderarse del puerto y bloquear el río Tíber dejando a Roma sin vías de abastecimiento, porque la ciudad dependía de los abastos que venían desde el norte de África, el auténtico granero del Imperio. ¿Qué hicieron los romanos? Sacrificios. A los dioses paganos de la ciudad. ¿Con qué autorización? La del papa Inocencio, por paradójico que pueda parecer. Y mientras tanto, ¿qué estaba haciendo el emperador Honorio? Nada: recluido en Rávena, ciudad que consideraba segura por los densos pantanos que la rodean, Honorio se va a entregar a una demencial política de represalias contra los no católicos, ya sean paganos o ya cristianos herejes, ejecutando una auténtica «limpieza doctrinal» en la corte. Como Roma había echado mano de los sacrificios a los antiguos dioses, Honorio y sus cortesanos reprobaron a la vieja capital y la abandonaron a su suerte. No habría socorro imperial para la Ciudad Eterna.

¿Qué busca ahora Alarico? No atacar Roma. Todavía no. Lo que Alarico quiere es que Honorio le reconozca como jefe militar y le conceda poder personal y buenas tierras para su pueblo. Una patria, como ha quedado dicho: una patria que solo puede nacer bajo la sombra de Roma. Pero Honorio y sus cortesanos, ciegos a cuanto no sea su propio ombligo, hacen oídos sordos a las peticiones de Alarico. Entonces los visigodos aprietan el lazo sobre la ciudad. Ni un solo suministro entra en Roma. Aparece el hambre y, con ella, las enfermedades. En una atmósfera de locura, el senado de Roma ordena ejecutar a la esposa de Estilicón, Serena, allí refugiada; entre quienes dan el visto bueno a la ejecución está una hermana de Honorio, Gala Placidia, cuyo nombre debemos retener. Finalmente los romanos ceden. Alarico

exige un rescate. Roma ofrece cuanto tiene: 5.000 libras de oro, 3.000 de plata, 4.000 túnicas de seda, 3.000 mantos de púrpura y 30.000 libras de la cotizadísima pimienta. «¿Qué dejas a los habitantes de Roma?», preguntaron a Alarico los senadores de la expoliada Roma. «Sus vidas», respondió el jefe tervingio. Alarico podría haber añadido que dejaba también, como regalo, 300 jóvenes esclavos entregados a los senadores de Roma en prenda de buen entendimiento.

Con Roma domada, Alarico se propone retomar las negociaciones con Honorio. Esta vez el rey de los visigodos pide al emperador que le conceda los territorios entre Carintia (el sur de la actual Austria), el Véneto y la costa dálmata, es decir, el gozne entre los imperios de Oriente y de Occidente. Asombrosamente, Honorio se niega. Alarico, paciente, presiona entonces al senado de Roma para que elija a su propio emperador, alguien que esté en condiciones de negociar con Honorio: el elegido es un tal Prisco Atalo, senador y prefecto de la ciudad. Atalo nombra a Alarico jefe militar del imperio, pero no logra ir más allá: todos sus intentos por acercarse a Honorio resultan baldíos. Sobre todo a partir del momento en que los gobernadores del Imperio en África deciden no enviar más alimentos a Roma. Es el año 409 y el hambre vuelve a abatirse sobre la capital. ¿Caben más contratiempos? Sí: Honorio, sinuoso, contrata mercenarios hunos y germanos para que ataquen por sorpresa a los visigodos. Pero el cuñado de Alarico, Ataulfo —otro nombre que debemos retener—, frustra la intentona. Y esta vez el rey de los visigodos entiende que solo tiene una salida: dar en Roma un escarmiento ejemplar.

El gran saqueo

Es el 24 de agosto de 410. Alguien abre la Puerta Salaria. ¿Quién? Según algunos, determinadas familias cristianas, hartas de la política represiva desplegada por los senadores paganos de Roma; al fin y al cabo, Alarico y sus visigodos también eran cristianos. Según otros —y esto parece más verosímil—, los que abrieron la puerta fueron aquellos trescientos esclavos entregados por Alarico dos años atrás, que aprovecharon la noche para neutralizar a la guardia. Tal vez todo sea verdad al mismo tiempo. Y no cabe descartar que en la «invitación» a los visigodos tuviera parte el propio pueblo romano, porque en aquel momento el grado de explotación que sufría hacía que, a sus ojos, los bárbaros resultaran más soportables que la oligarquía de la ciudad. Nunca se insistirá bastante sobre este hecho: la vida del pueblo romanose había hecho insoportable. Algunos años antes, el escritor Lactancio había dejado este retrato de la explotación fiscal de los súbditos del imperio: «Los impuestos aumentaron de forma alarmante; el número de los que recibían era mayor que el de los que pagaban, de modo que los colonos arruinados abandonaron las tierras y los campos quedaron incultos. Aún peor resultó el hecho de que las provincias fuesen divididas en partes y que a cada una de las ciudades se enviase una multitud de funcionarios y recaudadores, cosa que no fue en absoluto favorable para la sociedad». ¿Cómo extrañarse de que miles de romanos se unieran a las filas de los godos? El hecho es que Alarico, tal y como le habían dicho en sueños aquellas voces, entraba en Roma.

Tres días duró el saqueo. Desde hacía ochocientos años, nadie había logrado entrar en Roma. Podemos imaginar la

enorme conmoción que aquello supuso en todo el Imperio. Fue sin duda el principal rasgo de este episodio, más que la cuantía material del botín. Y hubo otro rasgo que llamaría igualmente la atención de los que lo vivieron: su carácter limitado. Porque lo habitual en un saqueo de estas características era que los invasores no respetaran nada ni a nadie, que segarán cuanto cuello encontraran e inundaran de sangre las calles de la ciudad vencida. Pero en Roma ocurrió algo singular, y es que innumerables personas pudieron encontrar refugio en las iglesias porque el propio Alarico había dado orden de respetar los templos cristianos. Para los cristianos de la ciudad de Roma, que acababan de vivir un enfrentamiento extraordinariamente áspero con sus vecinos paganos, aquello fue una evidente señal de Dios. Lo explica así san Agustín:

Todo cuando acaeció en el último saqueo de Roma: todas las ruinas, las matanzas, los saqueos, los incendios, las desolaciones fueron producidas por lo que ocurre habitualmente en la guerra, pero lo que ocurrió como algo nuevo, es decir, el que la crueldad bárbara, de manera inusitada, se mostrase tan mansa que amplísimas basílicas fueron designadas para que acogieran a gente que salvar, donde nadie fuera asesinado, nadie capturado, donde muchos pudieran ser llevados por enemigos piadosos para ser liberados, donde nadie pudiera ser tomado preso ni siquiera por enemigos crueles – no hay quien no vea que esto ha de ser atribuido al nombre de Cristo.

Ciertamente, lo que dirán los comentaristas paganos es que esto demostraba la complicidad de los cristianos con los visigodos.

Alarico se llevó de Roma muchas cosas. La primera, el prestigio personal. Él mismo lo dirá así: «Desde que tomé Roma en mis manos, nadie ha vuelto a menospreciar el poder de los godos. Lo que impulsó el afán de conquistas y el

deseo de aventuras dio grandeza a un pueblo necesitado de patria». Lo segundo que se llevó de Roma fue un botín extraordinario entre cuyas joyas se menciona siempre algo tan llamativo como la Mesa de Salomón, nada menos. Y lo tercero fue una rehén que iba a dar mucho que hablar: Gala Placidia, la hermana de Honorio, aquella que había asentido a la ejecución de Severa, la esposa de Estilicón. Gala Placidia era en aquel momento una joven de unos veinte años que, además de su belleza, portaba consigo un tesoro de valor incalculable: los títulos de «nobilísima» y «augusta», que le permitían transmitir la dignidad imperial. En plata: en la mano de Gala estaba la llave para poder proclamarse emperador con toda legitimidad.

Había llegado el momento de dirigirse a Rávena y decirle a Honorio cuatro verdades. Alarico tenía bajo su puño un ejército de enormes proporciones, una princesa imperial y, además, al pobre Prisco Atalo, que no dejaba de ser un exemperador cuya corona en cualquier momento podía reverdecer. No es difícil imaginar lo que Alarico guardaba en ese momento en la cabeza: llevaba quince años reinando sobre los visigodos y había logrado conducir a su pueblo desde un rincón periférico de la Dacia hasta la mismísima Roma. Era aún joven: unos cuarenta años. Tenía todo por delante. En aquel instante había tres emperadores en Occidente: Honorio, que permanecía recluido en Rávena; un general llamado Constantino que se había proclamado emperador en la Galia, y el cesante Atalo. Realmente era posible hacerse fuerte en Roma y desde allí construir un reino. Para ello solo hacía falta una cosa: garantizar los abastecimientos, lo cual exigía controlar las rutas del norte

de África. Ya hemos visto cómo, un año atrás, el cierre de las rutas africanas había dejado a Roma sin comida. Alarico debió de verlo con la misma claridad, y por eso puso a su gente ante un nuevo objetivo: el África romana y sus inmensas reservas de grano.

Los visigodos, con su innumerable cohorte de gentes de todas las procedencias, marcharon camino al sur: Campania, Apulia, Calabria... En todas partes, por supuesto, los correspondientes saqueos. La idea era llegar hasta Sicilia y, desde allí, embarcar en masa hacia la provincia de África, que así se llamaba entonces la franja costera de lo que hoy es Túnez y Libia. Quien controlara aquello tendría la llave de la despensa del imperio. Pero entonces comenzaron las calamidades. Primero, una fuerte tempestad barrió la flota que había comenzado a alinearse en Sicilia para la gran operación. Inmediatamente después, Alarico cayó enfermo de convulsiones y fiebre. Malaria, probablemente. Lo llevaron a Cosenza, la gran capital de la Calabria romana, pero no había nada que hacer. Todo se venía abajo en pocos días. Alarico fallecía enseguida. Sus visigodos, conmocionados, le rindieron el mejor homenaje que supieron: desviar el río Busento para enterrarle en el lecho, con su caballo y armadura y parte de su tesoro, y devolver después las aguas a su cauce para que nadie supiera jamás dónde estaba el cuerpo de aquel gigante. Para más seguridad, los esclavos que habían hecho la obra fueron ejecutados.

Así acabó Alarico. Y así acababa también el proyecto visigodo de construir algo parecido a su propio imperio, porque el poder del difunto rey era tan personal que no

había nadie capaz de continuar su obra. Nuestros tervingios eligieron a un nuevo rey: Ataulfo, cuñado de Alarico, que entretanto había trabado relaciones más que amistosas con Gala Placidia. Pero era imperativo cambiar de planes: por un lado, serias brechas empezaban a resquebrajar el bloque visigodo; por otro, Roma veía por fin la oportunidad de tomar la iniciativa. Ataulfo decidió abandonar Italia y buscar fortuna en otras tierras. Empezaba así una nueva aventura.

II. UN HOGAR EN LA GALIA

EL SUEÑO DE ATAULFO

Alarico moría cubierto de gloria —de gloria y de agua—, pero dejaba detrás un montón de problemas. El primero y fundamental: dónde encontrar una tierra apta para que los visigodos pudieran instalarse con tranquilidad. Ya estaba claro que la solución no podía pasar por pelearse continuamente con el emperador de Occidente, entre otras razones porque eso exigía una unidad que nuestros godos estaban muy lejos de disfrutar, lo cual quedó dramáticamente de manifiesto en cuanto Alarico abandonó el mundo de los vivos. El nuevo rey electo, Ataulfo, era muy consciente de todo ello, y también de la precariedad de su situación.

Una corona de espinas

¿De dónde había salido Ataulfo? De la Panonia, al parecer: esa feraz llanura en la actual Hungría que había sido ocupada por pueblos godos desde al menos un siglo atrás. Ataulfo no formaba parte del grupo que recorrió los Balcanes con Alarico: su campo de acción estaba bastante más al norte. Pero pertenecía al mismo linaje que el rey (los baltos o baltingos) y, además, era cuñado suyo, porque Alarico estaba casado con una hermana de Ataulfo. Se cree que era hijo o sobrino de Alateo, ese jefe greutungo al que páginas atrás hemos visto en las batallas de Ad Salices y Adrianópolis: se trata de aquellos greutungos que se negaron a vivir sometidos a los hunos y a los que había

correspondido precisamente la Panonia en el acuerdo suscrito con el Imperio. El hecho es que, cuando Alarico toma el camino de Roma, allá por 408, un fuerte contingente de jinetes tervingios, greutungos y hasta hunos acude a respaldar al rey de los visigodos, y quien marcha a la cabeza del refuerzo es Ataulfo. Lo que le faltaba a las tropas de Alarico era precisamente caballería, de manera que su llegada fue festejada por todo lo alto. El emperador que puso Alarico en Roma, Prisco Atalo, nombró a Ataulfo «conde de los domésticos a caballo», lo cual era tanto como confiarle el mando de toda la caballería. En plata: Ataulfo era la mano derecha de Alarico. Y por eso pareció enteramente natural que, muerto el rey, su cuñado heredara la corona.

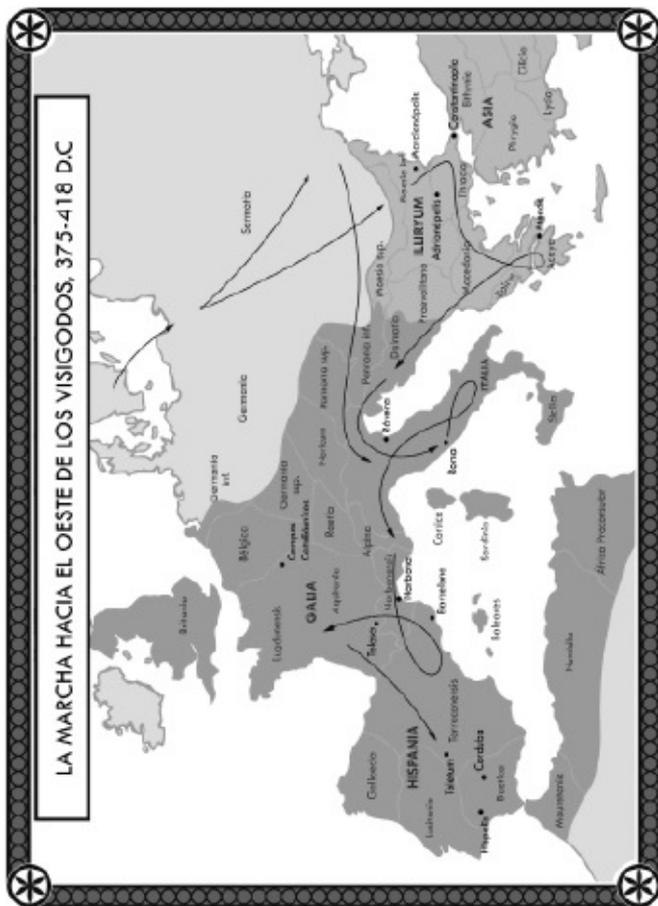
Ataulfo, además, era inteligente y sabía bien lo que le quedaba en las manos: una victoria sonada y un botín formidable, sí, pero también un pueblo en marcha harto de caminar y unas huestes divididas por mil querellas de clan y por la propia complejidad de su origen, porque, en aquel momento, en la inmensa muchedumbre visigoda (probablemente unas doscientas mil personas) había no solo godos tervingios, sino también greutungos, contingentes alanos, grupos de hunos, germanos de distinto origen y, sobre todo, una porción nada desdeñable de romanos que se habían sumado a la caravana en busca de mejor fortuna. Para más desazón, Ataulfo no tenía que lidiar solo contra las tropas de Honorio, sino también contra los grupos de germanos que el emperador había comprado —literalmente— para que le hicieran el trabajo sucio. La corona de Ataulfo tenía mucho de corona de espinas.

Entre esas huestes de germanos a sueldo del emperador

había un godo notabilísimo: Saro (en latín, Sarus), del clan de los Rosomones. ¿Recuerda usted aquel brutal episodio de la ejecución de Sunilda, esposa del rey greutungo Hermanarico, del linaje de los amalos? Pues bien, la tradición dice que Hermanarico murió después a manos de los hermanos de Sunilda, y entre ellos se cuenta al tal Saro. Salvo que aceptemos un prodigio de longevidad, no es fácil creer que nuestro amigo Saro se vengara de Hermanarico en el año 375 en Cherniajov y apareciera treinta y cinco años después acaudillando huestes en Roma. Es poco probable que se trate del mismo personaje. Pero es verdad que los rosomones de Saro se la tenían jurada a los otros godos desde aquel episodio, así que bien podemos pensar que este caballero era pariente de la desdichada Sunilda o, cuando menos, miembro del clan que la vengó. El odio entre los rosomones y los otros clanes era bien notorio. Y a Saro y a su sed de venganza acudió Honorio cuando tuvo que echar mano de alguien que combatiera a los visigodos desde dentro del propio pueblo godo. Saro era un gran guerrero: había combatido numerosas veces a las órdenes de Estilicón, dirigió a los ejércitos imperiales en la Galia y resolvió más de una papeleta al emperador lo mismo contra bárbaros que contra usurpadores. El asesinato de Estilicón le alejó de Honorio, pero ahora este se hallaba en condiciones de pagarle muy bien sus servicios.

Ataulfo lee el paisaje: Honorio está en Rávena y es su enemigo; Saro también es su enemigo y está al servicio de Honorio. Bazas de Ataulfo: una mujer de la familia imperial, Gala Placidia, y otro emperador en potencia, el pobre Prisco Atalo. Ataulfo sabe que no puede permanecer en Roma.

¿Dónde ir? Fuera de Roma, allá donde haya enemigos de Honorio y Saro, es decir, eventuales aliados con los que poder pactar. Lugar idóneo: las Galias. Desde la invasión bárbara de diciembre de 406, las Galias se habían convertido en el punto más débil del Imperio, el lugar donde más patente se hacía el hundimiento del orden romano, la fragmentación del poder territorial, la impotencia del viejo Estado. Allí precisamente acaba de levantarse un nuevo usurpador: Jovino, un senador galorromano exhibido como mascarón de proa por las huestes burgundias y alanas del rey Gunther que se han adueñado del país. Los visigodos de Ataulfo son muchos más y tienen mejores bazas. No es difícil imaginar el plan: hacer acto de presencia en la Galia, exigir tierras (o, directamente, ocuparlas) y legitimarse con Gala, con Prisco, con Jovino o con quien haga falta para consolidar un espacio político propio, dentro de Roma, pero al margen de la corte de Rávena. Ataulfo y los suyos se ponen en marcha. Es el año 411.



La mano de Gala Placidia

Entonces ocurre algo inesperado: Saro, el de los rosomones, decide ponerse del lado de Jovino, el usurpador galorromano. ¿Por qué? Seguramente por lo mismo que movía a Ataulfo: fiarse de Honorio era como meterse una víbora en la cama y Jovino, por el contrario, ofrecía innumerables oportunidades. Así Saro abandona a Honorio y termina pasándose al bando de Jovino. Pero, naturalmente, esto obliga a Ataulfo a rectificar su estrategia: con Saro en el campo, no habrá sitio para él. ¿Qué hacer? Cambiar de caballo sobre la marcha; no solo de caballo, sino también de

carrera. La aparición de Saro junto a Jovino le ha puesto en bandeja la posibilidad de ganarse para siempre la voluntad de Honorio. ¿Cómo? Ataulfo fuerza un encuentro con Saro. Este, por supuesto, no se fía, pero acude con su hueste. Hay lucha. Saro pierde. Su cabeza acaba en las manos de Ataulfo. Su cabeza y también sus huestes, que, como era habitual, son acogidas en el ejército del vencedor. Es el año 412. El Imperio de cartón de Jovino en la Galia se hunde. El usurpador reacciona nombrando un coemperador: su hermano Sebastiano. La maniobra quiere ser una muestra de hostilidad hacia Ataulfo, un mensaje de que tampoco aquí habrá tierra para los visigodos, pero eso no inquieta al rey tervingio, al revés: es una nueva baza en sus manos. Ataulfo, esta vez como aliado de Honorio, se enfrenta a Sebastiano y le derrota. Jovino huye; será hecho preso y decapitado en Narbona. Y ahora los visigodos se han convertido de facto en el brazo armado del emperador de Occidente. Era el año 413.

Ataulfo explota al máximo su victoria. Tal vez en algún momento soñó en fundar su propio Reino en tierras de la Galia, una Gothia en suelo romano, pero ahora el sueño es mucho más factible: vivir integrado en el imperio romano como jefe militar. Los visigodos pactan con Honorio: pondrán sus armas al servicio del emperador a cambio de raciones para 15.000 soldados y de que se les permita instalarse pacíficamente en el valle del Ródano. Y es solo el principio, porque Ataulfo se ve ya convertido en un aristócrata romano como lo fue Estilicón. El godo ofrece a Rávena un tratado de paz. En prenda de buena voluntad, ofrece la libertad de Gala Placidia, hermana del emperador, rehén de los visigodos desde el saqueo de Roma. Todos los

comentaristas coinciden en que Ataulfo y Gala se amaban. Alto, pues, era el precio que Ataulfo estaba dispuesto a pagar. Pero Honorio dijo que no.

¿Por qué Honorio se negó a aceptar un pacto que, en principio, solo le reportaba beneficios? Probablemente porque alguien le convenció de que suscribir tal acuerdo era tanto como rendirse, y ese «alguien» solo pudo ser el general Flavio Constancio, un duro militar que debía de pasar ya de los cincuenta años y que se había curtido en las guerras contra los bárbaros y contra los usurpadores de la púrpura imperial. No había cerca de la corte de Rávena muchos generales que pudieran presumir de historial semejante. Además, Constancio amaba a Gala Placidia —o, al menos, deseaba su mano como trampolín para saltar a la cúpula del poder—, todo lo cual le empujaba a negarse en redondo a cualquier trato con Ataulfo. Desde su punto de vista, la oposición era comprensible: en aquel momento los pueblos germánicos campaban a sus anchas por Galia y por Hispania; los aristócratas locales habían pactado con los invasores para protegerse y, de paso, para soltar amarras respecto a un poder imperial ya inoperante. En ese contexto, toda muestra de debilidad ante un pueblo invasor sería aprovechada por los poderes locales que aquí y allá pugnaban por levantarse, y eso era precisamente lo único que el Imperio no podía permitirse. ¿Qué ofrecía Ataulfo? ¿Paz a cambio de tierras y armas? ¿Y cuánto tardarían los visigodos, bien arraigados en sus tierras, en volver sus armas contra el emperador? Constancio se opuso a cualquier pacto. Ciertamente, no fue el único. Y Honorio acató el consejo.

Ataulfo, como antes Alarico, debió de pensar que nada

más inútil que fiarse de la corte de Rávena. Irritado, optó por crear su propia Roma. Primero reactualizó la corona de Prisco Atalo, aquel que había sido nombrado en su día por Alarico, y le designó emperador. Acto seguido se desposó con Gala Placidia y, dato importante, lo hizo con el pleno consentimiento de la joven. La boda se celebró en Narbona en enero de 414. Hay que recordar el valor político de la mano de Gala: por su título de augusta, sus hijos podían ser emperadores. Los regalos que la joven recibió por su matrimonio estuvieron a la altura del envite: cien cofres colmados de oro y piedras preciosas, en manos de cincuenta doncellas envueltas en lujosas túnicas de seda. El mensaje para Honorio era transparente: en la Narbona visigoda había nacido un nuevo poder que ya no era bárbaro, sino romano, porque llevaba el nombre de Gala Placidia. Cuando nació el primer hijo de ambos, Teodosio, Ataulfo se quitó de encima al emperador títere Prisco Atalo: sencillamente, ya no era necesario.

Tragedia en Barcelona

La reacción de Rávena fue fulminante. Honorio envió un ejército al mando de, por supuesto, Constancio, el frustrado pretendiente de Gala. Constancio no solo presionó con sus cohortes en el territorio de Narbona, sino que además recurrió al expediente de bloquear todas las vías de abastecimiento visigodas. Estas se hallaban, como de costumbre, en los puertos del sur: el grano que venía de África. Como nuestros visigodos todavía no habían podido materialmente trabajar sus tierras, todo el pueblo de Ataulfo se vio obligado a avituallarse sobre la marcha. Esta vez se dirigieron hacia el sur, es decir, Hispania, donde el poder

seguía manifestando una fragilidad catastrófica. Después de algunos encuentros armados con los vándalos que andaban por allí, Ataulfo y Gala Placidia instalaron su corte en Barcino, la actual Barcelona. Estaba terminando el año 414. Y entonces un negro telón cayó sobre el pueblo visigodo.

Primero fue la muerte del pequeño Teodosio, el hijo de Gala y Ataulfo. Ese niño había recibido el nombre –romano– de su abuelo materno, el último que tuvo todo el Imperio bajo su cetro, y su mera existencia era una declaración política de alcance trascendental, una promesa de integración plena de los godos en el mundo romano. Murió como tantos otros en un tiempo en el que la mortandad infantil era altísima, pero con este niño moría además un sueño. Sus padres lo inhumaron dentro de un sarcófago de plata. Y no iba a ser el único sueño que moriría en Barcelona. Porque pocos meses después, en el verano de 415, el propio Ataulfo resultaba herido de muerte. No en combate, pues en aquel momento no había tal, sino atravesado a traición por un siervo vengativo mientras inspeccionaba las caballerizas.

¿Recordamos a Saro, el caudillo de los rosomones, derrotado y muerto por Ataulfo? Pues bien: he aquí que Saro tenía un sirviente llamado Evervulfo; he aquí que este Evervulfo, como otros muchos del séquito de Saro, pasó al servicio de Ataulfo tras la muerte de su señor; he aquí, en fin, que Evervulfo, en venganza por la ejecución de Saro, aprovechó su proximidad a Ataulfo para matarle. ¿Le mató solo por venganza entre clanes rivales o quizá por algo más? Desde antiguo hay un hondo debate sobre este punto, porque ciertos autores clásicos (Orosio y Olimpiodoro,

concretamente) señalan que Ataulfo, tras la muerte de su hijo Teodosio, había expresado su propósito de devolver a Gala Placidia a Roma y renovar las paces con Honorio. Un proyecto que no gustó nada a una parte importante de la nobleza goda, harta de que los romanos les cortaran los suministros. De ser esto cierto, el asesinato de Ataulfo podría venir por mano de alguna facción goda descontenta con la política filorromana del rey. Añadamos que el tal Evervulfo, según parece, era muy bajito, lo cual suscitaba de continuo las chanzas de Ataulfo. ¿Mató entonces Evervulfo al rey por una pura cuestión personal?

Lo más posible es que todo sea verdad al mismo tiempo, a saber: que hubiera una facción descontenta por la política de paz con Roma, que esa facción fuera precisamente la de los amigos de los rosomones y que el tipo idóneo para ejecutar la venganza fuera aquel Evervulfo tantas veces ridiculizado por el rey. Que en el asesinato de Ataulfo hubo un trasfondo político parece evidente: el rey, en su lecho de muerte, quiso imponer a su hermano Walia como sucesor, pero los nobles visigodos desoyeron sus deseos. ¿A quién escogieron? A un hermano del difunto Saro llamado Sigerico. Es decir, al partido contrario.

La sucesión fue violenta, brutal. Sigerico ordenó de inmediato asesinar a todos los hijos que Ataulfo había tenido en anteriores enlaces y que estaban bajo custodia del obispo godo Sigisaro. Para más humillación, hizo prender a Gala Placidia y la obligó a caminar atada delante de su caballo, junto a otros prisioneros, hasta doce millas lejos de Barcelona. Era demasiado para lo que el clan del rey difunto podía soportar. Los baltingos seguían siendo uno de los

pilares del pueblo visigodo. Por otro lado, el otro gran clan, el de los amalos, muy vinculado a Ataulfo desde los tiempos de Panonia, también se sintió ofendido. Así que, a los siete días de haberse proclamado rey, el bestial Sigerico era asesinado a su vez por los partidarios de Walia, el hermano de Ataulfo. Y vuelta a empezar.

MARTILLO DE BÁRBAROS

Si había alguien harto de andar de un lado a otro sin echar raíces en ninguna parte, harto de ganar batallas que no servían para nada y harto de jugar al gato y al ratón con la corte imperial, ese tenía que ser Walia. El hermano de Ataúlfo era un baltingo convencional: noble por linaje y guerrero por función, pero era además un hombre sensato y tranquilo, de juicio templado, muy lejos de la figura del colérico jefe de horda errante. Los visigodos no eran nómadas por naturaleza: su cultura era tan sedentaria como la romana. Y si Roma no les dejaba echar raíces en su suelo, entonces tendrían que buscarse otro emplazamiento. ¿Cuál? Uno que proporcionara suficiente alimento para la muchedumbre visigoda. ¿Y dónde estaba ese oasis? Solo en un lugar: en África, el granero del Imperio.

Un hombre tranquilo

La provincia romana de África correspondía aproximadamente a lo que hoy es Túnez más la franja costera noroeste de Libia. En la época era un vergel porque el clima era más lluvioso. Las reservas de grano del Imperio venían casi en su totalidad de allí. Los godos habían sufrido varias veces las consecuencias del corte de suministros del sur. Por otra parte, como era una tierra rica, los poderes

locales pugnaban permanentemente por levantarse contra Roma, creando un continuo paisaje de inestabilidad. Es decir que, al menos sobre el papel, imponerse militarmente en África era más sencillo que hacerlo en suelo europeo. Alarico ya lo había intentado. Walia lo veía ahora igual de claro: conquistar África le permitiría cumplir el viejo sueño del primer rey visigodo, otorgar a su pueblo una tierra fértil donde instalarse para siempre, y además le pondría en la mano la llave para apaciguar las continuas querellas de su gente, escindida entre los que optaban por un acercamiento más intenso a la corte de Rávena y los que, por el contrario, no querían ver al emperador ni en pintura. Decididamente, África era la clave de todo.

Dicho y hecho: desde sus dominios barceloneses Walia formó una flota y organizó una expedición. Por primera vez los visigodos iban a lanzarse a la mar después del desdichado precedente de Alarico. Pero, una vez más, los dioses del agua les volvieron la espalda: una tempestad arruinó la empresa de Walia antes de partir. No habría solución africana al problema visigodo.

Ya ha quedado dicho que Walia era hombre sereno y de juicio templado. Si no había salida en África —pensó el rey—, no quedaba otra opción que tratar de entenderse con Honorio, que seguía encerrado en Rávena. Walia mantenía en su mano una baza importantísima: Gala Placidia. Por otro lado, el visigodo sabía que Honorio necesitaba lanzas para recuperar el control sobre Hispania, que andaba manga por hombro desde las invasiones de suevos, vándalos y alanos. Pues bien: Walia ofrecería esas lanzas y, como muestra de buena voluntad, la libertad de Gala Placidia.

Walia alineó a su gente y marchó hacia Constancio, que era ya el verdadero hombre fuerte del Imperio, elevado a la dignidad de cónsul y nombrado patricio. Constancio, por su parte, envió embajadores al encuentro de Walia. Esta vez todos querían la paz. Para los visigodos, porque les iba en ello la supervivencia. Y para Roma, porque en aquel momento tenía problemas mucho mayores que la gente de Walia. El Imperio de occidente se hundía sin remisión. La incapacidad de seguir adelante con las campañas militares había privado al Imperio de mano de obra esclava, que era la base de la economía romana. Al mismo tiempo, como hemos visto, las aristocracias locales habían conseguido ya suficiente poder como para poner en jaque a la corte imperial. Las invasiones germánicas aceleraron el proceso. En Hispania estaban los ya mentados suevos, vándalos (asdingos y silingos) y alanos. En la Galia, los burgundios y los alanos controlaban el este, junto al Rin, y los francos se habían adueñado del noreste. Las aristocracias locales, viendo que Roma no tenía ya capacidad para frenar la ola, optaron por pactar con los recién llegados mediante acuerdos de «hospitalidad» que en la práctica convertían a los invasores en protectores del territorio a cambio de propiedades y tributos. En plata, Roma se estaba deshaciendo.

En ese contexto, los visigodos eran el único aliado posible de Roma porque eran, con mucho, el pueblo más romanizado de todos. Los visigodos de Walia distaban de guardar la homogeneidad étnica de su primera migración. Los linajes dominantes seguían siendo los de origen (baltos y amalos, más algún nuevo linaje como el de los rosomones),

pero en la muchedumbre que Walia pastoreaba había tanto godos tervingios y greutungos como alanos, hunos e itálicos. Es preciso repetirlo para entender por qué tantos autores hablan precisamente de esta etapa como la de la «etnogénesis» del pueblo visigodo: un nuevo pueblo, en efecto, estaba naciendo al compás de esta interminable migración, y ese pueblo era romano en muchos aspectos. Puestos a pactar con alguien, nadie más cercano a Roma que los visigodos.

Walia y Constancio pactaron. Los términos del pacto eran muy concretos. Roma permitiría a los visigodos establecerse en la Aquitania Secunda, el sur de la Galia, y de entrada les avituallaría con 600.000 modios de grano. Un modio es una medida de capacidad que equivale a 8,75 litros; en España esa medida estuvo en uso hasta bien entrada la Edad Media. ¿Es mucho o poco? Para que nos hagamos una idea, la ración individual de subsistencia que el Estado entregaba a los romanos en época de Augusto era de cinco modios al mes, sesenta modios al año. Con la cantidad que Constancio entregó a Walia podían vivir diez mil personas durante un año; de hecho, esa misma cantidad de 600.000 modios era el avituallamiento anual medio de un ejército de 10.000 hombres. Mucho grano, pues. Eso sí, a cambio los visigodos debían hacer algo por Honorio: no solo devolver a Gala Placidia, con la que Constancio quería casarse, sino, además, combatir para Roma contra los bárbaros que se habían instalado en Hispania. Para un visigodo, un excelente negocio.

Fue la primera vez que los visigodos entraban realmente en Hispania, porque su anterior periodo barcelonés no había

dejado de ser un accidente. Ahora, no: ahora los godos iban a derramar sangre (propia y sobre todo ajena) en suelo hispano. Los visigodos se convertían en martillo de bárbaros. Corría el año 416.

Nuestros bárbaros

¿Qué hacían los bárbaros en España? Tratar de sobrevivir, como todos. Y como la cuestión es crucial en nuestro relato, valdrá la pena explicarla con un poco de detalle. Los pueblos que entraron en el Imperio cuando se congeló el Rin se llevaron por delante todo lo que hallaron a su paso, pero su objetivo no era rapiñar, sino encontrar un lugar donde establecerse. Ya hemos visto que las distintas fuerzas que peleaban por hacerse con el poder en el Imperio no dejaron de utilizar el fenómeno en su propio provecho: aquella gente bárbara ofrecía una estupenda masa de maniobra a la que emplear como brazo armado. Se llegó así a una caótica situación en la que había romanos que peleaban contra bárbaros, romanos que peleaban contra romanos y bárbaros que peleaban contra bárbaros. La palabra «anarquía» no es exagerada. Cuando la ola humana se movió hacia el sur, empujada a su vez por otras olas, lo hizo con el apoyo de fuerzas romanas interesadas en desestabilizar el paisaje. Así cruzaron los Pirineos cuatro pueblos: alanos, vándalos asdingos, vándalos silingos y suevos.

Alanos. Ya los conocemos: ese pueblo indoario —o sea, indoeuropeo del este— que se había instalado en las llanuras sármatas o escitas, que fue desalojado por los hunos y que desde entonces vagaba hacia el oeste buscando dónde parar. A algunos los hemos visto cruzar el Danubio con los godos

greutungos y engrosando después las huestes de los tervingios. Estos que llegan a España son hermanos de aquellos: en vez de caminar hacia el sur, se internaron hacia el oeste, en lo que hoy es Alemania, y terminaron en la orilla del Rin. Después atravesaron la Galia hasta cruzar los Pirineos. Su rey al entrar en España se llamaba Adax.

Vándalos. También los conocemos: originarios de Escandinavia, como los godos, y emigrados en fechas muy semejantes. Los vándalos buscaron infructuosamente un hogar en el centro de Europa, terminaron agolpándose en la frontera del Imperio romano y entraron en contacto (generalmente bélico) al mismo tiempo con Roma y con los godos. Ya hemos visto que un militar tan importante en el Imperio como Estilicón era de origen vándalo. Los vándalos, como los godos, se dividían en varias tribus. Dos de ellas llegan a España: los silingos, cuyo nombre se relaciona con la Silesia germana, dirigidos por Fredebaldo, y los asdingos, nombre que en realidad corresponde al linaje que gobernaba la tribu de los victovales y que hace referencia a su larga cabellera, liderados en Hispania por Gunderico.

Los suevos: uno más de los pueblos germánicos que entran en el Imperio empujados por los hunos o, por mejor decir, un nombre genérico para designar a varios pueblos germánicos. Suevos, en efecto, llaman los autores romanos al conjunto de tribus que ocupaban el suroeste de la actual Alemania. Por cierto que también se les llama con frecuencia «alamanes», palabra que quiere decir «todos los hombres» (*Alle Mannen*) y que igualmente es un nombre genérico para englobar tribus diversas. Los suevos cruzaron el Rin en 406, cuando la gran travesía, y tres años después entraron en

Hispania junto a vándalos y alanos. La región histórica de Suabia, en Alemania, les debe su nombre. Su rey al entrar en suelo ibérico era Hermerico.

Esta gente llega en un momento en el que en Hispania se ha levantado un usurpador: Máximo, que se proclama emperador. Los bárbaros saquean cuanto encuentran en su camino. Es célebre el testimonio de Hidacio, obispo e historiador de la Galicia romana, en su *Cronicón*:

Desparramándose furiosos los bárbaros por las Españas, y recrudeciéndose al igual el azote de la peste, el tiránico exactor roba y el soldado saquea las riquezas y los mantenimientos guardados en las ciudades; reina un hambre tan espantosa, que obligado por ella, el género humano devora carne humana, y hasta las madres matan a sus hijos y cuecen sus cuerpos, para alimentarse con ellos. Las fieras, aficionadas a los cadáveres de los muertos por la espada, por el hambre y por la peste, destrozan hasta a los hombres más fuertes, y cebándose en sus miembros, se encarnizan cada vez más para destrucción del género humano. De esta suerte, exacerbadas en todo el orbe las cuatro plagas: el hierro, el hambre, la peste y las fieras, cúmplense las predicciones que hizo el Señor por boca de sus profetas.

Hidacio cita un salmo concreto de la Biblia, pero las predicciones eran, evidentemente, el hundimiento de Roma por sus pecados. A Hidacio se le ha reprochado falta de objetividad, porque no dejaba de ser una voz afecta a los grandes terratenientes locales, pero los hechos no debieron de ser muy diferentes de lo que él cuenta. La cuestión es que, así las cosas, Máximo, el usurpador, decidió emplear la fuerza de los bárbaros en provecho propio y negoció con ellos un tratado de federación (un *foedus*) que implicaba un reparto proporcionado de tierras. No un «sorteo», como se ha dicho erróneamente, sino una distribución de *sortes*, es decir, lotes de tierra. A los alanos, que no eran el pueblo más numeroso, pero sí el más fuerte militarmente, les

correspondieron tierras en la Lusitania y la Cartaginense, la meseta central desde Portugal hasta el Mediterráneo. Los vándalos asdingos se instalaron en la Bética, en torno al rico valle del Guadalquivir. Los silingos, en el noroeste de la península, en las actuales Galicia y Asturias. Y los suevos, de los que sabemos que eran unos 30.000, se establecieron en torno a Braga, entre lo que hoy es el norte de Portugal y el sur de Galicia. Naturalmente, el territorio de la Tarraconense, que era el solar propio de Máximo, quedó fuera del reparto.

La naturaleza del pacto parece clara: los bárbaros obtenían tierras y manutención; a cambio de ello, aseguraban la titularidad imperial de Máximo en tierras de Hispania. Para pagar el precio, Máximo reforzó la exigencia de tributos; de ahí esa imprecación de Hidacio contra el «tiránico exactor». Ahora bien, la presión militar de Constancio obligó a Máximo a refugiarse entre sus aliados bárbaros allá por el año 412. Ahora, cuatro años después, el estatuto de suevos, vándalos y alanos ya no tenía nada que ver con la legalidad romana. Y naturalmente, el imperio romano de occidente quería recuperar el control de Hispania. Aquí es donde entrarán Walia y nuestros amigos visigodos.

Walia pone manos a la obra de inmediato. Será un ciclón. El ejército visigodo era una máquina temible: una combinación espontánea de las tácticas romanas, completamente asimiladas ya por los guerreros tervingios, y los usos bélicos germanos y escitas, con abundancia de caballería. Lo que tenían enfrente no era moco de pavo, pero ni vándalos, ni alanos ni suevos, por mucho que amaran la

existencia guerrera, estaban en condiciones de construir ejércitos eficaces. «Walia lleva a cabo grandes matanzas de bárbaros en España», dirá el *Cronicón* de Hidacio. De entrada se dirige hacia la Cartaginense, el centro del país, y hace retroceder a los alanos. Enfila hacia la Bética, el valle del Guadalquivir, y acomete a los vándalos silingos, a los que —en palabras de Hidacio— «destroza por completo». El rey silingo, Fredebaldo, es capturado y enviado a Rávena, donde se pierde su rastro; seguramente murió ejecutado allí. Era el año 417. Acto seguido Walia y sus visigodos se internan en la Lusitania, donde se han hecho fuertes los alanos. Pero lo de «fuertes» es un decir, porque ningún pueblo bárbaro tenía recursos para oponerse a un ejército como aquel. Lo que pasó nos lo cuenta Hidacio: «Los alanos, que dominaban a los vándalos y los suevos, fueron destrozados de tal suerte por los godos, que muerto su rey Adax, y destruido el reino, los pocos que quedaron se acogieron a la protección de Gunderico, rey de los vándalos, que residía en Galicia». Adax (o Ataces, que así se escribe también su nombre) trató de resistir en Mérida, su capital. Fue inútil. Murió en combate. Y en efecto, los escasos alanos supervivientes, con lo que quedaba de los igualmente aniquilados vándalos silingos, marcharon hacia el norte, a buscar refugio entre los vándalos asdingos de Gunderico, en Galicia.

Por fin un suelo propio

Walia era hombre metódico. El siguiente paso estaba claro: aplastados los silingos y los alanos, que eran los más fuertes, solo quedaba marchar contra los asdingos y los suevos, que eran los más débiles. Negro era el panorama

para los bárbaros de Galicia. Pero cuando Walia se dirigía contra ellos, recibió una noticia que le frenó en seco: Constancio, el hombre fuerte del imperio, le ordenaba parar y regresar a la Galia para cerrar un pacto definitivo. Era ya el año 418.

¿Por qué parar ahora? ¿Qué estaba pasando en la Galia? Lo que estaba ocurriendo era que los terratenientes que controlaban la asamblea de las siete provincias meridionales aceptaban la llegada de los visigodos a su suelo como fuerza de protección. Esta asamblea representaba a toda la mitad sur de la Galia y Honorio pretendía convertirla en órgano de gobierno regional bajo la autoridad del prefecto designado por el emperador. Como experimento de autogobierno no funcionó, pero a la asamblea, reunida en Arles en abril de 418, sí le dio tiempo a pedir a Honorio que llamara a los visigodos para restaurar la seguridad en el país y frenar a los germanos que empezaban a infestarla. Ese fue el origen del *foedus* de 418: un nuevo tratado que institucionalizaba la presencia de la nación visigoda dentro del Imperio romano .

¿Por qué Constancio salvó a los suevos y a los asdingos? Se ha dicho que en Rávena no se veía con buenos ojos que se aniquilara a un monarca avalado por los terratenientes católicos del lugar, cual era el caso de Hermerico, el rey suevo. Otros conjeturan que al Imperio le interesaba mantener allí un Reino bárbaro federado, y obligado con Roma, para que los visigodos no fueran la única fuerza en presencia; de hecho, Hermerico firmará de inmediato un tratado con el imperio. De este modo, si otro usurpador se levantaba en Hispania, siempre habría aliados de los que echar mano. Y también puede pensarse que, resuelto el

problema mayor, que era el de los alanos y los silingos, Roma prefería encargarse directamente del problema menor, en vez de dejarlo en otras manos. Sea por lo que fuere, el hecho es que Constancio salvó literalmente la vida a aquella gente. Y aunque esta historia estaba lejos de terminar, de momento los suevos y los asdingos podían respirar aliviados.

También debió de respirar con alivio Walia, porque por fin, después de tres años de reinado, sus visigodos conseguían lo que buscaban: una tierra donde establecerse y que llamar propia; una patria, como decía Alarico. El *foedus* firmado con Constancio daba a los visigodos el derecho a instalarse en la Aquitania Secunda —aproximadamente la región histórica de Poitou-Charente más la zona de Burdeos— y les otorgaba en propiedad dos terceras partes de esos fértiles territorios. Aunque parece que la idea de Constancio era fijar en Burdeos la capitalidad, Walia prefirió plantarla en Tolosa, más hacia el sureste (luego veremos por qué). Y los visigodos, a cambio, quedaban obligados a gobernar la región en nombre del emperador, protegerla contra cualquier enemigo externo y prestar tropas para defender la frontera del Rin. El pueblo visigodo se convertía así, formalmente, en Reino federado del Imperio romano de occidente. Por fin. Ese fue el gran triunfo del rey Walia.

Walia abandonó el mundo de los vivos el mismo año de su gran victoria: el 418. Lo que dejaba tras de sí era un paisaje políticamente muy sólido. Primero, porque su pueblo ya tenía una tierra propia. Segundo, porque su pacto con Roma no podía ser más serio. Además, porque su política matrimonial trazaba lazos firmes con los reinos vecinos: él

mismo estaba casado con una hija del rey franco Ricomero y había dado una hija en matrimonio a Requila, hijo del rey de los suevos. Esa hija se llamaba Alipia y su vástago, Ricimero, estaba llamado a escribir páginas de gloria mientras el Imperio se hundía con estrépito. Pero no adelantemos acontecimientos.

Walia, martillo de bárbaros, podía cerrar los ojos en paz. Los nobles de su pueblo eligieron a un nuevo rey: Teodorico, yerno del gran Alarico. Con él comenzaba la historia del Reino visigodo de Tolosa.

UN HOGAR EN LA GALIA

«Gutthiuda Thiudinassus»: así iba a llamarse en lengua gótica el Reino visigodo de Tolosa. De momento, Reino federado, es decir, sometido a la autoridad de Roma (sigamos llamándola así aunque la capital estuviera en Rávena), pero con su propia identidad política.

El territorio que Roma dio a los visigodos era una jugosa franja a lo largo del río Garona hasta su desembocadura en el Atlántico, en el estuario de La Gironda. Por el sureste, la franja llegaba hasta la ciudad de Agén y los visigodos se las arreglaron para estirla hasta Tolosa. ¿Por qué? Porque estaba más cerca del Mediterráneo. El Mare Nostrum era el centro del mundo romano y, sobre todo, por sus aguas venían los avituallamientos masivos de grano desde África. Nuestros godos ya habían comprobado reiteradas veces lo importantes que eran esos puertos. Las tierras de la Aquitania Secunda estaban muy bien, pero no dejaban de ser un rincón periférico del imperio, demasiado expuesto a la inestabilidad que las invasiones germánicas habían

levantado por todo el país. Si lograban aproximar sus dominios al Mediterráneo, los visigodos tendrían en sus manos mejores bazas. Por eso Teodorico instaló la capital en Tolosa y por eso, a partir de ahora, el Reino federado de los visigodos intentará por todos los medios acercarse al mar, hacia Narbona y Arlés.

El brazo armado del imperio

De momento, sin embargo, los problemas estaban en el sur y los visigodos de Teodorico tuvieron que acometer un primer trabajo: acompañar al jefe militar del Imperio en España, Asterio, para socorrer a los suevos. Como se recordará, la feroz campaña de Walia contra los bárbaros de Hispania había dejado vivos dos núcleos, ambos en el noroeste peninsular: el Reino suevo de Hermerico, federado de Roma, y el Reino vándalo asdingo de Gunderico. Lo que ocurrió fue que los asdingos, más numerosos, presionaron sobre el territorio suevo, localizado en torno a Braga. La reacción de Hermerico fue pasar a la ofensiva y acometer a los asdingos. Ahora bien, Gunderico era un gran guerrero y sus vándalos no solo eran más numerosos, sino también más eficaces. El Imperio tuvo que acudir en socorro de su aliado, es decir, de Hermerico.

La gran batalla fue en los montes Nervasos, lugar que se ha identificado como las montañas del Bierzo y que era territorio asdingo. Gunderico logró envolver al ejército de los suevos y lo habría aniquilado de no llegar a tiempo Asterio con sus huestes de federados, incluidos nuestros visigodos. El ejército de Roma levantó el sitio, forzó a Gunderico a retirarse hacia el sur, a Braga, y allí le estaba esperando otro contingente romano al mando del

gobernador de Mérida, Maurocelo, que dio la puntilla a los desdichados asdingos. Gunderico terminó optando por salir a escape hacia el sur y penetrar en tierras de la Bética, donde iba a emprender una pasmosa aventura. Pero, de momento, Hermerico estaba salvado y el Reino de los suevos se convertía en la única entidad política federada de la península ibérica. Era el año 419. De paso, Asterio apresaba al usurpador Máximo y lo enviaba a Rávena, donde sería ejecutado poco después. A Asterio le hicieron patricio por esto: se le abría la puerta a la cúpula política del imperio.

Teodorico cumplió. Pero las cosas iban a torcerse muy pronto. No en el Reino visigodo de Tolosa, sino en Rávena. Para empezar, moría Constancio, el gran general que había mantenido en pie las ruinas del Imperio y cuya influencia había llegado al extremo de que se le nombró co emperador. ¿A quién se buscó para reemplazar a Constancio como *magister militum*, es decir, jefe militar del imperio? A Asterio, el vencedor de Hispania. Era septiembre de 421. Como el problema vándalo seguía vivo en España, Rávena mandó un nuevo contingente, siempre con los visigodos de Teodorico como fuerza de maniobra. Este ejército lo mandaba otro de los grandes nombres de la corte: el patricio Flavio Castino. Pero esta vez todo salió mal. En plena campaña, llegó la noticia de que el emperador Honorio había muerto. Eso anulaba de facto los tratados firmados por los federados, de manera que los visigodos —y no solo ellos— rompieron el pacto y abandonaron las filas. Las águilas de Flavio Castino acabaron en el suelo y los asdingos de Gunderico encontraron camino libre. Y Teodorico, por su parte, veía llegado el momento de sacar petróleo de la

circunstancia y hacer realidad su viejo propósito: extender el territorio del Reino de Tolosa hasta las orillas del Mediterráneo.

Gala Placidia y el pobre Juan

En Rávena, mientras tanto, las cosas se ponían cada vez peor. Hay que advertir de que aquí entramos en uno de esos periodos históricos en los que hay tantas cosas pasando al mismo tiempo, y tantas fuentes distintas contándolo, que no es fácil describir una línea nítida de acontecimientos, pero vamos a tratar de dibujarlo de modo que resulte coherente. Honorio había muerto sin descendencia y sin nombrar sucesor para el trono de Occidente. El otro emperador romano, el de Oriente, Teodosio II (hijo de Arcadio, sobrino por tanto de Honorio), dudaba sobre a quién nombrar. Así que Flavio Castino, de regreso en la corte, impuso a su propio candidato: Juan, el más notable funcionario del Imperio. Este Juan fue puesto al frente porque controlaba no solo al Senado, sino también el aparato del Estado. Seguramente Flavio Castino pensó que era la única manera de que no se descosiera el Imperio de Occidente. Pero una cosa era lo que le convenía al Imperio y otra muy distinta lo que le convenía a la familia imperial, que en aquel momento tenía una cabeza visible muy clara: nuestra vieja amiga Gala Placidia, viuda del difunto visigodo Ataulfo, hermana del difunto Honorio, viuda después del difunto Constancio, tía del emperador Teodosio II de Oriente y madre de un niño llamado Valentiniano. Y Gala quería el trono para su hijo.

El frágil trono de Juan concita de inmediato la hostilidad de casi todo el mundo. El emperador de oriente, Teodosio II, manda tropas. El *comes* (conde, jefe político) de África,

Bonifacio, recurre al habitual expediente de suspender el envío de grano al norte. La facción de la corte partidaria de Gala Placidia mueve también sus hilos. Las tropas se sublevan en la Galia. Al pobre Juan, desesperado, no se le ocurre mejor cosa que pedir ayuda militar a los hunos que se agolpan en la frontera. Manda para ello a uno de sus más brillantes oficiales, Aecio, que pronto dará mucho que hablar.

La jugada de los hunos no salió bien. Entre otras cosas, porque las tropas orientales de Teodosio, empujadas por las intrigas de Gala Placidia, ya se estaban moviendo a toda velocidad y tomaban posiciones en la península itálica. Finalmente Juan fue entregado por su propia guardia en Rávena. Teodosio no fue amable con él: al efímero emperador de Occidente le cortaron una mano, lo llevaron cautivo a Aquilea, le hicieron pasear desnudo por el hipódromo entre los insultos del pueblo y, por último, le cortaron la cabeza. Su mentor, Flavio Castino, ponía pies en polvorosa y se refugiaba en África, donde se pierde su rastro. Comenzaba el verano del año 425.

En eso apareció en el territorio del Imperio una inquietante comitiva: el famoso ejército de hunos bajo el mando de Aecio, que finalmente había conseguido su propósito. Pero ya no había emperador por el que luchar, así que, ¿qué hacer con una muchedumbre de 50.000 bárbaros en medio de ningún lado? En otras condiciones, a Aecio le habrían cortado la cabeza, pero un buen general romano con una hueste de hunos guardándole las espaldas no es cosa que se pueda tomar a broma. Gala Placidia constató que era mejor tener a Aecio de su lado y negoció. Los hunos

cobraron su trabajo y se marcharon. Aecio fue nombrado *magister militum*, jefe militar del Imperio de Occidente, bajo el mando nominal de un niño de seis años, el emperador Valentiniano III, y la autoridad determinante de una mujer, Gala Placidia.

Un hijo de la frontera

Bien: ¿qué habían hecho mientras tanto nuestros visigodos? Aprovechar el caos para arrimar más tierras a sus dominios y tratar de llegar al Mediterráneo, que era la obsesión —plenamente justificada— de Teodorico. A partir de ese momento, esta va a ser la tónica dominante de la política visigoda. Los intentos de Teodorico por apoderarse de las ciudades que se abren al Mediterráneo son permanentes. Una de esas ciudades se convierte en absoluta obsesión: Arlés, que de facto era la capital de la Septimania, el sur de la Galia. La primera ofensiva fue en 425. ¿A quién se encontró Teodorico enfrente? Al bravo Aecio con sus hunos, que pararon al godo. La cosa terminó en un nuevo tratado que concedía a los visigodos más privilegios y, para asegurar el pacto, un cierto número de rehenes galorromanos. Pero Teodorico volvió al ataque al año siguiente, y luego en 429, y después en 436, siempre con el propósito de llegar a Narbona. Y frente a él, una y otra vez, Aecio.

Puede sorprender que un pueblo federado de Roma atacara permanentemente territorio romano. En realidad no es extraño, al revés: esa era ya la tónica general en todo el Imperio de occidente. Para empezar, hay que decir que esas ofensivas visigodas no eran operaciones militares convencionales, sino más bien maniobras al mismo tiempo

políticas, económicas y guerreras que con frecuencia provenían de pactos (o, directamente, de chantajes) entre los godos y los dueños de la tierra. Y estos pactos eran posibles porque el poder, en el imperio, se difuminaba a toda velocidad. En aquellos años (425-435, aproximadamente) el territorio efectivo del Imperio de occidente se limitaba a la península itálica, el tercio sureste de la Galia, la Tarraconense en Hispania y la provincia de África. El resto estaba ya en manos de burgundios, francos, visigodos, suevos, vándalos y demás. A ojos de los dueños de la tierra, pactar con los señoríos germanos era frecuentemente más seguro que mantener la obediencia directa a Rávena. Para sostener en pie lo que quedaba del imperio, Valentiniano (o, más bien, Gala, su madre) se apoyaba en Aecio, que controlaba la Galia e Hispania; Bonifacio, que dominaba la provincia africana y el cónsul Flavio Félix, jefe territorial de la península italiana. Estos tres personajes se hallaban a su vez enfrentados entre sí, de manera que el Imperio era cualquier cosa menos una cordial asamblea.

Roma —sigamos llamándola así, aunque solo sea por caridad— trataba de agudizar las enemistades entre los distintos pueblos germanos, porque eso evitaría que formaran frente común contra el emperador. Del mismo modo, la corte de Rávena no veía mal las enemistades internas entre sus propios jefes militares, porque eran garantía de que ninguno de los tres alfiles trataría de hacerse con el poder sin suscitar de inmediato la hostilidad de los otros dos. De manera, por ejemplo, que cuando Teodorico avanzaba en la Galia contra Aecio, sabía que podía contar con la simpatía de Félix y Bonifacio.

Aecio tenía la honda convicción de que la suerte del Imperio descansaba sobre sus hombros. Para él, sus rivales en el triunvirato militar que sostenía al Imperio de occidente —Félix y Bonifacio— eran como grietas en el muro. El hecho de que cada uno de ellos alimentara pensamientos similares no ayudaba a apaciguar las cosas. En esta pugna entre los alfiles de Rávena, será Aecio quien triunfe. Primero, a la altura de 429, presionó a Gala Placidia para neutralizar a Félix, el *magister militum* de Roma, y lo hizo del modo más expeditivo posible: una acusación de traición con condena a muerte incorporada. Fue en 429. ¿Realmente era Félix un traidor? Muy probablemente, sí: como todos los demás, Aecio incluido. Después le llegó el turno a Bonifacio. Aecio se las arregló para que Gala Placidia le condenara. Bonifacio, viéndose en apuros, no tuvo mejor idea que llamar en su socorro a los vándalos de la Bética, que pasaron así al territorio africano. Después Gala Placidia cambió de idea, Bonifacio fue exonerado y, aún más, elevado a la dignidad de patricio, pero para entonces los vándalos ya habían llegado a su destino. La situación se hizo incontrolable: Bonifacio marchaba hacia Italia con su ejército mientras los vándalos ocupaban la provincia africana sin oposición. Una vez en suelo italiano, Bonifacio se encontró con que Aecio le salía al paso con su ejército de germanos y hunos. Hubo batalla. Fue en Rímini. Sobre el campo ganaron los de Bonifacio, pero este había recibido tales heridas que moría pocos días después. Aecio quedaba solo al frente del imperio. Era el año 432.

¿Quién era este Aecio que así maniobraba, al que hemos visto apoyando al efímero y desdichado emperador Juan,

entrando en territorio imperial con un ejército de hunos y convertido después en amo de la Galia y adversario encarnizado de nuestros visigodos mientras eliminaba a sus rivales en la cúpula del imperio? Aecio era un hijo de la frontera en todos los sentidos de la expresión. Había nacido en Durostorum, el mismo punto por el que los visigodos cruzaron el Danubio, y era hijo de un militar romano de origen godo llamado Flavio Gaudencio y de una riquísima dama de familia patricia. Por el relieve del padre y el dinero de la madre, Aecio lo tenía todo para servir de rehén en los pactos entre reyes —tales eran los usos entonces—, de manera que nuestro hombre vivió en la corte del tervingio Alarico entre 405 y 408 y, después, en el mundo de los hunos entre 411 y 414. Así que Aecio conocía a visigodos y hunos como si fuera uno de ellos, y tanto los primeros como los segundos le respetaban. Eso no quiere decir que no le hicieran la guerra, sino que aceptaban pactar con él. Y Aecio, por supuesto, tampoco ignoraba la naturaleza efímera de tales pactos. Por ejemplo, no dudará en utilizar a los hunos contra los burgundios cuando estos se revuelvan.

En 436, cuando el visigodo Teodorico intentó por enésima vez apoderarse de Narbona, Aecio no estaba en la Galia: las cosas de la política habían rodado de tal manera que el general acababa de convertirse en hombre fuerte del imperio. Pero sí fue él, Aecio, quien finalmente logró renovar un nuevo tratado con el inquieto Teodorico a la altura de 439. Todo ello mientras la corte de Rávena, por si acaso, entablaba conversaciones secretas con los hunos, por ver si era posible contar con su ayuda para librarse de... los visigodos. ¿Había alguien en aquel momento que actuara sin

doblez? La respuesta es: no.

Con todo, es justo decir que aquel acuerdo de 439 funcionó razonablemente bien: los visigodos se expandían lenta y (más o menos) pacíficamente hacia el mar y hacia Hispania, Roma hacía la vista gorda porque no podía hacer otra cosa, Teodorico prestaba huestes en armas cuando hacía falta y, mal que bien, el sur de la Galia vivió un cierto periodo de paz mientras el Gutthiuda Thiudinassus, el Reino de los visigodos, iba tomando forma. Todo podía romperse en cualquier momento, por supuesto. Tanto Teodorico como Aecio lo sabían. Lo que ni uno ni otro podían imaginar era por qué: en abril de 451, los hunos invadían la Galia por Bélgica. Los mandaba un rey llamado Atila. Y esta vez romanos y visigodos tendrían que sangrar juntos.

EN LOS CAMPOS CATALÁUNICOS

Châlons-en-Champagne, a orillas del río Marne, en el noreste de lo que hoy es Francia. Junio de 451. El lugar pasará a la Historia como «Campos Catalaunicos» y la batalla que allí se libró terminará siendo decisiva en el devenir del pueblo visigodo. Fue allí donde el huno Atila mordió el polvo. Fue allí donde Roma consiguió su última gran victoria. Y en lo que concierne a nuestro tema, fue allí donde los visigodos emprendieron finalmente su camino hacia la independencia.

Era, en efecto, junio de 451, aunque algún autor atrasa la fecha hasta septiembre. Atila había cruzado el limes del Imperio por Bélgica y los hunos saqueaban ya Reims y Amiens. Las estimaciones modernas evalúan en más de 50.000 combatientes el ejército que Atila llevaba consigo.

Nadie en la Galia tenía nada semejante. Para frenar una ola así era imprescindible unir esfuerzos. Esa fue la gran tarea de Aecio. El ejército romano era una piltrafa, pero en la Galia había mucha gente que se sentía amenazada: los francos del noreste, los burgundios del este, los celtas del noroeste... y, por supuesto, los visigodos.

Atila

¿Cómo se había llegado hasta allí? Mientras el Imperio romanose dividía y trataba de capear su irreversible crisis, al este se había ido elevando un formidable poder: el de los hunos. Fue su presión —recordemos— lo que empujó a los visigodos a cruzar el Danubio y fue también su empuje lo que provocó la marcha hacia el oeste de los pueblos germánicos. A principios del siglo v, los hunos habían construido un Imperio que se extendía desde la actual Ucrania hasta los límites de Roma y desde el Báltico hasta el Mar Negro. Enseguida su atención se apartó de Occidente porque entraron en guerra en Persia, pero, en cuanto ese frente se aplacó —y con victoria persa, por cierto—, volvió la presión sobre el oeste.

El Imperio huno no tenía nada que ver con el romano : era más bien un sistema de vasallaje de pueblos diversos que, derrotados por el aplastante número de los invasores, quedaban sujetos al estatuto de siervos de los nuevos amos. Es lo que les pasó a los godos greutungos, como hemos visto, y es la misma suerte que corrieron numerosas tribus de los hérulos, los gépidos, los vándalos, los turingios y, en fin, todos aquellos pueblos que no habían podido escapar al maremoto. Buena parte de esos pueblos pasaban a formar en los contingentes hunos, creando así unos ejércitos cada vez

más imparables. A aquellas huestes de feroces jinetes, con sus pequeños caballos mongoles y sus arcos concebidos para disparar a caballo, se unieron los contingentes de guerreros germanos. Y a medida que su poder se consolidaba, el ejército huno se perfeccionaba además con las armas de asedio tomadas de los persas o los romanos. Una máquina letal.

Después del tropezón persa, los hunos volvieron sus ojos al Danubio y al Imperio romano de oriente. Las violencias que desplegaron sobre aquel territorio son indescriptibles. Podemos resumirlo así: los hunos obligaron a Constantinopla a pagar un pesado tributo en oro y, cada vez que el pago fallaba, aquella gente lanzaba a sus hordas para devastar el territorio, hasta amenazar a la mismísima capital. Y así año tras año en una insoportable tormenta de sangre y fuego. Finalmente, en Constantinopla se desató una atroz cadena de disturbios seguida de una hambruna y hasta de un terremoto. Llegó un momento en que en el Imperio de oriente ya no quedaba nada por saquear. Y entonces Atila miró a occidente.

Desde 434 Atila gobernaba el mundo de los hunos con su hermano Bleda. Este murió en 445, verosímelmente asesinado por orden del primero (pero esto solo es especulación), y Atila quedó como único rey de un pueblo que extendía sus dominios por la mayor parte de Europa. Atila no solo era un jefe guerrero implacable, sino además un político astuto. Desde su posición de amo de Centroeuropa trabó un complejo sistema de alianzas, cada una de las cuales encerraba una trampa en su interior. Así, hizo creer al Imperio de occidente que podría contar con los

hunos para incordiar al Imperio de oriente, y a este le ofreció protección mientras lo esquilmba salvajemente. Al mismo tiempo, negoció con Rávena una acción contra los visigodos de Tolosa y se aseguró de recibir la amistad del nuevo Reino vándalo de Genserico que acababa de surgir en África. Naturalmente, en ese complejo juego los demás agentes no eran menos taimados que Atila, y cada uno de ellos trataba de emplear al huno en su propio beneficio... de lo cual Atila era plenamente consciente.

«Socorred al Imperio»

Que Atila tratara de sojuzgar a Rávena como lo había hecho con Constantinopla solo era cuestión de tiempo. La excusa perfecta se la dio el problema sucesorio de los salios, uno de los muchos pueblos germánicos que se agolpaban en las fronteras del imperio: su rey murió dejando dos hijos, Atila apoyó a uno y Aecio apoyó a otro. Añádase a eso que Honoria, hermana del emperador Valentiniano, había mandado a Atila una carta llena de propósitos pacíficos y, en su interior, un anillo, cosa que el huno interpretó como una transparente propuesta de matrimonio. Atila presionó a Valentiniano y este se subió por las paredes. La guerra era inevitable.

¿Y nuestros godos? Observando atentamente los acontecimientos y con más miedo que otra cosa, porque el apetito de Atila por el Reino de Tolosa no era ningún secreto y muchos eran los movimientos hostiles en su contra. Cuenta Jordanes, por ejemplo, que Teodorico dio a una hija suya en matrimonio al príncipe vándalo Hunerico, hijo del rey Genserico, para tratar de firmar paces, y el vándalo, haciendo honor a su nombre y para agradar a Atila, repudió

a la muchacha y la devolvió a Tolosa sin orejas y sin nariz. Ese era el ambiente y Teodorico veía peligrar todo lo que en los años anteriores había conseguido arañando tierras aquí y allá en la Galia y, sobre todo, en Hispania. Teodorico no ignoraba que Aecio se había entendido en el pasado con los hunos; nada impedía que pudiera entenderse en un futuro, y a costa precisamente del Reino visigodo. Ahora bien, aquel asunto de los salios y su problemática sucesión había cambiado las cosas: ahora estaba claro que todo el mundo huno, es decir, Atila y los pueblos sometidos, amenazaba frontalmente a todo el mundo romano, es decir, el Imperio más sus germanos federados. Y los visigodos eran mundo romano.

Roma pidió ayuda a los visigodos, sí. No sabemos, y es una lástima, qué pudo decirle Aecio a Teodorico: después de casi treinta años de conflicto permanente, aquel romano que tenía tanto de bárbaro le pedía a aquel bárbaro que tenía tanto de romano ayuda para frenar al mayor enemigo de todos los tiempos. Parece claro que Aecio ya no creía que pudiera utilizar a los hunos para domesticar a los visigodos. También parece claro que, a ojos de Teodorico, dejar que Atila atravesara la Galia era tanto como condenar a muerte al joven Reino de Tolosa. En la negociación final tuvo un papel decisivo cierto senador galorromano que se llamaba Avito y cuyo nombre volveremos a encontrar en nuestra historia. Jordanes, en su *Gética*, da una versión florida de la argumentación romana. Así hablaron los embajadores de Roma al rey visigodo:

Recuerda, por favor, y ciertamente es imposible olvidarlo, recuerda que han venido a atacarnos los hunos. Pero no es esto lo que hace peligroso a

Atila, sino los lazos que tiende para llegar a conseguir sus propósitos. Sin hablar de nosotros, ¿cómo podéis dejar impune tanto orgullo? Venid, poderosos en las armas, a ayudarnos en nuestra aflicción; reunid vuestros brazos con los nuestros, socorred al Imperio, este Imperio del que vosotros poseéis una parte.

Seguramente la cosa sería menos retórica, pero parece verosímil que ese fuera el fondo del mensaje. El hecho, en definitiva, es que el destino había unido a Teodorico y Aecio en una inevitable alianza para frenar al enemigo común.

La gran batalla

Aecio marchó hacia el norte con sus tropas romanas, alanas, celtas, burgundias... Teodorico hizo lo mismo con su propio ejército, el del Reino visigodo de Tolosa. Parece que Atila no esperaba que su rival pudiera acudir a su encuentro y, aún menos, hacerlo con una fuerza semejante a la suya: entre 50.000 y 60.000 hombres. Si hacemos caso a lo que cuenta Jordanes, el centro estratégico de la batalla fue la ciudad de Orléans, que estaba en manos de los alanos; teóricamente aliados de Roma, pero cuyo jefe estaba siendo «masajead» por Atila con una singular mezcla de halagos y amenazas. Enterado de lo que allí se cocía, Aecio acudió al lugar, condujo al caudillo alano de Orléans y lo llevó junto a sus huestes para enfrentarse al huno. Como no se fiaba, Aecio colocó a los alanos junto a otros federados en el centro de su dibujo táctico, bien controlado por el propio Aecio, a su izquierda, y los visigodos de Teodorico desplegados a la derecha. Enfrente, y siempre según Jordanes, los hunos se desplegaron al revés: con Atila y sus hunos en el centro —porque era la fuerza en la que más confiaba— y, en las alas, los ejércitos de los pueblos sometidos.

El objetivo táctico del combate iba a ser un montículo, el único punto elevado en un campo de batalla enteramente llano. Fue en torno a esa loma donde se desarrollaron los principales combates. Del relato de Jordanes se infiere que Aecio supo arreglárselas para llevar la iniciativa sobre el terreno. Atila intentó romper el centro del despliegue enemigo (o sea, el frente que cubrían los alanos) al mismo tiempo que sus jinetes se esforzaban por tomar la loma. Pero los alanos aguantaron en su sitio y tanto las huestes de Aecio como los visigodos de Teodorico supieron bloquear cualquier movimiento de los hunos. Debió de ser, y de eso no cabe duda, una batalla encarnizada y sangrienta. Jordanes lo describe con un recurso literario muy gráfico: tanta muerte hubo —nos dice— que las aguas de un arroyo que por allí corría multiplicaron su volumen con la sangre de los caídos hasta adquirir el caudal de un torrente, y los guerreros que allí acudían a aplacar su sed bebían el agua mezclada con la sangre de los combatientes. Entre los caídos, uno de primer relieve: el rey visigodo Teodorico.

Teodorico, en efecto, halló aquí la muerte. Fue en el momento en que reorganizaba a su hueste para lanzarla contra Atila en la carga final. Al parecer, una flecha le derribó y desapareció literalmente en el fragor de la carga. Cuando hallaron su cuerpo ya estaba muerto. Ante el cadáver aún caliente de Teodorico, los guerreros visigodos proclamaron rey a su hijo Turismundo, cuyo nombre significa «coraje de Thor» y que gozaba de enorme estima entre su hueste porque tenía una fuerza descomunal. La designación no hizo ninguna gracia a los otros hijos del rey, que eran otro Teodorico y Frederico, pero, con las armas en

la mano, era la mejor elección. Fue Turismundo quien acabó la batalla y quien persiguió al enemigo en fuga, especialmente a los aliados germanos de Atila, que hallaron en la ocasión un estupendo pretexto para poner tierra de por medio. Porque, en efecto, en un momento determinado, las alas del ejército huno flaquearon, romanos y godos impusieron su empuje y Atila no tuvo más remedio que levantar el campo.

El feroz rey de los hunos se retiró a su campamento, improvisó barricadas con los carros del convoy e incluso ordenó hacer una pira con sillas de montar para arrojarse al fuego antes que ser apresado por Aecio. Pero no hubo tal. Porque Aecio, en un giro sorprendente, decidió dejar que Atila y el grueso de sus hunos escaparan con vida de allí. ¿Cómo lo hizo? Invitando a Turismundo a regresar a Tolosa con sus huestes para proteger su reino. Aecio se desprendió así de la mitad de su ejército. Y salvó la vida de Atila, que aún pudo presumir de no haber sido derrotado.

No es fácil entender las razones de Aecio. La mayor parte de los comentaristas arguye que el romano, con Atila vencido, temió que los visigodos se adueñaran entonces del paisaje, con lo cual habría cambiado a un enemigo por otro. Los visigodos habían sufrido fuertes bajas en el combate (se calcula que cada bando perdió cerca de 10.000 hombres, una cuarta parte de la fuerza inicial), de manera que Turismundo no lo dudó: cogió a su gente y se marchó a casa. Y así acabó la batalla de los Campos Cataláunicos.

En Tolosa, Turismundo vio claro llegado el momento de dar un paso adelante y consolidar el dominio visigodo sobre los territorios que habían ido entrando bajo la órbita de

Tolosa en Galia e Hispania. Pero hubo alguien más que vio cuál iba a ser la maniobra visigoda: Aecio, por supuesto. Que de inmediato comenzó a conspirar contra el nuevo rey de los visigodos. ¿Cómo? Excitando la envidia de Teodorico y Frederico, los frustrados hermanos de Turismundo. Pronto volvería a correr la sangre en Tolosa.

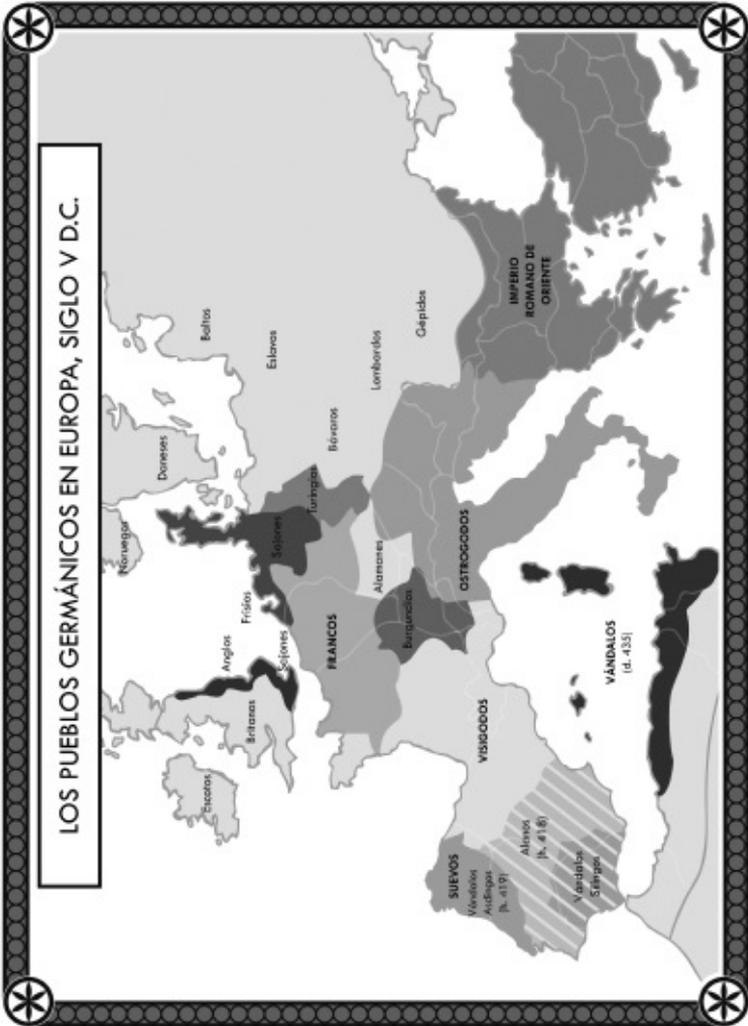
III. EL REINO DE TOLOSA

QUIEN A HIERRO MATA...

Dicen que Turismundo fue un buen rey, equilibrado de carácter y amado por su gente. No hay razones para dudarlo. Su política, por otra parte, fue la única que al Reino de Tolosa podía interesarle en aquel momento: consolidar lo conquistado y ampliar su área de influencia. ¿Con Roma o contra Roma? Las dos cosas a la vez, según era ya costumbre.

Con Roma, en efecto, porque los visigodos se convirtieron de hecho en los administradores, en nombre del imperio, de un amplísimo territorio que iba desde el río Loira, en el norte, hasta las mesetas de la península ibérica en el sur. Es el espacio que enseguida se atribuiría directamente al Reino de Tolosa, y así lo vemos hoy en los mapas. Los visigodos controlaban este enorme espacio en nombre de Roma, lo cual significaba que eran ellos los que velaban por que no emergiera ningún otro poder y los que garantizaban que en todas partes se aceptara la autoridad nominal del emperador de Occidente. El trabajo incluía reprimir los recurrentes levantamientos conocidos como «bagaudas»: aquellas bandas organizadas de excluidos de la sociedad (desertores de los ejércitos, campesinos arruinados, esclavos huidos, fugitivos de los centros urbanos, etc.) que constituían su propio poder al margen de la precaria legalidad romana y sobrevivían con el saqueo de los campos y la ciudades. Los «bagaudas» eran particularmente

abundantes en Galia e Hispania y se convertirán enseguida en el primer problema de orden interior del imperio. Los visigodos los combatirán sin tregua y así mostrarán su lealtad a Roma.



Pero Turismundo y los suyos también actuarán simultáneamente contra Roma, y ello porque su estatuto de «policía» del orden imperial les permitía imponer su propia autoridad sobre el terreno. En el norte, por ejemplo,

Turismundo no dudará en hostigar a los alanos que controlaban el área de Orléans para añadir esos territorios a su propio patrimonio. En el sur, en Hispania, la presencia visigoda dejará pronto de percibirse como autoridad delegada de Roma para adquirir el aspecto de poder directo. Y en el área más cercana a Tolosa, Turismundo tratará de conseguir lo mismo que sus predecesores: una salida directa a los ricos puertos del Mediterráneo. Por supuesto, el rey «coraje de Thor» no faltará a la cita inevitable del asedio de Arlés. La ciudad, sin embargo, resistirá una vez más.

El final de Atila

Turismundo pudo permitirse todas aquellas alegrías porque Roma, o lo que quedaba de ella, andaba más pendiente de Atila, que volvía a la carga. El huno seguía teniendo en su mano la promesa de matrimonio de Honoria y no iba a soltar la presa. La historia es tremebunda. Con lo que le queda tras la batalla de los Campos Cataláunicos, Atila reorganiza a sus huestes y se lanza sobre Aquilea, ciudad puente entre los imperios de Oriente y Occidente, y la arrasa a fondo. Acto seguido enfila hacia Rávena, la capital imperial. Sin los visigodos, a los que Aecio ha alejado deliberadamente, el general romano ya no tiene fuerza material para detener a los hunos. El emperador Valentiniano huye a Roma. Atila le persigue hasta el Po. Regueros de muerte. Brutal asedio. Roma está al borde del colapso final. Entonces aparece el papa, León I, e interviene personalmente para pedirle a Atila que se marche. Lo que el papa pudo decirle a Atila es uno de esos misterios que la Historia ha guardado bajo siete llaves. Lo que sí se sabe es que, además de las palabras del papa, Atila tenía muchas

razones para levantar el campo. Una: las enfermedades y el hambre se habían apoderado de sus propias huestes. Otra: el emperador de oriente, Marciano, había movilizado un ejército para marchar contra los dominios danubianos de los hunos. El hecho, en cualquier caso, es que Atila abandonó el asedio de Roma. Era el año 452.

Atila acariciaba la idea de volver a invadir el Imperio de oriente y atacar Constantinopla, pero el destino escribe con tinta más fuerte. A principios del año siguiente, 453, el poderoso rey de los hunos fallecía víctima de una hemorragia interna tras los festejos de su boda con la princesa ostrogoda Ildico. La stampa del entierro de Atila tendrá todo el sabor feroz del mundo bárbaro: sus guerreros se hirieron con sus espadas para llorar a su jefe con sangre, el rey de los hunos fue inhumado con sus tesoros en tres sarcófagos sucesivos de hierro, plata y oro, y después los enterradores fueron ejecutados para que nadie supiera jamás el emplazamiento de la tumba. El Imperio de Atila, dividido entre sus tres hijos —Ernak, Dengizik y Elak—, enseguida se disolvería como una montaña de polvo. Quienes lo trituraron fueron todos aquellos ostrogodos, gépidos, hérulos, lombardos, turingios y demás que desde tanto tiempo antes vivían como vasallos de los hunos y que ahora se federaban para aniquilar a sus viejos amos. Hubo batalla: en las llanuras de Panonia, en 454. Y el Imperio huno desapareció con la misma violencia con que había surgido.

Mientras Atila se desvanecía como polvo nómada, Aecio volvía la mirada al oeste. Ya tenía al huno fuera de combate; ahora quedaba el visigodo, cuyo poder había crecido hasta lo intolerable. Seguramente Aecio tenía en mente la jugada

desde el principio, desde aquel momento en que, en los Campos Cataláunicos, invitó a Turismundo a abandonar el campo de batalla: que ningún poder se hiciera lo bastante fuerte como para prevalecer sobre el otro. Aquí entran también, sin duda, las más que posibles maniobras políticas para sembrar de cizaña el campo godo. Desde antes incluso del cruce del Danubio hemos visto a los visigodos escindidos en querellas internas de distinto tipo: de clan, de religión, de orientación política... Parece que la distinta actitud hacia Roma, más hostil en unos que en otros, fue siempre una de esas causas de discordia. También ahora, cuando los hermanos de Turismundo, según opinan numerosos autores, empezaron a exteriorizar su disconformidad con la política excesivamente antirromana del rey. ¿Por convicción política o porque Roma estaba «untando» a Teodorico y Frederico? Muy posiblemente, por lo segundo. El hecho, en cualquier caso, es que la conspiración no se hizo esperar.

Todos muertos

Fue en el año 453, el mismo en que moría Atila, y muy pocos meses después. Las versiones que cuentan las crónicas no son coincidentes, pero podemos reconstruir una hipótesis aproximada. En un contexto de severa tensión entre Turismundo y sus hermanos, el rey se gana la animadversión de una parte importante de la nobleza visigoda, molesta por el excesivo poder del monarca. Roma alimenta el malestar. Turismundo, sin embargo, es hueso duro de roer: ya hemos visto hasta qué punto el «Coraje de Thor» poseía una fuerza física descomunal y gozaba del aprecio de sus guerreros. ¿Cómo quitarle de en medio? La ocasión llegó cuando Turismundo se puso enfermo.

Aprovechando su estado, uno de su séquito, un tal Ascalerno, penetra en su cámara y lo estrangula. Dice Jordanes que a Turismundo le dio tiempo a dejar al tal Ascalerno herido de muerte, pero el trabajo estaba hecho: Turismundo murió. Y la corona fue a la cabeza de Teodorico, que será el segundo de su nombre. Así los dos mayores enemigos exteriores de Roma, el rey de los hunos y el rey de los visigodos, morían en el espacio de unos pocos meses

Pero la historia no termina aquí, porque también Roma caminaba apresuradamente hacia su disolución. En 454, un año después de muertos Atila y Turismundo, el emperador Valentiniano mandaba llamar a Aecio: al parecer recelaba de que el general quisiera hacerse con el trono. ¿Quién estaba calentándole la cabeza al emperador? El patricio y cónsul Petronio Máximo y el eunuco Heraclio, enemigos acérrimos de Aecio. Frente a frente el emperador y el general, los dos hombres discutieron y Valentiniano mató personalmente a Aecio atravesándole con una espada. Así, a manos del emperador de Roma, moría el que fue llamado «el último romano». Cuando Valentiniano trató de justificar su acción, uno de sus consejeros le dijo: «No sé si has hecho bien o no, pero sí sé que has cortado la mano derecha con la izquierda». Era verdad. Por otra parte, el emperador no sobrevivirá mucho más: apenas un año después, el 16 de marzo de 455, mientras pasaba revista a las tropas en el Campo de Marte, dos oficiales se dirigieron hacia él, uno le golpeó en la cabeza y el otro lo ultimó. Los oficiales se llamaban Optelas y Thraustelas y eran dos escitas del círculo de confianza del difunto Aecio. Al parecer actuaban movidos por Petronio Máximo, el mismo que había propiciado el

asesinato de Aecio. De manera que, cuatro años después de la batalla de los Campos Cataláunicos, todos sus protagonistas yacían bajo tierra.

Petronio Máximo se dio prisa: maniobró rápidamente para hacerse con el control de palacio y, de entrada, se casó con la viuda de Valentiniano, Licinia Eudoxia, hija de la familia imperial de oriente. Acto seguido, envió una embajada a los visigodos de Teodorico II para recabar su apoyo; el embajador fue Avito, de quien ya hemos hablado y volveremos a hablar. Pero el hábil —y siniestro— Petronio iba a encontrar un obstáculo inesperado: el arrojo de su esposa, la viuda Eudoxia. ¿Qué hizo Eudoxia? Pedir socorro a Genserico, el vándalo. Tal cual.

Si usted se acuerda, cuando estalló el conflicto entre Aecio y Bonifacio, este último llamó en su ayuda a los vándalos asdingos. Bonifacio murió, los vándalos se instalaron en la provincia de África y allí establecieron un Reino independiente. Aecio no tuvo más remedio que aceptar los hechos consumados y desde entonces los vándalos, bajo el cetro de su rey Genserico, se habían convertido en un agente político de primera importancia en el Mediterráneo. Como Roma no podía permitirse el lujo de entrar en conflicto con los vándalos, una importante facción de la corte se ocupó de mantener relaciones más o menos diplomáticas con Genserico. Y todo ese juego político salía a la luz ahora, cuando Eudoxia pedía a Genserico que la salvara de su propio marido, emperador de Occidente por demás.

Genserico, por supuesto, no se lo pensó: fletó sus barcos, que eran muchos, navegó hasta Italia, desembarcó y marchó

sobre Roma arrasándolo todo a su paso. «Todo» quiere decir todo: campos, ciudades e incluso la propia Roma, que fue nuevamente saqueada. Eudoxia y su hija se marcharon a Cartago con Genserico; la muchacha se prometió en matrimonio con el hijo del rey vándalo. ¿Y Petronio Máximo? El felón de Petronio se hundía en su propia miseria, odiado y abandonado por todos. Se dice que fue un soldado romano, un tal Ursus, quien lo mató sin más miramientos. Era el 31 de mayo de 455. El reinado de Petronio apenas había durado dos meses y medio.

¿Y nuestros visigodos? Perplejos. Y dispuestos a sacar ganancia del río revuelto. Mientras en Roma pasaban toda esas cosas, Avito llegaba con su embajada a la corte tolosana de Teodorico II. Su misión era pedir a los visigodos que apoyaran a Petronio, pero la muerte de este lo cambiaba todo. Roma estaba sin emperador. ¿Qué hacer? Teodorico II no lo dudó: nadie mejor para vestir la púrpura imperial que el propio Avito. Así el galorromano Eparquio Avito fue proclamado emperador. Era la primera vez que los visigodos decidían quién ocuparía la cabeza del Imperio romano de occidente.

DE SUEVOS Y VÁNDALOS

Avito no era un títere: es verdad que debía su puesto al visigodo Teodorico II y a los intereses de facción de los senadores galorromanos, que querían a uno de los suyos a la cabeza del imperio, pero pronto demostró que sabía coger el toro por los cuernos. En aquel momento el territorio propiamente romano había quedado reducido a su mínima expresión: la península itálica y una franja en el sur de la

Galia. Todo lo demás estaba en manos de los bárbaros «federados»: los suevos en el noroeste de Hispania, los visigodos desde la Bética hasta el Loira, los francos en el noreste de la Galia y en el este los burgundios, y en el norte de África, fuera del control de Roma, los vándalos. En la otra orilla del Mar Adriático la situación del Imperio de oriente no era mucho mejor, porque el peligro huno había desaparecido, sí, pero en su lugar emergió la amenaza de los pueblos que hasta entonces les habían estado sometidos, empezando por los ostrogodos.

Con semejante paisaje sobre la mesa, la primera preocupación de Avito fue lograr que el emperador de oriente reconociera su título (cosa que obtuvo), y la segunda e inmediata fue afrontar el desafío de la presión en las fronteras. De todos los pueblos que rodeaban al imperio, dos eran manifiestamente hostiles: los vándalos que se habían adueñado de África y los varios grupos germanos que amenazaban desde Panonia. Para colmo de males, los suevos de Hispania, teóricamente aliados, decidían rebelarse bajo el mando de su rey Requiario. Avito resolvió pasar a la ofensiva. ¿Y tenía recursos para ello? Él solo, no. Pero en Roma había alguien que podría procurárselos. Se llamaba Ricimero.

El hijo de la visigoda

A lo mejor se acuerda usted de Alipia, aquella hija del rey Walia que fue entregada en matrimonio al príncipe suevo Requila en prenda de amistad política. La pareja —no sabemos si feliz— tuvo varios hijos y uno de ellos fue este Ricimero, nacido alrededor del año 415 y criado en Roma desde niño. Ricimero se había hecho un nombre luchando al

lado de Aecio, y hay que suponer que, al igual que su ilustre y desdichado jefe, guardaría las mejores relaciones con las mesnadas bárbaras que por entonces constituían el grueso del ejército imperial. ¿Acaso no era él mismo, Ricimero, medio suevo y medio visigodo? Cuando estalló la gran crisis que se llevó en poco tiempo las vidas de Aecio, Valentiniano y Petronio Máximo, los ejércitos de Roma quedaron descompuestos. El nuevo emperador, Avito, necesitaba alguien capaz de reunir a los mercenarios germanos dispersos por el país. Ricimero era sin duda el hombre; hermano además —o, por lo menos, hermanastro— de Requiario, el rey suevo. Avito nombró a Ricimero *magister militum*, jefe militar del imperio. Era muy lógico. Pero a partir de este momento las cosas rodarán cabeza abajo a vertiginosa velocidad. Todo va a ocurrir en el transcurso de unos pocos meses de aquel año de 456: una letal cadena de acontecimientos que terminará llevando a la muerte a Requiario y a Avito.

El primer acto se va a escribir en la ciudad de Roma. Después de haber controlado Panonia, Avito quiere frenar la permanente amenaza que representan los vándalos en el sur. Desde su anterior victoria (y posterior saqueo) en Roma, el rey vándalo Genserico había dejado una fuerte flota bloqueando el puerto romano ; eso era tanto como tener a la capital del Imperio bajo su mano. El hispanogermano Ricimero, el *magister militum* de Avito, organiza entonces su propia flota, la lanza contra los barcos vándalos y los destroza cerca de Córcega. Gran éxito. Acto seguido, en tierra, guía a sus huestes de germanos hacia el sur buscando al ejército de Genserico. Lo encuentra en Agrigento y le

inflige una severa derrota. Nuevo triunfo. Pero ese no era el único frente.

Vayamos a Hispania. En ese mismo momento, los visigodos de Teodorico II están cruzando la península ibérica. Buscan a los suevos de Requiario. ¿Por qué se rebelaban los suevos? Porque querían más de lo que tenían. En los años anteriores, los suevos habían extendido mucho su influencia. Las campañas del rey Requila —el padre de Ricimero y Requiario— entre 438 y 448 habían puesto bajo su control territorios tan distantes como Mérida y Sevilla, importantes centros urbanos y, por tanto, apetitosos focos de riqueza y de tributos. Las ocasionales intervenciones de romanos y visigodos no habían podido invertir la marcha de las cosas: sencillamente, aquello estaba demasiado lejos del ombligo de Roma y los suevos lo tenían todo a su favor para que el único poder efectivo sobre el territorio fuera el suyo. Porque conviene recordar que de esto estamos hablando: no de campañas de ocupación, sino de gestos de fuerza cuyo objetivo era dejar claro a las poblaciones locales a quién debían pagar sus tributos. Cuando se dice que los suevos dominaban la Lusitania y la Bética no debemos pensar en una presencia permanente sobre el terreno, sino en ese tipo de poder que consiste en que la gente del país te paga a ti y no a otro. En cualquier caso, no era poco mérito.

Requiario quiere reinar

En su momento, los visigodos no hicieron demasiados esfuerzos por obstaculizar las ambiciones suevas. Al revés, llegaron a reiterados pactos cuya consecuencia implícita era que nadie molestaría a los suevos mientras no entraran en territorio imperial. A Requila le sustituyó su hijo Requiario

en 448 y la tónica fue la misma: el nuevo rey se casó con una hija del visigodo Teodorico I y se convirtió al catolicismo, lo cual enviaba muy nítidos mensajes sobre hacia dónde se encaminaba el Reino suevo y de qué lado estaba. Requiario organizó expediciones de saqueo en tierras vasconas y en el valle del Ebro, e incluso llegó a entrar en territorio imperial, pero estas provocaciones tenían límites implícitos: todo se resolvió con uno de los habituales *foedus* que regulaban las siempre complejas relaciones del Imperio con sus «huéspedes» germanos. Era el año 453. Ahora bien, a partir de la muerte de Valentiniano todo dio un giro radical. Requiario, seguramente por sacar el máximo partido del vacío de poder, invadió la provincia Cartaginense. Roma le llamó al orden y la respuesta del suevo fue organizar incursiones en la Tarraconense, que era territorio imperial. Eso, en la práctica, significaba una ruptura unilateral del acuerdo con Roma. La guerra era inevitable. Era el año 456.

¿Qué se proponía Requiario? Muy probablemente, construir su propio Reino independiente al calor de la descomposición del imperio. A eso apuntan medidas del rey suevo tan elocuentes como acuñar moneda con su nombre. Ahora bien, semejante ambición solo podía despertar el recelo de los visigodos, que no podían tolerar el surgimiento de un poder así ante sus mismas puertas. Ya fuera por iniciativa de Teodorico II o ya por decisión de Avito, Roma resolvió intervenir. Y encargó el trabajo a los visigodos, como no podía ser de otra manera. Por eso Teodorico y su gente marcharon sobre Hispania. Enseguida volveremos sobre ello.

Retornemos ahora a Roma. La operación de Ricimero

contra los vándalos ha sido un éxito, pero aún queda la parte más delicada de esta: hay que pagar a las tropas. Y bien, he aquí que Avito no tiene con qué y el Senado tampoco parece muy dispuesto a ponerle las cosas fáciles a un tipo que, después de todo, ha sido nombrado emperador sin que nadie pidiera la opinión de los respetables senadores de Roma. Las cañas se vuelven lanzas y Avito empieza a correr serio peligro. Como no hay dinero para pagar, Avito decide fundir determinadas estatuas de bronce de la ciudad, lo cual excita enormemente a una población ya de por sí alterada por el hambre. Hay algo más: un turbio personaje aparece de repente para revolver las cosas. Se llama Mayoriano. Y se ha ganado la voluntad de Ricimero, nada menos. ¿Quién era Mayoriano? Un general: un militar que se había labrado un notable prestigio en las guerras contra los germanos del exterior, comandando tropas compuestas también por germanos. En un momento como aquel, cuando el poder oscilaba de un lado a otro de la mesa a golpe de espada (germana), el romano Mayoriano lo tenía todo para subir a lo más alto. Un ejercicio, eso sí, que implicaba derribar al que ocupaba la cúspide: Avito.

Roma, en efecto, se levanta contra Avito. Este, consciente de que está solo, marcha apresuradamente al único lugar donde puede encontrar aliados: Arlés, que ya es una de las principales ciudades bajo control visigodo. Ahora bien, Teodorico II no está: se ha marchado a Hispania para resolver el problema suevo. Entonces Avito organiza un ejército lo mejor que puede —que es más bien poco— y vuelve a Italia: se enfrentará a Ricimero y Mayoriano.

El hundimiento suevo

Llega el mes de octubre de 456. En Hispania, Teodorico II ha localizado ya a las huestes suevas de Requiario en el río Órbigo, en León. Los visigodos no van solos: traen consigo un poderoso ejército burgundio —ventajas de los lazos de familia— encabezado nada menos que por su rey Gondioc. En ese mismo momento, día arriba día abajo, Avito se enfrenta con Ricimero y Mayoriano a la altura de Piacenza. En Hispania, Teodorico II y sus burgundios destrozan a los suevos; Requiario se ve obligado a huir, pero será finalmente capturado. En Italia, mientras tanto, Avito es derrotado sin paliativos por sus rivales y apresado. Requiario será ejecutado. Avito, obligado a hacerse obispo antes de desaparecer para siempre de la Historia, probablemente asesinado también. En hispania impone su poder Teodorico II; en Roma, Ricimero. En unos pocos meses, el escenario del Imperio de occidente ha cambiado por completo.

Ricimero, aupado en las lanzas de sus tropas, puso al nuevo emperador: sería Mayoriano. El pueblo y el Senado aceptaron al general. Al menos, al principio. En España, mientras tanto, Teodorico II trataba de optimizar su victoria sobre Requiario. Lo hizo colocando en el trono suevo a un tal Agiulfo, de quien unos dicen que era suevo y otros que godo, y que en teoría debía de actuar como rey bajo la influencia de Tolosa. Fue un mal paso. El tal Agiulfo demostró ser tan inepto como cruel y, además, felón: traicionó a Teodorico II, explotó hasta el límite a sus súbditos, levantó la animadversión de suevos e hispanos por igual y, como no podía ser de otro modo, terminó asesinado. Le mató un tal Maldras cuando solo llevaba un año con la corona en la cabeza. Este Maldras fue elegido rey por su

pueblo, pero al mismo tiempo otra parte de los suevos elegía a otro rey llamado Frantán. Ni uno ni otro reinaron mucho tiempo, porque murieron enseguida. A la altura del año 457, el Reino de los suevos se hundía en el caos. Cosa que no debió de inquietar mucho a Teodorico II, porque, después de todo, le garantizaba que ningún poder digno de consideración emergería en Hispania.

Teodorico II tenía entonces otros objetivos: enterado de la crisis en Roma, aprovechó para extender su zona de influencia en el sur de la Galia hacia el mar (la vieja obsesión), pero se encontró con algo que no esperaba: Mayoriano y sus legiones, que atacaron a los visigodos en Arlés y recuperaron la ciudad. La trifulca terminó con un pacto con Roma. Era el año 460. El rey de Tolosa intentó también extender su poder hacia el norte, al otro lado del Loira, y allí chocó con otro rival: los francos. En una de esas algaradas los francos mataron a Frederico, hermano de Teodorico, y este, viendo que no tenía fuerza suficiente para imponerse, terminó aceptando un tratado con los francos que fijaba en el Loira la frontera entre ambos pueblos. Todo indicaba que el Reino visigodo de Tolosa había alcanzado su límite. Mala noticia para Teodorico.

LAS TRIBULACIONES DE TEODORICO II

Nunca resultó fácil ser rey godo. Si las cosas iban bien, te acosaban las conspiraciones de los envidiosos. Y si iban mal, demasiada gente ambicionaba cortarte el cuello. ¿Recapitulamos? Alarico muere en campaña. Su sucesor, Ataulfo, cae asesinado por orden del traidor Sigerico. Este, a su vez, es asesinado también tras solo siete días de reinado

(y nadie dirá que no lo merecía). Paréntesis con Walia, que mantiene el tipo, y con Teodorico I, que morirá en combate en los Campos Cataláunicos. Pero el hijo y sucesor de este, Turismundo, es asesinado por instigación de otro hijo, Teodorico II. De seis reyes, la mitad habían muerto asesinados. A Teodorico II habría que suponerle, como mínimo, desconfiado. Tenía razones de sobra para serlo. Y los hechos le darían la razón.

A Teodorico II empezaron a irle mal las cosas a partir de la caída del emperador Avito. En Hispania, ya lo hemos visto, la intervención visigoda en el Reino suevo se saldó con un fracaso monumental, porque, en vez de crear un territorio amigo, solo se generó más caos. En el norte, los francos se convertían en un problema de primera magnitud. Y en Roma pasaba lo peor que podía pasar: el emperador que más interesaba a los visigodos y a los terratenientes galorromanos era destituido con alevosía y en su lugar aparecía un tipo, Mayoriano, de hostilidad manifiesta. Teodorico II, verosíblemente de acuerdo con los galorromanos más notables, optó por no reconocer a Mayoriano. Realmente era lo único que podía hacer, pero con ello se ganó la enemistad inmediata de los aliados del nuevo emperador, a saber, los francos y los burgundios. No es que burgundios y francos estimaran sobremanera a Mayoriano; más bien, unos y otros veían la oportunidad de sacar ventaja de la situación a costa de los visigodos. Pero, en todo caso, la coalición de voluntades dejaba a nuestros godos en situación muy poco airosa.

Elegir enemigo

Mayoriano fue un hueso muy duro de roer. En el interior

del imperio, emprendió una serie de reformas que limitaron mucho la corrupción de la burocracia imperial, lo cual le granjeó infinitas enemistades. Y en el exterior echó mano de su experiencia militar (y de las tropas de Ricimero) para imponer respeto. A la altura de 458, cuando los vándalos intentaron un nuevo desembarco en Italia, el flamante emperador se las arregló para desmantelarlos. Y muy poco después, cuando Teodorico II planeó volver a plantar sus reales en Arlés, Mayoriano frustró radicalmente la tentativa. Al final Teodorico no tuvo otra opción que reconocer a Mayoriano, para irritación de la aristocracia galorromana: era tanto como reconocer la superioridad del enemigo.

Al nuevo emperador, por su parte, se le planteaba uno de esos dilemas envenenados que consisten en elegir con cuál de tus enemigos te alías para aniquilar a otro enemigo. La Roma de Mayoriano tenía dos enemigos fundamentales: los visigodos de Teodorico II y los vándalos de Genserico. Con Teodorico se podía pactar, aunque el acuerdo durara poco, pero con los vándalos no había acuerdo posible. En consecuencia, Mayoriano optó por pactar con Teodorico II para acabar con los vándalos. El emperador de occidente formó una gran flota en Cartagena para atacar por mar el territorio vándalo en el norte de África. Teodorico le dejó paso libre por tierras de Galia e Hispania. Pero cuando el ejército imperial iba a partir, una extraña secuencia de motines y ataques enemigos dieron al traste con la campaña. Fue una calamidad.

Alguien había avisado a Genserico de lo que se cocía. ¿Quién? No, ciertamente, los visigodos. Pero fuera quien fuere el traidor, el hecho es que aquella flota fue derrotada

antes incluso de salir del puerto y Mayoriano se quedó con un palmo de narices. Aún peor: cuando la noticia llegó a Roma, donde el ambiente estaba caldeado por las reformas administrativas del emperador, los conspiradores hallaron el pretexto idóneo para acabar con él. El propio Ricimero dio el primer paso. ¿Por qué? Porque Mayoriano resultaba demasiado autónomo, probablemente, y estaba ganando un relieve que dejaba a Ricimero en segundo plano. Mayoriano, en fin, se vio destituido. Murió pocos días después, nadie sabe con certeza si asesinado o enfermo. En su lugar, Ricimero elevó a un nuevo emperador: Libio Severo, se llamaba. Era noviembre de 461.

Los visigodos podían haber aprovechado el caos romano para sacar tajada, pero no hubo opción: en el norte de la Galia, un general que había ejercido de jefe militar de la región se negaba a reconocer al nuevo emperador y se constituía en poder independiente con el apoyo de francos y burgundios. Se llamaba Egidio y su primera medida fue afianzar las posiciones de estos pueblos frente a los visigodos de Tolosa. Más problemas para Teodorico II, que en este momento debió de empezar a pensar que todo se venía abajo: todas sus apuestas habían salido mal. Porque, al mismo tiempo, el problema suevo arreciaba en el sur, en España.

El laberinto suevo

Vale la pena contar cómo evolucionó el problema suevo porque nos dice mucho acerca de la realidad que se vivía en las tierras del imperio, además de ser un capítulo importante en la política visigoda. Después de la batalla del río Órbigo, como hemos visto, Teodorico II había puesto un rey títere,

Agiulfo, que resultó ser lo peor de lo peor: inepto, despótico y cruel. En muy pocos meses, los suevos —sin duda con amplio apoyo popular hispanorromano— se sublevaron y aparecieron dos caudillos: Maldras, en el norte (la actual Galicia), y Frantán en el sur (la Lusitania romana). Maldras capturó y ejecutó a Agiulfo, pero entonces empezó la guerra entre los dos bandos de los suevos.

No conocemos todos los datos sobre lo que pasó, pero, por lo que dejan ver las crónicas, ambos entraron en guerra por el trono al tiempo que se exacerbaba la hostilidad entre la minoría rectora sueva y la población nativa hispanorromana. Parece que Maldras mantenía buenos vínculos con el Reino visigodo de Tolosa, porque su hijo Remismundo viajará varias veces a la Galia en condición de embajador. El otro, el cabecilla suevo en Lusitania, Frantán, muere en 457, ignoramos en qué circunstancias. Le sucede un tal Requirimundo, del cual se sabe muy poca cosa. Dos años después muere el otro caudillo, Maldras, en el norte, verosímilmente asesinado, y hereda su corona el mencionado Remismundo (el embajador), pero un golpe de mano le destrona y lleva al poder a Frumario, seguramente un aristócrata guerrero. Frumario pasa a la ofensiva contra Requirimundo (el rey suevo del sur) y contra el destronado Remismundo. Este llama entonces en su socorro a Teodorico II, el rey visigodo. ¿Por qué? Porque Remismundo, aunque suevo, era «uno de los nuestros».

La historia es interesante. Corre el año 460. Remismundo se casa con una visigoda, es adoptado por Teodorico como «hijo de armas» (una elegante forma de vasallaje guerrero) y, al mismo tiempo, dos aristócratas hispanorromanos,

Ospino y Ascanio, llaman a los visigodos para que pongan orden. De manera que aquí tenemos una vez más a la elite romana local tomando partido en las querellas entre los germanos. Las huestes visigodas atacan a Frumario y le obligan a retirarse hacia el sur. Remismundo recupera su posición, pero aún no su trono. Frumario, mientras tanto, se refugia en Aqua Flavia, que es la actual ciudad portuguesa de Chaves, y la toma al asalto, al parecer con la complicidad de la población hispanorromana o, por lo menos, de su clase dirigente. Allí Frumario hace preso al obispo Hidacio, que es el cronista por el que conocemos la mayor parte de estas cosas. Finalmente, y después de tres años más de guerra, Remismundo se impone tanto sobre Frumario como sobre Requirundo. A la altura de 463, Remismundo ya es el único rey de los suevos. Para subrayar su fidelidad a Tolosa, se convierte al arrianismo.

¿Qué podemos sacar en claro de toda esta historia? Primero, que las estructuras políticas de los pueblos germánicos eran ostensiblemente endebles, a pesar de su poderío en términos militares; después, que las aristocracias locales (en la Galia o en Hispania) aprovechaban esta circunstancia en su propio beneficio apoyando a tal o cual facción según su interés particular; por último, que la capacidad real de maniobra de los visigodos en Hispania se limitaba a las intervenciones armadas, sin capacidad efectiva para construir un orden político mínimamente estable. Al menos, por el momento.

Volvamos a Roma. Cuando Ricimero eleva a la cúpula del Imperio a Libio Severo, Teodorico II, como había hecho con Mayoriano, se negó a reconocerlo. Pero en ese momento

apareció alguien que hizo una oferta tentadora: un tal Agripino, cabeza del gobierno imperial en el sur de las Galias. ¿Qué ofreció Agripino a los visigodos? La región narbonense, es decir, la ansiada salida al mar Mediterráneo para el Reino de Tolosa. ¿El precio? Reconocer al emperador Libio Severo. Y Teodorico dio el sí. Pero sería la última decisión importante que tomaría en su vida.

Por qué mataron a Teodorico II

A Teodorico II lo mataron, sí. ¿Por qué? A esa pregunta, un visigodo de la época podría haber contestado: ¿por qué no? Suena terrible, pero es que las circunstancias eran terribles. Y no era solo una cuestión interna de los visigodos. Veamos: tenemos a un pueblo más o menos homogéneo (los tervingios iniciales) a la cabeza de un pueblo de aluvión (que eso eran en realidad los visigodos) instalados como dominadores en el suelo de un pueblo ajeno, cual era el galorromano. ¿Qué preocupaba a los linajes tervingios que mandaban allí? Mantener en la medida de lo posible su hegemonía, lo cual exigía mezclarse lo menos posible y no compartir el poder con nadie. Los testimonios de los cronistas de la época señalan que la aristocracia goda de Tolosa, aunque completamente romanizada, sin embargo insistía en utilizar su lengua materna cuando hablaba entre sí. Pero el suyo no era el único interés que estaba en juego.

¿Qué le interesaba al pueblo visigodo en general? Conservar su papel dominante en el escenario social romano, lo cual obligaba a apostar solo a caballo ganador y penalizar con la mayor severidad cualquier muestra de debilidad o flaqueza en sus gobernantes. ¿Y qué les interesaba a los terratenientes galorromanos que seguían

manteniendo el control del suelo, de la Administración, de la vida religiosa y civil? Garantizar el *statu quo*, es decir, que no vinieran otros (francos, burgundios, etc.) a complicar las cosas, todo ello mientras trataban de desplegar la mayor influencia posible sobre esos extranjeros a cuyas armas se había confiado la supervivencia del país. Así las cosas, podemos imaginar la política del Reino de Tolosa como un juego cruzado de influencias (y puñales) donde unas facciones godas se apoyan en la aristocracia galorromana para imponerse sobre otras facciones godas, mientras los galorromanos apoyan a tal o cual facción goda para proteger sus propios intereses. Ese juego, que en otras condiciones podría haber sido pacífico, aquí en Tolosa era necesariamente letal porque el mundo se estaba cayendo alrededor, las águilas de Roma ya no representaban nada, las amenazas exteriores eran muy serias y, por otra parte, el único instrumento de los visigodos para imponerse eran justo las armas, pues todos los demás recursos habituales del poder (desde la burocracia hasta la religión) estaban en otras manos. Por eso, a la hora de imponer un cambio político, el lenguaje natural era el del hierro. Y por eso murió Teodorico II como antes habían muerto tantos de sus predecesores.

No fue una revolución, el asesinato de Teodorico II. Los que movieron el puñal querían, sin duda, modificar radicalmente la política del Reino de Tolosa, pero no cambiar las estructuras del poder. De hecho, quien tomó el lugar del difunto fue un hermano suyo, el último que le quedaba vivo: Eurico, el más joven y, como pronto demostraría, también el más dotado para la política. Porque fue Eurico, en realidad, quien por fin afrontó

deliberadamente la tarea de construir un Reino visigodo independiente. Y por ello sería recordado.

EL PRIMER ESTADO VISIGODO DE LA HISTORIA

Las opiniones de carácter moral sobre Eurico no son especialmente positivas: político voraz, general implacable, astuto para la maniobra y ambicioso sin trabas, tipo práctico hasta la carencia absoluta de escrúpulos... Pero son rasgos que con frecuencia afloran en los grandes estadistas y que no dejan de recordar al modelo maquiavélico del *Príncipe*. Si hay que juzgar al político por el color de su alma, seguramente Eurico solo merece reprobación; pero si el criterio del juicio es el beneficio objetivo que logra para su pueblo, entonces Eurico merece una nota muy alta. Porque fue él quien, a fin de cuentas, convirtió el Reino visigodo de Tolosa en la primera potencia de Occidente. Con él los visigodos fueron al fin independientes.

Cómo se hundía Roma

Por la política que Eurico llevó a cabo, parece bastante claro que tanto la élite visigoda como la aristocracia galorromana habían llegado a la conclusión de que el Imperio no daba más de sí y que había llegado el momento de volar por libre. Seguramente no era la primera vez que la idea tomaba forma, porque la descomposición del Imperio de occidente era un hecho manifiesto desde tiempo atrás, pero ahora se hacía patente que Roma no tenía ya recursos que oponer a cualquier Reino que quisiera constituirse en poder independiente. En el fondo, la propuesta de Agripino a Teodorico II había sido una confesión de impotencia: si alguien te ofrece sus joyas a cambio de una moneda, es que

no tiene a nadie que pueda guardarlas. Así las cosas, ¿por qué no tomarlas sin pagar precio alguno? Realmente no era preciso seguir amarrado a un barco que se hundía.

Vale la pena describir, siquiera sea someramente, todo lo que estaba pasando en Roma en esos años. Las facciones cortesanas se apuñalaban mientras el suelo se abría bajo sus pies. Presidiéndolo todo, Ricimero, medio suevo y medio visigodo, imponía su voluntad a base de armas (mercenarias) sin otro horizonte que su propio poder personal. África estaba en manos de los vándalos de Genserico, cuyo Reino era ya más respetable que el propio imperio. La Galia, dividida entre el norte francorromano de Egidio y el sur visigodo de Tolosa, no era ya en realidad Imperio. Hispania estaba dejada a su suerte o, por mejor decir, abandonada a lo que los visigodos supieran hacer mientras los suevos continuaban con sus disputas en el noroeste de la península. La propia península itálica, último territorio imperial, quedaba a expensas de las maniobras de la otra mitad del imperio, la de oriente, donde la corte de Constantinopla trataba de salvar sus propios muebles. El hundimiento, en fin. El emperador Libio Severo no llega a cumplir cuatro años de gobierno: en agosto de 465 encuentra la muerte, hay quien dice que envenenado por Ricimero. Nadie sucede a Libio Severo sino el propio Ricimero, que va a mantener una larga regencia de casi año y medio. Y es en ese lapso cuando Eurico llega al trono visigodo.

No puede extrañar que, con semejante paisaje, Tolosa decidiera crear su propio espacio político lo más lejos posible de la influencia de Roma. Y aquí «Tolosa» no quiere decir solo los visigodos, sino todo el conglomerado de poder

del sur de la Galia, galorromanos incluidos. Se sabe que en el ascenso de Eurico al trono (y, por tanto, seguramente también en el asesinato de Teodorico II) jugó un relevante papel el prefecto pretoriano de las Galias, Arvando. Y sabemos también quién formaba la corte de Eurico: una singular mezcla de visigodos y galorromanos. Es galorromanoseronat, su ministro principal. Lo son también León, principal jurisconsulto del Reino, y cortesanos de influencia determinante como Lampridio. El mando militar corresponde muy mayoritariamente a los godos de origen, pero también encontramos jefes procedentes de la nobleza romana como Víctor, Vicente o Namacio, que ejercerán el cargo de duques, es decir, conductores de tropas y jefes territoriales por delegación del rey. O sea que no es que los visigodos se estuvieran separando de Roma: es que los territorios del Imperio se estaban separando unos de otros, y a gran velocidad.

Así se entiende mejor el esfuerzo de Eurico por subrayar la identidad política visigoda, que en él llega a ser obsesiva. Por ejemplo: sabemos que el rey hablaba tanto la lengua gótica como el griego y, por supuesto, el latín, pero cada vez que le mandaban embajadores de Roma fingía desconocer esta lengua y pedía traductores. Sin duda era perfectamente consciente de que bajo su cetro se estaba construyendo un Reino nuevo. ¿Más? La cuestión religiosa, también. Desde su conversión al cristianismo arriano, la religión había funcionado entre los godos no como un elemento de integración en el mundo cultural del Imperio (donde se había impuesto ya el catolicismo de Nicea), sino, al contrario, como un factor de singularidad identitaria. No era

un caso excepcional: si los vándalos o los suevos, por ejemplo, se decían arrianos, no era porque organizaran su existencia en torno a determinada convicción teológica sobre la naturaleza de Jesús de Nazaret, sino porque tal bandera era el elemento diferenciador de su comunidad respecto al orden imperial romano. Si Remismundo en Galicia y Genserico en África persiguen a los obispos católicos de credo niceano no es por razones doctrinales, sino porque, a efectos políticos y sociales, esos obispos representan al Imperio de cuyo yugo se quieren librar. Del mismo modo, Eurico, apenas llega al trono, hace especial hincapié en subrayar el arrianismo de su comunidad para afirmarse frente a Roma y no ahorra esfuerzos para reducir al mínimo la influencia de la Iglesia católica: derriba templos, expulsa obispos e incluso se atribuye la potestad de elegir obispos él mismo, como hará en Bourges en 471.

Eurico: «Aquí mando yo»

Eurico comienza su mandato prodigando gestos de gran soberano. Envía de inmediato embajadas a todos los reinos vecinos anunciando la llegada del nuevo monarca: sus legados llegan a Constantinopla, a la corte de los suevos en Hispania y a la de los vándalos en África. León, emperador romano de Oriente, le envía a su vez embajadores, y también el rey de los persas (rivales naturales de Constantinopla). Es decir que Eurico sabe moverse bien en el complejísimo escenario del poder. Sus enemigos tampoco son mancos y pronto dibujan una coalición que aúna a bretones, francos y burgundios, alimentados todos desde Roma. Por si faltaba poco, también los suevos se revolucionan en Hispania y rompen el acuerdo con los visigodos. Eurico ve claro que, si

quiere imponerse, tendrá que demostrar que es más fuerte que sus vecinos. Y una de las primeras cosas que hace es trasladar su capital: la lleva hacia el oeste, a Aire-sur-l'Adour, en el actual departamento de Las Landas, un lugar mucho más relevante para controlar las rutas del oeste hacia Hispania y, sobre todo, alejado del peligro que supone la vecindad de francos, burgundios y... romanos.

Porque el Imperio seguía vivo, sí, y no ignoraba que en Eurico tenía a un enemigo. Pero vayamos por partes. De entrada, en Roma, Ricimero, después de su largo interregno, halla por fin al hombre idóneo para ceñir la corona del Imperio de occidente: se llama Antemio y es originario del Imperio de oriente. Corre abril de 467. Antemio es reconocido por el emperador de Constantinopla, León. Ricimero desposa a la hija de Antemio. Todo apunta a que esta vez no hay grietas en la cúpula del poder. Como primera providencia, Antemio, Ricimero y León señalan a los enemigos comunes: los visigodos de Eurico en la Galia y los vándalos de Genserico en África. La primera gran operación se dirige contra los vándalos: un fuerte dispositivo terrestre y naval donde Constantinopla pone sus barcos. Será una calamidad, y no faltará quien vea en la derrota una maniobra del propio Ricimero, que habría evitado la victoria de su propio bando por temor a que el emperador prescindiera de él. Era el año 468.

Eurico debió de ver con tanta satisfacción como inquietud el fracaso de la ofensiva romana contra los vándalos: satisfacción porque aquello dejaba patente la debilidad de Roma, e inquietud porque era evidente que, ahora, irían a por él. Eurico plantea firmar la paz por

separado con el Imperio de oriente. El prefecto Arvando le disuade y, en vez de eso, le aconseja atacar a los bretones liderados por Riotamo, aliados de Roma. Los visigodos pasan al acto: en algún momento del año 469 aniquilan a los bretones en Déols, en el centro de Francia. Entonces el emperador Antemio envía un ejército de romanos y burgundios contra Eurico: lo mandan los generales Torisario, Everdingo y Hermiano, y les acompaña el propio hijo del emperador, Antemiolo. Será el último ejército italiano que atraviese los Alpes: los visigodos lo aplastan cerca de Arlés; los cuatro generales mueren, también el hijo del emperador. La *Chronica Gallica* de 511, que es la única fuente que nos cuenta estas cosas, no es muy precisa sobre las fechas, pero debió de ser entre 469 y 470. Para entonces Eurico ya había fijado un objetivo esencial: apoderarse de la Auvernia, en el centro-sur de la Galia.

Desde el año 469 el ministro Seronat, galorromano al servicio de los visigodos, empieza a preparar cuidadosamente la operación con el envío regular de tropas que poco a poco van adueñándose del territorio. La clave es la ciudad de Clermont, el centro de la Auvernia. Eurico tiene a su propio hombre allí: el duque Víctor, que planta un prolongado asedio sobre la ciudad. Clermont terminará cayendo en 475. Los testimonios de la época dicen que los términos de la rendición fueron «vergonzosos», lo cual indica que fue una victoria sin paliativos. Ojo a las fechas: para sostener un asedio durante tantos años en un punto tan sensible sin descuidar otros frentes y vencer de manera inapelable, hace falta aunar muchos recursos materiales, muchas tropas, una logística bien engrasada... Todo eso da

una idea del poderío que había alcanzado el Reino visigodo.

Mientras las tropas visigodas del duque Víctor ponen sitio a Clermont, otras muchas cosas ocurren en torno al trono de Eurico. La primera: la insurrección sueva en Hispania. Los suevos de Remismundo estaban ligados personalmente a Teodorico II, de manera que el asesinato de este rompió cualquier lazo y, aún más, dio pie al rey suevo para desencadenar una ofensiva general. Entre 467 y 468 Remismundo saquea Conímbriga y ocupa Lisboa. Pero, por razones que nadie conoce, Remismundo muere al año siguiente y el Reino de los suevos se convierte en un banco de niebla para el historiador. Es ya el año 472 cuando Eurico decide marcar territorio en Hispania. Primero marcha directamente contra el Reino suevo, toma Astorga y destruye Coímbra. Después, en un paso más allá, toma el control directo de la Tarraconense, que era el último solar imperial en España. ¿Cómo lo hace? Con una expedición militar convencional: llegar, pelear, conquistar y plantar su propia bandera. Sabemos el nombre del guerrero que dirigió la campaña: el conde Gauterico. Este Gauterico ejecuta una perfecta operación de conquista de puntos fuertes: primero, Pamplona y Zaragoza, cabezas de las principales calzadas hacia el sur peninsular; a continuación, dos años después, Tarragona, la gran capital de la Tarraconense, llave del litoral mediterráneo. Los generales que dirigieron las tropas godas en Tarraco fueron Heldefredo y Vicente: un godo y un romano .

El último emperador

En Roma, mientras tanto, las sucesivas derrotas habían conducido a una crisis fenomenal. El emperador Antemio,

gravemente enfermo, entró en delirio y comenzó a tomar represalias contra relevantes personajes de la cúpula del imperio, con el consiguiente sobresalto de Ricimero. Este alineó a todo lo que tenía y se sublevó en Milán. Sí, en efecto: el jefe militar del Imperio declaraba la guerra al emperador (que además era su suegro). Antemio se refugió en Roma. Después de cinco meses de conflicto, Ricimero entraba en Roma, sus soldados saqueaban la capital y Antemio era capturado y ejecutado. Era julio del año 472.

¿Quién ocuparía ahora el peligrosísimo trono imperial de occidente? Un tal Flavio Anicio Olibrio. ¿Y quién era este Olibrio? Un romano de familia muy linajuda, influyente en el Senado y bien relacionado con la corte de Constantinopla, y que además estaba casado con una hija de Valentiniano III, lo cual, de carambola, le emparentaba con los reyes vándalos, pues otra hija del mismo emperador se había casado con Hunerico, el hijo de Genserico. El dato sería marginal de no ser porque Genserico, precisamente en atención a ese lazo de sangre, había propuesto ya dos veces a Olibrio como emperador. De manera que, en cierto modo, puede decirse que Olibrio era el candidato vándalo para el Imperio de Roma. Y atentos a cómo llegó Olibrio a emperador: enviado a Roma por el emperador de oriente para mediar en el conflicto entre Antemio y Ricimero, en cuanto pisó la vieja capital se topó con que Antemio había muerto y Ricimero le otorgó la púrpura imperial sin siquiera poder decir «no quiero». No se puede caer más bajo.

A partir de aquí, todo va a precipitarse en un auténtico cataclismo. Olibrio apenas reinó unos meses: en octubre de 472 falleció por causas naturales (por extraño que pueda

parecer). Pero la muerte verdaderamente relevante fue la de Ricimero, que dejó el mundo de los vivos en agosto de 472 por causas que aún siguen sujetas a discusión: unos dicen que envenenado, otros que devorado por una rápida enfermedad. A Ricimero le sustituyó como *magister militum* un sobrino suyo, Gundebaldo, príncipe burgundio. Gundebaldo se encontró con el cadáver de Olibrio e hizo emperador a un conde de palacio llamado Glicerio. Era marzo de 473. En ese momento murió el rey de los burgundios, el Reino se repartió entre los sobrinos del difunto y Gundebaldo marchó allá (a Lyon, concretamente) dispuesto a hacerse cargo de lo suyo y de lo de los demás, pues de inmediato se entregó a la tarea de matar a sus hermanos para quedarse con su parte. Lo logró y ya no volvería a Roma. El emperador de oriente aprovechó la ocasión para intervenir, derrocar a Glicerio (que acabó de obispo de Salona, en Dalmacia) y poner como emperador de Occidente a Julio Nepote. Corría junio de 474.

Este Nepote era un tipo bienintencionado y no carecía de ideas para enderezar un poco el paisaje. Entre otras cosas, tuvo el cuajo de ir a ver a nuestro amigo Eurico para pedirle que detuviera sus conquistas en zona romana e intercambió con él la Provenza, en el sur de la Galia, por Auvernia, que Eurico ambicionaba. Pero Nepote cometió el error de nombrar como *magister militum* a un hombre, Flavio Orestes, que había sido embajador de Atila, nada menos, y que aprovechó la atmósfera de caos para dar literalmente un golpe de estado: llegó a Rávena, la capital, la ocupó y obligó a Nepote a huir. Era agosto de 475. Orestes no podía ser emperador por su origen germano, pero su hijo Rómulo

Augústulo, nacido de una romana, sí cumplía los requisitos, de manera que el muchacho, que debía de contar entonces con catorce años, se vio elevado a la cumbre de... a la cumbre de una ruina.

No había pasado un año de aquello cuando los hérulos y los esciros, dos de los innumerables pueblos germánicos que hacían servicios militares para Rávena, empezaron a agitarse porque no se les concedían las tierras que el Imperio les había prometido en el centro de Italia. Los sublevados eligieron rey a un tal Odoacro, marcharon sobre Rávena y a la altura de Piacenza derrotaron a las tropas de Orestes, que fue convenientemente decapitado. Rómulo Augústulo, el último emperador de Occidente, quince asustados años, fue depuesto sin mayor consideración y su nombre desapareció de la historia. No le asesinaron, según parece, sino que vivió confinado cerca de Nápoles hasta el final de sus días. Era el 4 de septiembre de 476. El Imperio romano de occidente dejaba de existir. En realidad, había desaparecido mucho tiempo atrás.

Cuando Rómulo Augústulo cae, Eurico aprovecha la circunstancia sin perder un minuto: ocupa Marsella y otras ciudades importantes del sur de la Galia e impone su autoridad en prácticamente toda Hispania. El Reino visigodo de Tolosa ya es el más poderoso de occidente. Y de inmediato se dota de un instrumento jurídico propio: el Código que se llamará, precisamente, «de Eurico», la primera compilación legal escrita por un pueblo germánico. Hay un cierto debate sobre la fecha exacta de elaboración de este código y también sobre el origen cultural de sus disposiciones: ¿Son realmente germánicas o es más bien

derecho romano vulgar? En general se acepta que se trata de usos germánicos más o menos romanizados y que el *corpus* debió de promulgarse justo después del hundimiento efectivo del imperio. ¿La iniciativa? Tanto del poder político visigodo como de la aristocracia galorromana, igualmente deseosa de crear su propio marco jurídico. De ahí que en el Código aparezca de forma determinante la mano de León de Narbona, uno de los grandes consejeros galorromanos de Eurico.

Un espacio político propio, un rey soberano sobre un territorio definido, un código para regirlo y armas para defenderlo. ¿Qué más hace falta para crear un país? Eso hizo Eurico con el Reino de Tolosa: casi quinientos años después de que comenzara la migración de los tervingios, había nacido el primer Estado visigodo de la historia.

EL ESPLENDOR DE TOLOSA

Eurico dejó el mundo de los vivos a finales de 484. Había reinado dieciocho años, que son muchos, y legaba un Reino extensísimo, poderoso y rico. El que heredó todo eso fue su hijo Alarico II, nacido de la reina Ragnahilda, de origen normando o franco. Y con Alarico II iba a vivir el Reino de Tolosa años de verdadero esplendor.



Todos los testimonios de la época, más lo que han arrojado las excavaciones arqueológicas en los últimos años, muestran la imagen de un Reino indudablemente próspero. La producción de grano se asemejaba a la de los mejores años de la época imperial. Los lazos comerciales con los más lejanos puntos del Mediterráneo eran sólidos y está atestiguada la presencia en los puertos visigodos de mercaderes africanos y orientales (los llamados genéricamente «sirios»). También se ha comprobado la circulación en Constantinopla de monedas acuñadas en Tolosa, lo cual es evidente indicio de actividad comercial a gran escala. Las rutas del comercio interior a través de los Pirineos parecen haber sido objeto de una especial atención,

a juzgar por la relevancia de los pasos de Roncesvalles y Somport. Igualmente está demostrada la importancia de la ganadería y de forma muy singular la cría de caballos. Por si faltaba algo, la arqueología ha sacado a la luz complejos palatinos que no tienen nada que envidiar a las obras más monumentales de la arquitectura civil romana; el de Tolosa, por ejemplo, guarda un innegable aspecto bizantino y es técnicamente muy superior a los edificios que más tarde harán los francos. En suma, el Reino visigodo de Tolosa respiraba prosperidad por los cuatro costados.

Un Reino envidiable

Como es lógico, tanta prosperidad despertaba también la codicia de los vecinos: francos y burgundios en el norte y el este, armoricanos en el noroeste, vándalos en el sur... Rodeado de enemigos potenciales, el Reino de Tolosa organiza un sistema de defensa bien jerarquizado sobre la base de castillos o puntos fuertes dirigidos por gobernadores, normalmente bajo la autoridad de condes que gobiernan las ciudades y su distrito correspondiente, y éstos, a su vez, a las órdenes de duques responsables de liderar el dispositivo militar en grandes áreas. Seguramente de esta época data el sistema de organizar la recluta de tropas sobre la base de la circunscripción territorial: cuando el conde llama a filas, todos los hombres aptos para las armas que vivan en un radio determinado quedan obligados a acudir. Este modo de movilización permitirá más tarde mantener ejércitos relativamente estables.

Y fuera de Tolosa, ¿qué había? Mucha inestabilidad. Vale la pena mirar alrededor para calibrar lo envidiable que era la situación de nuestros visigodos si la comparamos con la de

sus vecinos. En el sur, el Reino africano de los vándalos había pasado de las manos de Genserico, feroz pero inteligente, a las de su hijo Hunerico, simplemente feroz. Tan torpe fue Hunerico que logró convertir una potencia de primer orden en un avispero incontrolable. ¿Cómo fue posible? En parte, por las resistencias de la población católica a su política arriana a ultranza; en parte también, por las sanguinarias represalias del rey contra sus opositores, y en parte, en fin, por la presión de los beréberes autóctonos, que aprovecharon el caos para ganar terreno. El torpe y feroz Hunerico murió en 484 (el mismo año que Eurico) y su sucesor Guntamundo tuvo que dedicar todos sus esfuerzos a pacificar el paisaje. ¿Y qué hacía Roma mientras tanto? Nada: Roma ya no existía. Allí mandaba desde 476 el hérulo Odoacro, que se proclamó rey de Italia y, buscando legitimarse, puso las insignias imperiales en manos del emperador de Oriente, Zenón. Ese era ahora el único Imperio romanosuperviviente.

Zenón, en efecto. Hablemos del emperador Zenón: un duro guerrero y fino político de origen isauro, pueblo autóctono del centro de lo que hoy llamamos Turquía. Los isauros eran más bien primarios en términos de civilización, pero combatían como si no hubiera un mañana. Como además eran súbditos del imperio, y no bárbaros del exterior, su empleo en los ejércitos de Constantinopla resultaba mucho más tranquilizador que el recurso a los germanos. De manera que, a pesar de su primitivismo, solo hacía falta un jefe inteligente y decidido para que las huestes isauras sacaran el máximo partido de su pericia militar, y ese jefe fue Zenón, de verdadero nombre Tarasis Kodisagios

Rusombladadiotes, y que adoptó el mucho más cómodo de «Zenón» para parecer más grecorromano y menos isauro. Una carrera meteórica, la de Zenón: empezó como oficial del emperador León I, luego fue *magister militum* de este, ennobleció su posición desposando a una hija del emperador y engendró al que sería León II, nieto y heredero del primero de su nombre. El pequeño León II falleció muy pronto y entonces Zenón quedó al frente del Imperio. Era el año 474. Y si hablamos tanto de Zenón, es porque en su trayectoria iban a cruzarse unos viejos conocidos nuestros: los ostrogodos.

Veamos: como tantas veces en la historia del Imperio romano, los verdaderos problemas de Zenón no estaban fuera, sino dentro. ¿Qué problemas? Por un lado, la aristocracia de Constantinopla, que miraba mal a quien, después de todo, no era más que un isauro; por otro, los pueblos germánicos que habían ido asentándose en el interior del imperio, y que estaban creando una permanente atmósfera de inestabilidad. Zenón afrontó la enemistad de la rancia aristocracia constantinopolitana con una astuta combinación de violencia y mano izquierda. Y el problema de los germanos lo solucionaría gracias, precisamente, a los ostrogodos. Ocurre que, tras la explosión del Imperio de Atila, los antiguos vasallos del terrible huno habían recuperado su libertad y vagaban de un lado a otro tratando de hallar un suelo donde instalarse. Tal fue el caso de los ostrogodos. Como en ellos era costumbre, se dividieron en varias facciones. La gran mayoría se asentó en la llanura de Panonia, pero allí tuvo que vérselas con hérulos, esciros, gépidos y otros pueblos. Bajo la dirección del caudillo amalo

Teodomiro, acabaron entrando en el territorio del Imperio de oriente, en Tracia, y allí los romanos les propusieron un trabajo: tomar las armas en una de las facciones que se disputaban el poder. Así van a entrar de nuevo los ostrogodos en nuestra historia.

El retorno de los ostrogodos

Tratar de explicar detalladamente la política del Imperio romano oriental es como resolver un crucigrama donde cada casilla tiene dos letras, de manera que limitémonos a señalar los puntos fundamentales. Primero, los ostrogodos de Teodomiro son aceptados en el territorio imperial y se instalan en Macedonia. Cuando muere Teodomiro, su hijo Teodorico, educado en Constantinopla, es proclamado rey. Ojo a este Teodorico, llamado «el Amalo» (porque era de ese linaje) y «el Ostrogodo», y que terminaría con el apelativo de «el Grande» porque realmente lo fue. Bajo su cetro se unen todas las facciones ostrogodas. Es el año 474. Como las tierras son malas y la competencia con otros pueblos germánicos es fuerte, la situación estalla. Teodorico el Amalo se pone al frente de sus ostrogodos y marcha sobre Constantinopla: es la guerra. Corre el año 483. Después de varios meses de hostilidades, el emperador Zenón y Teodorico terminan encontrando una fórmula de acuerdo: el ostrogodo se ve nombrado patricio y *magister militum*, y Zenón le encarga apoderarse de Italia. Teodorico no lo duda: la península itálica sigue siendo un vergel ubérrimo. La jugada de Zenón es magistral: ofrece a los ostrogodos el mundo, pero bien lejos del propio territorio; exactamente lo mismo que le ofrecieron a Alarico I un siglo atrás. El hecho es que los ostrogodos (unos 20.000 combatientes más sus

familias) cruzan a Occidente y se dirigen contra Odoacro, el rey hérulo de Italia, aquel que mató al último emperador. Es el año 488.

Los destinos de ostrogodos y visigodos habían vuelto a trenzarse muy poco antes: en 484, Alarico II, rey de los visigodos, ha desposado a Teodegonda, hija (ilegítima) del rey de los ostrogodos Teodorico. El pacto de sangre tendrá una consecuencia inmediata en el plano bélico, porque ahora Alarico ayudará a Teodorico a cumplir la misión que Zenón le ha encomendado. Consta un ataque visigodo contra territorio itálico en 490. El choque entre ambos ejércitos tiene lugar en Pavía. No será decisivo, pero atestigua que visigodos y ostrogodos trabajaban juntos. Teodorico, por su lado, prodiga los ataques en el entorno de Rávena. Va a ser una guerra larga y llena de vaivenes, también de crueldades. Finalmente, Teodorico el Amalo logra encerrar a Odoacro en Rávena. Tras un prolongado asedio de casi tres años, Odoacro acepta firmar una paz y compartir el poder. Teodorico entra en Rávena como vencedor. Para sellar el acuerdo, el ostrogodo convoca un banquete. En el transcurso de la celebración, Teodorico mata por su propia mano a Odoacro. Dice la tradición que el ostrogodo, mientras clavaba su espada en la clavícula del hérulo, dijo: «Esto es lo que tú hiciste a mis amigos». Teodorico se refería a los condes ostrogodos apresados y asesinados por los hérulos. Odoacro suspiró moribundo: «¿Dónde está Dios?». Ante el cadáver de Odoacro, Teodorico, como un personaje de saga islandesa, exclamó: «En verdad que no había un hueso en este desdichado compañero». Era febrero del año 493. Teodorico había tomado Italia para el Imperio romano de

oriente.

En condiciones normales, Teodorico habría quedado en Rávena como *magister militum* de Italia y fiel delegado del emperador de oriente, y nada más. Pero he aquí que Zenón había muerto y en Constantinopla mandaba ahora un emperador distinto, de manera que el ostrogodo no tuvo que entregar el triunfo a nadie. Teodorico el Amalo, el Ostrogodo, el Grande, se proclamó rey de Italia. Así que goda era Italia, goda era casi toda Hispania y goda la mitad de la Galia. Vale la pena poner el acontecimiento en perspectiva: quinientos años después de la migración de tervingios y greutungos desde su solar escandinavo, los godos se convertían en dueños de lo que un día fue Imperio romano de occidente.

¿Y en España?

Mientras todo esto pasaba en Italia, Alarico II trataba de afianzar el poder visigodo en un territorio que no carecía de espinas. Porque el Reino de Tolosa, próspero por los cuatro costados, sufría también amenazas por todos ellos. Y uno de tales costados nos interesa especialmente: el de Hispania. Desde antes incluso del fin formal del imperio, los visigodos ostentaban una posición hegemónica en tierras hispanas. Con Eurico esa hegemonía se hizo patente en la ocupación física de centros de poder, el control de rutas comerciales y el cobro de tributos. Alarico II consolidó el paisaje por el habitual procedimiento de pactar con las élites locales: protección militar a cambio de tributos y de reconocimiento expreso de la autoridad del rey visigodo. Con ello los visigodos quedaban obligados a sofocar cualquier alteración del orden, y la verdad es que el orden en Hispania estaba

muy alterado. Ya habían sido aplastadas las recurrentes explosiones de las bagaudas, aquellas bandas organizadas de excluidos de las que ya hemos hablado aquí, pero proliferaban las partidas de bandoleros al calor de una orografía muy apta para la emboscada y la guerrilla y de una estructura territorial poco controlable. Y por otra parte hay que mencionar los intentos de las élites hispanorromanas de defender sus propios intereses frente a un poder (el godo) que sentían ajeno, problema más complejo porque añadía una delicada dimensión política. Seguramente a este segundo capítulo corresponde una sonada insurrección: la de Burdunellus.

Burdunellus, o Burdunello, era un hombre de incierto origen, pero muy verosímilmente hispanorromano, que hacía 496 se sublevó en el área de Zaragoza y tuvo suficiente apoyo como para imponer su autoridad frente a los godos. Una aventura así habría sido imposible de no contar con el respaldo de los grandes propietarios del rico valle del Ebro. Un año duró el experimento. Al final, Burdunellus (que, por cierto, quiere decir «mulillo») fue abandonado por sus seguidores y entregado a Alarico II. No cuesta imaginar que las élites locales llegaron a algún tipo de pacto con el poder godo, lo cual hizo superfluo al rebelde. Burdunellus tuvo un final horrible: fue quemado vivo dentro de un toro de bronce, probablemente en el circo de Purpan-Ancely, en Tolosa.

Eso, en cuanto a los problemas por el sur. Pero peores consecuencias tendrían los problemas por el norte, porque el conflicto con los francos iba a marcar el destino del pueblo visigodo. En 496, el rey franco Clodoveo, aprovechando que

el grueso de las armas godas está en España, cruza la frontera del Loira. Y con aquel gesto iba a desencadenar un proceso que terminaría de la peor manera posible para nuestros protagonistas.

LA CATÁSTROFE EN VOUILLÉ

¿Qué querían los francos? Las tierras de los visigodos, cómo la porción más fértil y productiva de las Galias, con un clima templado, regada por ríos de abundante caudal, domada por la mano del hombre desde muchos siglos atrás y, además, con salida directa al Mediterráneo. ¿Y tenían los francos algún derecho a esas tierras? Absolutamente ninguno. Así que, en ausencia de derechos, optaron por la vía de los hechos. El pretexto: cierta querrela dinástica que oponía a los francos con los burgundios, aliados de los visigodos. Hacia 496, y aprovechando que el grueso del ejército visigodo está en Hispania, Clodoveo ejecuta una expedición de saqueo que le lleva hasta el mismo cauce del Garona, ataca Burdeos y toma como rehén al duque que gobernaba el distrito. Clodoveo tuvo que volver enseguida a su territorio porque no tenía recursos para mantener una ocupación prolongada, pero ya había conseguido su propósito: demostrar que los francos tenían algo que decir en el nuevo paisaje del poder. Después de unas cuantas escaramuzas más, Clodoveo forzó a Alarico II a firmar una paz: el tratado se selló en Amboise, en una isla en medio del Loira. ¿Por qué ahí? Porque dice la tradición germánica que las palabras que se pronuncian sobre el agua pesan más que las que se pronuncian sobre la tierra.

Los bárbaros predilectos de la Iglesia

Los francos no eran el pueblo más poderoso, ni el más civilizado ni el más numeroso del occidente, pero tenían a su favor una baza fundamental: eran los predilectos de la Iglesia de Roma, porque eran los únicos germanos que se habían convertido en masa al catolicismo. Eso hacía de ellos el mejor brazo para ejecutar el propósito mayor de la Iglesia en aquel momento, que era conseguir en el plano religioso la unidad que antaño tuvo el Imperio en el plano político. Y semejante propósito caería estrepitosamente sobre la cabeza de los visigodos.

¿Cómo llegaron los francos a alcanzar ese estatuto de «bárbaros predilectos de la Iglesia»? Esta historia empieza en realidad hacia el año 491, cuando Clodoveo, rey de los francos salios, contrae matrimonio con la princesa burgundia Clotilde. La joven esposa, cristiana, se empeña en convertir a su esposo, aún pagano como la mayor parte de su pueblo. Para ello cuenta con el respaldo del obispo Remigio, cabeza visible de la Iglesia católica en el territorio y hombre de fuerte personalidad. En ese momento Clodoveo está extendiendo su poder: a partir del área de Tournai, en la actual Bélgica, se ha hecho con el control de todas las tribus francas, que ahora han quedado sujetas a los salios; ha dominado a los otros pueblos germánicos de los territorios vecinos e incluso se ha apoderado del Reino de Sagrio, hijo de Egidio (del que ya hemos hablado páginas atrás), y que había logrado mantener un territorio independiente, fiel al desaparecido Imperio de occidente, en el área de Soissons, al norte de la Galia. Sagrio tuvo un triste destino: derrotado en batalla por Clodoveo, huyó al sur y buscó refugio entre los visigodos de Alarico II, pero este, seguramente para quitarse

el problema de encima, lo entregó a Clodoveo, que lo mandó decapitar. Clodoveo se vio así a la cabeza de un Reino de dimensiones considerables en el norte y el noreste de las Galias. Pero seguía siendo un rey pagano.

En la vieja Galia romana había entonces otras fuerzas en presencia: al sur, por supuesto, los visigodos de Tolosa; al este, las tribus de alamanes, refractarias a la autoridad de godos y francos, y también el Reino de los burgundios, aliado de Clodoveo. El momento decisivo para la hegemonía franca llega en 496, durante la campaña de Clodoveo contra los alamanes: éstos logran cercar a los francos en la batalla de Tolbiac y están a punto de acabar con Clodoveo. El rey franco, que ya ha rezado a todos los dioses paganos sin éxito —eso al menos dice la tradición—, vuelve entonces sus ojos al dios de su esposa y reza a Jesucristo. Y en ese instante, oh, prodigio, una flecha derriba al jefe alamán, su ejército entra en desbandada, los francos lo ven y reaccionan, y terminan ganando la batalla. Clodoveo, convencido por el prodigio, decide convertirse al cristianismo. Y no solo él, sino todo su ejército. Es el obispo Remigio en persona quien oficia el bautismo. Desde ese momento, los francos dejaron de ser un pueblo bárbaro más para convertirse en los amos predilectos de los galorromanos católicos. Solo era cuestión de tiempo que Clodoveo utilizara en su provecho esta nueva circunstancia para desafiar al poder más fuerte de las Galias: el Reino visigodo de Tolosa. Que resulta que no era católico, sino arriano.

Una vez más, hay que subrayar que la cuestión religiosa era fundamentalmente una cuestión política: los godos insistían en mantenerse arrianos porque era su seña de

identidad como godos. ¿Y por qué querían mantenerse godos unos señores que hablaban latín, que vestían y combatían al modo romano, cuyos aristócratas recitaban con soltura la *Eneida* de Virgilio y cuyo símbolo mayor era una fíbula con forma de águila, es decir, una insignia típicamente romana? Pues por dos razones. La primera, ciertamente no menor, el orgullo de casta, especialmente intenso en un pueblo sometido a mil avatares durante los cuatro siglos anteriores. Y la segunda, que desde luego coadyudaba mucho a la primera, la garantía de que mantenerse godo era tanto como conservar su estatuto privilegiado. Recordemos: los visigodos se instalan en territorio imperial como fuerza militar hegemónica para administrar el mundo de los romanos. Así las cosas, hacerse romano equivalía a bajar de categoría. Por la misma razón, y en el apartado religioso, los visigodos no harán el menor esfuerzo por convertir a nadie al arrianismo: no querían que nadie más entrara en el club de los que mandaban.

Alarico II tiende puentes

Todo esto, sin embargo, empezó a cambiar en algún momento a principios del siglo VI. Alarico II comenzó a dar pasos para poner al clero católico bajo su protección. El momento culminante fue el concilio de Agde en 506, al que acudieron todos los obispos católicos de la Galia e Hispania bajo el patrocinio del muy arriano Alarico II. Hay que leer los testimonios de los que allí estuvieron para comprobar hasta qué punto Alarico se ganó la simpatía del clero católico; tanto que incluso se anunció otro concilio semejante para el año siguiente. ¿Por qué actuó así Alarico II? Sin duda, porque deseaba mostrarse como un monarca

capaz de gobernar todo su Reino y a todos sus súbditos. Y también —y no menos importante— porque de este modo desactivaba a aquellos de sus enemigos que esgrimían precisamente la condición arriana de los visigodos como argumento para menoscabar su poder. Por ejemplo, los francos.

Explicemos esto un poco. El mundo que emergió tras el hundimiento del Imperio romano de occidente era un mundo en esencia católico, es decir, de credo niceano. La Iglesia de Roma era la única institución capaz de otorgar legitimidad más allá de las fronteras de un reino. Si alguien aspiraba a un poder reconocido por todos —y, por tanto, legitimado para imponerse sobre otros poderes—, la bendición del clero católico actuaba como un plus de autoridad. ¿Quiénes eran católicos en aquel momento en la vieja Galia? Solo los francos, desde la mencionada conversión de su rey Clodoveo en 496, lo cual hacía que Roma mirara a los francos con gran simpatía. ¿Cuál era sin embargo el Reino más poderoso? El de los visigodos, arrianos. Si éstos se ganaban la voluntad de la Iglesia de Roma, entonces el poder de los francos se reduciría de forma notable.

Alarico II, en efecto, parecía haber emprendido una política perfectamente consciente de integración. Un ejemplo muy claro es la obra legislativa del rey, el famoso «Breviario de Alarico». Así como su predecesor Eurico mandó hacer un Código para poner negro sobre blanco el derecho germánico tradicional y dejar claras las normas que regían a los visigodos en su nueva situación, Alarico mandó compilar y simplificar el derecho romano para organizar la

vida de la población galorromana. El Breviario se hizo público en 506: el mismo año del concilio. Es muy difícil no vincular la obra jurídica del Breviario con la maniobra político-religiosa del Concilio: todo apunta a que Alarico II trataba de afianzar y acelerar la inserción de la élite rectora goda en el país, demostrar que aquellos germanos arrianos, tan celosos de su identidad, no eran incompatibles con la población galorromana. Por otro lado, es enteramente lógico que Alarico actuara así: por mucho que los visigodos mandaran, el país no podía funcionar sin juristas, burócratas, generales y administradores, y toda esa gente era galorromana y católica. El Reino de Tolosa estaba a punto de convertirse en una potencia temible. Y entonces el franco Clodoveo rompió sus pactos con Alarico.

Cuando Clodoveo cruzó el Loira

El rey de los francos, en efecto, faltó a su palabra y abrió hostilidades contra los visigodos. Si unimos el dato del breviario con el del concilio, la ofensiva se entiende mucho mejor. No es la tesis que argumenta la historiografía tradicional, pero parece poco discutible que Clodoveo, cuando rompió su pacto con Alarico II, lo hizo movido por un motivo político de primer orden: impedir que en Tolosa se consolidara un Reino con la suficiente cohesión jurídica y religiosa (hoy diríamos social y cultural) como para construir un Estado. Motivación esta de los francos a la que, por supuesto, no era ajeno el emperador de Oriente, que tampoco estaba interesado en que el poder de los godos creciera. Y fue muy posiblemente esto, junto con otras consideraciones no menos importantes (por ejemplo, la presión de otros pueblos germánicos en el este), lo que llevó

a Clodoveo a declarar la guerra al Reino visigodo de Tolosa.

Clodoveo, sí, cruzó el Loira. Dice la tradición que halló un vado del río por casualidad, mientras intentaba cazar una serpiente. El hecho es que, con serpiente o sin ella, el rey de los francos atacó en la plana de Vouillé, cerca de Poitiers. Alarico II salió a su encuentro. Nadie sabe exactamente cuántos combatientes alineaba cada cual. No debían de ser pocos, dada la magnitud de lo que estaba en juego. Se calcula que los francos reunieron en torno a 40.000 guerreros, una cuarta parte de ellos a caballo. Similar pudo ser la fuerza visigoda. Alarico esperaba poder unir a su hueste a los ostrogodos de Teodorico el Grande. Éstos no llegaron nunca: justo en ese momento los ejércitos de Constantinopla estaban atacando territorio itálico y los ostrogodos no pudieron abandonar su suelo. Siempre se ha sospechado que la operación estaba concertada de antemano y que los imperiales atacaron precisamente para que Alarico se las viera solo frente a los francos. Aunque no estaba del todo solo: junto a los visigodos combatían los galorromanos de Auvernia bajo el mando de Apolinar, el hijo del famoso magnate (y obispo) Sidonio Apolinar. Aun así, la fuerza goda no era suficiente para detener el poderío franco. Alarico dio la batalla sabiendo que la victoria era muy improbable.

Tampoco nadie sabe cómo fue el combate. Hay que suponer que los visigodos atacarían como en ellos era costumbre: con cargas sucesivas de su caballería pesada, seguida en esta ocasión por las acometidas de la infantería de Auvernia. Y hay que suponer que los francos combatirían según su propio estilo: bloques compactos de hombres a pie enarbolando y lanzando sus célebres hachas «franciscas». La

batalla comenzó al alba y terminó antes del mediodía. En un momento determinado de la lucha, Clodoveo en persona fue en busca de Alarico II y le dio muerte; eso es lo que dice la leyenda y es muy verosímil, porque Clodoveo era un gran guerrero. Clodoveo tenía entonces alrededor de 40 años; Alarico debía de pasar ya los cincuenta y cinco, como poco. La muerte en combate de su rey provocó la desbandada de los visigodos. La batalla, empero, no fue para los francos hasta que vencieron la resistencia de la infantería de Auvèrnia, que aguantó en el campo hasta el último hombre. Así terminó la batalla de Vouillé, en aquella primavera del año 507. Los visigodos se aseguraron de salvar al hijo de Alarico, que se llamaba Amalarico, y corrieron hacia el sur. Con el Reino indefenso, los francos pudieron apoderarse una tras otra de las grandes ciudades del viejo Reino de Tolosa; la propia capital caerá al año siguiente.

¿Cómo es posible que un Reino tan sólido como el de Tolosa, con su economía tan próspera, sus tropas tan bien organizadas y su administración tan eficiente, cayera de modo tan estrepitoso? La respuesta es, seguramente, que el edificio político de Tolosa no eran tan sólido como a primera vista podía parecer. Los visigodos seguían siendo, simplemente, una élite de guerreros y propietarios extranjeros y arrianos sobre un país muy mayoritariamente galorromano y católico. Para la gente de la Aquitania, lo mismo daba entenderse con godos que con francos, y si estos últimos eran católicos y además gozaban del respaldo del emperador romano de oriente, eso que tenían a su favor. Porque los visigodos habían construido un reino, sí, pero aún no un estado de verdad. No todavía.

Así llegó a su fin el periodo del Reino visigodo de Tolosa. Un nuevo capítulo se abría para nuestros protagonistas: empezaba el periodo español del pueblo visigodo. Pero antes iban a ocurrir muchas cosas que también hay que contar.

IV. UNA TIERRA NUEVA EN HISPANIA

«MORBUS GOTHORUM»

La campaña franca después de Vouillé fue fulgurante: con el apoyo de las tropas burgundias del rey Gundebaldo, Clodoveo aprovechó a fondo la descomposición del orden visigodo y tomó sucesivamente Burdeos y Tolosa mientras los burgundios atacaban Narbona, Rodez, Béziers y Carcasona. Los visigodos, hundidos, apenas pudieron reaccionar. Algo, sin embargo, sí hicieron: nombrar a un nuevo rey. Se llamaba Gesaleico.

¿Quién era Gesaleico? Veamos. Alarico II tuvo dos hijos: uno, fruto de su matrimonio con la hija del ostrogodo Teodorico, era el pequeño Amalarico, que debía de tener unos cinco años en la fecha de Vouillé. Pero había otro anterior, ilegítimo, de madre desconocida y del que no sabemos ni siquiera la edad, que era este Gesaleico y que formaba parte del séquito guerrero habitual del monarca. Gesaleico combatió en Vouillé. Derrotado, guio la retirada de sus hombres hacia el sur. Sobre la marcha, los guerreros visigodos le proclamaron rey.

Gesaleico tal vez fuera un valiente soldado, pero como político fue incapaz de sostener el edificio. Todas las ciudades cayeron una tras otra. En Narbona fue el propio Gesaleico quien perdió la cara: vencido, resolvió abandonar la ciudad dejando tras de sí enormes pérdidas y trasladó su capital (y el tesoro regio) a Barcelona. Con el campo libre, los francoburgundios atacaron Marsella y sitiaron Arlés. En

ese momento Clodoveo tuvo en su mano llegar hasta la costa mediterránea y apoderarse de sus ricos puertos. En Arlés se produjo una situación trágica: con la ciudad bajo asedio, un hermano del obispo Cesáreo, titular de la diócesis, se descolgó por la muralla y se pasó al bando enemigo. Los judíos de la ciudad acusaron a Cesáreo de traidor. ¿Por qué? Porque la fuga de su hermano demostraría que el obispo estaba actuando en connivencia con los francos. ¿Y por qué iba a hacer tal cosa? Porque los francos eran católicos. Pero los católicos de la ciudad, a su vez, acusaron a los judíos de conspirar para abrir a los francos las puertas de Arlés. La situación llegó a un grado de tensión insoportable. El sitio de Arlés bien podía haber terminado en un baño de sangre por mano de sus propios habitantes, unos contra otros. Pero en ese momento, los francoburgundios se retiraron: un ejército ostrogodo acababa de hacer acto de presencia. Porque los refuerzos ostrogodos que esperaba Alarico II, aunque tarde, al fin llegaron.

Los hombres de Teodorico el Grande

Aquí hemos de hablar de un personaje crucial que se llama Ibbas (o Ibba) y que comandaba la fuerza ostrogoda que socorrió Arlés. ¿Quién es Ibbas? Un jefe guerrero, uno de los generales de confianza de Teodorico. Ibbas aparece en unas crónicas como duque (*dux*) y en otras como conde (*comes*), lo cual no es contradictorio: en aquella época los términos «duque» o «conde» no designaban títulos en propiedad, sino cargos y funciones. El duque era el que conducía (*dux*) los ejércitos, el conde era el que ocupaba algún cargo de gobierno en palacio o en un territorio y formaba parte de la regia comitiva (palabra emparentada con

comes). O sea que uno podía ser *comes* en palacio y al mismo tiempo *dux* en el campo de batalla, y tal debía de ser el caso de Ibbas, tan próximo al rey Teodorico el Grande que este le encarga la tarea de marchar contra los victoriosos francos de Clodoveo, nada menos. Ibbas era católico, a diferencia de la mayoría de la élite ostrogoda, que se mantenía arriana. Tal vez eso influyó en que se le encargara precisamente a él esta campaña, en un territorio muy mayoritariamente católico y donde el factor religioso parece haber sido decisivo. El hecho es que Ibbas resolvió el problema de Arlés. Y eso solo era el principio.

Teodorico había llegado tarde a Vouillé, sí, pero no iba a dejar que los francos se salieran con la suya. Primero, porque para él sería una catástrofe estratégica que los francos controlaran los puertos mediterráneos de la Galia. Y además, y no menos importante, porque su nieto Amalarico podía legítimamente optar a la corona visigoda y Teodorico el Grande no iba a dejar pasar semejante oportunidad de extender su influencia. En aquel tiempo los visigodos no tenían una ley que privilegiara al primogénito en la sucesión al trono: a falta de heredero designado por el monarca, la nobleza guerrera elegía al nuevo rey. Así fue en el caso de Gesaleico. Y a Teodorico, en principio, no pareció importarle. Pero las cosas iban a cambiar muy pronto.

A despecho de la tópica imagen del bárbaro, lo cierto es que los ostrogodos hicieron las cosas con mucha cabeza: ejecutaron dos ofensivas simultáneas, una contra los francos y otra contra los burgundios, de manera que rompieron el frente enemigo. Mientras Ibbas actúa en el sur, otro general ostrogodo, Mammo, ataca a los burgundios en el norte. La

ofensiva desmantela de un solo golpe el frente de Clodoveo. Entre 508 y 509 los francos se ven obligados a retirarse y los ostrogodos recuperan toda la Septimania, es decir, Arlés, Narbona, Marsella, Béziers, Carcasona... Los hombres de Teodorico el Grande han conseguido salvar la región mediterránea de la Galia y el paso litoral entre la Galia e Hispania. Gesaleico, en Barcelona, ve su Reino a salvo. Pero Teodorico no ha mandado a sus ejércitos para proteger a Gesaleico: el rey ostrogodo enseguida mostrará su verdadera intención, que no es otra que poner en el trono visigodo a su nieto Amalarico.

Venid a España

¿Qué ha estado haciendo hasta entonces Gesaleico? Fundamentalmente, tratar de mantener algo parecido a un Reino en un nuevo suelo. Ese nuevo suelo es Hispania. El traslado masivo de los visigodos a España se produce casi de inmediato después de la derrota de Vouillé. No debió de ser un proceso rápido: ya hemos visto que los visigodos habían empezado a ocupar ciudades y territorios en la Tarraconense desde varios años atrás, de manera que aquello no era como llegar a tierra virgen. Pero el hundimiento generalizado del Reino de Tolosa precipitó las cosas. A partir de principios del año 508 es una riada de gente la que cruza los Pirineos: los guerreros, sus familias, los campesinos, por supuesto, pero también todo el que en aquel momento podía ser considerado como un godo y, por tanto, ya no iba a tener cabida en el nuevo Reino de los francos. ¿De cuánta gente estamos hablando? Los cálculos habituales hablan de hasta 200.000 personas. Eso, para que nos hagamos una idea, es toda la población actual de Móstoles, por ejemplo. Esa gente

llegaba a un país poblado entonces por alrededor de cinco millones de personas.

Los visigodos vienen como dominadores: aplicarán el mismo sistema de *hospitalitas* que se venía empleando tradicionalmente en el mundo romano y que reservaba para el «huésped» una parte (entre un tercio y dos tercios, según los casos) de las tierras o de los impuestos que por ellas debían pagar los propietarios autóctonos. No debió de ser fácil acomodar de repente a tanta gente, y menos en esas condiciones. Las tierras que los godos desalojaban en las Galias, la Aquitania, eran las más ricas del país. No había nada en España que pudiera compensar eso. La mayor parte de aquel pueblo volante se asentó en lo que la *Crónica Albeldense* llamó después Campos Góticos, es decir, la Tierra de Campos, entre las actuales provincias de Palencia, Valladolid, León y Zamora. Se trataba de una región romanizada desde muy antiguo, aunque con escasos centros urbanos de relieve, y hay que suponer que la lucha por el control de la tierra, sus rentas y sus tributos sería la principal ocupación de los visigodos. Eso fue lo que ocurrió durante los primeros meses del reinado de Gesaleico.

Pero Gesaleico tenía otras preocupaciones, y la principal era procurar que nadie le quitara la corona. Nadie ignoraba lo que representaba el pequeño Amalarico: el prestigio del gran Teodorico, abuelo del muchacho, era enorme, y la fuerza del partido ostrogodo en la corte visigoda de Barcelona debía de ser muy estimable. Seguramente a eso se debió un incidente que iba a resultar fatal para Gesaleico: el asesinato del conde Goyarico en Barcelona, imputado directamente a Gesaleico. Dice san Isidoro de Sevilla que

Gesaleico entró en tratos con los enemigos de los ostrogodos, y el dato nos conduce con toda verosimilitud a una fuerte querrela intestina entre la camarilla de Gesaleico, rey de circunstancias nombrado en el campo de batalla y cuya trayectoria era más bien desastrosa, y los partidarios de acogerse a la protección del gran Teodorico a través de su nieto. El hecho es que, tras el asesinato de aquel Goyarico, Teodorico no se lo pensó más: envió a Barcelona a su general Ibbas, el mismo que había parado a los francos, con la misión expresa de apartar a Gesaleico del poder. Era el año 510.

La desdicha de Gesaleico

Teodorico hizo que Amalarico fuera proclamado rey. «Proclamado», no «coronado»: es decir que se oficializaba su derecho a ceñir la corona, pero, como solo era un niño de corta edad, el propio Teodorico ejercería la regencia. En plata: Teodorico añadía Hispania a sus ya extensos dominios. Para la historia del pueblo visigodo, aparecía una novedad trascendental: la dinastía de los amalos desplazaba a la de los baltos. Los visigodos abrían su andadura en España como pueblo sujeto a la autoridad y la protección de los ostrogodos.

Gesaleico no se resignó. Huyó al sur, al África de los vándalos, y allí pidió ayuda al rey Trasamundo. Sobre el papel, era una buena opción: los vándalos podían estar interesados en poner algún tipo de traba a un poder como el de Teodorico, que abarcaba ya Italia, España, el sur de la Galia y parte de los Balcanes. Ahora bien, Trasamundo era un hombre prudente: el Reino vándalo ya no era ni sombra de lo que fue y desafiar al rey ostrogodo exigía unos

recursos que Trasamundo no tenía. Al revés, el rey de los vándalos estaba mucho más interesado en apaciguar las cosas con Teodorico (de hecho, desposó a una hermana del ostrogodo) y con el Imperio romano de oriente. De manera que Trasamundo dio la espalda a Gesaleico y el destronado visigodo tuvo que marcharse también de África. ¿A dónde fue? A Aquitania, en el suroeste de la Galia.

El partido de los que se oponían a Teodorico seguía activo en Hispania; por estas mismas fechas fue asesinado en Barcelona un tal conde Veila del que apenas conocemos otra cosa que su mención en la *Crónica Zaragozana* de 510, pero cuya muerte guarda muy probablemente relación con estos hechos. Animado por esa oposición, y quizá con el apoyo bajo cuerda del franco Clodoveo, Gesaleico reclutó un ejército para volver a Barcelona y recuperar el trono. Corría el año 511. Las tropas de Gesaleico enfilaron hacia la capital. Pero entonces se toparon con lo peor que podían esperar: el implacable Ibbas y sus huestes.

Ibbas una vez más, sí. Y el eficacísimo Ibbas, sin despeinarse, aniquiló a los rebeldes en las cercanías de Barcelona. Gesaleico, derrotado nuevamente, logró escapar, en esta ocasión por el norte. Trató de hallar refugio en otro Reino enemigo de Teodorico, el de los burgundios. No lo logró: soldados ostrogodos le dieron caza cuando intentaba cruzar el río Durance, aún en la Narbonense, y le mataron allí mismo. San Isidoro de Sevilla le dedicará un cruel epitafio: «Perdió primero el honor y después la vida».

Así acabaron los días del desdichado Gesaleico. Y así terminó Teodorico el Grande de imponer su poder en Hispania. El Reino de los visigodos era ahora prolongación

del poder ostrogodo.

LA ESPAÑA DE TEODORICO V EL GRANDE

La España visigoda de principios del siglo VI era en realidad una prolongación del Reino ostrogodo de Teodorico. A Teodorico le llamaron «el grande» y no era para menos: gobernaba directamente sobre Italia, Hispania, el sur de la Galia y, al este, sobre el Ilírico hasta la raya del Danubio, y además obtuvo rápidamente la obediencia de los reinos vándalo y burgundio. En la práctica, era como si el Imperio de occidente hubiera vuelto a nacer. Oportunos tratados con los francos y con el Imperio de oriente otorgaron al Reino de Teodorico un periodo de relativa paz que, por un momento, hizo olvidar la pesadilla de guerra perpetua del siglo anterior.

Herederero del imperio

Teodorico lo hizo todo a lo grande. Para ganarse a los francos no dudó en casarse con una hija de Clodoveo, Audofleda (fue mucho antes de la batalla de Vouillé). Y para hacer lo propio con los vándalos, casó a su hermana Amalafrida con el rey Trasamundo. La franca Audofleda y Teodorico tuvieron tres hijas y las tres sirvieron para soldar lazos políticos: una, Ostrogotha, se casó con el rey de los burgundios Segismundo (que sería canonizado después); otra, Teodegonda, es la que se casó con el visigodo Alarico II, y la tercera, Amalasunta, contrajo matrimonio con un linajudo personaje de la nobleza visigoda del que pronto hablaremos. Con esos movimientos, Teodorico se garantizaba bazas diplomáticas de primer orden para apaciguar el paisaje con los principales reinos germánicos de

la región. Y al mismo tiempo, se ocupaba de mantener las mejores relaciones posibles con el Imperio de oriente, con el que nunca quiso entrar en conflicto. «El Grande», en efecto.

Ya ha quedado dicho que Teodorico, que pasó parte de sus años de formación en Constantinopla, no tenía nada que ver con la tópica imagen del caudillo bárbaro: instruido e inteligente, profundamente romanizado, Teodorico se veía a sí mismo como un heredero del imperio, al menos en su manera de concebir el gobierno, y se aplicó a una concienzuda tarea de reorganización administrativa de su reino. En el caso de Hispania también fue así: se restablecieron prácticamente todas las herramientas de la burocracia imperial. Ello afectó muy particularmente a la recaudación de impuestos. Teodorico, en apariencia, iba a velar por el trono de su nieto, pero, mientras tanto, dispuso explotar a fondo los recursos de Hispania mediante un sistema de tributos que, entre otras cosas, incorporaba una cuantiosísima contribución en grano para alimentar a Roma. Las cantidades fijadas retomaban las de la época de Eurico y Alarico II, pero ahora el territorio controlado efectivamente por los visigodos era menos extenso, lo cual no dejó de crear un patente sentimiento de insatisfacción. Con todo, la mano izquierda del rey con el problema religioso (la oposición entre arrianos y católicos) y su diplomacia tan firme como pacificadora lograron imponer un escenario de notable estabilidad.

En el caso concreto de Hispania, tal estabilidad fue sobre todo obra de un hombre: Teudis, un general ostrogodo enviado a España como guardián de la corona del pequeño Amalarico y que enseguida daría muestras de tener sus

propios proyectos. Teudis nunca fue desleal a Teodorico, pero aprovechó su privilegiada posición: se casó con una rica dama hispanorromana, supo trabar las mejores relaciones con la aristocracia local y se aplicó a construir un denso tejido clientelar tanto con godos como con hispanos. Como su matrimonio puso en sus manos una fortuna considerable, pudo crearse una guardia personal —cerca de dos mil hombres— que reforzó ostensiblemente su poder. Y como una de sus principales funciones era recaudar impuestos para Teodorico, se las arregló para resultar imprescindible. En pocos años, Teudis se había convertido en uno de los hombres más poderosos de Hispania en lo militar, en lo político y en lo económico. Guardó bien el trono de Amalarico hasta que este alcanzó la edad precisa. Y cuando el nieto de Teodorico fue proclamado (que aún no coronado), Teudis siguió encargándose de que el joven rey visigodo fuera fiel subalterno de su abuelo, el poderoso rey de los ostrogodos.

El «compromiso ostrogodo»

Como los tópicos son duros de roer, conviene insistir una y otra vez en lo fundamental para no perder la perspectiva: los visigodos, que eran un pueblo bárbaro, no eran un pueblo sin civilizar. «Bárbaro» quiere decir «extranjero», no «salvaje». En materia de lo que en el siglo XXI llamamos «salvajismo», los romanos no eran más delicados que los godos. De manera que cuando nuestros amigos visigodos llegan a un lugar, se imponen por la fuerza de las armas y conquistan el derecho a recaudar los impuestos, por ejemplo, sus usos no van a ser muy distintos de los habituales en el modo de vida imperial, y tampoco va a cambiar gran cosa en

la vida cotidiana de la gente del país. Solo ha cambiado el nombre del que manda, y este va a administrar su nuevo capital con sus propios criterios, entre los cuales nunca está matar a la gallina de los huevos de oro. De manera que no hay que pensar que el poder de la casta goda sobre la población autóctona fuera especialmente severo.

El caso de Teodorico el Grande es muy interesante porque muestra con mucha claridad cómo funcionaba el orden político y social bajo el mando goda. Teodorico no relegó ni marginó a la aristocracia romana, al revés: respetó sus propiedades rurales, llenó con sus más distinguidos miembros la burocracia del reino, permitió (e incluso estimuló) que las grandes familias romanas hicieran carrera en la administración y en la corte, se ocupó de compensarlas cuando sufrían pérdidas de algún tipo (por ejemplo, por expropiaciones agrarias o impuestos extraordinarios) y, en definitiva, logró que la vieja nobleza de la época imperial sintiera el Reino ostrogodo como suyo. Teodorico obró así porque necesitaba a toda esa gente para organizar el reino, y su talento como rey consistió en demostrar a los aristócratas romanos que, obedeciéndole a él, defendían también sus propios intereses. De manera similar, supo solucionar el problema religioso por la singular vía de ponerse por encima del conflicto. ¿Los godos eran arrianos y los romanos eran católicos? Bien, pero todos eran súbditos del mismo reino, el rey debía velar por todos y se comprometía a garantizar que unos y otros se respetaran y practicaran su credo con entera libertad. Aquí Teodorico no actuaba como arriano, sino como rey. A esa política se la ha llamado «compromiso ostrogodo» y hay que reconocer que logró neutralizar las

tensiones religiosas durante decenios.

La política de Teudis en Hispania fue exactamente igual: buscar la integración plena de los intereses de la casta visigoda con los de la aristocracia hispanorromana (y, evidentemente, con los intereses del propio Teudis). Con la diferencia de que Teudis debía, además, entregar todos los años a Teodorico sustanciosos tributos, lo cual sin duda molestaría a los terratenientes hispanos, pero irritaba mucho más a una parte significativa de la élite visigoda, que llevaba muy mal eso de estar sometida al poder ostrogodo. Y atención a este punto, porque en pocos años iba a ser fuente de auténticas tragedias. Pero ya llegaremos a eso. Ahora, sigamos con Teodorico.

En consonancia con sus hechuras de gran rey, Teodorico previó su sucesión de tal manera que los territorios de Italia, Hispania, el sur de la Galia y el Ilírico se mantuvieran unificados bajo una misma corona. ¿Quién era el beneficiario? Su yerno Eutarico, esposo de Amalasunta, la hija pequeña del rey. Flavio Eutarico Cillica, que ese era su nombre completo, era un noble visigodo de linaje amalungo. Descendía directamente de Hermanarico, aquel rey greutungo que sucumbió ante los hunos, y se había criado en España. Era lo mejor que le podía pasar al reino: un tipo inteligente y buen guerrero, con credenciales impecables y linaje indiscutible. Teodorico preparó a su yerno Eutarico para asumir todo el poder sobre el reino: hizo que en 519 se le nombrara cónsul, lo cual le otorgaba en la práctica el gobierno sobre Roma. Un gobierno, y esto es importante precisarlo, que ejerció en nombre del ostrogodo Teodorico, pero bajo la autoridad nominal del emperador de

Constantinopla, porque Teodorico siempre quiso legitimar su poder mostrándose como una suerte de delegado del imperio. Tan estrechas eran las relaciones entre la corte ostrogoda y Constantinopla que Eutarico fue adoptado por el emperador (Justino I en aquel momento) como «hijo de armas», lo cual hacía de él algo así como el brazo militar del imperio.

El proyecto de Teodorico era realmente grandioso: un sucesor que mantuviera unida la mayor parte de occidente bajo mando godo, con el aval del emperador de Constantinopla y con la protección de los lazos de sangre trabados con francos, vándalos y burgundios. Un mundo donde todos cupieran, como en el viejo imperio. Tanto es así que, cuando en Roma surgieron problemas serios entre los católicos y la minoría judía, Eutarico no dudó en proteger a esta última. Eutarico, sin duda, era el hombre. Pero, por desgracia para todos, Eutarico murió joven: en 522 abandonaba el mundo de los vivos. Dejaba una viuda, Amalásunta, un hijo de cuatro años, Atalarico, y un suegro, Teodorico, que veía cómo su gran proyecto se iba a pique.

Una montaña de ceniza

La muerte de Eutarico cambió muchas cosas, y todas para mal. Teodorico se acercaba ya a los setenta años; era evidente que no tardaría en morir. Sin un heredero adulto y respetado, el gran Reino godo de occidente se veía condenado irremisiblemente a la fragmentación. En Italia quedaba una viuda, Amalásunta, con un hijo de pocos años. En Hispania, un joven sin experiencia ni prestigio, Amalarico, solo apoyado por los visigodos más hostiles a la hegemonía ostrogoda. No puede extrañar que todos los

reinos vecinos comenzaran a hacer cálculos para evaluar qué tajada podían sacar del previsible caos.

Francos y burgundios miraban con ojos golosos la posibilidad de extender sus dominios hacia el sur. Pero quien más oportunidades veía en el colapso godo era Constantinopla, porque ahora el Imperio podía volver a ser realmente romano, es decir, recuperar el control directo sobre Italia. El emperador Justino I, también anciano, había trabado con los ostrogodos sólidos lazos que en su momento le permitieron, entre otras cosas, contener la amenaza persa en el este. Y bien, ahora se abría en el oeste la posibilidad de recuperar la península itálica; no solo la posibilidad, sino incluso la necesidad, porque abstenerse de actuar allí significaría dejar que otros lo hicieran. El principal valedor de esta política era Flavius Petrus Sabbatius, más conocido como Justiniano, sobrino del emperador y pronto heredero del mismo. Y que, a modo de evidente provocación, adoptó una singular medida: perseguir a los arrianos.

No puede ser casual, en efecto, que precisamente en esta época, en las postrimerías del reinado de Teodorico, se recrudecieran los conflictos entre arrianos y católicos, tanto tiempo apaciguados por el ostrogodo. Ya hemos visto hasta qué punto la cuestión religiosa traducía siempre una lucha política, y cómo la Iglesia de Roma hizo lo posible para privilegiar a los monarcas católicos frente a los arrianos o paganos. Ante la política anti-arriana de Constantinopla, el anciano Teodorico reaccionó con una serie de medidas represivas sobre la aristocracia y el alto clero católicos que no hizo sino ahondar la fosa. El sabio Boecio, *magister officiorum* (algo así como el ministro principal) de

Teodorico, fue detenido bajo la falsa acusación de conspirar a favor de Constantinopla, sufrió tortura y resultó finalmente ejecutado en 524. Dos años después, el papa Juan I, al que Teodorico había enviado a Constantinopla para negociar con el emperador Justino, fue apresado a su retorno, acusado de haberse puesto de parte del enemigo, encerrado en Rávena y torturado hasta la muerte. También en esto se cerraba una página para siempre jamás.

Al fin el viejo Teodorico, el gran Teodorico, expiró en Rávena el 26 de agosto de 526. Tenía setenta y dos años. Había dirigido a los ostrogodos durante medio siglo. A lo largo de ese tiempo pudo construir el mayor y más poderoso Reino que ningún godo gobernó jamás. Él lo sabía mejor que nadie, como también sabía que, a su muerte, todo volaría como una montaña de ceniza. El rey se había hecho construir un espectacular mausoleo en las afueras de Rávena: un gran túmulo de dos cuerpos, en mármol blanco de Istria, con una altura de casi quince metros. Allí se llevó su cadáver. Los restos de Teodorico fueron introducidos en una vasija de pórfido, la dura piedra de color de púrpura. Digna morada final para el más grande de los godos. Pero fuera, al otro lado de las paredes de mármol, todo iba a venirse abajo de un plumazo.

UNA DAMA MALTRATADA Y OTRO REY ASESINADO

En la España visigoda, la primera medida de Amalarico fue cortar lazos con el Reino ostrogodo. No era difícil, dado que en Rávena gobernaba la regente Amalásunta en nombre de su hijo, el pequeño Atalarico, y en medio de atroces presiones de todo género. Hubo pacto. Consistió en que

Rávena devolvía a Amalarico el tesoro real visigodo (que el fallecido Teodorico se había incautado a modo de garantía) y dejaba de exigir a los visigodos el tributo que éstos pagaban a los ostrogodos. A cambio, Amalarico entregaba a los ostrogodos la rica región de la Provenza. Unos y otros marcaban en la Narbonense la frontera entre ambos reinos, ya definitivamente separados. Amalarico fijará su capital en la ciudad de Narbona.

Amalarico no era el hombre

Todo esto vino acompañado de una cierta tempestad interior: los que habían tomado partido por estrechar lazos con los ostrogodos se veían ahora relegados en beneficio de los partidarios de la singularidad visigoda. En las fuentes aparece un tal Esteban, verosíblemente hispanorromano, que fue nombrado prefecto por Amalarico con el transparente objetivo de frenar la influencia del poderoso Teudis y borrar toda huella del periodo ostrogodo. El Reino visigodo volvía a caminar solo. Prometedor. Pero, para que la iniciativa hubiera tenido éxito, habría sido preciso que Amalarico reuniera las virtudes de un rey capaz de unir a su pueblo. Y no, no las reunía.

Si hemos de creer lo que dicen las fuentes tradicionales (y no hay motivo para no hacerlo), Amalarico tenía todo el perfil del típico niño malcriado y despótico: rodeado desde muy pequeño de la pompa de un rey, hiperprotegido por su madre, apisonado al mismo tiempo por la sombra gigantesca de su abuelo Teodorico, limitado en su poder por la autoridad de los dirigentes ostrogodos enviados a España, sin duda presionado también por los cortesanos visigodos que querían sacudirse cuanto antes la tutela ostrogoda... en

suma, halagado por unos y humillado por otros. La palabra «humillación» no es abusiva: desde su mismo nacimiento, Amalarico llevaba el nombre del linaje de su madre y no del de su padre, es decir, amalo y no balto, en lo que era una nítida declaración de superioridad por parte del ostrogodo Teodorico. Sin duda todas estas cosas pesaron a la hora de construir una psicología no especialmente equilibrada.

Empecemos por el principio: en el mismo año 526 Amalarico se ve coronado rey y casado con la princesa franca Clotilde. Es una decisión de hondo contenido político. Clotilde no era una mujer: era una embajada andante. Hija del gran Clodoveo y de la santa Clotilde, su mano representaba la paz con los francos y el respaldo de la Iglesia de Roma. Sobre el papel, nada mejor para pacificar las cosas. Ahora bien, esta política pro franca, seguramente decidida mucho antes de que el propio Amalarico pudiera decir algo, iba a tener consecuencias desastrosas. Jordanes habla de las «redes de los francos» y sus «pérfidas intrigas». Redes e intrigas que terminarían convirtiendo los tratos en maltratos.

De francos y ostrogodos

Los tratos: ¿Por qué Amalarico pactó con los francos? Al parecer el rey, o su camarilla, temía más a los ostrogodos que a los francos, de manera que buscó aliarse con éstos para protegerse frente a los primeros. Después de todo, los ostrogodos habían estado vampirizando el tesoro visigodo hasta la muerte de Teodorico, ahora se iban a quedar sin el momio y nadie podía asegurar que no intentaran recuperar lo perdido. Los francos, por el contrario, representaban una amenaza mucho menor. Porque los francos de aquel

momento ya no eran el poderoso Reino de Clodoveo, sino cuatro reinos no siempre bien avenidos. Resumamos. Clodoveo tuvo cuatro hijos varones: el primogénito (e ilegítimo) Teodorico (sí, un nombre recurrente), al que su condición bastarda no le impidió ser un excelente guerrero y pesar mucho en la voluntad de su padre, y después los tres hijos de Clotilde la santa, que fueron Clotario, Clodomiro y Childeberto. Clodoveo, a su muerte, repartió el reino entre sus cuatro hijos. Desde entonces, y guiados por la viuda Clotilde, todo su propósito fue acrecentar sus respectivos dominios. No eran gente dulce, los francos: cuando murió Clodomiro, por ejemplo, su hermano Clotario desposó a la viuda y de consuno con Childeberto mandó matar a los hijos del finado —sus propios sobrinos— para poder quedarse con sus territorios. Lo que se dice una familia unida.

Esto, en cuanto a los francos. Veamos ahora qué pasaba con los ostrogodos. Tras la muerte de Teodorico, en Rávena reinaba la viuda Amalasunta, arriana, en torno a treinta años, culta, versada en el latín y el griego, y mujer de armas tomar. Amalasunta, como hemos visto, se casó con Eutarico, destinado por Teodorico a heredar la corona, pero su prematura muerte dejó a la mujer con un papelón realmente difícil de resolver. Su madre pensó casarla con alguien de sangre real, pero ella no estaba por la labor: se encaprichó de un esclavo llamado Traguilano y contrajo matrimonio en secreto con él, cosa que estaba rigurosamente prohibida. La madre de Amalasunta los pilló y mandó decapitar al sin duda bello Traguilano. La mujer quedó como regente de una corona cuyo heredero era aún demasiado joven, así que se dedicó a esquivar los golpes de quienes aspiraban a sentarse

en el trono. Hasta tres conspiradores perdieron literalmente la cabeza en el intento. Pero Amalasueta era mujer, no podía conducir ejércitos, estaba muy romanizada para el gusto ostrogodo y su afición por las letras y las artes la hacía sumamente impopular, de manera que su posición se hizo muy precaria. Como no podía confiar en la nobleza ostrogoda, buscó apoyo en la aristocracia romana, escogió al sabio Casiodoro como ministro principal y se puso en manos del emperador de Constantinopla, Justiniano, para que protegiera la corona del pequeño Atalarico. Esta era la muy poco airosa situación de los ostrogodos de Italia.

¿Y por qué podía querer el visigodo Amalarico protegerse frente a los ostrogodos, que andaban en pleno marasmo dinástico? ¿De verdad eran un enemigo a temer? No. Pero seguramente los ostrogodos a los que Amalarico temía no eran tanto los de Rávena como los de la propia España, es decir, el partido de Teudis y compañía, que en los años anteriores habían construido su propia red de poder. De ahí que buscara respaldo en los francos y de ahí sus tratos, que llegaron a su máxima expresión con el matrimonio de Amalarico con Clotilde, hermana de los reyes francos (y sí, se llamaba como su madre). Hasta aquí, los tratos. Y a partir de aquí, los maltratos, que fueron los que Amalarico infligió a su franca esposa.

Un pañuelo ensangrentado

Más o menos la historia tradicional dice así: Amalarico maltrató a su esposa por razones religiosas y los cuñados se vengaron. Amalarico, rey visigodo de confesión arriana, había desposado por razones políticas a la católica Clotilde bajo promesa de respetar su fe. Pero, con el tiempo (y fue

muy poco tiempo), Amalarico empezó a acosar a su esposa por causa de su devoción. La maltrataba y la golpeaba. Incluso llegó a arrojarle estiércol cuando iba a misa. En cierta ocasión Amalarico golpeó a Clotilde hasta hacerla sangrar profusamente. La mujer, harta de tanto padecer, enjugó su sangre con un pañuelo y lo envió a su familia en el Reino de los francos. Los hermanos de Clotilde, indignados, pusieron pies en pared y decidieron invadir el Reino visigodo. Y así llegó la desdicha de Amalarico.

Es muy posible que esta historia sea, sobre todo, propaganda eclesial galorromana para justificar la invasión franca del Reino visigodo. Una leyenda que los reyes posteriores a Amalarico habrían mantenido, porque también a ellos les interesaba mostrar al joven rey como un perfecto animal. Pero el hecho es que Amalarico, en su obra de gobierno, no adoptó especiales medidas contra los católicos, lo cual encaja mal con el relato. Esto no obsta para reconocer que, en su política general, Amalarico fue cualquier cosa menos un sabio gobernante. Al revés, se metió en tales líos que solo podía acabar como acabó: de la peor manera posible.

¿Quién sabe? Quizás Amalarico, en su ceguera, pensó realmente que podía sacar algo en limpio de los francos, aunque solo fuera que no le atacaran. Tal vez Jordanes tenga razón y los francos enredaron a Amalarico en sus intrigas. Pero, por un lado, ya hemos visto cómo se las gastaban los reyes francos, y por otro, es perfectamente verosímil que la relación del rey visigodo con su esposa franca fuera cualquier cosa menos apacible. El hecho es que a la altura de 531, y con el argumento de vengar la humillación sufrida por

su hermana, el franco Childeberto I atacó la Septimania, la región visigoda del sur de la Galia. Amalarico, que estaba allí, en su corte de Narbona, salió a hacerle frente. Y ese día Amalarico demostró que era tan mal guerrero como funesto político.

Nadie sabe lo que pasó en la batalla, ni siquiera si hubo propiamente tal. Lo único que consta es que Amalarico huyó como alma que lleva el diablo, cogió el tesoro regio, buscó un barco y zarpó hacia Barcelona. Los francos le persiguieron. ¿Y no había ejército visigodo para detener la ofensiva? Sí, pero, según parece, nadie movió un dedo. ¿Quién habría podido parar a los francos? Teudis. Es decir, el hombre al que Amalarico había apartado del poder. Teudis se limitó a observar cómo el cadáver de su enemigo pasaba por delante de su puerta. Quien convirtió a Amalarico en cadáver fue un soldado franco llamado Bessón. Fue en Barcelona, en la plaza pública, muy verosímelmente con autorización de Childeberto I y la pasividad cómplice (aunque hay quien dice que más) del ostrogodo Teudis. Terminaba el año 531. Con Amalarico moría el último rey de los baltos, y también el último de la dinastía inaugurada por Alarico I. Ciertamente, no estuvo a la altura de sus predecesores. Otra página que se cerraba.

El trono quedó vacante, pero solo unos días. Porque enseguida Teudis dio el paso que sin duda esperaba dar desde muchos años atrás: se proclamó rey. Y Teudis puso orden. Nos falta información para saber cómo y por qué, pero no es difícil hacer conjeturas: ese hombre ya había tejido su propia red, era rico e influyente, disponía de fuerza militar propia y tenía en la mano tres poderosas bazas

políticas que eran: una, su autoridad personal como hombre de confianza del gran Teodorico, dos, el apoyo de significativos sectores de la aristocracia hispanorromana y, por último, el respaldo de una facción importante de la nobleza visigoda. Frente al joven e inexperto Amalarico (veintinueve años en el momento de su muerte), Teudis, que debía de rondar ya los cincuenta, era una garantía de solidez. Fue proclamado rey porque era la mejor opción.

Con Teudis el Reino visigodo se hará más español. El nuevo monarca mantendrá, por supuesto, la Septimania en el sur de Francia, pero traslada su capital a Barcelona primero y a Toledo después. El mundo visigodo mira hacia el sur. Y allí Teudis será el primero que deba hacer frente a un invitado inesperado: el Imperio de oriente, el mundo de Constantinopla, al que ya es posible llamar Bizancio y que estaba consiguiendo recuperar buena parte de los territorios del viejo espacio imperial romano. La expansión bizantina en España será a partir de este momento el principal quebradero de cabeza para los visigodos.

EL ENEMIGO BIZANTINO

¿Qué pasó durante el reinado de Teudis? No es fácil saberlo. Uno de los rasgos característicos del periodo español de los visigodos es que ha dejado numerosas huellas de todo orden, pero nadie hizo nunca una crónica contemporánea de los sucesos que ocurrían en cada reinado. La *Getica* de Jordanes se detiene precisamente en Teudis y su sucesor, despachados con rápidos trazos. Lo que sabemos se debe más al galorromano Gregorio de Tours, que escribió la historia de los francos, o al bizantino Procopio, que

historió el reinado de Justiniano. Habrá que esperar después a la obra de Juan de Biclaro y Julián de Toledo para volver a tener testimonios escritos de primera mano, y aun éstos demasiado limitados en el tiempo.

Los visigodos españoles nunca relataron su propia historia general, no al menos según el método convencional de consignar hechos sucedidos. ¿Por qué? Nadie lo sabe. Una posible explicación es que las historias que pudieran haber ardieron bajo la ola devastadora de los árabes que invadieron la península en el siglo VIII, pero, en ese caso, es raro que nadie guardara una copia en ningún lugar. Otra posibilidad es que, sencillamente, a la elite cultural del Reino le importara muy poco la Historia: cuando Sisebuto encargó a Isidoro de Sevilla una historia de los visigodos, el resultado fueron... quince páginas. Por el contrario, los visigodos se mostraron excepcionalmente prolíficos en materia jurídica. Eurico hizo su código. Alarico, su breviario. Numerosos reyes posteriores aportarán compilaciones, revisiones y hasta códigos enteros. Y el propio Teudis, para no faltar a lo que ya iba a ser una tradición, ordenó dictar leyes para revisar y limitar las costas judiciales.

Teudis el estabilizador

No sabemos, pues, qué medidas concretas de gobierno adoptó Teudis, pero debieron de ser oportunas y sensatas, porque en este punto la crónica no cuenta absolutamente nada, como si hubiéramos entrado en un agujero negro de la historia, y lo lógico es pensar que, en caso de que alguna alteración grave hubiera surgido, el escueto legado que nos han dejado las crónicas lo consignaría. Como no hay tal, podemos imaginar que Teudis se concentró en estabilizar el

paisaje, poner a buen recaudo el tesoro regio que Amalarico había recuperado, reorganizar administración y ejército, completar el asentamiento godo en los Campos Góticos, hacer visible el poder godo sobre las regiones demasiado periféricas (por ejemplo, la riquísima Bética) y, verosímilmente, quitarse de en medio a los que habían apostado con demasiada claridad por el desdichado Amalarico y los declinantes baltos.

Sobre Teudis dice Procopio, hablando de su etapa anterior, antes de ceñir la corona, que se condujo «como un tirano». En el lenguaje político de la época, eso quiere decir que se constituyó en poder personal, singular, al margen de cualquier obediencia externa. Es verdad que con frecuencia desoyó las órdenes de Teodorico cuando este le llamaba a Rávena, al mismo tiempo que puntualmente enviaba al rey los impuestos requisados. ¿Qué quiere decir esto? Que Teudis mandaba, cada vez más, en nombre propio, y no por delegación de Teodorico. El dato es relevante para entender la situación de Teudis en esta nueva etapa como rey. Por así decirlo, Teudis volvía como rey a la misma casa que había gobernado como prefecto, casa ocupada hasta ese momento por un Amalarico que, a efectos de poder material, práctico, no dejaba de ser un intruso.

Sin un Teodorico al que obedecer ni un Amalarico al que soportar, Teudis se concentró en hacer efectivo el dominio godo sobre Hispania. Por la documentación eclesiástica, que para estas cuestiones es fundamental, sabemos que buena parte del sur y el este peninsulares vivían por completo al margen del Reino visigodo de Tolosa. A partir del reinado de Teudis, por el contrario, observamos cómo la elite goda se

orienta cada vez más hacia los puertos comerciales del Mediterráneo y las grandes áreas agrarias del valle del Guadalquivir. ¿Instrumentos? Sobre todo dos: uno, los enlaces matrimoniales entre nobles familias godas y grandes terratenientes de la Bética; el otro, una política de manifiesta tolerancia hacia el catolicismo, para desarmar cualquier hostilidad. Hacia el año 533 Teudis instala su corte en Sevilla. ¿Cómo lo sabemos? Porque Procopio habla de una ciudad a la que llegaban los barcos procedentes del norte de África después de cruzar el estrecho de Gibraltar y remontar un río, y esa ciudad, en la época, solo puede ser Sevilla. Y es en Sevilla donde Teudis recibe noticias inquietantes: Bizancio se ha apoderado del norte de África.

Justiniano toma el mando

Bizancio es el nombre griego original de la misma ciudad que luego se denominará Nova Roma, Constantinopla y, después, Estambul. Aquí estuvo la capital del Imperio romano de oriente y por eso a este se le llamará también Imperio bizantino o, simplemente, Bizancio. A partir del emperador Justino I, y tras muchos años de existencia agónica, Bizancio decidió pasar a la ofensiva. No fue Justino, demasiado viejo, quien llevó la voz cantante, sino su sobrino, protegido, discípulo, consejero y finalmente sucesor, Justiniano. Si grande fue Teodorico en occidente, más grande aún iba a ser Justiniano en oriente, en occidente y en todas partes. Justiniano tenía una idea fija: recomponer el viejo espacio imperial romano en torno al Mediterráneo. Esa idea fija venía acompañada de esta otra: tal recomposición solo podía venir de la mano de la unificación religiosa (ya hemos hablado hasta la saciedad de cómo religión y política

se superponían en este momento) y la religión común solo podía ser el catolicismo romano definido en el credo de Nicea. Y ambas ideas fijas tenían un corolario evidente: allá donde hubiera un Reino ajeno al credo de Roma dentro del espacio imperial, Constantinopla, Bizancio, se atribuía el derecho de conquistarlo para devolverlo a la legítima obediencia. Tal era el caso de la Italia de los ostrogodos, del África de los vándalos y... de la España de los visigodos.

Justiniano era un excelente estratega. Lo demostró con creces en el tablero de la política, que con frecuencia es más complejo que el de la guerra. Y compleja a más no poder era la situación de ese Imperio bizantino desgarrado por mil querellas internas y rodeado de enemigos por todas partes. Allá donde bastó la política, Justiniano supo poner por delante los intereses imperiales, a veces con la negociación y a veces con la coacción (y, en muchas ocasiones, con ambas cosas a la vez). Y allá donde hubo de recurrir a la guerra, el emperador contó con dos generales excepcionales: Narsés, un eunuco dedicado a la administración que mostró enorme talla dirigiendo ejércitos, y Belisario, sin duda uno de los más grandes jefes de guerra de todos los tiempos.

Como el propósito mayor de Justiniano era recuperar el imperio, su primer paso fue acudir al tradicional granero de Roma: la provincia de África, convertida en Reino vándalo desde un siglo atrás y que ahora atravesaba por momentos muy críticos. Desde 523 reinaba allí, en África, Hilderico. Para tratar de enderezar la profunda crisis del país, Hilderico acentuó la romanización: se apoyó en las grandes familias afrorromanas, se acercó a Constantinopla, protegió a los católicos en perjuicio de los arrianos... Semejante política

provocó la irritación de la nobleza vándala, que en 530 dio lo que cabalmente fue un golpe de estado, derrocó a Hilderico y aupó al trono a su primo Gelimer. El nuevo monarca se vio de pronto con todos los frentes abiertos: la población afrorromana, los bereberes que actuaban en el interior del país y, fuera, la hostilidad manifiesta de ostrogodos y bizantinos. A la altura de 533, Cerdeña, posesión vándala, se sublevó y dejó de pagar impuestos. Gelimer mandó un gran ejército a la isla. Mal paso: en ese mismo momento estaba llegando a las costas africanas Belisario, el general de Justiniano, con una poderosa flota.

Belisario destrozará a las huestes de Gelimer en la batalla de Ad Decimum, cerca de Cartago, la capital vándala. Corría el 13 de septiembre de 533. La idea inicial de Belisario era reponer en el trono a Hilderico, pero no será posible: Gelimer, derrotado pero aún no vencido, mata a Hilderico y se refugia en los montes del Atlas con el propósito de continuar allí la guerra. Belisario no le dejará opción: le persigue y al año siguiente aplasta a sus huestes en la vieja ciudad de Bulla Regia. Gelimer termina preso y es conducido a Constantinopla. Justiniano le perdonará la vida. El Reino de los vándalos desaparece para siempre. Así África volvió a ser romana.

La victoria bizantina sobre los vándalos tuvo una consecuencia inmediata en el ámbito de la España visigoda, y es que Constantinopla extendió sus dominios hasta las mismas puertas de la península ibérica: en 533 los bizantinos toman Ceuta sin oposición digna de tal nombre. La maniobra no se le escapa a Teudis, que actúa en consecuencia. Enseguida lo veremos. Pero quedémonos de

momento con lo sustancial: Bizancio echa raíces en la orilla sur del estrecho de Gibraltar. También aquí Justiniano lograba recomponer el mapa del viejo Imperio romano .

La agonía de los ostrogodos

Después de devolver África al imperio, Justiniano y Belisario pusieron sus ojos en Italia, donde el Reino ostrogodo se hundía sin remedio. La última vez que pasamos por Rávena habíamos dejado a la viuda Amalasunta tratando de sobrevivir entre tiburones. Buscó ayuda en Bizancio y con ello solo consiguió que la nobleza ostrogoda le cogiera aún más ojeriza. El conflicto llegó al extremo de que los nobles, hartos de que el heredero Atalarico viviera tan a la romana, cogieron al chaval y lo apartaron de su madre, muy verosímilmente con ayuda de la abuela, Audofleda, la viuda de Teodorico. Y atentos porque el caso no acabó aquí. El joven Atalarico, zarandeado por unos y por otros, se dio a la bebida. Tanto que el 2 de octubre de 534, con solo dieciocho años, moría de una crisis etílica. Amalasunta quedaba ahora como reina sin heredero ni pretendiente, así que se arregló su matrimonio con Teodato, sobrino de Teodorico y uno de los tipos más siniestros de la corte ostrogoda, pero rico y poderoso, además de bien relacionado con Bizancio. ¿Caben más dramas? Sí.

En efecto, muy poco después, la vieja Audofleda muere sospechosamente durante una cena tras cierta celebración arriana. Dicen que bebió de un cáliz; lo típico. Pero Teodato aprovecha la circunstancia para acusar a Amalasunta de haber envenenado a su madre, y con ese argumento cambia a todo el gobierno de Rávena y encierra a su mujer en la fortaleza de una isla en el lago de Bolsena. Es 535. Justiniano

se entera de la atrocidad y exige a Teodato una explicación sobre la triste suerte de Amalasunta. Aún más: envía una embajada a Rávena para exigir la inmediata puesta en libertad de la mujer. Demasiado tarde: cuando la embajada llega, Amalasunta ya ha sido estrangulada por los sicarios de Teodato. Justiniano monta en cólera y encarga a su mejor general, Belisario, que ataque a Teodato. Tal vez era solo el pretexto que Justiniano estaba esperando. Teodato no dio la cara: mandó un ejército contra Belisario, pero él se quedó en Roma. Los guerreros godos le acusaron de traición. Teodato intentó huir a Rávena, pero sus días estaban contados: interceptado por el camino, fue degollado sin contemplaciones por las propias tropas ostrogodas. El Reino ostrogodo de Italia tardará muy poco en volver al redil del imperio.

A Bizancio le quedaba Hispania para volver a dibujar el mapa imperial. Pero no era tarea fácil. Por un lado, la península estaba muy lejos y enviar tropas permanentes allá exigía un despliegue logístico que el Imperio no podía asegurar. Por otro, los continuos roces en la frontera oriental con los persas distraía inevitablemente unos recursos militares preciosos. Añadamos que Justiniano, según casi todas las fuentes, tampoco era partidario de dar demasiado poder a sus generales, ni demasiados recursos ni demasiada gloria, porque la tentación de elevarse a lo alto del Imperio por la fuerza de las armas seguía siendo demasiado factible. Pero eso no quita para que la presencia bizantina al otro lado del Estrecho fuera una amenaza objetiva. Y los visigodos lo sabían.

Teudis, en España, supo con claridad lo que se le venía

encima y acometió una brillante maniobra preventiva: tomar Ceuta. ¿Por qué Ceuta? Porque si había una invasión bizantina del territorio hispano, esta tendría que venir necesariamente por el punto de África más cercano a la Península, y ese era Ceuta; porque una operación así solo podría organizarse acumulando tropas en una ciudad con recursos suficientes para mantenerlas, y esas solo podían ser Ceuta y Tánger; porque si el Imperio quería controlar el Mediterráneo y sus rutas comerciales más allá del Estrecho, necesitaba un puerto bien acondicionado en el extremo occidente del imperio, y ese, una vez más, solo podía ser Ceuta. Las tropas de Teudis acudieron allá. Corría 542. Objetivo: echar a los bizantinos. Pero fue un fracaso: después de un largo asedio, las huestes visigodas tuvieron que volver por donde habían venido. Bizancio era fuerte. Cada vez más.

Mientras todo esto pasaba en el sur, en el norte la tierra había vuelto a arder: los francos intentaban invadir España. Y aquí los visigodos sí que conseguirían imponer la fuerza de sus lanzas.

DESCALABRO FRANCO EN ZARAGOZA

A la altura del año 540, la marcha de las cosas había llevado a los visigodos a una situación imprevista. Su tierra de promisión, el sur de la Galia, se había convertido ahora en la parte menos relevante, en términos territoriales, de sus dominios, mientras que Hispania, una región que inicialmente consideraban solo zona de expansión, periférica, pasaba a configurarse como espacio central del reino. La nobleza visigoda seguía viendo la Septimania como

su escenario político fundamental porque era la zona más rica, la más romanizada y también el cruce de caminos con las ambiciones políticas de francos, burgundios y romanos, pero la realidad era que los visigodos pintaban cada vez menos en la Galia.

Por el contrario, su papel en Hispania se iba haciendo cada vez mayor, y eso ponía a la nobleza visigoda en una posición nueva, porque Hispania era un lugar sensiblemente distinto, mucho menos uniforme desde el punto de vista socioeconómico, donde las aristocracias locales — hispanorromanas— habían tejido sus propias redes de poder y el juego político tenía otras reglas, a lo que había que sumar la existencia de grandes áreas despobladas y de cultivo difícil, otras regiones sencillamente impenetrables (las montañas del norte) y, para colmo, la presencia de dos potencias hostiles que eran el Reino suevo en el noroeste y la influencia del Imperio bizantino en el sureste. ¿Cómo se gobierna eso? Teudis debió de pasarse la vida intentando contestar a esa pregunta.

La ambición de Teudis

Recompongamos el cuadro. Teudis, ostrogodo, reina en un espacio visigodo. Teóricamente, su autoridad bebe en los tratados previos entre los godos y el imperio, de manera que Teudis no va a entrar en guerra con Constantinopla. Por otro lado, es justamente esa vinculación formal la que legitima al poder godo para imponerse sobre las aristocracias locales de origen romano; si el rey godo se levantara contra Constantinopla, la mayoría de la población, hispanorromana, encontraría un argumento perfecto para rebelarse contra el godo. ¿Por qué no había insurrecciones

hispanorromanas contra el poder godo? Porque las grandes familias terratenientes carecían de la unidad precisa para actuar conjuntamente. Y también porque Teudis, sabio, se había ocupado de mostrarse como un fiel amigo del Imperio y, por supuesto, de esos mismos linajes hispanorromanos que dominaban los recursos agrarios y las rutas comerciales. Un matrimonio de conveniencia, en suma, como el del propio Teudis con su esposa hispana. Hay que insistir en ello: los reyes godos, en este momento, no son reyes independientes y soberanos, sino delegados, por así decirlo, de la autoridad que emana del Imperio romano.

Ahora bien, a la altura de 540 hay algo que cambia el paisaje. No ocurre en España, sino en Italia. Allí, como hemos contado, el Imperio había recuperado el control sobre lo que un día fue el Reino ostrogodo de Teodorico. Pero ocurrió que, con la campaña italiana ya prácticamente terminada, los persas se levantaron en oriente y Justiniano tuvo que enviar allá a sus tropas de Italia, con Belisario al frente. Y los ostrogodos más recalcitrantes, al ver que Belisario abandonaba el país, no tardaron ni un minuto en sublevarse y elegir a un nuevo rey. ¿Quién? Un tal Ildibaldo, jefe de la guarnición de Verona y que añadía a su currículum un mérito muy singular: era sobrino de nuestro amigo Teudis.

La cosa estaba clara: los ostrogodos de Italia, derrotados y sin rey de la dinastía de los amalos, escogían como monarca a un pariente de Teudis para atraer a este y obtener su ayuda frente a Justiniano. Los visigodos correrían en socorro de los ostrogodos, recuperarían su fuerza frente a Constantinopla y de nuevo habría un Reino godo en

Hispania e Italia como en tiempos del gran Teodorico. Eso debió de pensar Teudis, que, seguramente, ya se veía como heredero del gran rey amalo. No hay ningún documento que lo demuestre, pero los lazos de solidaridad entre los germanos siempre funcionaban así. Parece poco dudoso que Teudis se comprometió a enviar refuerzos a su sobrino italiano. El problema fue que alguien, en Constantinopla, había tomado precauciones por si tal cosa ocurría. Desde cinco años antes, Justiniano había firmado con los reyes francos un acuerdo regado con enormes cantidades de oro. El acuerdo consistía en esto: los monarcas católicos harán frente común contra los herejes. ¿Y quiénes era los herejes? Los godos arrianos. Más claro, agua. Y así, como por casualidad, en el mismo momento en que Teudis iba a enviar refuerzos a Italia, un ejército franco entraba en España.

Clotario y Childeberto

Se llamaban Childeberto y Clotario, y ya los conocemos: hijos los dos de Clodoveo, el primero era rey de París y Orleans, y el segundo reinaba en Soissons y parte de Aquitania. Entre los dos se habían comido ya la Burgundia. Desde años atrás, francos y godos venían intercambiándose golpes en torno a la Septimania, con victorias ora de unos, ora de otros, pero nunca decisivas. Sobre todo: nunca antes los francos habían intentado una invasión de territorio hispano. Pero esta vez, sí: sin duda con la aquiescencia (como poco) del emperador Justiniano, y muy probablemente para frustrar cualquier convergencia militar de visigodos y ostrogodos, esta vez los francos invadieron Hispania.

Terminaba la primavera de 541. Childeberto y Clotario

cruzaron los Pirineos por el paso occidental, el navarro; es la calzada Burdeos-Astorga. Llegaron a Pamplona y la saquearon. Tomaron el ramal de la calzada que conduce a Zaragoza y saquearon igualmente toda la comarca, de gran riqueza agraria. Llegaron a Zaragoza y la sitiaron: querían rendirla por hambre. La ciudad del Ebro aguantó. En pleno asedio, el clero zaragozano –lo cuenta Gregorio de Tours– organizó una procesión con la túnica de San Vicente Mártir. Los francos, presos de temor de Dios, terminaron levantando el campo. En la retirada franca también debió de influir, todo sea dicho, el ejército visigodo que se acercaba al mando del duque Teudisclo y que, astuto, se colocó en la retaguardia del invasor cortándole la salida. San Isidoro de Sevilla proporciona este último dato.

Childeberto y Clotario trataron de llegar a los pasos del Pirineo, seguramente por Valcarlos, pero Teudisclo ya estaba allí. Enojosa situación para los reyes francos. No había otra que negociar. Al fin y al cabo, la salvaje depredación de la comarca del Ebro había reportado a los francos un cuantioso botín. Clotario y Childeberto ofrecieron a Teudisclo un rescate a cambio de que les dejase marchar. Teudisclo aceptó: dio veinticuatro horas a los francos para desalojar Hispania. Los reyes y sus respectivos séquitos lograron ponerse a salvo, pero el grueso del ejército franco no llegó a tiempo. Teudisclo lo aniquiló sin contemplaciones. Retengamos ese nombre: Teudisclo, duque de origen ostrogodo, porque enseguida lo volveremos a encontrar.

La invasión franca quedó en desastre, pero tras de sí dejaba en Hispania una situación calamitosa: campos

devastados a lo largo de todo el valle del Ebro y enseguida, al año siguiente, una epidemia de peste: «morbus inguinalis», la llama la *Crónica Zaragozana*. Y no iba a ser el único problema de Teudis. En el norte, las rebeliones de vascones son continuas. No se trata de insurrecciones propiamente políticas: estos vascones —más adelante lo explicaremos en detalle— no constituyen un Reino ni unidad política alguna, ni forman parte tampoco del orden godo ni franco; son más bien tribus de carácter primitivo que de vez en cuando asaltan las tierras fértiles en busca de botín. Las armas visigodas no pueden emplear aquí las tácticas de un ejército, sino que persiguen a los asaltantes y, si los localizan, tratan de aniquilarlos; no se puede hacer más en una orografía tan complicada como la de esas montañas. Pero todavía mucho más serio, por sus repercusiones políticas, iba a ser el panorama en el sur: a la altura de 545 estalla una rebelión entre los grandes terratenientes de la Bética. Es muy factible que esta rebelión guarde lazos con la política bizantina, bastante dada a aplicar el principio «divide y vencerás». De hecho, pronto veremos directamente la mano de Bizancio en los vaivenes que sacuden al Reino godo. Teudis morirá sin haber resuelto esta crisis.

Puñales contra lanzas

Porque Teudis murió, en efecto, y de muy mala manera. En 548 —muy poco después del fracaso ante Ceuta— fue apuñalado en su palacio de Sevilla (otras fuentes sitúan el hecho en Barcelona) por un desequilibrado o, al menos, por alguien que se fingió tal. Lo único que se sabe a ciencia cierta es lo del apuñalamiento. Si fue en Sevilla, es muy

probable que el crimen estuviera relacionado con la crisis política de la Bética. En cuanto al asesino, la hipótesis más verosímil es que estuviera implicado en la conjura contra el poder regio y que se fingiera loco para no delatar a sus mentores. Teudis, herido de muerte, pidió que no se ejecutara al agresor porque era un simple loco. Hay quien ha visto aquí un gesto de arrepentimiento por el asesinato de Amalarico, tantos años atrás. Sea como fuere, Teudis moría sin haber consolidado la corona y mucho menos un linaje que pudiera heredarla.

Los visigodos, repitámoslo para deshacer malentendidos, no tenían una ley sucesoria y con Amalarico se habían extinguido los descendientes del linaje baltingo. En esa situación, el trono era para quien suscitara el suficiente consenso entre la nobleza goda o, simplemente, para quien pusiera las lanzas precisas sobre la mesa. ¿Quién suscitaba consenso? Nadie, a juzgar por los problemas políticos que estaba viviendo el reino. Y a falta de consenso, ¿quién tenía más lanzas? Teudisclo, el de la batalla contra los francos, que se hizo proclamar rey con el respaldo de la misma facción nobiliaria que había apoyado a Teudis. Lo que no podía imaginar Teudisclo es que esas lanzas no servirían de nada frente a los puñales de sus enemigos.

Sevilla, diciembre de 549. El rey Teudisclo, poco más de un año en el poder, convoca una cena en su palacio con invitados de postín. El monarca bebe demasiado. En un momento del banquete, alguien apaga las luces de las velas. En la oscuridad, manos invisibles atan a Teudisclo a su silla. Acto seguido, una lluvia de puñales se va clavando, uno tras otro, en el cuerpo del rey. Cuando de nuevo se encienden las

lucos, Teudisclo está muerto, empapado en sangre, atado a su butaca. Los comensales, al unísono, fingen estupor y escándalo. Así murió el rey Teudisclo según la tradición sevillana.

Se dice que los comensales eran ricos terratenientes hispanorromanos de la Bética, y que la conjura venía movida por los mismos que mataron a Teudis. Y se dice también que quienes mataron a Teudisclo lo hicieron movidos por la venganza, pues el rey, libidinoso, había forzado a las esposas de muchos de ellos. Esta última explicación parece dirigida a justificar la muerte del rey por una falta moral inaceptable y así apartar la atención de cualquier motivación política. Y es posible, en efecto, que Teudisclo fuera un canalla pisahonras. Sin embargo, todo lo que va a pasar inmediatamente después parece darnos otras pistas.

¿Y qué va a pasar inmediatamente después? Que el Reino godo entra en guerra civil, dos facciones pelean por el poder, una de ellas viene apoyada por los terratenientes hispanorromanos y por medio aparecerá, cómo no, la larga mano de Bizancio, esta vez con intervención militar directa en suelo español. Venían tiempos de sangre para el Reino visigodo.

LO QUE HAY DETRÁS DE UNA GUERRA CIVIL

Termina el año 549 y el asesinato de Teudisclo deja un nuevo rey: Agila. ¿Quién es Agila? Un visigodo «pata negra» —valga la fórmula—, arriano radical, ajeno al clan ostrogodo que desde años atrás controla el reino. Nos falta información para conocer las circunstancias exactas en las

que Agila llega al trono, pero todos los indicios apuntan a una atmósfera de profunda crisis política. Muy probablemente, los que elevan a Agila al trono son los mismos que han matado a Teudisclo. La consecuencia es inevitable: una guerra civil.

Los partidos de los visigodos

A la hora de explicar una guerra civil, conviene saber qué representa cada contendiente. Los visigodos no se peleaban entre sí por afición —aunque el combate formaba parte de su modo de vida— o por su mal carácter. Las permanentes disputas entre facciones venían provocadas por causas bien concretas: las diferencias entre linajes, las obediencias a grupos de poder opuestos, la cuestión religiosa, la idea que cada campo se hacía sobre cómo debía ser el reino, las redes de intereses trabadas con la población autóctona y las influencias de poderes exteriores, entre otros factores, y todos ellos a la vez. Así que, para no perdernos, recompongamos el paisaje.

Tenemos, por un lado, lo que podríamos llamar el «partido posibilista», que llevaba la voz cantante desde la muerte de Alarico II. Esta facción estaba formada por los nobles de origen ostrogodo (Teudis y Teudisclo, por ejemplo) y sus fieles, más los visigodos partidarios de la política «pangoda» del viejo Teodorico el Grande (o sea, un mismo poder en todos los territorios gobernados por godos), más los fieles del antiguo y ya extinto linaje amalo, más los numerosos aristócratas hispanorromanos que habían enlazado con este grupo sus intereses (agrarios, comerciales, territoriales) y, asimismo, la mayor parte del clero católico, porque esta facción, sin dejar de estar dirigida por arrianos,

era partidaria de la mayor tolerancia para con la religión mayoritaria del país. Y enfrente estaba lo que podríamos llamar el partido «nacionalista», relegado a una posición subalterna después de la batalla de Vouillé y que solo había conocido una cierta recuperación de poder durante el reinado del desdichado Amalarico. Esta segunda facción estaba compuesta por los visigodos «pata negra» que no aceptaban la hegemonía de los jefes de origen ostrogodo, más los fieles del viejo (y también extinto) linaje baltingo, más los partidarios de que los visigodos conformaran un Reino propio en sus territorios sin injerencia ostrogoda, más los arrianos de convicción (ya fuera religiosa o simplemente identitaria), más los grupos de poder que esta gente hubiera podido construir a su alrededor a través de enlaces matrimoniales, y que no eran muy influyentes desde el punto de vista económico porque la mayor parte de la aristocracia hispanorromana se inclinaba más bien —y es lógico— hacia el otro lado.

Posibilistas y nacionalistas, pues (y que se nos perdone la extravagancia de las etiquetas, pero aquí resultan útiles). ¿Qué querían los primeros? Un Reino abierto a la paulatina colaboración con las élites locales hispanorromanas, lo cual implicaba la progresiva atenuación de la diferencia religiosa, y capaz de proyectarse a todos los territorios donde hubiera godos (Hispania, Italia, el sur de la Galia) sin que ello supusiera necesariamente romper con la tutela nominal que ejercía el imperio. ¿Y qué querían los «nacionalistas»? Un Reino visigodo sin mezcla de otros elementos, donde la élite visigoda y arriana ejerciera su poder sobre la población hispanorromana y católica en los mismos términos que en

su día (tantos años atrás) se pactaron con el Imperio romano. Básicamente, estas eran las dos fuerzas en presencia.

Bizancio, el tercero en discordia

Sobre esta división de campos había un factor que complicaba mucho las cosas: Bizancio. La política de «renovación imperial» lanzada por Justiniano venía a corregir un tanto la posición de los pueblos germánicos: si éstos querían seguir ejerciendo su poder sobre los territorios que un día fueron imperiales, tendría que ser con una aceptación expresa de la autoridad del emperador de Constantinopla. Se acabó eso de legitimarse invocando un poder, el romano, al que al mismo tiempo burlaban. Eso ponía en un brete a cualquiera de nuestras dos facciones visigodas, porque ninguna de ellas quería ostentar el poder «por delegación»: era mucho menos humillante esgrimir los viejos tratados. Pero, al mismo tiempo, ni «posibilistas» ni «nacionalistas» podían mostrarse como enemigos del imperio, y ello por dos razones de peso: una, que Constantinopla ya había demostrado de lo que era capaz en el África de los vándalos y en la Italia de los ostrogodos; la otra, que una hostilidad manifiesta hacia el Imperio significaría con toda seguridad ganarse la animadversión de la aristocracia hispanorromana, que seguía siendo imprescindible para gobernar efectivamente el país. Complejo paisaje al que hay que añadir un dato más: la propia actitud de la aristocracia local hispana, porque esta, romana y católica, estaría mucho más a gusto bajo un emperador romano y católico que bajo un rey germano y arriano. De manera que en el dibujo del tablero de esta

guerra civil había dos elementos sumamente aleatorios — Bizancio y los hispanorromanos—, y nadie podría decir en qué sentido iban a correr los dados una vez lanzados sobre la mesa.

Y ahora, dibujados los campos, contemos lo que pasó. Al poco de llegar Agila al trono, en 550, Córdoba se rebela. ¿Quién se rebela? La facción hispanorromana con la Iglesia a la cabeza. Entre las razones que justifican la insurrección se cita la falta de respeto de Agila ante la tumba del mártir Acisclo. El elemento religioso —católico— sirve como legitimación del levantamiento. Sin duda el factor imperial, es decir, la influencia del poder bizantino, no es ajeno a los hechos. Agila acude a Córdoba y trata de dar la batalla. Pero los insurrectos no son solo ricos terratenientes: tienen un ejército y es tan fuerte que derrota a Agila. El rey tiene que huir dejando atrás un hijo muerto, buena parte de su ejército y el tesoro regio. Agila tiene que refugiarse en Mérida.

Que Agila huya a Mérida, capital de la Lusitania, es muy elocuente: significa que en toda la Bética, región poderosamente influida por el imperio, no había lugar para el rey visigodo. Al menos, para ese rey. ¿Cuál era la otra gran ciudad de la Bética? Sevilla, la capital de la corte de Teudis y Teudisclo. Y allí, en 551, se produce una nueva rebelión, esta vez de la facción «posibilista»: los nobles del partido ostrogodo eligen rey a Atanagildo, noble visigodo que posiblemente ejercía en aquel momento como duque de la Bética. Sabemos que la región, de enorme importancia por sus recursos agrarios, era en su mayoría hispanorromana y católica. Pregunta: ¿Hay alguna relación entre el levantamiento de Córdoba en 550 y la sublevación de

Atanagildo un año después? No lo parece: el primero forma parte de la hostilidad hispanorromana hacia los godos y la segunda ha de ser vista dentro de la oposición entre facciones godas. En todo caso, la guerra estaba servida.

Agila se entera del levantamiento de Atanagildo y empieza a acumular tropas en Mérida. Eso significa que deja desguarnecidas otras regiones del reino. Atanagildo, desde Sevilla, conoce los movimientos de Agila y pide ayuda a Justiniano, el emperador. Es 552. Un contingente bizantino desembarca al principio del verano en las cercanías de Cartagena y marcha sobre Sevilla. Lo manda Liberio, prefecto del Pretorio de Arlés y hombre bien relacionado con el clan ostrogodo. Al mismo tiempo, Agila marcha sobre Sevilla también. Allí Atanagildo se dispone a librar una batalla defensiva. Es ya el mes de septiembre. Agila pierde y debe volver hacia Mérida. Pero la guerra aún no ha acabado.

¿Qué están haciendo los bizantinos? En realidad, cubrir sus propios intereses, que coinciden con los de los terratenientes de la Bética sublevados en 550. Los bizantinos se repliegan sobre Cartago Nova, que toman por la fuerza, obligando a huir a muchos nobles de la ciudad y, entre ellos, a Severiano, el padre de san Isidoro. Acto seguido, los imperiales ocupan también Málaga y toda la franja suroeste hasta el estrecho. Mientras tanto, los visigodos se desangran durante dos largos años peleando entre sí. Hasta que en el mes de marzo de 555, en Mérida, Agila es asesinado por nobles de su propia facción. Atanagildo queda como rey. Después de este nuevo asesinato, Gregorio de Tours dirá aquello de que «los godos habían adoptado la perversa costumbre de matar por la espada a los reyes que no les

complacían, sustituyéndolos por cualquier otro de su agrado». Es lo que pasará al repertorio habitual de la Historia como «mal de los godos» o *morbus gothorum*.

Nace la provincia de Spania

En todo este relato hay una pieza que no termina de encajar, a saber: ¿Para qué había mandado Bizancio a sus ejércitos? Porque no parece que su acción fuera decisiva en la resolución de la guerra. Las fuentes antiguas dicen que Bizancio apoyó a Atanagildo, mientras que autores contemporáneos parecen inclinados a pensar que Justiniano respaldó a Agila, es decir, al bando contrario. En realidad puede que todo sea verdad al mismo tiempo. El poder fáctico, es decir el poder material, real, que gravitaba en torno a la producción agraria y que estaba muy mayoritariamente en manos de los terratenientes hispanorromanos y católicos, había apostado claramente por Constantinopla, ese Imperio renovado construido por Justiniano, frente a la precaria estructura política construida por los godos, que eran extranjeros y arrianos. Los dueños de la tierra veían a Justiniano como su salvación. En ese contexto, Constantinopla pudo haber jugado sus cartas con la astuta ambigüedad que caracterizó siempre a la política bizantina: apoyar simultáneamente a dos contrincantes para que se debiliten entre sí, con el objetivo de beneficiar ante todo al proyecto neo-imperial de Justiniano y, sobre el terreno, a las aristocracias hispanorromanas en lugares tan sensibles (y ricos) como las vegas del Segura y el Guadalquivir y el litoral malagueño.

De hecho, cuando termina el conflicto, con Agila muerto, Atanagildo en bancarrota y el país manga por hombro, los

únicos vencedores de verdad son los rebeldes hispanorromanos de Córdoba y Málaga y, por supuesto, Constantinopla, que se hace con el control de un amplísimo espacio en el sur y el sureste peninsulares, desde lo que hoy es Murcia hasta más allá del estrecho de Gibraltar y, hacia el interior, hasta las actuales provincias de Albacete, Jaén, Córdoba y Sevilla: un enorme territorio que constituye lo que se llamará provincia de Spania. Atanagildo logrará recuperar Sevilla, pero esta Spania bizantina permanecerá vigente durante muchos años.

Atanagildo no fue un mal gobernante. Al menos, entendió que le resultaba absolutamente imprescindible coser los rotos del país si no quería que el Reino se le desangrara. De entrada, tuvo la generosidad suficiente (bien estimulada por el interés propio) para ahorrarse represalias contra el bando perdedor, el de Agila y sus visigodos «pata negra»; al fin y al cabo, todos estaban en el mismo barco. Eso del mismo barco hay que tomarlo al pie de la letra, porque no había diferencias esenciales entre los dos bandos: Atanagildo, que representaba los intereses del clan ostrogodo y sus reyes de linaje amalo, estaba casado desde 555 con la dama Goswintha (también se escribe Gosuinda), importantísima en el mundo visigodo y verosíblemente de linaje balto. Por cierto que de esta Gosuinda hemos de hablar más adelante, porque dejará una huella decisiva en la España visigoda, pero ya llegaremos a eso.

Un reformista

Si en política interior Atanagildo cerró brechas, no muy distinta fue su actitud en política exterior. Por ejemplo, para mantenerse cerca de los reinos germánicos vecinos, francos

y burgundios, permanente fuente de problemas, Atanagildo y Gosuinda casaron a sus hijas Brunegilda y Galsuinda con los reyes francos Sigeberto de Austrasia y Chilperico de Neustria, respectivamente (por cierto que ambas acabarán muy mal, pero esto es otra historia). Y sobre todo: Atanagildo se apresuró a firmar con los enviados de Justiniano un acuerdo que venía a confirmar el dominio bizantino sobre aquella provincia de Spania que terminaría siendo el último vestigio político del Imperio romano en España.

Atanagildo reinará once años, hasta 567. Por claras que tuviera las cosas el rey, el edificio estaba seriamente tocado. No tanto por el problema político subyacente —el de los dos partidos— como por la situación económica. ¿Por qué sabemos que había una seria crisis en el reino? Por las monedas: todas las acuñadas en esta época son ostensiblemente mediocres en ley y en peso. Cosa natural, por otro lado, si recordamos que Agila había perdido el tesoro regio cuando su calamitosa expedición cordobesa. Además, la pérdida casi completa de la Bética y de parte sustancial de la Cartaginense debió de suponer un duro golpe para una economía muy fundamentalmente agraria y donde el erario público dependía de los tributos sobre la propiedad inmueble y la producción agropecuaria. A menos producción, menos tributos y, por tanto, menos recursos para defender las tierras productivas, que entonces pueden pasar a ser ocupadas por un enemigo exterior, como en la Cartaginense, o rebelarse contra el poder, como Córdoba. Pero si la corona sostiene la recaudación de impuestos pese a la merma en la producción, entonces inevitablemente

generará un sentimiento de explotación e injusticia que de igual modo moverá a deserciones o rebeliones. ¿Qué camino tomar? Atanagildo lo intentó. Se llevó de forma definitiva la corte y la administración a Toledo, aceleró la hispanización del Reino visigodo y... se murió. De muerte natural (sorprendente, en efecto). Tras él, llegaba el momento de las grandes decisiones.

V. LA PRIMERA ESPAÑA

LAS GRANDES DECISIONES

Diciembre de 567. Toledo llora a Atanagildo: el rey ha muerto. Dicen que se ganó el respeto, si no el amor, de sus súbditos. Quizá por eso falleció de muerte natural, y no asesinado como sus predecesores. Fue realmente un buen rey. Pero ni el mejor capitán puede mantener a flote un barco con el casco roto, y esa era exactamente la situación del Reino visigodo: a punto de naufragar.

El espejo de una crisis

La situación del país a la muerte de Atanagildo es gravísima. Primero, en el orden interno: las querellas dentro del bloque godo son feroces, y un buen ejemplo de ello es que las discusiones para nombrar a un nuevo rey se prolongarán durante cinco meses, nada menos. El paisaje político era desolador. Extensas porciones de la península vivían completamente al margen del poder godo. Los grandes terratenientes hispanorromanos de la Bética y la Cartaginense, orgullosos de su linaje senatorial, habían organizado su propia estructura de poder, incluso con ejércitos capaces de derrotar a Agila, como hemos visto páginas atrás, y miraban más a Constantinopla que a Toledo. Al mismo tiempo, los suevos del noroeste mantenían su independencia y en aquel momento comenzaban su conversión masiva al catolicismo, fenómeno en el que no es impropio suponer la mano de Bizancio. Pero había más. Detrás de los montes cantábricos no existía huella alguna del

orden visigodo. Las tierras de los vascones eran un perpetuo surtidor de problemas, con constantes ataques a las tierras fértiles del valle del Ebro. ¿Más? En lugares como los montes de Zamora o la sierra del Segura habían surgido entidades políticas informales, pero independientes (Sabaria y Orospeđa, respectivamente), bajo la dirección de los terratenientes hispanorromanos. Todo eso tenía efectos letales en el plano económico: con el tesoro regio visigodo reducido al mínimo, no había dinero para pagar a las tropas, y sin tropas no había lanzas para controlar el territorio y recaudar dinero. Crisis general.

Si esto era así en el orden interior, en el exterior la situación era aún más sombría. El primer y mayor problema, sin duda, era la presión bizantina en la provincia de Spania. Y no porque Constantinopla tramara una invasión del territorio visigodo —algo logísticamente muy complejo—, sino porque la mera existencia de una provincia que gravitaba directamente en la órbita del Imperio ejercía un poderoso efecto de atracción en las elites de los territorios vecinos, tan católicas y romanas como el emperador. Teóricamente, el Reino visigodo era fedatario del Imperio de Constantinopla. Pero, ¿qué hacer cuando tu socio te quiere comer? Atanagildo había firmado acuerdos con Bizancio, sí. Pero, ¿hasta qué punto no eran sino una confesión de la propia debilidad?

También era complejísima la relación con los pueblos germánicos vecinos, que conocían a la perfección la debilidad visigoda e iban a aprovecharla en su propio beneficio. A perro flaco, todo son pulgas. Los francos van a tardar muy poco en aprovechar la muerte de Atanagildo

para sitiar y tomar Arlés. Los francos, en efecto: los mismos a los que Atanagildo había tratado de ganarse con acuerdos diplomáticos. Vale la pena contar por qué. Ya hemos visto que Atanagildo y su esposa Gosuinda habían tenido dos hijas: Galsuinda y Brunegilda. Ambas fueron destinadas a sendos matrimonios políticos con reyes merovingios: con Chilperico de Neustria la primera, con Sigeberto de Austrasia la segunda. El tal Chilperico, ya casado, anuló su matrimonio para desposar a Galsuinda, pero conservó a su amante, Fredegunda. Galsuinda, la flamante esposa, puso pies en pared, como es natural, y anunció que rompía el vínculo, pidiendo además la devolución de la dote. Nunca lo hubiera hecho: la pobre Galsuinda murió estrangulada en el lecho regio, verosímelmente por encargo de Fredegunda, la amante. Brunegilda, la otra hermana, clamó venganza y empujó a su marido, Sigeberto, a declarar la guerra al canalla de Chilperico. Lo que aquí nos interesa, en todo caso, es subrayar el poco respeto que los reyes godos inspiraban a sus vecinos francos: tan poco que no dudaron en asesinar a una de sus hijas. Nadie temía una represalia de los godos; sencillamente, no se los consideraba capaces de tal cosa. El Reino visigodo era incapaz de inspirar respeto. Y sin eso, la supervivencia era imposible: el Reino estaba condenado a muerte.

La agenda de Liuva

Todas estas cosas debieron de pesar gravemente en el ánimo de la nobleza visigoda a la hora de elegir nuevo rey. Y tanto pesaron, que la elección se dilató un mes, y otro y otro, y así hasta cinco. ¿Qué nos está diciendo semejante demora? Que los visigodos no sabían qué hacer con su reino. Tan

simple y trágico como eso. Al final, la elección recayó en un tipo periférico: un tal Liuva, duque (o sea, jefe militar) en la Narbonense. Linaje, todo: era hijo de hijo de Liuverico, conde en 523 y 526, y tenía un hermano llamado Leovigildo (en gótico, *Liubagilds*), que posiblemente desempeñaba puestos de responsabilidad en Hispania.

Liuva era un guerrero. Uno de los grandes, sin duda. Llevaba años batiéndose el cobre con francos y burgundios en la Septimania, que no era poca cosa. También debía de estar acostumbrado a las responsabilidades políticas, porque ese frente, vital para los visigodos, exigía habilidades que iban más allá de la pericia en el campo de batalla. Podemos imaginar que Liuva era, además, un hombre respetado por todas las facciones en presencia: visigodo de cuna, cercano a la vez a los clanes ostrogodos que habían cortado el bacalao en el Reino durante los últimos años, lo suficientemente arriano como para que nadie le supusiera tentaciones «romanas» y lo suficientemente tolerante como para que los católicos no le vieran con hostilidad... Todo eso debía de concurrir en el perfil del hombre que los visigodos eligieron como rey tras cinco largos meses de pugnas entre grupos de poder. Porque al final se impuso la única opción razonable: si no se cosían desgarros, todo el Reino se vendría abajo más temprano que tarde.

¿Qué había que hacer? Tomar decisiones. Muchas y de enorme alcance. Y sobre todo, hacerlo cuanto antes. Primera decisión, completamente trascendental: cómo definir la relación del Reino con el imperio, con Bizancio. Sobre el papel, los visigodos, desde su primer tratado con Roma, reinaban en tanto que agentes del imperio. Esto conviene

recordarlo permanentemente, porque es imprescindible para entender la singular cualidad de la corona goda. El primer Alarico fue nombrado patricio en Constantinopla, como el gran Teodorico después, y eso significaba que el poder que ejercían venía legitimado por la púrpura imperial. Los reyes posteriores no tenían distinto estatuto, por más que maniobraran para que la autoridad del emperador fuera simplemente protocolaria. Eso funcionó mientras la subordinación de los godos al emperador se mantuvo en el plano de lo teórico. Ahora bien, a partir del momento en que Constantinopla abanderó una política de renovación del poder imperial, cosa que ocurrió con Justiniano y que proseguirá Justino, su sucesor, el papel de los reyes godos quedó en entredicho. Bizancio quería una subordinación real, no meramente teórica. Y eso significaba que el Reino visigodo quedaba sometido a la política imperial. Así pues, la decisión era esta: o mantener el vínculo con Constantinopla o romperlo para construir un estado independiente. Una decisión existencial.

De esta decisión se derivaban en realidad todas las demás: la política religiosa y el equilibrio arrianos/católicos, el orden jurídico y la articulación de las comunidades goda y romana en un solo territorio y bajo una sola autoridad, el papel de la rica aristocracia hispanorromana en el gobierno del reino, las relaciones con los reinos vecinos (suevos en el oeste, francos en el norte, imperiales en el sur), e incluso la capitalidad del mundo visigodo, que podía seguir gravitando en torno a la Septimania o instalarse definitivamente en Toledo, es decir, el centro de Hispania. Lo que Liuva y su hermano Leovigildo decidieron fue romper el lazo con

Bizancio. Después de todo, Constantinopla había atacado territorio hispano arrebatando a los godos una parte importante de la Bética. Era el imperio, y no los godos, el que había roto el viejo foedus. En justicia, nadie podría reprochar nada a los visigodos. El Reino sería independiente: ya no el Reino de Tolosa, que había desaparecido bajo el empuje franco y del que no quedaban más que sombras, sino el Reino visigodo de Toledo.

Hispanizar el Reino visigodo

Liuva debía de ser un hombre inteligente. Lo suficiente como para entender que la nueva tarea exigía fuerzas muy superiores a las que podía desplegar un rey en un territorio periférico. Así que, apenas un año después de ceñir la corona, decidió asociar al trono a su hermano Leovigildo. Él, Liuva, permanecería en la Septimania para prevenir cualquier nuevo ataque franco (cosa que hizo con notable éxito), mientras Leovigildo, instalado en el palacio de Toledo, en el mismo emplazamiento donde antes se alzó el pretorio romano y después se elevará el Alcázar, se ocuparía de poner orden en Hispania y, muy especialmente, de hacer frente a la triple amenaza que representaban los suevos, los bizantinos y los rebeldes nobles hispanos de la Bética.

Llegamos así a un momento absolutamente decisivo en nuestro relato: el Reino visigodo quiere transformarse de forma deliberada en un Reino español, es decir, una entidad política independiente de Bizancio, titular de su propia soberanía y asentada mayoritariamente en territorio de Hispania. Por tanto, se lanza a construir estructuras políticas, administrativas, militares, sociales y culturales lo suficientemente cohesionadas como para poder hablar de un

Reino propio. Esta hispanización del mundo visigodo es uno de los grandes acontecimientos de nuestra historia. Entre otras cosas, significaba abrir un proceso que solo podía conducir a la unificación de las dos comunidades que poblaban nuestro suelo: la mayoritaria hispanorromana y la minoritaria visigoda, que ya va a ser, decididamente, hispanogoda.



El proceso de unificación, es verdad, no partía de cero: había comenzado con Teudis. Desde la época ostrogoda, en España había dos administraciones, por así llamarlas: una para los godos y otra para los hispanos, encabezada esta última por un prefecto. Era una copia del modelo impuesto por Teodorico el Grande en Italia para ganarse a las élites locales. Pero ya Teudis eliminó en Hispania esta figura, lo cual era una clara manifestación de su voluntad de construir un Reino unificado. Las medidas de tipo judicial que tomó

Teudis al final de su vida igualmente iban orientadas a esa unificación: de hecho, se dictaron para ser aplicadas en todos los ámbitos sin distinción de origen. El propio dato de que el rey firmara aquello atribuyéndose el título de «Flavio», que en la nomenclatura romana correspondía al soberano, ya era indicio claro de su propósito de convertirse en rey de un territorio homogéneo. Esa idea va a flotar en el ambiente de la élite goda desde entonces. Y Liuva y Leovigildo la retomarán.

Liuva murió muy pronto, en 572, y Leovigildo quedó solo en el trono. Para dejar claro de qué iba la cosa, una de las primeras medidas de Leovigildo fue casarse con Gosuinda, la viuda de Atanagildo, el anterior rey. Esta Gosuinda debía de ser una mujer de enorme peso político. Hay autores que le atribuyen un linaje baltingo. No es difícil colegir que su mano transportaba poderosos intereses y que en su persona confluían distintas fidelidades de clan. Las fuentes le atribuyen un carácter «viril» y despiadado, y subrayan su arrianismo recalcitrante. Sea como fuere, mucha influencia debía de ejercer cuando pasó de un rey a otro. Y en lo que concierne a Leovigildo, este matrimonio era una declaración de intenciones: su corona —venía a decir— entroncaba con la del monarca anterior. Y desde su palacio toledano, Leovigildo y Gosuinda iban a hacer algo prodigioso: construir un Reino de verdad.

ASÍ SE CONSTRUYE UN REINO: UNA REVOLUCIÓN POLÍTICA

Leovigildo fue el primer rey visigodo *español*. Aún más: el verdadero constructor del reino. Hasta él, todos los monarcas anteriores habían mantenido de un modo u otro la

ficción del *foedus* suscrito con el imperio. Pero con Leovigildo será distinto. Para empezar, es el primer rey visigodo que se corona, y además lo hace al estilo bizantino, con diadema de oro adornada con gemas engastadas. Con el mismo espíritu, pone especial atención en rodearse de una liturgia regia: es el primero en emplear un trono para sentarse ante sus súbditos y el primero en utilizar un atuendo singular, el manto púrpura, de inspiración claramente bizantina. También levantará una ciudad para su hijo: si Constantino creó Constantinópolis sobre las ruinas de Bizancio, Leovigildo hará construir Recópolis para Recaredo. Y si Bizancio tenía su Nicea (del griego «Niké», que significa «victoria»), Leovigildo hará su Victoriacum — cerca de la actual Vitoria— para marcar su triunfo sobre los vascones. Y aún más: dispuesto a actuar como soberano para cerrar la brecha entre católicos y arrianos, Leovigildo convocará un concilio donde tratará de ofrecer una solución teológica intermedia, a saber, subrayar la sustancia divina tanto del Padre como del Hijo, en perjuicio, eso sí, del Espíritu Santo (hay que añadir que el intento no cuajó). En suma, Leovigildo hizo todo, absolutamente todo, para ser un rey digno de ese nombre.

Una idea de Estado

Para apreciar en su justa dimensión la hazaña es oportuno recordar qué había pasado con los otros reinos germánicos que recogieron las ruinas del Imperio romano. El Reino de los vándalos, pese a beneficiarse de los enormes recursos agrarios norteafricanos, no sobrevivió a las luchas entre facciones internas y Bizancio le dio la puntilla. En la Galia, el Reino de los francos fue repartido entre los hijos de

Clodoveo a la muerte de este y de ahí nacieron reinos diversos, frecuentemente enfrentados entre sí: Austrasia, Neustria, Borgoña, Aquitania... En Italia, el poderosísimo Reino ostrogodo apenas sobrevivió unos años a la muerte de Teodorico. ¿Por qué semejante desastre? Pues, simplemente, porque los germanos no tenían un concepto de Estado: en su cultura política el Reino era inseparable de la persona del rey, de manera que, a la muerte de este, lo más normal era que el conjunto se disgregara o sufriera las presiones de quienes buscaban un cambio de poder. Eso fue lo que estuvo a punto de pasarle al Reino visigodo después de la derrota de Vouillé y, más tarde, durante la guerra entre Agila y Atanagildo. Nada empujaba a los visigodos a construir un estado. Nada salvo la voluntad de Leovigildo: construir y unificar.

En el plano de la política práctica, la unificación de la España visigoda tenía que descansar necesariamente en tres pilares. Uno, la unificación social, porque hasta ese momento las comunidades hispanorromana e hispanogoda habían vivido por completo aparte en términos jurídicos. Otro, la unificación religiosa, porque la distinción católicos/arrianos seguía marcando la división de campos. El tercero, la unificación territorial, porque regiones muy amplias de la península se mantenían al margen del poder godo. En los tres casos, Leovigildo verá con claridad lo que había que hacer.

El primer pilar, el de la unificación social, encontró un instrumento de primer orden en el Código de Leovigildo (sí, otro código), que venía a unirse a la obra legislativa de Eurico y Alarico. No se ha conservado ninguna copia

completa ni menos aún un original del Código de Leovigildo. Sabemos que existió porque, años después, el rey Recesvinto elaborará otro código y en él se recogerán las disposiciones de Leovigildo con la anotación «antiguas». Como falta material y tampoco hay mucha más noticia sobre las circunstancias en las que se elaboró, el debate académico entre los juristas se ha prolongado durante siglos y aún dura hoy: ¿derogaba este código al precedente de Alarico? ¿Cuál era su ámbito territorial de aplicación? En todo caso, y en lo que concierne a nuestro tema, el Código de Leovigildo es fundamental porque eliminó la prohibición de los matrimonios mixtos entre godos e hispanorromanos, un asunto que en el código de Alarico se sancionaba con la máxima pena: la muerte, nada menos.

Ciertamente, es discutible que esta prohibición haya llegado realmente tan lejos en su momento: a Teudis, por ejemplo, nada le impidió casarse con una rica dama hispanorromana, como hemos visto páginas atrás, y parece acreditado que otros muchos oficiales de origen ostrogodo en la España visigoda hicieron lo mismo. ¿Acaso para ellos no se aplicaba la ley? Sea como fuere, es verdad que la prohibición estaba vigente, al menos para la mayoría de la población, y además incluía una fuerte carga de reprobación social. Por eso debió de ser tan impactante que Leovigildo eliminara el veto a los matrimonios mixtos. Y el código, además, incluía otras disposiciones que iban en la misma dirección. Por ejemplo, sentaba el principio de unidad jurisdiccional, de manera que los mismos tribunales juzgarían a godos y romanos indistintamente. Y una nota interesante: por primera vez se ponía por escrito algo

semejante a un derecho sucesorio en la corona. Si lo miramos en conjunto, el código de Leovigildo manda un mensaje inequívoco: ese hombre quiere ser el rey de un solo pueblo.

Por qué fue una revolución

Hay una cierta corriente «purista» que interpreta esta fusión social como una pérdida de la identidad originaria goda, una suerte de «corrupción» de la pureza étnica y, por tanto, un retroceso en el camino histórico del pueblo visigodo. En realidad es exactamente al revés: la única oportunidad de supervivencia de los visigodos era romper el muro que los separaba de la población local. El sistema mediante el que Roma entregó a los pueblos germánicos el gobierno de anchas tierras, y que hoy llamaríamos «apartheid», encerraba una trampa que condenaba a los germanos a un poder limitadísimo: tú mandas en un territorio, sí, pero no puedes mezclarte con la población local, de manera que cavas un foso insuperable con esa gente a la que sin embargo necesitas para comer, para organizarte, para controlar el territorio y, pronto, también para combatir. ¿Qué poder es ese? ¿El de un pastor que tiene que limitarse a vigilar al rebaño? Era justo eso lo que había conducido al Reino visigodo al colapso después de Vouillé: la separación de castas étnicas, que al principio fue la salvación para esos pueblos volantes en busca de una tierra donde asentarse, con el paso del tiempo se había convertido en una cárcel. Había que romper los muros. Y la forma más directa de hacerlo era dando vía libre a los matrimonios mixtos, es decir, entre hispanogodos e hispanorromanos, unidos ambos por el hecho de ser hispanos. Es la «feliz coyunda» de la que

habla san Isidoro. Y fue realmente la salvación del mundo visigodo. Además del nacimiento de lo que ya podemos llamar «la primera España».

La unificación del Reino implicaba también la unificación del poder, y esto no dejó de levantar ampollas entre la nobleza visigoda, que no estaba acostumbrada a semejante acumulación de prerrogativas regias. En particular, a partir del momento en que Leovigildo asoció al trono a sus hijos Hermenegildo y Recaredo: aquello fue visto como un claro indicio de que el rey se proponía fundar una dinastía personal, lo cual chocaba con la tradición goda de la monarquía electiva. Nos falta información sobre la intensidad de las resistencias nobiliarias a la política de Leovigildo, pero no debió de ser pequeña cuando las fuentes nos hablan de la vehemencia con la que el rey actuó contra los «tiranos» (esto es, contra los que se habían alzado como poder propio frente a la corona) y nos subrayan la «crueldad» y la «energía» de Leovigildo. Al parecer la «energía» del rey se extendió también a ciertos obispos católicos. Y eso por no hablar de sus acciones a campo abierto: Juan de Biclaro habla con frecuencia de «matanzas de campesinos» cuando menciona las campañas de Leovigildo. ¿Fueron realmente «matanzas de campesinos»? No puede descartarse que cualquiera de las expediciones punitivas de Leovigildo se saldara con una carnicería, pero es poco coherente que unas campañas orientadas a apoderarse de territorios terminaran sistemáticamente con el exterminio de los únicos que podían hacer rentables o útiles los territorios en cuestión. Por eso se interpreta que tales «matanzas de campesinos» corresponden en realidad a

acciones de castigo contra las bagaudas, aquellas bandas de gentes (mayoritariamente, sí, campesinos) fuera de la ley que se echaban al monte para organizar su propio orden.

Sin duda muchos nobles se vieron represaliados y desposeídos de sus bienes, cuando no muertos. Hay que decir que estas incautaciones de bienes a los nobles rebeldes debieron de surtir muy benéficos efectos sobre el tesoro regio, que desde los tiempos de Atanagildo era más bien menesteroso. Leovigildo se va a esforzar por sanear la economía del reino, algo que, en este tiempo, pasaba fundamentalmente por engordar el tesoro de la propia corona. Al margen de lo que pudiera incautar aquí y allá, el reinado de Leovigildo se caracteriza por la abundante acuñación de moneda de excelente calidad, lo cual permitió al rey disponer de suficiente numerario para pagar ejércitos multitudinarios. Ejércitos que necesitaba para afrontar otro aspecto de su política de unificación: la unificación territorial.

Golpe a Bizancio

Si el Derecho fue el instrumento de la unificación social, la guerra fue el arma para la unificación territorial. Las campañas militares de Leovigildo son realmente muy notables. El rey tenía la firme intención de recuperar la hegemonía en el territorio hispano y eso pasaba por reducir la presencia de Bizancio, cuya provincia de Spania se extendía en aquel momento, por ocupación directa o influencia indirecta, sobre la mayor parte de las actuales regiones de Andalucía, Murcia y Valencia, más Ceuta y Tánger al otro lado del Estrecho. En algunos de estos lugares, tropas bizantinas defendían la posición; en otros,

era la aristocracia hispanorromana la que ejercía el poder en la seguridad de que contaba con la protección de Constantinopla. Leovigildo quería todo eso para sí: Hispania —debía de pensar— era él, y no esos intrusos de Bizancio.

Leovigildo atacó en el mejor momento: el nuevo emperador, Justino II, ostensiblemente menos apto que su predecesor Justiniano, necesitaba tropas para atender el incendio que lombardos y ávaros habían desencadenado en Italia y Panonia, todo ello mientras el mapa del Imperio empezaba a arder también en Persia. La primera campaña visigoda se dirigió contra Sevilla y el valle del Guadalquivir hasta Cádiz: un área de enormes recursos agrarios que además permitía controlar los accesos marítimos hasta Sevilla. Fue en el año 571. Juan de Biclaro lo consigna así: «Leovigildo repelió a los soldados (de Bizancio) y destruyó las tierras de Bastitania y la ciudad de Málaga, volviendo como único vencedor». Ese año Bizancio pidió un tratado de paz. El acuerdo redujo la provincia de Spania a la franja litoral y permitió al Reino visigodo recuperar extensas áreas de cultivos, con el consiguiente alivio para las arcas del reino. Y habrá más: un año después, un tal Framidaneus, probablemente godo, abre la puerta de Medina Sidonia a Leovigildo. Acto seguido, el rey marcha sobre la siempre rebelde Córdoba y toma la ciudad en una operación nocturna con ayuda de los godos que residían en su interior. Córdoba y toda la comarca hasta la sierra de Ronda caerán en 572.

El poder bizantino en la Península nunca desaparecerá del todo, pero Leovigildo le había asestado un golpe mortal. Su proyecto de reconstruir la unidad territorial de Hispania

iba sobre ruedas. Pero en la península no solo había bizantinos, sino también suevos, aquellos germanos que desde más de un siglo atrás gobernaban un Reino propio en el noroeste. El Reino de los suevos será el siguiente objetivo de Leovigildo.

CONTRA TODOS A LA VEZ

Si Leovigildo hubiera vivido en la edad contemporánea, sus campañas habrían sido definidas probablemente en los libros como «guerras de unificación». A eso dedicó su vida el rey godo, y prácticamente no descansó ni un minuto. Hay que recordar cómo estaba el mapa cuando Leovigildo llega al trono. Al ancho espacio suroriental dominado por Bizancio, y que ya hemos visto cómo cayó, hay que sumar el Reino suevo en el noroeste, que abarcaba aproximadamente la Galicia actual, la mitad oriental de Asturias, las provincias de León y Zamora y lo que hoy es Portugal desde el Miño hasta el Tajo. Y además, existían en Hispania varios enclaves que vivían en un estatuto de semi independencia: Sabaria, entre las actuales Zamora, Salamanca y Valladolid; Oropeda, entre las sierras del Segura y Cazorla; la ciudad de Amaya, en torno a la cual se había construido una región autónoma de etnia probablemente cántabra; los montes de los Araucones o Aregenses, en las montañas de Orense, con su caudillo Aspadius. ¿Qué eran todos estos enclaves? De alguna manera, mundos que habían permanecido al margen del mundo: tribus autóctonas protegidas por una orografía singular, restos del viejo orden señorial romano, comunidades que se habían organizado a su propio aire... Mundos, en todo caso, que no cabían ya en el mundo nuevo

que soñaba Leovigildo.

Qué era el Reino de los suevos

El Reino de los suevos era, por supuesto, el más señalado de todos esos mundos. Los suevos, germanos y arrianos, habían llegado allí en 409, cuando las primeras invasiones bárbaras, y supieron construir su propio espacio. Entre otras cosas, los trastornos visigodos de la etapa anterior les permitieron sacar adelante su reino. No lo hicieron solos: bizantinos y francos echaron una mano. ¿Por qué? Porque ambos, francos y bizantinos, estaba interesados en que en Hispania hubiera otro poder que compitiera con los godos. ¿Cómo lo hicieron? A través de la religión, que una vez más iba a ser un instrumento político de primera magnitud. Hacia 555 llega al Reino de los suevos un personaje fundamental: Martín de Braga (también llamado «de Dumio»), un clérigo procedente de la Panonia, pero de familia romana, y que va a jugar un papel decisivo en la conversión de los suevos, arrianos hasta entonces, al catolicismo.

Martin es un hombre de muy amplia cultura, mente inquieta, religiosidad profunda y un notable valor personal. De su vida se sabe que marchó a Tierra Santa y pasó varios años entre las primeras comunidades monásticas de Judea. Estuvo luego en Constantinopla y en algún momento concibió la idea de marcharse a predicar al Finis Terrae, a los confines del mundo romano, es decir, a Galicia. En su viaje pasó por la Galia y en los reinos de los francos estuvo algún tiempo. Cuando llega a Braga, capital del Reino de los suevos, es un hombre de en torno a cuarenta años. Funda en Dumio un monasterio que pone bajo la advocación de San

Martín de Tours. La elección no es casual: unos años antes, un hijo del rey suevo Carriarico había enfermado de lepra; el rey, desesperado, mandó traer reliquias de San Martín de Tours porque había oído hablar del poder milagroso del santo. El joven se curó y Carriarico y todo su pueblo dejaron de ser arrianos para convertirse al catolicismo romano .

Es muy posible que en la súbita devoción de los suevos por san Martín de Tours hubiera influencia franca. También es posible que la llegada de Martín de Braga obedeciera al mismo impulso. El hecho, en todo caso, es que Martín emprendió una intensa campaña de evangelización entre el pueblo con la bendición expresa del poder político suevo. Martín puso especial empeño en predicar a los campesinos, por entonces muy aferrados a las creencias paganas y a la herejía de Prisciliano. Curiosamente, quien más combatió en su día el priscilianismo, y después luchó sin descanso para que no se ejecutara al propio Prisciliano, fue San Martín de Tours, el inspirador de Martín de Braga y de la conversión sueva.

¿Qué había estado pasando hasta entonces en esas tierras? Apenas se sabe nada. El Reino suevo salía de años de oscuridad (el llamado «periodo oscuro», porque no hay documentación sobre él). Cabe pensar que durante esta etapa se produjo una cierta articulación de la casta sueva con la población hispanorromana. Pero lo que de verdad permitió dotar al Reino de una columna vertebral fue esa conversión al catolicismo, porque dio un horizonte a la construcción política. Los reyes siguientes mantuvieron la tónica: Ariamiro, Teodomiro, Miro... El primer Concilio de Braga, presidido por Martín en 561, puso las bases de una

organización eclesial que era también organización política. Hubo después un segundo concilio, en tiempos de Miro, que completó la operación. Pero para entonces los suevos tenían un problema insuperable: Leovigildo.

La ofensiva de Leovigildo

Leovigildo ambicionaba el territorio suevo. Los suevos lo sabían y tomaron sus medidas. En 570 consta un primer choque entre los suevos de Teodomiro y los visigodos de Leovigildo. El heredero de Teodomiro, el rey Miro, protagoniza enseguida, en 572, una campaña en tierras de astures y cántabros, seguramente con el objetivo de proteger el propio territorio suevo. Pero Leovigildo encuentra aquí la excusa idónea para intervenir en la región, y no soltará la presa. De entrada, saquea Sabaria, región fronteriza entre visigodos y suevos, y se apodera de ella. El control de Sabaria le permite acercar sus lanzas al corazón del Reino enemigo. Es ya 573 cuando Leovigildo ataca abiertamente territorio suevo en el valle del Duero. Expulsa a los suevos al norte del río y fija una posición avanzada en la ciudad de Toro (que según cierta tradición habría sido bautizada como Villa Gothorum).

Acto seguido, los visigodos afrontan otra campaña lateral: como en una partida de ajedrez donde un contrincante va comiéndole espacio al rival, Leovigildo lanza a sus tropas sobre uno de esos enclaves que vivían al margen de los grandes poderes: los montes de Orense, las tierras de los araucos (o aregenses) y su caudillo Aspadius, del que la historia no nos ha legado sino su derrota. Los montes Aregenses cayeron en manos de Leovigildo porque nadie en España tenía un ejército como el suyo. Tampoco los suevos.

Todas estas operaciones le han abierto a Leovigildo el camino de Astorga. Con esta plaza dispone ya de un baluarte decisivo para emprender directamente la conquista del Reino de los suevos. Orense, Braga, Oporto: los principales asentamientos suevos caen ante las tropas visigodas. Miro no tiene otra opción que pedir la paz y someterse a Leovigildo. Es 575. El visigodo respetará al suevo: ni le apartará del trono ni se quedará con sus tierras. Pero el rey godo había dejado claro que ahora, ahí, mandaba él.

Mientras marca territorio en el Reino de los suevos, Leovigildo pone sus ojos en el norte: en torno a la fortaleza de Amaya, en lo que hoy es el norte de Burgos, ha emergido un poder autónomo que desafía al Reino visigodo. No sabemos quiénes eran exactamente los rebeldes (¿cántabros, vascones, suevos?), pero la vida de san Millán cuenta un episodio que vale la pena traer aquí. Porque, sí, san Millán, el que da nombre a la Cogolla y al célebre monasterio, estuvo allí.

El senado de Amaya

Millán era ya un venerado ermitaño de muy avanzada edad. A su alrededor se había constituido una comunidad que habitaba en cuevas y llevaba una vida contemplativa. Tanto creció la fama de esta comunidad que incluso venía gente de otras regiones del Reino visigodo, como la dama Potamia, originaria de Narbona. Los dos datos son relevantes: era una mujer, sí, lo cual confirma que en aquel tiempo había comunidades religiosas mixtas, y era de Narbona, en efecto, lo cual nos dice que existían vías de comunicación relativamente intensas en el interior del mundo visigodo. En cuanto a Millán, su fama de santidad era

tan notoria que las gentes acudían a él en busca de sanación. Tal fue el caso en Amaya, donde se le llamó para que curara a una parálitica. Millán acudió y sanó a la enferma, pero, además, dejó una inquietante profecía: vio cómo la región sería destruida. Los paisanos corrieron al Senado de la ciudad a contar la visión de Millán, y allí un noble local, un tal Abundancio, se permitió mofarse del santo. Este le auguró que él mismo vería Amaya destruida y, aún más, sufriría la derrota en sus propias carnes.

Así ocurrió poco después: las tropas de Leovigildo llegaron, sitiaron esa ciudad-fortaleza que es Amaya, la destruyeron y acto seguido domaron toda Cantabria. Por desgracia, no solo ignoramos quiénes eran exactamente aquellos rebeldes, sino que tampoco sabemos qué papel jugaba en su estructura política la ciudad de Amaya. Solo sabemos lo que nos cuenta Juan de Biclaro: «El rey Leovigildo entra en la provincia de Cantabria y mata a los usurpadores, ocupa Amaya, se apodera de los bienes y pone esta provincia bajo su poder». Nótese que el Biclarense dice «provincia»: aquella campaña dio a Leovigildo el control de algo más que una simple ciudad. Era el año 574. El mismo año que murió San Millán de la Cogolla.

Y después del norte, el sur: en tierras que hoy son de Albacete y Jaén se alzaba el señorío de Orospeña, que podemos imaginar como una asamblea de grandes terratenientes hispanorromanos acogidos a la protección de Bizancio. ¿Qué tropas podía mantener el Imperio en aquellas localidades, como Baza por ejemplo? Muy pocas, en realidad: el grueso del ejército de Constantinopla estaba en la guerra de Persia, de manera que la presencia militar imperial se

limitaba a la cobertura de algunas pocas plazas fuertes. Baza, en la actual provincia de Granada, fue para los visigodos en 577. Hubo resistencias de campesinos en Sierra Morena, pero nadie podía parar a los ejércitos de Leovigildo. Orospeña quedó bajo el poder del Reino visigodo de Toledo en el año 578.

Una ciudad

Dicen que Leovigildo solo conoció un año de paz y que lo empleó en construir una ciudad: Recópolis, que expresa de manera singular la voluntad regia de este monarca. Recópolis está junto a la actual localidad de Zorita de los Canes, en la provincia de Guadalajara. Durante algún tiempo se pensó que fue un asentamiento frustrado, una ciudad que no salió adelante. Sin embargo, las excavaciones arqueológicas más recientes obligan a cambiar esa perspectiva: Recópolis funcionó, tuvo una vida muy intensa y solo la posterior caída del Reino visigodo, tras la invasión musulmana, la condenaría a muerte. Estamos hablando de una ciudad de en torno a 30 hectáreas, presidida por una villa amurallada con fuertes torreones. En su interior, un notable complejo palaciego, una iglesia de dimensiones muy respetables, una puerta monumental evidentemente destinada a separar la zona regia del resto de la villa y, en esta, calles muy bien trazadas. ¿Y qué había en esas calles? Comercios, talleres y almacenes donde se han encontrado restos de abundante material de orfebrería, herrería, alfarería y vidrio, algunos procedentes de puntos tan distantes como el norte de África u Oriente Próximo. Su posición elevada sobre el Tajo la hacía fácilmente defendible y la riqueza de los campos aledaños garantizaba su

viabilidad. Para construir algo así hacía falta mucha gente, mucha organización y muchos recursos. Una gran ciudad, en suma.

¿Para qué elevó Leovigildo esta ciudad? La versión tradicional dice que la construyó como baluarte de su hijo Recaredo en su política de control del este y el noreste peninsular: desde aquí Recaredo haría patente la presencia de la corona en esa parte del reino, mientras Hermenegildo controlaba el sur y el oeste. Es una interpretación plausible, pero nos faltan certidumbres. Para empezar, es discutible que el «Rec» del nombre «Recópolis» obedezca realmente a Recaredo, por más que Juan de Biclario lo afirme con rotundidad; lo mismo podría significar «Rex», es decir, Leovigildo, pues «Rec» aparece en las monedas acuñadas por el rey. Por otro lado, su situación demasiado meridional no la hace particularmente apta para controlar el noreste peninsular, si ese hubiera sido su propósito. Recópolis encierra un misterio que aún se nos resiste. Pero si hay algo cierto, es que aquí Leovigildo dio el do de pecho como constructor de un nuevo orden político expresado en una ciudad a su medida.

Unificación jurídica, unificación política, unificación territorial... Quedaba por emprender la más compleja de todas: la unificación religiosa. Y Leovigildo la afrontó con templanza, pero una funesta cadena de acontecimientos iba a torcer las cosas hasta extremos impensables: una guerra con su hijo Hermenegildo. Después de pelear contra todos a la vez, el rey encontraría un enemigo de su propia sangre. Y sería la última gran —y sin duda, triste— campaña de Leovigildo.

Empecemos por el principio. Leovigildo tuvo dos hijos de su primer matrimonio: Hermenegildo, que vino al mundo en 564, y Recaredo, nacido muy poco después. De su madre no se sabe nada: hay quien dice que era una dama hispanorromana llamada Teodosia, pero es improbable. Lo que se sabe es que Leovigildo se casó después con Gosuinda, la viuda de Atanagildo. Leovigildo asoció al trono a sus dos hijos, en un claro gesto de monarca soberano: si alguien le mataba (y ya hemos visto que el temor no era superfluo), la corona permanecería en la familia. En principio, todo estaba bien atado. Pero aquí es cuando Gosuinda empezó a enredar.

La dulce Ingunda

Se acordará usted de Gosuinda: maestra en la diplomacia de la sangre, Gosuinda había casado a sus hijas con reyes merovingios, o sea, francos. Una de ellas fue asesinada y la otra, Brunegilda, esposa del rey Sigeberto de Austrasia, en venganza, movió a su marido a la guerra. La cuestión es que Sigeberto y Brunegilda tuvieron una hija de nombre Ingunda, y Gosuinda, que era hábil componedora, vio en la niña, su nieta, una excelente oportunidad para seguir haciendo geopolítica nupcial. ¿Cómo? Casando a Ingunda con Hermenegildo, el hijo mayor de Leovigildo y eventual heredero del trono. Eso convertía a Gosuinda en abuela y suegra a la vez de Ingunda, y en bisabuela y abuelastra simultáneamente de su descendencia, pero tales enredos formaban parte del paisaje cotidiano en los pactos de familia. Y bien, allá que fue Ingunda, que tendría entonces unos doce años, al encuentro de su marido Hermenegildo, que tendría alrededor de quince. Era el año 579.

Ingunda era católica, como todos los francos, y Hermenegildo era arriano, como casi todos los visigodos. Cuando se producían este tipo de situaciones, el procedimiento convencional era que uno adoptara la confesión de la casa real en la que entraba: del mismo modo que Brunegilda, su madre, se convirtió al catolicismo cuando desposó al franco Sigeberto, así Ingunda debería convertirse al arrianismo por su matrimonio con Hermenegildo. Ahora bien, la joven Ingunda, dicen que aleccionada por el obispo de Agde, se negó en redondo a la conversión. A Leovigildo y Hermenegildo no les importó gran cosa, pero Gosuinda, muñidora del matrimonio y arriana radical, se subió por las paredes. Dice la tradición cronística que llegó al extremo de golpear a Ingunda hasta hacerla sangrar, y que incluso la obligó a sumergirse desnuda en un estanque lleno de peces como expeditivo método de persuasión (*se non è vero, è ben trovato*), pero la muchacha no cedió.

Leovigildo, alarmado por el cariz que iba tomando el asunto y temeroso de que el incidente desencadenara un problema político con los francos, determinó dos cosas. La primera, mandar a su hijo Hermenegildo y a su nuera Ingunda a Sevilla, en la Bética, para alejarlos de la inclemente corte toledana. La segunda, sacar a Gosuinda de palacio, porque con su conducta había estado a punto de desencadenar una catástrofe. Sin embargo, la verdadera catástrofe aún estaba por llegar.

Hermenegildo e Ingunda se instalaron en Sevilla con toda la pompa de su condición. Sevilla: una de las ciudades más cultas, ricas y romanas del viejo mundo imperial, y también una de las más católicas. Bajo el impulso del obispo

Leandro (hermano de san Isidoro), y marcado de cerca por la joven Ingunda, Hermenegildo se convirtió al catolicismo. Era mucho más que un gesto religioso: la familia real era formalmente arriana, de manera que aquello no dejaba de ser una escandalosa provocación. Como el catolicismo era la seña de identidad de la poderosa y levantisca aristocracia terrateniente hispanorromana, la conversión de Hermenegildo podía considerarse como una rebelión en toda regla contra el poder regio: el hijo se levantaba contra el padre, y lo hacía en la región que más y más fuertes lazos mantenía con Bizancio. ¿Y por qué hizo tal cosa Hermenegildo? Dice la tradición que por las intrigas de la madrastra y abuela, Gosuinda, que había jurado venganza por su expulsión de la corte y ahora encontraba el instrumento idóneo en aquella rebelión del joven Hermenegildo contra el viejo Leovigildo.

La «pasarela teológica» de Leovigildo

El problema era mucho más que religioso, pero la religión era la bandera del hijo insurrecto, así que el padre, Leovigildo, convocó un sínodo de obispos arrianos. Objetivo: tender lazos con la población católica. ¿Cómo? Facilitando una pasarela entre una iglesia y otra. Hay que insistir en que Leovigildo era un político —y un gran político—, no un teólogo ni un predicador. Lo que él buscaba era la unificación religiosa del Reino como instrumento del poder público. Dado que la confesión de la casta rectora era el arrianismo, Leovigildo pretendió que la fe arriana se convirtiera en aglutinante de todo el cristianismo hispano. ¿Por qué el arrianismo y no el catolicismo romano? Una vez más, por razones políticas, no teológicas: al fin y al cabo, el

catolicismo romano era la bandera del enemigo, el Imperio bizantino. Para lograr su propósito, Leovigildo intentó eliminar todos los obstáculos para que los católicos pudieran hacerse arrianos. Era un gesto de extrema generosidad: abrir a toda la población la posibilidad de abrazar un rasgo hasta entonces exclusivo de la clase dirigente. Las medidas que Leovigildo inspira parecen orientadas a promover la conversión masiva al arrianismo. Muy señaladamente, en ese sínodo se decide que los católicos que quieran «pasarse» al arrianismo no tendrán que volver a ser bautizados, como era preceptivo hasta ese momento.

La apertura tuvo cierto éxito: no hay datos concretos sobre la cifra de conversiones, pero parece que el número de laicos que aceptó la invitación no fue nada desdeñable, particularmente entre los sectores más acomodados, que vieron aquí una herramienta de ascenso social. Por el contrario, el resultado en el ámbito eclesiástico fue muy limitado: con la sola excepción de Vicencio de Zaragoza, no se conoce ningún caso de obispo católico que abrazara el arrianismo.

Decidido a cerrar la brecha religiosa, y a hacerlo en el ámbito de la iglesia arriana, Leovigildo da un paso más: promueve un acercamiento doctrinal para reducir al mínimo la diferencia entre católicos y arrianos. ¿Cuál era la clave de la discordia en términos doctrinales? La distinta concepción de la naturaleza de la Trinidad: para los arrianos, solo el Padre era completamente Dios, mientras que el credo romano predicaba la idéntica sustancia del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¿Qué propone Leovigildo? Que la Iglesia arriana acepte la divinidad completa del Hijo, aunque aún

no la del Espíritu Santo. Teológicamente era una posición relativamente difundida en una parte de la Iglesia (los macedonianos), pero Roma la consideraba igualmente herética. Al final, lo que Leovigildo proponía era que los arrianos dejaran de ser un poco arrianos y que los católicos dejaran de ser un poco católicos. Era un compromiso que tenía sentido desde el punto de vista político, pero que en términos teológicos resultaba inaceptable. La propuesta no cuajó. Por otro lado, la escalada bélica ya era imparable.

La derrota de Hermenegildo

La rebelión de Hermenegildo contó rápido con el apoyo de las aristocracias de Sevilla, Mérida, Córdoba y otras grandes ciudades del sur. Por supuesto, también con el respaldo de Bizancio. Ahora bien, Leovigildo era mucho rey. De entrada, planificó una serie de campañas contra las ciudades rebeldes. Y al mismo tiempo, compraba la inhibición de los bizantinos con la no módica suma de 30.000 sueldos de oro. En muy poco tiempo, Hermenegildo se vio solo. Porque aquella no fue una guerra de los católicos de Hermenegildo contra los arrianos de Leovigildo: católicos y arrianos había en los dos lados. Fue más bien una guerra de la siempre rebelde aristocracia sureña contra el poder regio. Por desgracia para Hermenegildo, sus aliados resultaron ser muy pocos fiables. Un ejército por delante y unas cuantas arcas de oro detrás: eso fue todo lo que necesitó Leovigildo para poner orden en Mérida, Cáceres y Badajoz. Le llevó su tiempo porque en ese mismo momento el rey estaba machacando a los vascones, pero al final se impuso el más fuerte. Hermenegildo e Ingunda emprendieron una incómoda retirada, castillo tras castillo, hasta acabar en su

palacio de Sevilla. Allí se rindieron a la evidencia: habían perdido.

Así estaban las cosas cuando entra en escena un nuevo invitado: los suevos. La última vez que pasaron por estas páginas, su rey Miro había firmado un pacto por el que reconocía la superioridad del Reino de Toledo. La verdad es que la sumisión de Miro a Leovigildo en este tiempo debió de ser muy relativa: poco cambió en la vida de los suevos, a excepción de la renuncia a recuperar los territorios perdidos y del reconocimiento formal de que Leovigildo era el jefe. Pero las cosas dieron un vuelco cuando Hermenegildo se rebeló. Primero: la rebelión llevaba la bandera del catolicismo romano, y los suevos también eran católicos, luego podían argüir que aquella también era su guerra. Y segundo: si Leovigildo estaba en aprietos, Miro no podía dejar de aprovechar la circunstancia para tratar de sacar el máximo partido. Un ejército suevo marchó hasta Sevilla. Allí, sin embargo, tuvo que volver grupas: Hermenegildo había perdido, Sevilla era de Leovigildo y nada iba a cambiar ya el rumbo de las cosas. El suevo se resignó a lo inevitable: firmó de nuevo la paz con Leovigildo y reconoció su autoridad. Será lo último que haga Miro en su vida, porque muere inmediatamente después: le sucederá su hijo Eborico en el trono de los suevos. Era el año 583. Y Eborico renovará la sumisión sueva al Reino visigodo de Toledo.

En cuanto a Hermenegildo, trató de hacerse fuerte en un castillo cercano a la capital, pero las tropas de Leovigildo le pusieron sitio. Casi un año aguantó Hermenegildo el asedio, pero el castillo terminó cayendo. El hijo rebelde corrió a Córdoba. Fue en vano: le localizaron. Aparece entonces el

hermano, Recaredo, y le ofrece un trato: si se entrega, se respetará su vida y la de los suyos. Hermenegildo acepta. Se lo llevan a Valencia. En algún punto del traslado se entera de que su cuñado Childeberto II, rey franco de Austrasia, quiere ayudarle. Hermenegildo huye de la cárcel para tratar de llegar hasta las huestes francas. Es inútil: vuelve a caer, esta vez cerca de Tarragona, y ahora no habrá piedad. Un carcelero de nombre Sisberto le corta la cabeza el 13 de abril de 585. La joven Ingunda no correrá mejor suerte: trata de pedir auxilio en Constantinopla, pero morirá por el camino, en Sicilia. En cuanto a la abuela Gosuinda, todavía volveremos a oír hablar de ella. Así acabó la rebelión del padre contra el hijo.

¿Quedó el Reino pacificado? No: el país de los suevos arde de repente. En 584 una numerosa facción de la nobleza se subleva contra el rey Eborico. La encabeza un guerrero de ambición inflexible: Andeca. Eborico se ve depuesto y reducido al estado clerical, para que no pueda reivindicar el trono. Andeca se hace proclamar rey y, para legitimarse, desposa a la viuda de Miro y madre de Eborico, que se llamaba Siseguntia. Es una rebelión en toda regla contra Leovigildo. Este interviene, y esta vez sin medias tintas: se apoderará del Reino Suevo. Juan de Biclario lo describe así: «Leovigildo devastó Galicia, privó al rey Audeca de su cargo, y se apoderó del territorio suevo, de su tesoro y de sus gentes. Convirtió a Galicia en una provincia de los godos (...) tonsuró a Audeca y le dignificó con el honor del sacerdocio, después de haber ostentado la realeza». Esto último es una forma amable de decir que, en vez de matarle, Leovigildo se contentó con inhabilitarle para el trono

convirtiéndole en clérigo, igual que el propio Andeca había hecho con Eborico. Corría el año 585. El Reino suevo había dejado de existir. Y entonces, sí, Leovigildo pudo decir que había unificado los territorios de Hispania.

Leovigildo murió, enfermo, en algún momento de la primavera de 586. Debía de contar unos 56 años. Seguramente no fue el mejor de los hombres, pero supo construir un reino. Se mire como se mire, él fue el fundador y el primer unificador de España.

LA CONVERSIÓN DEL REINO

Cuando Leovigildo enfermó de manera irreversible, el heredero, Recaredo, estaba en la Septimania sofocando con éxito una nueva agresión franca. Recaredo volvió a toda prisa a Toledo, pero ya era demasiado tarde: Leovigildo había muerto. Y Recaredo, asociado al trono desde muchos años atrás, era ahora el rey. El joven monarca tenía muy claro el programa: si Leovigildo había iniciado el proceso de fusión social y había culminado prácticamente la unificación territorial, él, Recaredo, cubriría el objetivo que aún faltaba, que era la unificación religiosa. El Reino visigodo dejaría de ser arriano para convertirse al catolicismo.

El caso del obispo Masona

¿Cuál era exactamente el estado de la cuestión religiosa en este momento? ¿Cómo se planteaba en el terreno práctico, en la vida de todos los días, y cuáles eran sus implicaciones políticas? Un caso concreto que puede ilustrarnos bien sobre el particular es el del obispo Masona de Mérida. Vale la pena contarlo para entender hasta dónde política y religión eran universos concomitantes. Masona era

un clérigo arriano de origen godo. En 573 fue nombrado obispo (arriano) de Mérida. Ahora bien, hacia 579 se convirtió al catolicismo y pasó a desempeñar el episcopado católico de esa diócesis. Los dos predecesores de Masona en esa sede habían sido griegos; no puede ser casual que tal cosa coincida con el momento de mayor presencia bizantina en el área emeritense, ni casual puede ser que, recuperada la región por las armas de Leovigildo, el obispo deje de ser un griego para ser un godo. La cuestión es que a Masona le tocó vivir una circunstancia especialmente traumática: la rebelión de Hermenegildo, el primogénito, convertido al catolicismo.

Masona apoyó al rebelde, como la gran mayoría del clero católico, y quedó en posición poco airosa cuando Leovigildo, en 582, recuperó la ciudad. El rey nombró un nuevo obispo, arriano: un tal Sunna, que de inmediato trató de reimplantar el arrianismo en el conjunto de la diócesis. Pero Masona, apoyado por sus fieles, se encierra en la basílica de Santa Eulalia, la principal de la ciudad, creando un problema político-religioso de primera magnitud. Sunna, contrariado, pide ayuda al rey, que manda prender a Masona y llevarlo a Toledo para que dé cuenta de sus acciones. Ojo: no le tortura, ni lo apalea, ni siquiera lo encierra, sino que se limita a requerir a Masona para que vuelva al arrianismo. El obispo se niega. El resultado es una condena de tres años de destierro para Masona, pena que cumplirá no lejos de la propia ciudad de Mérida.

Es interesante medir la magnitud del castigo: ciertamente puede hablarse de «persecución» institucional contra el catolicismo romano, pero solo con muchas comillas y en contextos políticamente relevantes. El destierro de clérigos

godos que abrazaban el catolicismo romano no parece haber sido algo excepcional: Juan de Biclario, el sacerdote cuya crónica es la más completa fuente sobre el reinado de Leovigildo, sufrió la misma pena. Este Juan, originario de Scallabis (Santarem, Portugal), viajó muy joven a Constantinopla y regresó de allí casi veinte años después convertido en un sabio clérigo católico. Leovigildo trató de que se hiciera arriano, él se negó y acabó desterrado en Barcelona, donde sin embargo pudo fundar un monasterio. Volvió al centro del Reino a petición, justo del obispo Masona. El propio Juan será obispo después, hacia el año 590. Pero volvamos a Mérida: con Masona fuera de juego, Sunna obtiene todo el poder religioso en la diócesis, pero solo en el aspecto institucional. Los católicos siguen profesando su fe y en breve reciben a un nuevo obispo: un tal Nepopis que resulta ser un depredador de rentas, riquezas y bienes. Cuando muere Leovigildo, en 586, Masona vuelve a su sede y Nepopis tiene que huir por piernas. Masona permanecerá aún muchos años como obispo de Mérida y enseguida le veremos presidiendo el III Concilio de Toledo.

¿Qué conclusiones podemos sacar de esta historia? Primera, que el arrianismo, que era la fe formal del pueblo visigodo, funcionaba más como iglesia institucional e instrumento del poder político que como instancia de evangelización. Segunda, que el catolicismo vivía en un estatuto de libertad vigilada y sus sacerdotes podían predicar libremente siempre y cuando no entraran en conflicto con el poder civil. Tercera, que la posición del arrianismo en esta época ya estaba ostensiblemente debilitada, mientras que el

arraigo del catolicismo entre la población hispana era tan mayoritario que la corona se veía obligada a encontrar fórmulas de compromiso. En realidad, solo era cuestión de tiempo que el Reino entero se convirtiera formalmente al catolicismo. Y eso será obra del sucesor de Leovigildo: Recaredo.

Recaredo se convierte

Para justificar su conversión, que fue prácticamente inmediata tras su llegada al trono, Recaredo explicó que tal había sido la voluntad de su padre, Leovigildo, que además había encargado a Leandro, el obispo sevillano, la tarea de conducir al nuevo rey hasta los brazos de la Iglesia de Roma. Con la misma rapidez, Recaredo ordenó ejecutar a Sisberto, el verdugo de Hermenegildo. Y se convocó un concilio, el tercero de Toledo, que tendría que dar forma institucional a una decisión que iba a afectar al Reino en su conjunto.

Nadie sabe si en la conversión de Recaredo pesaron razones personales o si fue una medida eminentemente política. La dimensión política del asunto era enorme: conservar la tradición arriana implicaba mantener la división social entre las comunidades goda y romana y, en esa medida, consagrar el sistema específicamente visigodo con sus grupos de poder, sus clanes nobiliarios y, muy importante, la naturaleza electiva de la corona. Por el contrario, abrazar la fe de Roma significaba culminar la fusión social, menoscabar el poder de las oligarquías godas y, en el mismo paquete, instaurar el modelo de monarquía hereditaria, que era el consustancial al sistema romano. No puede extrañar que una parte de la nobleza goda viera el cambio con disgusto.

Recaredo no solo se convirtió al catolicismo, sino que además formalizó su relación con su amante, Baddo, y se casó con ella. Baddo era visigoda, pero de sangre plebeya. En 583 ya le había dado un hijo llamado Liuva, como su tío, el hermano y predecesor de Leovigildo. Por aquel entonces no era Recaredo el destinado a reinar, sino Hermenegildo, pero la rebelión y posterior muerte de este lo cambió todo. Abocado a ceñir la corona, Recaredo buscó sucesivamente dos matrimonios políticos con las familias reales francas, pero ambos fracasaron por distintas razones. Después, y en el contexto de la conversión del Reino al catolicismo, Recaredo desposó a Baddo: era una forma de agradar a la Iglesia y, probablemente, era lo que Recaredo deseaba hacer. Hubo regalo para el suegro: el padre de Baddo, Adefonso, se vio nombrado «comes patrimonii», un cargo de palacio que suponía introducir —ciertamente, con estrecho calzador— a la familia de la reina en la casta aristocrática goda. No parece que el ascenso tuviera mucho efecto: años después, San Isidoro señalará el «origen innoble» de Baddo como mancha para su linaje. Recaredo, sin embargo, debió de tenerla en mucha estima cuando hizo que Baddo firmara las actas del Concilio toledano: es la única reina visigoda cuya firma se registra en un documento de tan alto rango.

El proceso de conversión masiva comenzó por iniciativa del propio rey. En algún momento del año 587, Recaredo, ya bautizado como católico, reunió a los obispos arrianos y les instó a discutir con sus homólogos católicos las cuestiones de fe. Prelados de ambas confesiones se encontraron en una asamblea presidida por el rey en persona, y allí Recaredo esgrimió el argumento de que existían casos conocidos de

obispos católicos que habían obrado curaciones prodigiosas, pero ningún caso semejante en obispos arrianos. Finalmente, el rey convocó a los obispos católicos y anunció formalmente su conversión. El Concilio vino inmediatamente después.

Aristocráticas conjuras

Las profundas implicaciones políticas de la cuestión religiosa se hicieron patentes cuando, muy poco después de la conversión de Recaredo, se sucedieron las conjuras nobiliarias contra el rey. Protagonistas de la primera conspiración: Sunna, el obispo arriano de Mérida, y los condes Segga, Vagrila y Witerico. Los conspiradores se proponían asesinar sucesivamente al obispo Masona, al duque Claudio, jefe militar de la Lusitania, y al propio rey; Segga ceñiría la corona y, por supuesto, restablecería el arrianismo como religión institucional del reino. Pero ocurrió que el complot falló una primera vez y volvió a fallar una segunda, y entonces uno de los conjurados, Witerico, decidió cambiar de bando y traicionar a sus compañeros.

Segga fue condenado con la mayor severidad: amputación de las manos (un castigo que tenía por finalidad inhabilitar al reo para el uso de las armas y, por ende, para ser rey), incautación de sus bienes y destierro a Galicia. Vagrila sufrió la confiscación de sus bienes, pero el obispo Masona intercedió por él y obtuvo su perdón. En cuanto al obispo arriano Sunna, se le ofreció convertirse al catolicismo, cosa que rechazó, y acabó sus días desterrado, predicando el arrianismo en la Mauritania, al otro lado del estrecho de Gibraltar. No sería la última conjura contra Recaredo, y el episodio deja claro que el arrianismo iba a

convertirse en bandera para los nobles que se oponían a la institucionalización de la monarquía hereditaria. En cuanto a Witerico, conservó sus privilegios en palacio y aun se ganó la confianza del dux Claudio y de Recaredo. Volveremos a oír hablar de él.

La segunda conspiración fue en 589, después de la boda de Recaredo y Baddo y antes del concilio. Vino de la mano de dos ilustres personajes: nada menos que el obispo de Toledo, Uldila, un arriano que había fingido su conversión al catolicismo, y la vieja reina Gosuinda —sí, ella de nuevo—, la madrastra del rey. Las penas fueron leves: Uldila se vio desterrado al norte de África —como Sunna— y Gosuinda fue perdonada. La vieja reina murió muy poco después, se especula que quizá por la vía del suicidio.

Habrà una tercera conjura, esta de mucha mayor amplitud. El obispo arriano de Narbona, Athaloc, se alía con los condes Granista y Wildigerno y pide ayuda a los francos, nada menos. ¿Y no es incongruente que unos arrianos pidan ayuda a unos católicos para impedir que un Reino arriano se haga católico? No, no es incongruente, porque ya ha quedado claro que aquí la nuez del asunto no era religiosa, sino política. Los francos estaban encantados con la idea de tener un pretexto para meter la nariz en el Reino visigodo. Así que, sin perder un minuto, invaden la Septimania: el rey de Borgoña, Gontrán, reúne 60.000 guerreros bajo el mando del duque Bosón y los manda a Carcasona, donde ya está el duque también franco Austrobaldo de Aquitania. ¿Qué hizo Recaredo? Enviar al mejor que tenía, que era Claudio, el duque de la Lusitania. Dice San Isidoro que Dios ayudó a los visigodos, porque Claudio no llevaba más que 300 hombres y

aún así pudo matar a 5.000 francos y apresar a otros 2.000 enemigos. Como no hay fuente alguna que nos hable de cifras, más vale no entrar en ese berenjenal. El hecho es que Recaredo recuperó Carcasona y en la batalla murieron todos los conspiradores: los condes Granista y Wildigerno, e incluso el obispo Athaloc, que falleció a los pocos días.

El III Concilio de Toledo

El III Concilio de Toledo, decisivo, comenzó el 8 de mayo de 589. ¿Qué pasó allí? Fundamentalmente, que el arrianismo fue por completo desplazado de los niveles de poder y sustituido por el catolicismo romano. Al igual que hizo el emperador Constantino en Nicea, Recaredo se sentó entre los obispos. El rey hizo leer un texto en el que se declaraba anatema el conjunto de la doctrina de Arrio. Todos quedaban obligados a convertirse al credo de Nicea. Los bienes e inmuebles católicos que habían pasado a manos arrianas fueron devueltos. El arrianismo desaparecía formalmente del reino. Recaredo fue aclamado por los obispos —setenta y dos prelados— y por los nobles godos allí presentes, todos convertidos ya. Pero, además de las cuestiones estrictamente teológicas, el Concilio va a traer una novedad importantísima en materia política, y es que la Iglesia recibía importantes atribuciones judiciales y administrativas. Los sínodos provinciales revisarían cada año las decisiones de los jueces locales, lo cual venía a convertir a la Iglesia en una suerte de instancia de apelación. También sería competencia de los obispos la supervisión de los gestores del tesoro regio, con la facultad de trasladar al rey las quejas pertinentes. Y en determinados delitos donde lo religioso y lo político confluían, los obispos instruirían la

causa y dictarían la sentencia junto a los jueces.

Esta atribución de funciones jurisdiccionales a la Iglesia iba a ser fundamental para los años venideros: no era propiamente una transferencia de poder político, sino más bien una superposición deliberada de la estructura eclesiástica y la estructura administrativa, de manera que a partir de ahora la Iglesia iba a jugar un papel decisivo en la vertebración del Estado, empezando por el control territorial. Siglos más adelante, en los tiempos de la Reconquista, la estructura de las diócesis servirá para vertebrar unos reinos de configuración política mucho más precaria que el estado visigodo. Naturalmente, la Iglesia no dejará de aprovechar en beneficio propio la novedad. Pero ahora, y en lo que concierne a la España goda, esta innovación jurisdiccional permitía solucionar varios problemas al mismo tiempo: consolidaba el control territorial de la corona, limitaba las atribuciones de la nobleza goda al solaparlas con un contrapoder, introducía todavía más elementos «romanos» en el edificio político germánico y creaba una instancia capaz de vigilar la fusión social y la uniformización religiosa al mismo tiempo. El rey cedía, sí, parte de su soberanía, porque ahora la Iglesia estaba en condiciones de dictar leyes, pero, a cambio, obtenía un arma poderosísima: la posibilidad de excomulgar a sus enemigos. Después del Concilio de Toledo, en suma, la Iglesia se convirtió en pilar esencial del Reino visigodo.

Es fácil imaginar que semejante novedad levantaría ampollas en la nobleza de origen visigodo, acostumbrada hasta este momento a ser el núcleo del reino. De hecho, nunca dejará de haber conspiraciones nobiliarias contra la

corona. Recaredo aún tuvo que hacer frente a una más: la de un misterioso personaje llamado Argimundo, cubiculario del rey y duque en alguna provincia. Un *cubiculario* era un noble de la estricta confianza del rey: dormía junto a su cámara (el cubículo) y atendía el servicio directo del monarca. Si además ejercía como duque (*dux*, jefe militar) en alguna provincia, solo cabe deducir que el tal Argimundo era un tipo de gran importancia en el reino.

Hacia 590, este Argimundo y otras personalidades de la corte urden una conspiración contra Recaredo. Objetivo: matar al rey y poner a Argimundo en el trono. No se sabe si la cuestión arriana tuvo algo que ver en el caso o si, simplemente, se trataba de una conjura nobiliaria sin más. Por la fecha, es muy probable que ambas cosas concurrieran en el suceso. Lo que sí se sabe, en todo caso, es que aquello acabó de muy mala manera. La conspiración fue descubierta. Los cómplices de Argimundo fueron ejecutados sin contemplaciones. Y al *dux* Argimundo le esperaba un calvario singular: fue flagelado primero, decalvado después (la decalvación consistía en arrancar la cabellera de forma traumática), después se le amputó la mano derecha y finalmente fue paseado a lomos de un burro por las calles de Toledo bajo los insultos de la multitud. Hay quien dice que, para terminar, le cortaron la cabeza, lo cual es verosímil, pero el dato no consta de manera fehaciente. En todo caso, así acabó la conspiración de Argimundo.

Política de unificación

Ninguna conspiración pudo detener el proceso de unificación política y religiosa del Reino de Toledo. Para asegurarse de que lo acordado en Toledo tendría vigencia en

todo el reino, Recaredo convocó en noviembre de 590 el Concilio de Narbona. Consta la asistencia de los ocho obispos de la Septimania: los de Carcasona, Elna, Magalona, Agde, Beíziers, Lodeva y Nimes, y el obispo metropolitano que se llamaba Migecio. En el orden del día, tres asuntos de relieve: presbíteros y diáconos quedan obligados a saber leer, se decide extirpar todo resto de paganismo y queda formalmente prohibido trabajar en domingo so pena de castigos diversos. Una curiosidad es que los cánones del Concilio de Narbona enumeran los cinco pueblos que entonces vivían en la Septimania, y que eran los siguientes en orden de mayor a menor: visigodos, galorromanos, judíos, sirios y griegos. Sirios y griegos formaban parte, con toda seguridad, del populoso ambiente de los puertos mediterráneos de la Septimania, lo cual da una idea de la riqueza comercial que aquella región podía acumular.

Con frecuencia se ha dicho que la España visigoda, mientras la casta goda se mantuvo arriana, fue mucho más tolerante en materia religiosa que después, cuando el Reino se convirtió formalmente al catolicismo. Esto es una verdad a medias y, una vez más, el fenómeno obedece a causas puramente políticas. Antes de la conversión del reino, el arrianismo era el signo distintivo del grupo dominante y, en consecuencia, ningún godo tenía interés alguno en que los hispanorromanos abandonaran su fe católica para entrar en el selecto club de los arrianos. Por eso, y no por una supuesta «tolerancia arriana», son contadísimos los casos de conversión del catolicismo al arrianismo. Sí que hubo, sin embargo, fuerte presión sobre el mundo católico en tanto que expresión política de la población hispanorromana, y

por eso estuvieron prohibidos durante casi todo el siglo VI los concilios y los sínodos de obispos, así como fueron más o menos frecuentes las represalias contra obispos. Si esa relativa tolerancia desapareció después de la conversión de Recaredo, fue exactamente por las mismas razones políticas: a partir del momento en el que la unificación religiosa pasaba a ser signo distintivo de la unidad del reino, toda diferencia religiosa se convertía en expresión de una posible disidencia política, y por eso habrá persecución contra herejes y judíos.

Recaredo murió joven. Demasiado: poco más de cuarenta años. Lo último que hizo en vida fue disputar con el Imperio bizantino por los territorios del sureste. El dato es relevante: significa que Recaredo estaba siguiendo exactamente la misma política que su padre. Por razones que desconocemos, hacia el año 599 hubo convulsiones en la frontera: los territorios imperiales en España habían quedado muy disminuidos tras las campañas de Leovigildo, pero aun así constituían un apetecible bocado a lo largo de la costa sureste peninsular. La cuestión es que, después de la refriega, Recaredo se dirigió al papa, habitual mediador en los conflictos entre coronas, y le pidió una copia de aquel tratado entre Toledo y Constantinopla que, tantos años atrás, dio origen a la provincia de Spania: al parecer, ni en España ni en Bizancio se guardaba un ejemplar. El papa le dijo a Recaredo que no se esforzara: el tratado concedía a Constantinopla territorios mucho más extensos que los que ahora ocupaba, de manera que cualquier apelación al pacto original solo serviría para poner en cuestión la legitimidad de la expansión visigoda en la Bética y la Cartaginense. Sin

duda Recaredo soñaba con tener bajo su mano el conjunto de la Península. La muerte —en este caso, muerte natural— frustró ese sueño.

Recaredo falleció el 21 de diciembre de 601. Dejaba en herencia el trono a su hijo Liuva II, un joven de dieciocho años, y una viuda, Baddo, ajena a los clanes nobiliarios. El escenario propicio para que la tragedia volviera a manchar de sangre Toledo.

EL CANALLA DE WITERICO Y EL ENIGMA VASCÓN

Un Reino unificado en lo étnico, en lo religioso, en lo social, en lo político, en lo jurídico. Un solo rey, dueño de sus recursos económicos y militares, sobre un territorio homogéneo vertebrado por una única Iglesia. Una corona estabilizada mediante la sucesión hereditaria. Un embrión de Estado conforme al modelo romano, en suma. Incluso la gente se vestía cada vez más a la romana y menos al estilo godo. Eso empezaba a ser el Reino visigodo de Toledo a la muerte de Recaredo.

Ningún otro Reino germánico en Europa —y sobre esto hay que insistir— había logrado nada igual. Los cimientos puestos por Leovigildo habían arraigado. Ahora bien, solo los cimientos: el resto del edificio estaba por construir. La unificación social funcionaba por arriba, en los estratos más altos de la administración y el clero, pero no por abajo. La hegemonía de la Iglesia católica había convertido el arrianismo en herejía, es decir, en algo ilegal, creando un sentimiento de profundo desconcierto en los visigodos que tradicionalmente habían asimilado lo arriano como un elemento clave de su identidad de grupo. Y sobre todo, la

nueva preeminencia política de la corona había levantado mil suspicacias en una nobleza acostumbrada a decidir quién era el rey y dispuesta a proteger sus intereses de casta. Todas las conspiraciones que tuvo que afrontar Recaredo bebían en cualquiera de esas fuentes, y con frecuencia en varias de ellas a la vez. Recaredo, político inteligente y general de talento, pudo vencerlas. Pero su hijo, el joven Liuva II, no heredó los talentos de su padre.

Un golpe de estado

A Liuva II le tocó aplicar las políticas de homogeneización derivadas de los cambios impulsados por su abuelo y su padre. Una tarea ardua que requería dosis equivalentes de energía y mano izquierda. Hay que suponer que Liuva, demasiado joven e inexperto, se dejaría guiar por los consejeros de la corona, entre los que ahora se contaban no pocos eclesiásticos de renombre. Hay que suponer también que éstos no serían los temperamentos más adecuados para transigir con el derrotado arrianismo ni con los nobles visigodos de la vieja escuela. Y hay que suponer, en fin, que el propio Liuva, deseoso de manifestar una autoridad que difícilmente se le reconocía, haría cosas que debieron de molestar a mucha gente. El hecho es que, entre unas cosas y otras, la corona de Liuva II rodó por el suelo después de solo año y medio de reinado. Fue derrocado por un golpe palaciego. Su líder: Witerico.

Witerico era un canalla. El conspirador por antonomasia, traicionero y desleal. Este caballero apareció en nuestras vidas —lo recordará usted— cuando conspiró con el obispo Sunna para traicionar a Recaredo y, en plena faena, decidió traicionar a Sunna, con lo cual se ganó la confianza de

Recaredo y, en particular, la del duque Claudio, jefe militar de la Lusitania y hombre de gran peso en el reino. Desde entonces Witerico se había dedicado a trepar en la corte, y mucho debió de haber trepado para que Claudio decidiera encargarle una trascendental misión: atacar los territorios bizantinos en el Levante. Witerico alineó al ejército y se puso en marcha, pero, en vez de dirigirse a Levante, puso rumbo a Toledo, entró en la capital, apresó al joven rey Liuva II y se proclamó nuevo monarca. Tan fácil fue derrocar al hijo de Recaredo, que solo cabe pensar en una conjura nobiliaria de amplio espectro. Vale la pena traer a colación las sucesivas conspiraciones que había tenido que afrontar Recaredo: sin duda una fuerte facción de la nobleza goda seguía resuelta a romper el nuevo molde de la monarquía hereditaria para volver al sistema electivo, que beneficiaba a la nobleza. En todo caso, Witerico supo arreglárselas para ponerse al frente de la disidencia. Era la primavera de 603.

Que Witerico era un canalla quedó muy pronto de manifiesto con el trato que dio al joven Liuva II, el rey derrocado: lo mantuvo preso, hizo que se le amputara la mano derecha y, después, que se le condenara a muerte. Al parecer, Witerico temía que los grandes nombres de la Septimania, de donde era originario el linaje de Leovigildo, de Recaredo y del propio Liuva II, trataran de devolverle el trono. Liuva II murió en el verano de 603. Tenía solo veinte años.

¿Qué cambió en la política de Toledo con la llegada de Witerico? En realidad, nada. Los objetivos de cerrar la brecha entre arrianos y católicos, por un lado, y de recuperar

los territorios en poder de Bizancio, por otro, se mantuvieron sin cambios. Con frecuencia se ha dicho que Witerico encarnó una especie de «reacción arriana» en el seno del reino, pero esto es una mera conjetura sin demasiado apoyo documental. No consta que Witerico persiguiera especialmente a los católicos; al revés, ente sus principales apoyos se contaban dos obispos tan importantes como Masona de Mérida y Elergio de Tarrasa. En cuanto a su política territorial, se sabe que el rey ordenó al menos dos expediciones contra posiciones bizantinas en Gizonza (hoy en Cádiz) y Begastri (hoy en Murcia), y ambas con buen resultado. Su política de enlaces matrimoniales con los reinos francos merovingios tampoco fue muy distinta de la que ensayó Recaredo (y en ambos casos, por cierto, con mal balance).

Entonces, ¿qué representaba Witerico? ¿Solo una ambición personal? Pero alguien guiado únicamente por una ambición singular no toma la determinación de ejecutar a un rey derrocado, como hizo Witerico con Liuva II, so riesgo de exponerse a la ira de los cortesanos. Si Witerico actuó así fue porque otros le apoyaban, y debía de ser gente con la suficiente influencia como para imponer nada menos que un regicidio. ¿Quién o quiénes? Sin duda, todos los nobles que se oponían a que la corona fuera hereditaria. Esto, en todo caso, también es solo una mera conjetura. La única fuente de la que disponemos para saber qué pasó en estos años son las cartas de un tal conde Búlgar, que era *dux* en la Septimania y que, al subir Witerico al poder, fue desposeído de su rango y bienes, llegando incluso al destierro y al hambre. Como Búlgar había servido en primera línea a los dos reyes

anteriores, solo cabe pensar que fue represaliado precisamente por esa vinculación. Obligado a abandonar su hogar, Búlgar encontró ayuda en otros obispos, lo cual demostraría que nos hallamos ante una lucha a cara de perro entre distintas facciones de la casta gobernante sin otra causa que el interés de grupo. Por cierto que Búlgar terminó siendo rehabilitado en sus cargos pocos años después por el propio Witerico. Al parecer, el rey tuvo una visión que le hizo cambiar de parecer sobre Búlgar. El dato es muy revelador sobre el temperamento de Witerico.

Y a pesar de todo, nada cambiaba

También es muy reveladora la forma en la que murió el rey. Allá por abril de 610, Witerico presidía un banquete en Toledo cuando un grupo de nobles sacó los cuchillos. El rey fue atravesado por todas partes como un pellejo de vino. Después, los conjurados ataron su cadáver a un caballo y lo arrastraron por las calles de Toledo. El pueblo no debía de querer mucho a Witerico. El cuerpo destrozado del rey muerto terminó siendo arrojado a una fosa común. ¿Quién hizo aquello? Un grupo de nobles. Tal vez para vengar así el asesinato de Liuva II. El principal instigador fue el obispo Elergio, que ayer apoyó a Witerico y hoy le traicionaba. Y la cabeza visible de la conjura fue el noble Gundemaro, duque en la Septimania. Gundemaro fue proclamado rey. El joven Liuva II había sido vengado.

Terrible, sin duda. Pero, a pesar de todo, lo cierto es que la nota dominante del Reino visigodo en este momento es la estabilidad. Podrá pensarse que hablar de estabilidad con dos reyes asesinados sucesivamente es de un optimismo desmedido, pero veamos el contexto: en comparación con lo

que está pasando en ese mismo momento en la Galia de los francos, la Italia de los longobardos o el propio Imperio bizantino, el Reino de Toledo es un remanso de paz. La revolución política de Leovigildo y Recaredo ha creado estructuras de estado —políticas, jurídicas y religiosas— que estabilizan el paisaje hasta el punto de que las líneas de gobierno de tres reyes envueltos en asesinatos son básicamente las mismas. Nada indica que Liuva II, Witerico o Gundemaro quisieran imprimir el menor giro a la marcha de las cosas. Es más: todo apunta a que, si lo hubieran intentado, no lo habrían conseguido. Leovigildo y Recaredo habían logrado definir la política del Reino en términos de interés objetivo. Eso solo ocurre en las estructuras donde el poder público se ha impuesto sobre el interés privado. Y eso estaba empezando a pasar ya en el Reino visigodo de Toledo.

¿Significó algún cambio la llegada de Gundemaro? En términos de política práctica, no. Se mantuvo el lento pero ya irreversible proceso de fusión social entre hispanogodos e hispanorromanos. Continuó la tónica de acercamiento a los reinos francos de Neustria y Austrasia contra el Reino también merovingio de Borgoña —capitaneado este, por cierto, por la muy eminente visigoda Brunegilda, hija de Atanagildo y Gosuinda, y de la que enseguida hablaremos—. Se intensificó, eso sí, la institucionalización del catolicismo romano como religión del reino, y de esta época data la consagración de Toledo como sede primada (es decir, capital) de la Iglesia española, porque hasta ahora la sede era Cartagena (Cartago Nova), que estaba en manos bizantinas. El dato es relevante porque presenta una lectura política evidente: a partir de ahora el protector oficial de la fe, en

España, ya no sería el emperador romano de Constantinopla, sino el rey visigodo de Hispania.

Y además de todo esto, hubo una importante campaña contra los vascones que episódicamente saqueaban el valle del Ebro. Lo cual nos da pie para hablar un poco de estos vascones que con cierta frecuencia vienen salpicando nuestro relato y que, a decir verdad, nadie sabe muy bien quiénes eran exactamente.

El enigma vascón

En efecto, ¿quiénes eran estos vascones? Hay quien piensa que estas campañas visigodas contra los vascones eran batallas contra el ducado franco de Gascuña o Vasconia, recién constituido en aquel momento. No es una cuestión menor, porque, de ser así, estaríamos hablando de guerra abierta entre el Reino de Toledo y sus vecinos francos del norte. Pero, ¿por qué no se deduce tal cosa de ninguna fuente clásica? Tratemos de resumir el problema.

Desde tiempos muy lejanos —desde Estrabón, en concreto— se tiene constancia de la existencia de unas gentes llamadas «vascones» que habitaban un área que encaja aproximadamente con la actual comunidad foral de Navarra, más prolongaciones al este y el oeste sobre el curso del Ebro, y que por el norte llegaba hasta Easo, es decir, San Sebastián. Contra lo que sostiene el tópico, aquel no era un mundo primitivo y salvaje, sino ostensiblemente romanizado. Aunque también había, eso sí, vascones bastante primitivos en las zonas montañosas del interior. Nadie sabe si los vascones constituyeron algún tipo de unidad política tras la caída del Imperio romano. Como no hay mención alguna de tal cosa en ninguna parte, lo más

lógico es pensar que no. Y cuando las crónicas posteriores hablan de tales o cuales acciones militares contra los vascones, sin más precisión, lo más natural es interpretar que se trata de acciones punitivas contra bandas de aquellos vascones más primitivos que salían de sus montañas para saquear las zonas agrarias en un contexto de desarticulación política y depauperación económica.

Al mismo tiempo, desde fecha también lejana –aunque no tanto- consta la existencia de un territorio llamado Gascaña que corresponde aproximadamente al rincón suroeste de Francia. La similitud fonética entre Vasconia y Gascaña (y más si nos remontamos a la grafía latina) es excesiva como para no pensar en un cierto parentesco, sea étnico o de otro tipo. ¿Existía un mundo vascón-gascón relativamente homogéneo a ambos lados del Pirineo que pudo disponer de algún tipo de conformación política? En algún momento, pudo ser, pero nada permite asegurar que se extendiera por las dos vertientes de la cordillera.

Hasta aquí, el asunto no deja de ser una estimulante materia de estudio para los investigadores. Pero he aquí que en época reciente la política se metió por medio, especialmente por la pretensión del nacionalismo vasco de contar con un precedente histórico de estado vasco homogéneo, y esa Gascaña-Vasconia tiene todas las papeletas para convertirse en la ancestral patria soñada. Pues bien: hay que decir que la Vasconia-Gascaña del norte de los Pirineos nunca llevó sus dominios hasta las tierras de los vascones hispanos, así como estos nunca formaron un «reino vasco» que se pueda llamar tal. Es muy factible pensar que las formas culturales de ambos lados del Pirineo

eran muy semejantes si no las mismas, y que hubo intercambios constantes, pero, a efectos históricos documentados, una cosa es el ducado de Gascuña en la actual Francia y otra las tierras de los vascones en la actual España.

¿Qué fue aquel «ducado de Vasconia»? Si nos ceñimos al rigor documental, lo que sabemos es lo siguiente: hacia el año 602, los reyes francos de Austrasia y Borgoña invaden el país de los vascones, por el cual hay que entender el rincón suroeste de la actual Francia, al sur de la Aquitania. Dominan a los clanes locales y colocan al frente a un dux llamado Genialis. Este se encargará de controlar el territorio y cobrar tributos. Lo cuenta la Crónica de Fredegario, escrita en el año 660 aproximadamente. Sobre esta versión, que es la clásica a partir de las únicas fuentes escritas conocidas, el nacionalismo vasco actual ha construido una interpretación sensiblemente diferente, a saber: los francos intentan dominar a los vascones, fracasan en el empeño y como solución de compromiso aceptan poner el territorio bajo la administración de un jefe militar llamado Genialis con el título de duque y que extenderá sus dominios a todas las tierras pobladas por vascones. Incluso hay quien pretende que la capital de aquel territorio era Pamplona. Una interpretación que, si hay que ser riguroso, solo se sostiene en la Wikipedia.

¿Observaciones al respecto? Primera: no hay huella alguna de que el ducado de Vasconia constituyera una unidad política autónoma sobre la base de su «vasconidad». Había un territorio llamado «Wasconia» (así lo escribe Fredegario) y un duque al frente, pero eso no es exactamente

un ducado. Segunda observación: no hay prueba alguna de que el tal ducado extendiera su control político al sur de los Pirineos; aún más, la crónica cita de forma expresa la cordillera como límite. Tercera: en esta época el título de *dux* y la jurisdicción del ducado no correspondían a linajes hereditarios en un territorio estable, es decir, a un poder público inherente a un país que existía previamente, sino que eran cargos de carácter político-militar nombrados por los monarcas y que se ejercían sobre distritos configurados precisamente en función de la misión encargada al *dux*. Dicho de otro modo: es la presencia de un duque lo que crea un ducado, no al revés; los contornos de esa unidad política son variables y la designación del *dux* viene desde fuera. De hecho, cuando Genialis muera será reemplazado por otro *dux* nombrado igualmente por el rey de turno y traído de cualquier otra parte del reino: Aeghinius (en realidad, el sajón Hagen). Las feroces convulsiones que afectaron en este periodo a los reinos francos, con sucesivas divisiones y fusiones, hicieron que territorios periféricos como Gascuña-Vasconia quedaran con frecuencia a su aire y dejaran de pagar tributo, y entonces los duques pudieron ejercer ocasionalmente como interlocutores entre los señores locales de la tierra y la corona. Pero de aquí a imaginar un estatuto de independencia territorial, media un amplísimo trecho. Y esto es todo lo que se puede decir sin caer en fantasías.

¿Volvemos a Gundemaro? El rey murió por causas naturales después de haber reinado solo dos años. Era el 612. Le sucedió en el trono Sisebuto, uno de los personajes más singulares de la nómina de nuestros reyes godos. Pero antes

de hablar de él hay que contar algunas otras cosas.

LA TERRIBLE HISTORIA DE FREDEGUNDA Y BRUNEGILDA

En esta historia se nos han ido quedando por el camino personajes que, sin embargo, merecen capítulo aparte por lo extraordinario de su trayectoria. Concretamente, una mujer, visigoda, cuya huella iba a determinar la política de los reinos francos durante decenios. Hablamos de Brunegilda. Y frente a ella, otra mujer: la franca Fredegunda. Pocas veces se odió tanto.

Recordemos: Atanagildo y Gosuinda tuvieron dos hijas, Galsuinda y Brunegilda. Las dos tuvieron por destino el matrimonio con sendos reyes del mundo franco, merovingio: Galsuinda, con Chilperico I de Neustria; Brunegilda, con Sigeberto I de Austrasia. Dice Gregorio de Tours que Brunegilda era «una joven de modales elegantes, de hermosa figura, honesta y decente en sus costumbres, de buen consejo y agradable conversación». Chilperico y Sigeberto eran hermanos, hijos del rey franco Clotario I. Los enlaces tenían por objeto pacificar las relaciones entre los visigodos de España y los reinos francos, pero una atroz cadena de acontecimientos conduciría a la guerra abierta entre los francos y, además, entre éstos y los visigodos.

El asesinato de Galsuinda

Primer acto: en la corte de Neustria, Galsuinda, la hija del rey godo Atanagildo, es asesinada, estrangulada en su cama. La asesina es Fredegunda, amante del rey Chilperico. ¿Quién era Fredegunda? Una muchacha franca de humilde origen, pero de belleza letal, que había comenzado como camarera de la primera mujer de Chilperico, Audovera, y

había conquistado la cama y la voluntad del rey. Cuando Chilperico repudia a Audovera para poder casarse con Galsuinda, Fredegunda empieza a tejer su tela. Persuade a Chilperico de que hay que deshacerse de Galsuinda (quedándose con su dote). Cuando Galsuinda aparece asesinada, Chilperico la llora, pero no castiga al criminal. Al revés, se casa inmediatamente con Fredegunda. La camarera se ha convertido en reina. Es el año 568.

En la corte del Reino vecino de Austrasia, Brunegilda, la hermana de la difunta Galsuinda, clama venganza. Su esposo, el rey Sigeberto, hermano de Chilperico, está en un verdadero aprieto. Aparece entonces otro hermano, Gontrán, rey del territorio también franco de Borgoña, y propone una solución: lavar la afrenta mediante la entrega a Brunegilda de las ciudades otorgadas a la difunta Galsuinda en el pacto matrimonial, a saber, Burdeos, Bearn, Limoges, Bigorre y una porción muy apetitosa de la Aquitania. Chilperico finge aceptar, pero el pacto tiene un inconveniente: significa poner bajo control de Austrasia todo el sur de Neustria, de manera que el Reino quedaría cercado. Chilperico envía de inmediato tropas para recuperar esas ciudades del sur. Es la guerra.

Sigeberto, empujado por Brunegilda, ataca a su hermano. Chilperico y Fredegunda pierden una batalla tras otra. Su situación es desesperada: derrotados en todos los frentes, tienen que encerrarse en Tournai. Entonces Fredegunda urde una sucia maniobra. Dos nobles de Neustria se pasan al campo de Austrasia y manifiestan su intención de combatir bajo las órdenes de Sigeberto; cuando llegan a presencia del rey, esgrimen sendos puñales envenenados y asesinan al

confiado Sigeberto. Fredegunda ha movido la mano de los asesinos. Brunegilda queda viuda y sola con un hijo de cinco años y dos niñas. El niño es Childeberto; una de las hijas es Ingunda, la misma que se casará con nuestro visigodo Hermenegildo. Los guerreros de Austrasia sienten que su mundo se desmorona y emprenden la retirada. Chilperico pasa a la ofensiva. Localiza a Brunegilda en París con el tesoro real. Apresa a la mujer y se queda con el oro. Sin duda Fredegunda quería matar a Brunegilda, pero Chilperico ya tenía bastante con el asesinato de su propio hermano y, por otra parte, tenía al alcance de la mano el trono ahora vacante de Austrasia. ¿Para qué abrir más heridas? Brunegilda termina encerrada en un convento de Ruan, sometida a estrecha vigilancia y bajo la tutela del obispo local, Pretextato. Es el año 575.

Incesto y lascivia

Pero la visigoda es mujer de recursos. Sabe que el gusto de Fredegunda por los puñales y el veneno está dejando muchos enemigos detrás. Sabe, por ejemplo, que los hijos del primer matrimonio de Chilperico (el de la desdichada Audovera), ya adultos, viven aterrados en la convicción de que Fredegunda va a matarlos para allanar el camino del trono a su propia descendencia. Brunegilda localiza a uno de esos hijos de Chilperico: Meroveo, que ha mandado una hueste durante la reciente guerra. Por mediación del obispo Pretextato, Brunegilda hace llegar un mensaje a Meroveo: es evidente que Fredegunda le quiere matar, pero ella le ofrece salvar la vida y ganar un Reino si la toma en matrimonio. Dicho y hecho: Meroveo forma a su ejército, entra en Ruan, libera a Brunegilda y se casa con ella. El obispo Pretextato

oficia la ceremonia. Meroveo tiene diecinueve años; Brunegilda, treinta y dos. Pero qué importa la edad si nace el amor, ¿verdad?

Brunegilda intenta volver a Austrasia: su hijo es el heredero y ella tiene derecho a ejercer la regencia. Ahora bien, la aristocracia austrasiana no está por la labor: reconoce, sí, el derecho del pequeño Childeberto al trono (cuando cumpla la edad), pero no acepta a la visigoda Brunegilda como regente y aún menos a ese marido suyo, ese Meroveo de Neustria, que viene de un Reino enemigo, cuyo padre (el peligroso Chilperico) intenta matarle y que solo puede traer más problemas al reino. Y Brunegilda se tiene que marchar.

A Brunegilda la acusaron de incesto y lascivia por aquel matrimonio suyo con Meroveo. Acusaciones muy traídas por los pelos, pero que en realidad eran simple traducción de las maniobras de Chilperico, que logró anular el enlace. Sin otro lugar donde ir, Brunegilda tuvo que buscar refugio en la corte borgoñona de Gontrán, el cuñado. Peor suerte tuvo el pobre Meroveo, que de inmediato se vio perseguido por su padre Chilperico y su madrastra Fredegunda. Cuando le localizaron, Chilperico decidió tonsurarlo, hacerle clérigo por la fuerza y encerrarlo en un convento, para que no pudiera reinar. No dejaba de ser una forma de salvarle de las ansias asesinas de Fredegunda. Pero Meroveo se escapó con ayuda de tres de sus guerreros y en la fuga halló la muerte. Versión oficial: el propio Meroveo pidió a uno de sus escoltas que lo matara, para escapar así de una muerte mucho más lenta en manos de Fredegunda. Chilperico hizo torturar de forma salvaje y finalmente matar a los tres

guardias de Meroveo. Versión más probable: Fredegunda y Chilperico tramaron el asesinato de Meroveo y después se libraron de los ejecutores. Era el año 577.

Brunegilda, mientras tanto, trataba de recomponer su posición. Después de eludir un intento de asesinato a manos de los sicarios de Fredegunda, urdió una estrategia para volver a la corte de Austrasia. Como el rey Gontrán de Borgoña no tenía hijos, le convenció para que adoptara al pequeño Childeberto, el hijo de Brunegilda y Sigeberto: después de todo, era su sobrino y la adopción le permitiría influir decisivamente en Austrasia. A cambio, la regencia la desempeñaría Brunegilda en sintonía con Gontrán. Este aceptó. La visigoda volvió a Austrasia y se puso a gobernar. Y lo hizo muy bien: mejores caminos, administración eficaz, ejército más fuerte, iglesias más hermosas... Muy al estilo Leovigildiano, reforzó el poder público de la corona (con ayuda de la Iglesia) frente al poder privado de los nobles. Por cierto que eso de «imponerse sobre la nobleza» no consistía en amables debates cortesanos: en 587 Brunegilda hace ejecutar a los nobles Rauching, Ursio y Berthefierd por conspiración. Mano de hierro, la de Brunegilda. Y si los aristócratas se ponían demasiado levantiscos, nuestra dama llamaba al tío Gontrán de Borgoña. En 583 el niño, Childeberto, cumplió trece años y fue coronado rey: Childeberto II de Austrasia. Y Brunegilda iba a ser mucho más que «reina madre».

Guerra a muerte

Mucho peor le iban las cosas a la tremenda Fredegunda en Neustria: su poder era absoluto, pero todos los hijos le nacían muertos, lo cual la llevó al borde de la locura o más

allá. ¿Qué estaba pasando? Un castigo divino, pensó Fredegunda. ¿Por qué? Por la codicia de los poderosos y los excesivos impuestos. Medida inmediata: quemar los censos y multiplicar las limosnas a las iglesias. Ahora bien, vino otro hijo y nació igualmente muerto. ¿Cómo era posible? Brujería, resolvió Fredegunda. Y entonces se lanzó a perseguir a todo aquel sospechoso de haber recurrido a las malas artes para dañarla, es decir, a todos sus enemigos. Mandó matar a Clodoveo, el único hijo superviviente del primer matrimonio de Chilperico. Después a Audovera, primera esposa del rey. Más tarde, a un número indeterminado de mujeres de París acusadas de estar haciendo brujería y que por consiguiente fueron quemadas en la plaza pública. En 584 nació al fin un niño, un varón, y sobrevivió: Clotario, se llamaba. Y sorprendentemente, ese mismo año moría asesinado el rey Chilperico, el marido de Fredegunda, cuando volvía de una partida de caza.

¿Quién mató a Chilperico? ¿Fredegunda, dispuesta a asegurar el poder total para su hijo? ¿Brunegilda, que al fin vengaba los asesinatos de Galsuinda, Sigeberto y Meroveo? Nadie lo sabe en realidad. Seis años después, en Austrasia, Brunegilda hará torturar a un hombre esperando que delatara a Fredegunda por el crimen. Se declaró culpable bajo tortura, pero no inculpó a la odiada Fredegunda. Esta, mientras tanto, buscaba apoyo (y más cosas) en un noble de Neustria llamado Landry, que a partir de ahora será el hombre fuerte del reino. De hecho, Brunegilda hará correr el rumor de que el padre del pequeño Clotario, el hijo de Fredegunda, no era en realidad el rey Chilperico, sino el amante Landry. ¿Un bastardo en el trono de Neustria? Razón

de sobra para atacar y reclamar la corona.

En efecto, con Chilperico criando malvas, Brunegilda ve el cielo abierto: convence a su hijo Childeberto para lanzar un ejército sobre Neustria y pedir la cabeza de Fredegunda por el asesinato de Sigeberto. Fredegunda corre a esconderse en la catedral de París con su hijo, el pequeño Clotario. Pero no se limita a esconderse: a través de Landry (su alfil y amante), pide socorro a... Gontrán de Borgoña. ¿Y Gontrán —pensará usted— iba a proteger a Fredegunda después de haber protegido a su enemiga mortal Brunegilda? Por supuesto: Gontrán no actuaba por amor de cuñado (que de ambas lo era), sino por interés político. Ayer apoyó a Austrasia para que Neustria no fuera demasiado fuerte, y hoy apoyará a Neustria frente a Austrasia por la misma razón. El ejército de Gontrán llegó a París antes que el de Austrasia: Brunegilda se quedó sin su venganza. Ciertamente, había que vestir la situación de alguna manera. En particular, había que dejar claro que el hijo de Fredegunda, el pequeño Clotario, era hijo del difunto rey Chilperico, y no de Landry, como Brunegilda se había encargado de propalar. Fredegunda encontrará una manera realmente espectacular de hacerlo: trescientos nobles y obispos de Neustria jurarán solemnemente que Clotario era el legítimo heredero. Mientras alcanzara la mayoría de edad, Fredegunda ejercería la regencia bajo la tutela de... Gontrán de Borgoña, por supuesto: el poderoso tío Gontrán.

La horrible muerte de Fredegunda

Las dos mujeres seguirán intentando matarse sin descanso. En cierta ocasión Fredegunda envió a un clérigo a la corte de Austrasia para matar a Brunegilda. Esta

descubrió el complot y ordenó devolver al clérigo vivo a Neustria. Sabía que sería su peor condena. Fredegunda, en efecto, dispuso que al clérigo se le amputaran las manos y los pies por haber fallado. La feroz franca también intentó matar a Gontrán, por supuesto, pero fracasó. En todo caso, Gontrán acabó muriendo (por causas naturales) a la altura del año 593, y aquello cambió el paisaje de un plumazo: el hijo de Brunegilda, Childeberto II, se convertía en rey también de Borgoña, y Fredegunda se veía enfrentada a Austrasia y Borgoña a la vez. ¿Qué hizo? Atacar. Las huestes de Neustria atacaron por sorpresa Austrasia. E inmediatamente después, muy en el estilo de Fredegunda, el joven rey Childeberto moría envenenado. Nadie puede asegurar que lo matara Fredegunda, pero...

La muerte de Childeberto podría haber roto a Brunegilda. No fue así. O quizá esta mujer estaba ya tan rota que un golpe más poco podía quebrar. Rápida, la visigoda echa mano de sus nietos, los hijos de Childerico: Teodeberto y Teoderico, se llamaban. El primero reinaría en Austrasia y el segundo en Borgoña. Era el año 596. Brunegilda volvía a sobrevivir en circunstancias excepcionalmente delicadas. Y aún más: la visigoda pudo disfrutar de la muerte de su rival.

Porque Fredegunda se murió, sí. Por causas naturales, pero abominables: volvía de Latofao (Laffaux, en la Picardía, al norte de Francia), tras una campaña rica en botín y esclavos, cuando contrajo disentería. La disentería es un grave trastorno inflamatorio del intestino, y en particular del colon, que cursa con incesantes diarreas cargadas de sangre y moco en las heces. Así se vació Fredegunda hasta morir en su palacio de París, a los 54 años de edad. Era el año 597.

Brunegilda había ganado esa guerra por extinción del rival. Pero tampoco para nuestra visigoda vendrían buenos tiempos. Primero, fracasó en su intento de apoderarse de Neustria aprovechando la corta edad de Clotario II: sencillamente, la nobleza guerrera de Austrasia no respaldó la idea. Y aún peor: dos años después, cuando su nieto Teodeberto fue coronado en Austrasia, los nobles del Reino presionaron hasta lograr que el joven rey (trece años) echara a su abuela. Era el año 599 y Brunegilda se veía expulsada del país por el que tanto había luchado. La dama acudió entonces a su otro nieto, Teoderico de Borgoña. En su corte se instaló y desde allí siguió influyendo en la política de los reinos francos, a pesar de que los dos hermanos, Teoderico y Teodeberto, se odiaban sin desmayo.

Y la horrible muerte de Brunegilda

Un detalle interesante: durante su gobierno —porque tal fue— de Austrasia primero y de Borgoña después, a Brunegilda se le presentó en diversas ocasiones la posibilidad de enlazar sus intereses con los de los visigodos. Pues bien: siempre se negó. Unas veces de forma explícita y otras de forma tácita, pero nunca quiso que su linaje franco emparentara con el de Toledo, del que ella misma procedía. ¿Por qué? Había razones de política objetiva: Borgoña siempre había aspirado a hacerse con el control de territorios de la Septimania que estaban en manos godas. Pero había también razones de índole personal: Brunegilda jamás perdonó a Toledo la triste muerte de su hija Ingunda, la esposa de Hermenegildo. Al final veremos incluso una alianza de Toledo y Neustria contra las ambiciones de Brunegilda.

El propósito de la visigoda era que sus nietos se apoderaran de Neustria, el tercer Reino franco, pero no hubo tal. Al revés, quienes entraron en guerra fueron los dos nietos de Brunegilda. La abuela apostó por Teoderico frente a Teodeberto, el nieto que la había echado de Austrasia. Ganó Teoderico, es decir, ganó Brunegilda. Teodeberto fue tonsurado y encerrado en un convento junto a su hijo y heredero. Ambos murieron allí, verosíblemente asesinados. Era el año 612.

Con Austrasia y Borgoña de nuevo bajo su mano, la ya anciana Brunegilda se dispuso una vez más a atacar Neustria, su vieja obsesión: así reunificaría los reinos de los francos. Pero, nuevamente, todo le salió mal, y en esta ocasión de forma irreversible. Cuando iba a comenzar la ofensiva, su nieto Teoderico muere: la disentería. Brunegilda se queda sola. Lo primero que se le ocurre es repetir la jugada dinástica y pedir el trono para su bisnieto Sigeberto, hijo del difunto, de doce años. Y el pequeño llegó a ser coronado, sí. Incluso logró Brunegilda que la nobleza de Austrasia respaldara una acción contra Neustria. Parecía que se acercaba la victoria final. Pero no: todo era una trampa. La aristocracia de Austrasia, los nobles de palacio, los terratenientes... todos habían pactado con Clotario de Neustria a espaldas de Brunegilda. Cuando la anciana visigoda —setenta años ya— se dio cuenta, era demasiado tarde.

Brunegilda fue capturada cuando intentaba buscar refugio en las tribus germánicas del otro lado del Rin. La atrapó uno de los terratenientes que teóricamente le debían fidelidad. Los nobles de Austrasia la entregaron a Clotario II,

el hijo de Fredegunda. Fue peor que la muerte. Se la acusó de innumerables crímenes, incluidos los cometidos por Fredegunda y su hijo. Brunegilda sufrió durante tres días tortura. Después se la hizo desfilar sobre un camello a modo de escarnio. Por último, se la ató a un caballo que la arrastró hasta la muerte. Otros dicen que fue despedazada por el procedimiento de atar a sendos caballos cada una de sus extremidades. Brunegilda murió el 13 de octubre del año 613. Su bisnieto Sigeberto fue asesinado cinco días después.

Así acabó la terrible historia de Fredegunda y Brunegilda. Y así terminó la aventura de una mujer visigoda que persiguió el poder en el mundo de los francos.

VI. SÍ, LA TIERRA ES REDONDA

ECLIPSES, FLOTAS Y CORONAS DE YEDRA

Hubo un rey visigodo que conocía la obra de Aristóteles, que sabía que la Tierra era redonda, que estudiaba los movimientos de los astros, que escribía versos en latín, debatía con Isidoro de Sevilla y cultivaba la vida de los santos, todo ello mientras nombraba obispos, preparaba una flota de guerra y dirigía operaciones de desembarco. Por desgracia, cuando se habla de ese rey suele ser solo para execrar su política (objetivamente desafortunada) contra los judíos. Ese rey se llamaba Sisebuto.

Sisebuto es quizá la personalidad más sugestiva de entre la tópica lista de los reyes godos. Leovigildo fue un gigante político y su hijo Recaredo también lo habría sido de vivir unos pocos años más, y por eso suscitan una justa admiración, pero las cualidades de Sisebuto son completamente singulares: hombre de conocimiento, amante de la ciencia, buen conocedor de los clásicos, mente racional y, al mismo tiempo, legislador inflexible. Hay algo platónico en esa mezcla de sabio y caudillo que no vamos a encontrar en ningún otro gobernante europeo de su tiempo.

Sisebuto y los eclipses

Situémonos. Año 613. Sisebuto es rey desde al año anterior. Lo escogieron para suceder al difunto Gundemaro. En este momento prepara una inminente campaña contra los rebeldes en el norte de la península. Sisebuto, hombre inquieto, ha pedido al sabio Isidoro de Sevilla que escriba un

libro sobre los fenómenos naturales, y, en especial, sobre los astronómicos. Isidoro lo escribirá: *De rerum natura* («Sobre las cosas de la naturaleza»), pronto conocido como *Liber Rotarum* o «Libro de las Ruedas» por la cantidad de circunferencias que ilustraban el texto. Este libro de Isidoro de Sevilla circulará profusamente por toda Europa. Pero lo más singular es lo que hizo Sisebuto al recibir el volumen: contestó al sabio con su propia versión del asunto. Lo hizo en verso y en latín, en un texto que pasará a la Historia como *Epistula metrica ad Isidorum de libro rotarum* o, directamente, «Epístola de Sisebuto». Leída hoy, la carta de Sisebuto asombra porque desmonta numerosos tópicos modernos sobre la Alta Edad Media y su presunta barbarie.

En efecto, ese texto de Sisebuto sobre los eclipses es enormemente revelador porque deshace la imagen convencional del gobernante bárbaro que solo vale para la guerra. Sisebuto demuestra en su carta que conoce bien las teorías astronómicas de Aristóteles, que sabe además que la Tierra y el resto de los cuerpos celestes son esféricos y por eso habla de la sombra de los planetas como globos (nada del tópico de la «tierra plana» medieval), y aún más: se muestra más avanzado que el sabio Isidoro de Sevilla cuando defiende que los cuerpos celestes (las estrellas) tienen luz propia, y no solo reflejo del sol, contra lo que pensaba el santo sevillano.

Curiosamente, no es fácil encontrar ese texto de Sisebuto en traducción al castellano. Aún peor, con frecuencia esta inclinación científica del rey godo se ventila como una mera anécdota, cuando en realidad es capital para calibrar la exacta medida del mundo cultural visigodo. La traducción

que a continuación ofrecemos de la *Epístola de Sisebuto* se debe a la pluma de Santiago Delgado, a partir del rescate del texto original por Javier Iglesia Aparicio. Así hablaba Sisebuto:

Diré por qué un círculo negro se forma sobre la imagen borrosa del astro. Por qué su frente de nieve se enrojece a causa de un tinte púrpura. No, no se trata, como cree el vulgo, de una hechicera que, gritando histérica desde las oscuras profundidades de las cavernas infernales, haya arrancado a la luna de sus moradas celestes. No, la fuerza de un encantamiento nocturno... nunca fue suficiente para hacerla equivocarse por el sonido de la trompeta. En medio del cielo, y rodeada por las regiones donde la calma es tan a menudo turbada por la tempestad, ella continúa ajena a los ultrajes. Pero, cuando el ancho cuerpo de la tierra, colocado en el centro del universo, intercepta los rayos del sol, su hermano, entonces... una sombra densa se extiende sobre el pálido disco de la luna, hasta que esta, liberándose de las tinieblas proyectadas por las rugosidades terráneas, rueda en libertad por otras partes del campo celeste y recupera los rayos de Febo. Es plausible que no se sorprenda nadie de que el sol, nueve veces más grande y más visible que el globo de la Tierra, no envuelva a este globo en una capa de luz. He aquí la razón. Ved cómo el sol se eleva, llegando a la bóveda resplandeciente de los cielos, y ved también cómo desde lo más alto de su carro, cubre con sus rayos la masa enorme de la Tierra. Entonces, sea porque él lanza la luz desde el cénit, sea porque él lo envía oblicuamente, raseando el horizonte, la Tierra refleja una parte de estos rayos. Los otros, al no encontrar ninguna porción de globo que se oponga a su emisión, se prolongan en la inmensidad del vacío, hasta que, vencidos por la tiniebla, van a morir al infinito. Si entonces la luna arrea a sus fornidos caballos hacia las vecindades de la Tierra, no logra recibir ya la luz de su hermano y su pálido rostro se desvanece. Pero, ¿por qué es ella el único ser celeste que está sometido a los eclipses? Este hecho no tiene nada de sorprendente. Ella carece de luz que le sea propia. No está calentada sino por los rayos prestados. Cuando ella cae en la vecindad de un cuerpo opaco, se convierte en sombra y ya no es iluminada por los fuegos de su hermano. Por el contrario, el Coro de los Astros no es en absoluto accesible a las tinieblas. Ellos gozan de un brillo que les es natural. Ellos no le deben nada al sol. Pero... ella es arrastrada en el giro de la esfera celeste, más alejada que el sol. Es lo que hace que su disco no sea

eclipsado durante seis meses completos. Es lo que hace que él —el sol— describa en su curso oblicuo una línea sinuosa. Y mientras que la luna vagabunda sigue los derroteros de su invariable trayectoria, el sol franquea los obstáculos que se oponen a sus rayos. Él aparta el manto de la noche y lanza hacia su hermana torrentes de luz. Todo esto ocurre por una causa análoga a la que apaga, de repente, en la sombra el resplandor sagrado del sol. La luna extiende su cuerpo privado de luz entre este astro y la Tierra, y ella intercepta sus rayos antes de que lleguen hasta nosotros.

¿Resumimos? Un universo que gira en torno a la Tierra, como se creía desde los griegos, formado por cuerpos celestes esféricos suspendidos en el éter, y cuyas órbitas oblicuas se cruzan de vez en cuando produciendo unos eclipses que no tienen nada de mágico, sino que son pura naturaleza. Año 613. ¿Esto es un «supersticioso bárbaro altomedieval»? Evidentemente, no.

¿Más detalles singulares de este hombre? El teatro, por ejemplo. Sisebuto detestaba el teatro, y hasta se permitió reprochárselo en público a un obispo (Eusebio, de Tarragona) que frecuentaba las artes escénicas. ¿Por qué a Sisebuto no le gustaba el teatro? Lo más simple es pensar que semejante actitud era fruto del fanatismo religioso, pero ya hemos visto que el objeto de sus reproches era precisamente un obispo. No, la clave de la cuestión estaba en la frivolidad. San Isidoro pensaba lo mismo. Tratándose de Sisebuto, ese goda que conocía la obra de Aristóteles, es imposible no pensar en Platón y su condena de los poetas en *La República*. ¿Habría leído Sisebuto también a Platón? Pero esto solo es una hipótesis personal.

«Volar pasando el mar»

Pese a sus inclinaciones ilustradas, Sisebuto, quede claro, no era un «hombre de paz». Era un jefe de guerra en el más

típico estilo germánico y vivía el combate como el momento culminante de su vida. Lo que escribe cuando parte en campaña contra cántabros y vascones, en esa misma carta a san Isidoro, parece sacado de una saga nórdica:

No escuchamos sino el ruido importuno del hierro y los gritos de miles de soldados; las arengas de los generales nos enardecen y en el foro resuenan clamores de guerra. Suenan las trompetas y conseguimos volar pasando el mar; el vascón desde las nieves y el cántabro en sus montañas no nos dejan reposo alguno, y es precisamente a Nos a quien se ordena ceñir con los laureles del Sol nuestra frente y trenzar, para Nos también, corona de yedra aún más augusta.

«Volar pasando el mar», dice Sisebuto, y así ocurrió exactamente: aquella fue una expedición naval. El rey se embarcó con sus tropas en un punto indeterminado del norte de España, navegó por el Cantábrico y desembarcó en algún lugar de la costa vasca. No sabemos dónde, pero el dato es muy revelador. Nos dice, por ejemplo, que en la costa cantábrica había ciudades lo suficientemente controladas por el Reino de Toledo como para servir de base de operaciones, porque a un ejército hay que avituallarlo, y preferentemente en lugar seguro. Nos dice también que el problema estaba en el interior, en las montañas (de nieves y montañas habla Sisebuto), lo cual corrobora la idea de que estas campañas tenían más un cometido de represión del bandidaje que un sentido propiamente bélico. Y nos dice, además, que el Reino de Toledo había alcanzado el suficiente poderío como para lanzarse a una operación de este tipo, logísticamente muy compleja.

No sabemos cómo acabó aquella campaña ni si Sisebuto ciñó su frente con los laureles del sol y la «augusta corona de yedra». Lo más probable es que todo terminara con unas

cuantas refriegas con las partidas de montañeses y, eventualmente, con la ejecución de los cabecillas. Vendrán más campañas, y todas serán iguales. Pero eso lo veremos después.

Coronas de yedra

Vale la pena subrayar este punto: las campañas de Sisebuto contra astures, cántabros y vascones no son campañas de ocupación. Los visigodos no quieren ocupar el territorio; tampoco podrían, dada la difícil orografía del extremo norte de España, la escasez de vías de comunicación y la precaria articulación política de esos territorios. No, lo que Toledo pretende es marcar un espacio, defender en la medida de lo posible a las zonas en riesgo de sufrir saqueos y castigar a los saqueadores. Así surgen puntos fuertes que representan, en la práctica militar, el límite norte del Reino visigodo: Vitoria y más tarde Olite, y también vienen a cumplir la misma función Amaya, Astorga o Lugo. ¿Significa esto que más allá de esta línea no regía el orden gótico? No, en absoluto. La arqueología es muy elocuente a ese respecto y afirma sin duda posible que Asturias, por ejemplo, era culturalmente visigoda.

Así que no estamos hablando de que «Asturias» o «Cantabria» formaran una especie de resistencia colectiva frente a los visigodos, como si fueran reinos aparte con su propia estructura política. No, lo que significa esta línea de puntos fuertes es que más allá de ellas había «bolsas» del territorio donde la autoridad política apenas podía hacerse presente, cosa que se entiende a la perfección si uno mira un mapa orográfico: las montañas actuaban como murallas, exactamente igual que en época romana, y a su cobijo vivían

poblaciones que permanecían ajenas al peso del Estado. Con frecuencia esas poblaciones, empujadas por el afán de supervivencia en un entorno muy difícil, saltaban a las zonas más fértiles para capturar botín. Podemos imaginar que en ocasiones incluso se organizarían bajo el mando de algún jefe de clan. Las zonas depredadas no serían muy lejanas: probablemente se trataba de las áreas llanas de Asturias y Cantabria, donde la estructura eclesiástica había servido para vertebrar políticamente el territorio. Entonces el Reino intervenía con expediciones punitivas que, normalmente, se saldaban con la retirada o la derrota de los insurrectos, y los consiguientes pactos de sumisión... hasta la próxima campaña, porque el hambre volvería a apretar.

Donde sí ciñó Sisebuto la corona de yedra fue en sus campañas contra los bizantinos, en las que obtuvo victorias muy sonadas. Su ejército, ya lo hemos visto, era poderoso hasta el punto de poder armar una flota. Entre sus generales, dos descollaron de manera especial: Riquila y Suintila. Esa flota de guerra puso sitio a Ceuta, cosa que ninguno de sus predecesores había podido hacer. Pero aún más: en 615 lanzó con éxito un asalto sobre Cartagena, la capital bizantina en Hispania, que al fin cayó, y en 619 tomó Málaga, que era otro punto clave del dispositivo imperial. Hombre sensible y generoso en la victoria, cuando el gobernador bizantino le pidió la paz para que no corriera más sangre de cristianos, Sisebuto detuvo la campaña. Aún más: pagó personalmente el rescate de los prisioneros enemigos que habían caído esclavos de los visigodos. Un tipo realmente singular.

Pero es este hombre singular el que, al mismo tiempo, decide intensificar la política represiva del Reino de Toledo

contra los judíos. De hecho, Sisebuto figura en todas las historias como el primer gran perseguidor. ¿Por qué? La cuestión tendrá tanto peso en la historia visigoda que merece ser explicada aparte.

LA CUESTIÓN JUDÍA

Sisebuto pasó a la historia como el primer gran perseguidor de los judíos. Ahora bien, la legislación represiva hacia los judíos no la inventó Sisebuto. La primera piedra la puso Alarico II para limitar la libertad de la comunidad judía en el Reino de Tolosa, que al parecer era zona de abundante población hebrea. Los reyes siguientes la mantendrán, y las líneas generales de esa política van a ser siempre las mismas: prohibir taxativamente los matrimonios de judíos con cristianos, vetar de igual modo que los judíos tengan esclavos cristianos y apartar a los judíos del ejército y de los altos cargos de la administración. Hay que decir que la mayor parte de esta legislación no era específicamente visigoda, sino que venía heredada de la Roma tardoimperial. También hay que decir que, según parece, las leyes se aplicaban con una notable desidia, es decir, que con frecuencia eran papel mojado. Lo que cambia con Sisebuto es precisamente la radicalidad de las medidas legales, porque a partir de ahora se endurecerán las penas previstas para quienes incumplan las normas.

Segregación institucional

Hay que señalar que estas medidas eran coherentes con el contexto general de separación entre comunidades: tampoco los godos pudieron casarse con romanos hasta la revolución legal de Leovigildo, como sabemos. En lo que

concierno a los judíos, todos estos vetos desaparecerían si se convertían al cristianismo. Es el caso, por ejemplo, del arzobispo Julián de Toledo (640-690), uno de los grandes escritores y teólogos de la España visigoda, y que era de familia conversa. Es verdad que, en el otro plato de la balanza, apareció entonces el problema de los falsos conversos, y al parecer hubo familias judías que «alquilaban» niños de familias cristianas para simular que estaban bautizando a sus propios hijos. En cualquier caso, y como siempre, todo hay que ponerlo en el contexto político de la unificación religiosa del país: Toledo quería una sola fe en un solo reino. Quizá la mejor prueba de que estamos ante una cuestión en esencia política es que la Iglesia, institucionalmente hablando, se mantuvo al margen de todo este despliegue legal.

La posición formal de la Iglesia, en efecto, era que a los judíos había que convertirlos al cristianismo por la razón y no por la fuerza de la ley. Es la postura que tomarán tanto el papa Gregorio como Isidoro de Sevilla. Ahora bien, eso no quiere decir que el estamento eclesiástico, en la vida cotidiana, no aplaudiera la política antijudía del reino. Por otra parte, en el lugar donde esa política se hacía ley, que era en los concilios, nunca los obispos se opusieron. La lista de medidas es larga y, sobre todo, drástica. Particularmente severas eran las penas para quien llevara a un cristiano al judaísmo: ejecución y confiscación de todos sus bienes. O para el judío que, habiéndose convertido al cristianismo, volviera a su antigua fe. Y si se trataba de un cristiano converso al judaísmo que se negara a volver a la fe católica, entonces la pena era de flagelación pública, decalvación y

esclavitud. Más: si un judío se casaba con una cristiana y no se convertía al cristianismo, sería desterrado de por vida; si se convertía, por el contrario, mantendría todos sus bienes.

A estas cuestiones de carácter estrictamente religioso se añadían otras que tenían repercusiones económicas importantes. Por ejemplo, la prohibición de que los judíos poseyeran esclavos cristianos. Porque, además, al parecer era frecuente que los amos judíos circuncidaran a sus esclavos, infringiendo de forma grave la ley (pues la circuncisión actuaba como signo ritual de judaización). A partir de ahora, el judío que poseyera esclavos cristianos debía venderlos a otros cristianos y a un precio razonable, lo cual incluía al esclavo en cuestión y a las propiedades que este pudiera tener; si carecía de propiedades, el antiguo amo judío debía proporcionarle alguna. La venta debía efectuarse en el lugar donde residía el esclavo. Si el judío optaba por liberar al esclavo, este se convertía de inmediato en súbdito libre de la corona y no podría trabajar para el antiguo amo. La ley planteaba plazos taxativos: el 1 de julio de 612. Después de esta fecha, ningún judío podría tener esclavos cristianos so pena de que se le confiscara la mitad de sus bienes y, por supuesto, los esclavos serían liberados.

La dimensión económica del asunto estribaba en que, en el modelo de producción de la época, la actividad agraria — que era la fundamental— descansaba en la mano de obra esclava o servil, de tal forma que se hacía muy difícil obtener riqueza sin esclavos. Eso apartaba por fuerza a los judíos de los estratos más acomodados de la sociedad. Si a esto añadimos la prohibición de que los judíos ejercieran cargos públicos, tendremos como resultado la segregación efectiva

de este grupo social, que pasaba a convertirse en súbditos de segundo rango. En ninguna otra parte de Europa se daba una discriminación tan acentuada.

Una cuestión política

Bien: ¿Por qué actuó así Sisebuto? Para entender el anti judaísmo de Sisebuto es preciso tratar de meterse en la cabeza de aquella gente y, en particular, de los sectores más cultos, a los que Sisebuto pertenecía. Ante todo, y para deshacer malentendidos, este anti judaísmo no era un antisemitismo en el sentido contemporáneo del término: lo que irritaba a Sisebuto y sus godos no era lo judío en el sentido étnico, y mucho menos en el sentido racial, sino en el plano estrictamente religioso. Por ejemplo, la ley prescribía que los hijos de los matrimonios mixtos (de cristiano y judía, por ejemplo) debían ser de inmediato bautizados como cristianos. Lo que buscan las leyes godas sobre los judíos no es expulsarlos ni, menos aún, exterminarlos, sino que se conviertan al catolicismo romano. ¿Por qué? Por coherencia política. Para un Reino cuyo timbre de gloria era precisamente la unificación religiosa, resultaba insoportable la idea de que pudiera existir bajo el paraguas del Reino una comunidad que se mantenía deliberadamente al margen con su propia religión (léase con su propio espacio público, distinto del institucional). Para más inri, esa singularidad se asentaba sobre algo que, para un godo ilustrado, era simplemente una mentira. Es imprescindible subrayar esto para entender cabalmente el fenómeno.

Sisebuto, ya lo hemos visto, no era un fanático aferrado a la superstición de la fe. Al contrario, es un tipo ilustrado que

escribe un tratado sobre los eclipses para arremeter contra las supercherías populares que atribuyen mensajes de malos augurios a lo que solo es un fenómeno celeste. Para una mentalidad así, el judaísmo solo puede ser otra superstición, gemela de la del paganismo popular: desde el momento en que la religión verdadera ha sido revelada por el suplicio de Jesús en la cruz —y en esto coinciden tanto romanos como arrianos—, permanecer atados a las religiones antiguas es una pura y simple negación de la verdad, y eso vale tanto para los paganos como para los judíos. Los paganos debían de ser aún muchos, cuando tanto empeño puso Sisebuto en convertirlos: uno de los gestos más conocidos del desdichado rey Liuva II, pocos años antes, había sido la cristianización de unas fiestas populares que todavía se celebraban en honor a Ceres en una localidad tan cercana a Toledo como Talavera de la Reina, que entonces se llamaba Caesarobriga. Y los judíos, por su parte, no solo eran muchos, sino que además formaban comunidades muy compactas e influyentes en un área tan sensible como el sur y el levante, es decir, las regiones en disputa con el Imperio bizantino. Mal lugar para reivindicar singularidad alguna. Sabiendo todas estas cosas se hacen más inteligibles las razones que movían a Sisebuto.

Sisebuto aplica sus principios de racionalización política con una rigidez brutal, rayana con lo totalitario. Más o menos, su razonamiento es este: ¿cuál es el principio fundamental del Reino de Toledo? A partir de la conversión de Recaredo, la catolicidad del reino. ¿Cuál ha de ser entonces la misión principal del rey? Defender la ortodoxia católica. Los reyes precedentes, Witerico y Gundemaro, que

no se comprometieron activamente con la defensa de la fe — o eso dice Sisebuto—, no son por tanto reyes dignos de ser tenidos en cuenta. El primer rey digno de ese título desde Recaredo es él, Sisebuto. ¿Cómo puede demostrar esa cualidad? Dejando claro su carácter piadoso y su voluntad de defender la fe. ¿Quiénes representan en el Reino un peligro para la fe? Los herejes, pero herejes ya no hay desde que el arrianismo fue formalmente desmantelado; lo que hay es una gente que profesa una fe distinta, a saber, los judíos. Por consiguiente, la persecución del judaísmo se transforma en misión principal de la corona visigoda. ¿Cómo se extirpa el judaísmo? Forzando la conversión de los judíos al catolicismo. Y así pretendió Sisebuto que el bautismo fuera obligatorio, lo cual era teológicamente insostenible —porque el bautismo exige el requisito de la fe y por tanto ha de ser voluntario—, pero políticamente lógico desde los planteamientos de un rey astrónomo y poeta y guerrero y... maximalista.

¿Se cumplieron las leyes?

A todo esto, hay que subrayar que las medidas antijudías de Sisebuto y los reyes posteriores, aparte del dolor que generaron, resultaron bastante ineficaces e incluso crearon conflictos nuevos, y por eso fueron objetivamente desafortunadas. La presión política para la conversión fabricó falsos conversos y, con ellos, la consiguiente paranoia que por todas partes buscaba «criptojudaizantes». El Reino de Toledo arrastrará este problema hasta su hundimiento en el año 711. No hay concilio que no incluya medidas concretas contra los judíos. No hay rey que no haga su propia declaración de anti judaísmo. Esta llegará incluso a

ser obligatoria para acceder a la corona.

Y aun así, en una de esas frecuentes contradicciones que encontramos en la España visigoda, resulta que se han hallado bastantes lápidas funerarias judías en diversos puntos del Reino visigodo y datadas hasta fechas tan tardías como el año 689, por ejemplo, es decir, casi 80 años después del endurecimiento de las leyes contra los judíos. Y si los judíos seguían existiendo en el Reino durante decenios a pesar de las continuas leyes represivas, y además podían hacer profesión de fe hasta el punto de manifestarla en inscripciones monumentales, entonces ¿dónde queda la persecución? Solo cabe pensar que la realidad de los textos era una y la realidad de la vida práctica era otra. ¿Se cumplieron de verdad las leyes contra los judíos? Todo indica que, en el plano social y económico, sí, y por eso la comunidad judía terminará convirtiéndose en enemigo político del Reino. Pero otra cosa es que se aplicaran efectivamente las draconianas medidas acumuladas rey tras rey, a cual más desafortunada: de haberse llevado realmente a la práctica, la comunidad judía habría desaparecido del Reino en una generación. En cualquier caso, la transformación de los judíos en minoría marginada ya era un hecho.

Sisebuto falleció tras nueve años de reinado. Se sospecha que murió envenenado, porque Isidoro de Sevilla, en la versión corta de su *Historia de los Godos*, dice que el veneno lo mató, aunque en la versión larga, redactada después, bajo otro rey (Suintila), modifica la causa y atribuye la muerte de Sisebuto a haber ingerido una dosis excesiva de un medicamento. ¿Hay detrás de esta corrección un crimen oculto? No lo sabemos. A Sisebuto le sucedió su hijo

Recaredo II. Este, muy joven, murió a su vez apenas dos meses después de ceñir la corona. ¿Cómo murió el joven Recaredo II? Nadie lo sabe. Hay quien aduce una muerte violenta, pero la verdad es que eso no consta en fuente alguna. Lo que sí consta es lo que pasó después: los nobles del Reino proclamaron rey a Suintila, el jefe guerrero que tanto había combatido a las órdenes de Sisebuto. Y con Suintila lograría el Reino visigodo completar su control territorial de toda la península ibérica.

GODO RICO, GODO POBRE

Suintila era un guerrero. Y muy eficaz, por lo que sabemos. En 623 obtiene una victoria decisiva sobre las tropas que los bizantinos mantenían aún en España, probablemente en lo que hoy es el Algarve portugués. Desmoronados, los imperiales terminaron abandonando en muy pocos meses las posiciones que les quedaban en el resto de la Península. En los dos años siguientes, Suintila dirige además una vasta campaña contra los vascones y les inflige una derrota igualmente decisiva. Tanto que por primera vez un rey godo obtiene una rendición incondicional de los vascones. Sería fantástico saber quién cerró el pacto por parte vascona: eso aclararía muchas cosas. Por desgracia, lo ignoramos. Pero muy incondicional, en efecto, debió de ser la rendición cuando Suintila pudo poner a los cautivos vascones a trabajar en la fortificación de Olite, que a partir de ahora se convertirá en un punto fuerte básico para proteger el valle del Ebro frente a las incursiones depredadoras de los montañeses.

Suintila, «padre de los pobres»

Espoleado sin duda por su éxito militar, que debió de granjearle la simpatía del ejército y del pueblo, Suintila se propuso reforzar el poder regio. ¿Cómo lo hizo? Aquí nos topamos con un problema frecuente en las fuentes sobre nuestros godos: una crónica dice una cosa, otra dice la contraria y... no hay más testimonios. San Isidoro pone el acento en las cualidades de Suintila cómo «príncipe de su pueblo» y «padre de los pobres» (es verdad que después corrigió su juicio, pero solo cuando la memoria de Suintila cayó en desgracia). Fredegario, por el contrario, subraya sus hechos inicuos y el odio que le tenían los nobles y obispos (pero Fredegario escribía para la corte franca, que apoyará las conjuras contra Suintila). ¿Qué conclusión sacar? Pongamos que los dos están en lo cierto: a Suintila le quería su pueblo pero le detestaban los poderosos. Lo que nos queda es una imagen de justiciero: el soberano que favorece a los pobres en perjuicio de los ricos. Lo cual no deja de ser coherente con ese otro rasgo que sí conocemos de él: su intento de fortalecer el poder regio frente a los magnates del país.

El poder público de la corona frente al poder privado de los nobles: esa va a ser la gran lucha política a lo largo de toda la Edad Media en Europa, y sus primeros compases se libraron aquí, en la España visigoda, cuando el Reino de Toledo había alcanzado ya la suficiente fuerza como para que los monarcas pensaran en identificarse con el Estado. Un Estado que buscaba poder movilizar a sus propias tropas, recaudar sus propios impuestos y unificar su administración sin pasar por la intermediación de los grandes señores. Y por supuesto, blindar la figura del rey

como depositario y encarnación de algo que ya podemos llamar soberanía. Consciente o inconscientemente, eso es lo que buscó Suintila.

Nos faltan datos concretos, pero, a juzgar por la inquina que el rey despertó en los notables del reino, Suintila debió de ser muy expeditivo a la hora de recortar prebendas, tanto entre la nobleza civil como en la jerarquía eclesiástica. Sí, eclesiástica, porque el poder material de la Iglesia, que ya era muy notable en la época anterior a Recaredo, se había hecho extensísimo tras la conversión oficial del reino. En aquel momento, los obispos controlaban la recaudación de impuestos porque supervisaban a los recaudadores, tenían la última palabra en el nombramiento de ciertos funcionarios judiciales y fiscales en las ciudades, y pronto adquirirán además la potestad de supervisar la acción de los jueces.

Ricos cada vez más ricos

Originalmente, todas estas cosas tenían por objeto que los obispos pudieran proteger eficazmente a los ciudadanos cristianos, pero, en muy poco tiempo, tales atribuciones terminaron convirtiendo a la Iglesia en un poder político en sí misma. En paralelo, la fundación de iglesias y conventos se extendía por todas partes con sus correspondientes donaciones, de manera que el patrimonio eclesiástico se multiplicó. En cada basílica urbana entraba un número muy alto de cargos eclesiásticos (diáconos, arcedianos, presbíteros, arciprestes, etc.), y todos ellos recibían habitualmente una donación en tierras con sus consiguientes rentas. Por otro lado, a cada clérigo correspondía una parte de la renta total del patrimonio de la sede. Para mayor comodidad, los clérigos se beneficiaban de

notables exenciones fiscales. Desde tan ventajosa posición, fue habitual que los clérigos se dedicaran a actividades comerciales e incluso al prestamo. Ser obispo o simple sacerdote, en fin, se convirtió en un magnífico negocio. Y como «dinero llama a dinero», la jerarquía episcopal se llenó con los nombres de las grandes familias terratenientes, y así hubo auténticos «linajes de obispos» en diversas sedes que estuvieron bajo el control de la misma familia durante varias generaciones.

Eso, en lo que concierne a los privilegios eclesiásticos. Pero para pintar al completo el paisaje social en tiempos de Suintila es preciso hablar también de los ricos civiles, es decir, los grandes señores de la tierra, porque en esta época el Reino de Toledo va a asistir a una galopante concentración de la propiedad en unas pocas manos. Nadie sabe muy bien cuáles fueron las razones, pero consta que a lo largo del siglo VII la clase de los pequeños propietarios agrarios entró en barrena. Pudo ser por la acumulación de calamidades: entre los fenómenos naturales y las guerras, cada vez era más difícil obtener buen rendimiento de una tierra ya de por sí poco generosa. Pudo ser también por la política fiscal: como los grandes del Reino —civiles y eclesiásticos— obtenían exenciones fiscales a cambio de su apoyo al rey de turno, la carga de los tributos iba a caer siempre sobre los pequeños propietarios, que veían su patrimonio cada vez más mermado. El hecho es que, en esta época, numerosos pequeños propietarios optaron por vender su tierra a un propietario más poderoso que, después, les devolvía el derecho de uso, pero no de propiedad. También fueron frecuentes los casos de campesinos que, necesitados

de dinero, empeñaron su pequeño predio a un prestamista que después se quedó la tierra al no ver satisfecha la deuda. De ahí al estatuto de siervo o incluso de esclavo solo mediaba un paso. De esta manera los ricos eran cada vez más ricos mientras la masa de los pobres crecía de manera exponencial. Y como eran cada vez más ricos, tenían aún más fuerza para imponer sus condiciones al poder político, lo cual los hacía todavía más influyentes.

Si este era el paisaje social, podemos imaginar en qué consistió la «iniquidad» de Suintila que le valió el odio de los grandes del reino. Podemos imaginar una política sostenida de confiscaciones, limitaciones a los señores a la hora de cobrar tributos y de imponer cargas al pueblo, desaparición de privilegios económicos y fiscales, etc. Podemos imaginar también una serie ininterrumpida de gestos hacia el pueblo, desde mejorar la condición de los siervos hasta repartir pan, la exención de ciertos tributos o la manumisión de esclavos que hubieran caído en tal condición por causas injustas o abusivas. El hecho es que Suintila se ganó ese laurel de «príncipe de su pueblo y padre de los pobres» que le adjudicó san Isidoro.

La corona y el pueblo

¿Quiénes eran los pobres? Probablemente, todos los que no eran ricos. Y la diferencia se extendía por igual a hispanogodos e hispanorromanos, porque aquellos tiempos en los que los godos constituían una casta dominante habían quedado muy atrás. Por una parte, todos, godos y romanos, adoptaban las vestimentas y los usos romanos (por ejemplo, la gente ya no se hacía enterrar con su ajuar). Por otra, todos, romanos y godos, empezaban a usar cada vez más

nombres germánicos. En lo social, la vieja aristocracia hispanorromana seguía manteniendo su posición privilegiada en la posesión de tierras, en la Administración o, ahora, en la Iglesia, y al mismo tiempo había familias de origen godo que terminaban cayendo en la pobreza o la servidumbre por cualquier lance de mala fortuna. La pobreza y la riqueza se habían hecho transversales. Y entre esos pobres que veían en Suintila a un padre había hispanogodos e hispanorromanos por igual.

Al mismo tiempo que limitaba el poder privado de los nobles y de la Iglesia, Suintila se dedicó a reforzar el poder público de la corona. Lo hizo por el habitual procedimiento de asociar al trono a sus familiares más próximos: su hijo Ricimiro, su hermano Geila y su esposa, Teodora. Así se configuraba un fuerte núcleo dinástico que, naturalmente, irritó sobremanera a los nobles. Al parecer también empleó otro procedimiento algo más prosaico para blindar a su núcleo familiar, y fue la acumulación de un importante patrimonio personal. Cosas todas ellas, en fin, que terminaron por exasperar a los grandes nombres del reino: había que acabar con Suintila.

Había que acabar con él, sí. La opinión estaba cada vez más extendida entre los nobles y los eclesiásticos. ¿Pero cómo hacerlo? El ejército le respetaba, el pueblo le apreciaba y con toda seguridad habría una parte importante de la nobleza que le sería fiel. A este rey no se le podía apuñalar en el trono, como a Witerico, ni apresarle en su palacio. Hacía falta sacar al rey de Toledo y buscar lanzas fuera del ámbito de control directo de la corona. La solución la propuso un hombre llamado Sisenando.

Una bandeja de oro por un rey

Sisenando era duque en la Septimania. Tenía buenas relaciones con los francos. Y los francos tenían un ejército que podría desequilibrar la balanza a favor de los conspiradores. ¿Y qué recibirían los francos a cambio? Una bandeja de oro del tesoro visigodo (la que Aecio le regaló a Turismundo) que pesaba quinientas libras. Después no hubo bandeja, sino doscientos mil sueldos, que era la unidad de cuenta de la época, pero aquí lo relevante es que hubo contrato. Ese fue el pacto para acabar con Suintila. Comenzaba el mes de marzo del año 631.

Los francos de Dagoberto y los visigodos de Sisenando entraron en la Tarraconense y enfilaron hacia el sur. El camino romano hasta Toledo pasaba necesariamente por Zaragoza. Allí se vio que, una vez que las armas habían comenzado a hablar, todos los eventuales apoyos de Suintila valían bien poco. Zaragoza se rindió enseguida. Ante la presencia de un poderoso ejército, sintiéndose arrojados, todos los que alentaban la caída del rey dieron la cara. Entre otros, Geila, el propio hermano de Suintila, que quizá pensó en algún momento que aquel incidente le acercaba a la corona y cambió de bando. Las tropas rebeldes, que ya eran más numerosas que las del propio rey, llegaron a Toledo casi sin oposición. Suintila se vio solo. Optó por abdicar y huir. El trono quedó vacío.

Sin perder un minuto, los de Sisenando entraron en el palacio real de Toledo: sabían que debían actuar con rapidez para evitar reacciones indeseables. El mismo 26 de marzo Sisenando era proclamado rey en Toledo. Había sido un golpe de estado.

A Suintila le esperaba un amargo calvario. Capturado, fue encerrado y sometido a juicio. Se le acusó de una larga serie de crímenes y, entre otros delitos, de haberse enriquecido con lo que robaba al pueblo. La acusación es tan peregrina que probablemente tenía un objetivo más propagandístico —para restar apoyo popular al rey destronado— que procesal. Fue nada menos que el IV Concilio de Toledo, convocado por Sisenando, el que declaró culpable al rey. Presidía las sesiones Isidoro de Sevilla. Suintila y su familia sufrieron la confiscación de todos sus bienes y pena de destierro. Nadie se atrevió a matar al rey. Suintila, el «padre de los pobres», falleció poco después, en 634. En la más estricta pobreza.

LOS CONCILIOS: LA CONSTITUCIÓN DEL REINO

El golpe de estado de Sisenando contra Suintila fue muy claramente una operación de la oligarquía, es decir, de las clases dominantes del reino. Nos faltan detalles, pero, a juzgar por el desarrollo de los acontecimientos, parece claro que había un sector de la nobleza y el clero dispuesto a llegar hasta el final, mientras que otro sector, quizá más tibio, se subió al golpe a última hora. Pero lo más relevante es que nadie de entre la elite del Reino permaneció junto a Suintila. Si el nuevo rey pudo pagar a Dagoberto la friolera de 200.000 sueldos por sus servicios, es que había mucha gente dispuesta a poner dinero. Y gente muy rica.

Es verdad que la operación adolecía, de entrada, de una evidente falta de legitimidad. Puestos a derrocar a un rey, Sisenando no tenía más derecho que cualquier otro. Por eso aparecieron varios «otros» que reclamaron para sí el trono.

Uno fue Geila, el hermano felón de Suintila, que después de haber traicionado al rey para pasarse a Sisenando, traicionó a este para pasarse a sí mismo. Geila se levantó en la Bética y al parecer suscitó las suficientes adhesiones como para ofrecer resistencia armada. Toledo tardó meses en sofocar esta rebelión. Otro que no reconoció a Sisenando fue un tal Iudila, que incluso llegó a acuñar moneda intitulándose rey en Mérida y en Granada. Por desgracia, de este Iudila no sabemos nada más. Salvo que fue derrotado. Lo más importante, en todo caso, vino después. Y es que Sisenando, sin duda presionado por los nombres más relevantes de la Iglesia, convocó para diciembre de 633 el IV Concilio de Toledo. Un concilio que iba a resultar decisivo, porque su misión fundamental no fue tanto eclesiástica como política.

La Constitución de Isidoro

Pongámonos en situación. Un rey, Suintila, ha tratado de reforzar el poder de la corona frente a los nobles, lesionando gravemente los privilegios de la aristocracia y de la Iglesia, y además ha intentado crear un núcleo dinástico familiar. Los nobles se las han arreglado para quitar a Suintila de en medio, pero ahora se plantea el problema de cómo consolidar este nuevo marco político. La Iglesia, que no quería a Suintila, tampoco quiere un estado precario en manos de los caprichos de la oligarquía. Y los oligarcas saben que no pueden gobernar el Reino sin la bendición eclesiástica. ¿Dibujamos el mapa? La nobleza quiere controlar a la corona, pero no puede hacerlo sin legitimidad, y esta la otorga la Iglesia. La Iglesia, por su lado, comparte con la nobleza intereses tanto objetivos (la salvaguardia de sus ricos patrimonios) como subjetivos (las grandes familias

copan los puestos episcopales), pero necesita una corona relativamente fuerte y centralizada para el desarrollo de la propia estructura eclesial. ¿Cómo armonizar todas las posturas? San Isidoro de Sevilla sabía cómo hacerlo.

Fue Isidoro, y de eso no puede haber duda, pues él presidió las sesiones. En aquel IV Concilio de Toledo, además de las cuestiones relativas a la Iglesia, se añadió un último canon, el 75, que se titulaba «Amonestación al pueblo para que no peque contra los reyes» y que ha sido considerado como la base constitucional del Estado visigodo. «La última decisión de todos nosotros, los obispos —dice el canon 75—, ha sido redactar en la presencia de Dios, el último decreto conciliar, que fortalezca la situación de nuestros reyes y dé estabilidad al pueblo de los godos». Es claramente una declaración política. Y ahora vamos a ver en qué consistía esa declaración.

Primero: la corona es algo sagrado, vinculado directamente a Dios. Por tanto, quienes traicionan al rey provocan la ira divina: «Sin duda que es un sacrilegio —dice el canon— el violar los pueblos la fe prometida a sus reyes, porque no solo se comete contra ellos una violencia de lo pactado, sino también contra Dios, en el nombre del cual se hizo la dicha promesa. (...) Por lo cual, si queremos evitar la ira divina y deseamos trocar su severidad en clemencia, guardemos para con Dios la veneración religiosa y el temor, y permanezcamos hasta la muerte en la fidelidad y promesas que hemos hecho a nuestros reyes». En plata: conspirar contra el rey es pecar contra Dios. Es evidente que esto convierte al rey en una figura intocable.

Segundo: la corona es electiva y la decisión recae en la

clase dominante. Se acabó —al menos, por el momento— la pretensión de crear dinastías. Así lo dicen los obispos del IV Concilio de Toledo: «Que nadie entre nosotros arrebatase atrevidamente el trono. Que nadie excite las discordias civiles entre los ciudadanos. Que nadie prepare la muerte de los reyes, sino que muerto pacíficamente el rey, la nobleza de todo el pueblo, en unión de los obispos, designarán de común acuerdo al sucesor en el trono, para que se conserve por nosotros la concordia de la unidad, y no se origine alguna división de la patria y del pueblo a causa de la violencia y la ambición». O sea que la Iglesia concede a la nobleza su aspiración de elegir al rey, pero se introduce ella misma en el proceso de elección.

Como la corona es sagrada y el vínculo con ella se deduce de la veneración a Dios, la pena para quien rompe la obediencia es la más pesada que se puede imaginar: el anatema, es decir, la excomunión, la exclusión de la comunidad y, eventualmente, la muerte. Los obispos se cuidan mucho de llevar las cosas hasta este último extremo. De hecho, aquel Concilio de Toledo vio los casos de Suintila, Geila y Iudila, y a todos se les perdonó la vida. Pero no es preciso explicar qué puede hacer un rey con una sentencia de anatema en sus manos.

Limitación del poder

Ahora bien, los padres conciliares aportan un elemento muy interesante en este cuerpo doctrinal, y es que, al mismo tiempo que consagran la naturaleza divina de la corona, subrayan las limitaciones que el rey debe observar en el ejercicio de su poder. Por ejemplo, el canon 75 declara expresamente vetada la posibilidad de que el rey ejerza la

justicia por sí mismo a su libre albedrío: «Y ninguno de vosotros —dice— dará sentencia como juez único en las causas capitales y civiles, sino que se ponga de manifiesto la culpa de los delincuentes en juicio público». Aún más: si el rey se comporta de modo objetivamente reprobable, entonces él mismo merecerá la condena de anatema. Este es el tenor literal del texto: «Y acerca de los futuros reyes, promulgamos esta determinación: que si alguno de ellos en contra de la reverencia debida a las leyes, ejerciere sobre el pueblo un poder despótico con autoridad, soberbia y regia altanería, entre delitos crímenes y ambiciones, sea condenado con sentencia de anatema». A nadie se le escapa que esto, en la práctica, equivalía a poner al monarca en las manos de la Iglesia, al menos desde el punto de vista moral.

El canon 75 del IV Concilio de Toledo venía, en suma, a definir las líneas de un marco político ciertamente complejo, pero que aspiraba a la estabilidad. La nobleza y la Iglesia elegían al rey, pero después le debían obediencia. La persona del rey y la realidad material del Reino eran cosas distintas. Esto es importantísimo porque, al contrario que en otros pueblos germánicos, entre los visigodos el Reino no era propiedad personal del rey, lo cual excluía la posibilidad de repartirlo a la muerte del monarca. Nace así un concepto de estado que en tiempos de Chintila, por ejemplo, va a identificarse expresamente con la «patria»: «Es obligación del buen príncipe proveer con todo cuidado al bien de la patria y de su pueblo», dirá Chintila en el VI Concilio de Toledo. Además, el rey era sagrado, sí, pero debía someterse al juicio moral de la Iglesia, porque su sacralidad venía de Dios. Sisenando, que se había levantado contra un rey, veía

ahora protegida su propia posición con una norma que, de habersele aplicado a él, le habría costado el anatema. Pero, al margen de este pequeño detalle, el hecho es que este canon 75 se convertiría desde ahora en la referencia permanente de todos los concilios posteriores en lo que concierne al orden político del Reino visigodo.

Medidas excepcionales

Sisenando murió tranquilamente —es decir, sin puñales— el 12 de marzo de 636. A su alrededor, sin embargo, parece que no había tranquilidad alguna: eso se deduce de las medidas extraordinarias que adoptó su sucesor, Chintila, elegido por los nobles y los obispos conforme al sistema consolidado por el canon 75. Esas «medidas extraordinarias» fueron, de entrada, convocar un nuevo concilio, el V de Toledo, tan temprano como en junio de 636, es decir, recién llegado Chintila al trono. Y atención a los temas puestos sobre la mesa, porque son muy reveladores: subrayar que solo podía ser elegido rey un miembro de la alta nobleza visigoda, garantizar que los descendientes del rey pudieran disfrutar de todos los bienes justamente adquiridos o legalmente heredados, sancionar con anatema a cualquiera que molestase a la familia de un rey después de muerto este, asegurar que el círculo de confianza del rey (los *fideles regis*) mantendría sus bienes cuando el rey cambiara y, atención a esto, excomulgar a los que consultaran a adivinos para conocer la suerte del rey, delito equiparable al de quienes se agruparan para deponer a un rey o al de quien aspirase al trono sin ser elegido por la asamblea correspondiente.

¿Por qué el V Concilio de Toledo decidió estas cosas? ¿Fue a iniciativa de Chintila o fueron los obispos? Más

parece lo primero. Y si tuviéramos que deducir un paisaje general a partir de las decisiones del concilio, ese paisaje sería el siguiente: en un ambiente de extrema inestabilidad, con aspirantes a la corona ajenos al círculo de la nobleza visigoda y rumores populares sobre malos augurios, Chintila teme ser depuesto y que su familia y sus próximos se vean desterrados y desposeídos de todos sus bienes (bienes que, muy probablemente, habrían crecido de forma notable con la llegada de Chintila al trono). ¿A quién temía Chintila? No lo sabemos, pero debieron de ser más de uno y más de dos los que intentaron mover al rey de su trono. De hecho, apenas año y medio después, en enero de 638, se convocó otro concilio, el VI de Toledo, y esta vez con el doble de obispos, incluidos los de la Narbonense.

Si las decisiones del V Concilio nos permiten reconstruir un paisaje de inestabilidad y riesgo para la monarquía, las del VI de Toledo nos aportan más precisiones, aunque sigue siendo difícil dibujar una interpretación nítida. Por ejemplo, se dictó pena de excomunión para los culpables de ciertos delitos que se habían refugiado en el extranjero y que desde allí seguían actuando contra el reino. ¿Quiénes eran? No lo sabemos, pero es fácil pensar en conspiradores o rebeldes que, derrotados, habían logrado escapar al norte de África, en manos bizantinas, o incluso al Reino de los francos. El VI Concilio repitió el anatema para todos aquellos que usurpasen la corona o conspirasen contra ella. En su canon 14 subrayó que el rey tenía derecho a actuar si alguno se mostraba «infiel» a la corona o «inútil» en el cargo que se le había encomendado. Y añadía algo llamativo: si un rey era asesinado, su sucesor quedaba obligado a castigar al culpable

so pena de verse deshonrado. Era como si Chintila estuviera diciéndole a alguien: «Si crees que vas a poder librarte de mí, que sepas que te perseguiré después de muerto».

No hizo falta porque Chintila murió por causas naturales en algún momento entre 639 y 640, después de un reinado corto y, por lo que hemos visto, bastante inquietante. Dejó como previsión que los nobles eligieran sucesor a su hijo Tulga, entonces muy joven.

Pero, ¿cómo? ¿No habíamos quedado en que nadie formaría una dinastía? En efecto: una parte importante de la nobleza no aceptó la decisión de la asamblea que había designado a Tulga. Entonces se oyó la voz de un anciano terrible. Se llamaba Chindasvinto. Pero antes de hablar de él es preciso contar otras cosas.

LA ESPAÑA DE SAN ISIDORO

La historia de la España visigoda no puede escribirse sin la figura de San Isidoro de Sevilla. San Isidoro (560-636) fue uno de los mayores sabios universales de su tiempo: el último de los grandes filósofos antiguos y el último gran padre de la Iglesia. Dominaba el latín, el griego y el hebreo. Enseñaba filosofía aristotélica en Sevilla mucho antes de que llegaran a España los árabes, a los que erróneamente se atribuye el redescubrimiento de Aristóteles. Su obra cumbre, las *Etimologías* (veinte libros de los que las *Etimologías* propiamente dichas son solamente el décimo), fue la más reproducida en la Edad Media, después de la Biblia. Cuando se invente la imprenta, hacia 1450, las *Etimologías* conocerán diez reimpresiones, diez, en el gozne de los siglos xv y xvi; el Renacimiento redescubre a san Isidoro.

Un hijo de la gran transformación

¿De dónde había salido Isidoro? De una influyente familia de Cartagena. Su padre, Severiano, era un hispanorromano de muy elevada posición. A su madre, Teodora (o Túrtura), se le atribuye origen visigodo. Es verdad que los matrimonios mixtos estaban prohibidos, pero ya hemos visto en nuestro relato suficientes casos como para ponerle a esa prohibición muchos puntos suspensivos. La cuestión es que a la altura del año 554, cuando Cartagena cae en poder de los bizantinos, en el contexto de la guerra entre Agila y Atanagildo, la familia entera se tiene que marchar: Severiano, Teodora y tres niños que son Leandro, Fulgencio y Florentina. Este Leandro será más tarde obispo de Sevilla. Fulgencio, años después, obispo de Cartagena. Y Florentina, abadesa y fundadora de cuarenta conventos. ¿Y nuestro amigo Isidoro? Isidoro, según parece, no había nacido todavía, porque Leandro habla de tres hijos en el momento de la fuga. La familia se traslada a Sevilla y es aquí donde habría nacido Isidoro en fecha indeterminada, pero que debió de ser en torno al año 556.

Educado bajo los auspicios de su hermano mayor, Leandro (al que la tradición atribuye una severidad más que notable), nuestro sabio demostró enseguida un talento excepcional y una destreza propiamente magistral en el uso del griego y el hebreo. Y además vivió de primera mano las convulsiones en torno a la unificación religiosa del reino, porque este hermano Leandro, recuérdese, es el mismo que convirtió a Hermenegildo cuando se levantó contra su padre, Leovigildo. En muchos aspectos, Isidoro es hijo directo de aquella crisis, intelectualmente hablando. Cuando

muera Leandro, en 599, Isidoro le sucederá en el gobierno de la diócesis sevillana. Su episcopado se prolongará por espacio de treinta y siete años, nada menos.

Isidoro es un perfecto ejemplo de hasta qué punto la monarquía visigoda había llegado a identificarse con España. Al contrario que cronistas anteriores, él no cuenta la historia de la España goda como subordinada de la historia imperial. Al revés, es el primero en identificar la monarquía visigoda con ese espacio físico concreto que es la totalidad de la península ibérica. Isidoro fue uno de los primeros en darse cuenta de que esta España ya no era la Hispania romana, sino que había nacido algo distinto, una entidad política singular e independiente. Algo a lo que él se propuso contribuir reuniendo el gran legado cultural de Roma y dando forma doctrinal a la monarquía visigótica, con la Iglesia como poder moderador y los concilios como cortes que debían aprobar la legislación del reino, como acabamos de ver. En su *Historia de los godos* hay un fragmento que es un auténtico himno a España. Dice así:

De todas las tierras existentes desde el Occidente hasta la India tú eres, España, piadosa y madre siempre feliz de príncipes y de pueblos, la más hermosa. Con razón tú eres ahora la reina de todas las provincias. De ti no solo el ocaso, sino también el Oriente reciben su fulgor. Tú eres el honor y el ornamento del orbe, la más célebre porción de la tierra, en la que se regocija ampliamente y profusamente florece la gloriosa fecundidad de la stirpe goda. Con razón la naturaleza te enriqueció y te fue más benigna con la fecundidad de todas las cosas creadas. (...) Produces todo lo fecundo que dan los campos, todo lo precioso que dan las minas, todo lo hermoso y útil que dan los seres vivientes; y no eres menos por los ríos, que ennoblece la esclarecida fama de tus vistosos rebaños (...) Y, además, eres rica en hijos, en gemas y en púrpura, a la par que fértil en gobernantes y genios de imperios, y eres tan opulenta en realzar príncipes como dichosa en engendrarlos. Con razón por tanto la dorada Roma, cabeza de pueblos,

te ambicionó tiempo atrás, y aunque el mismo poder romúleo te poseyó primero como vencedor, luego, sin embargo, el linaje floreciente de los godos, tras numerosas victorias en todo el orbe, te arrebató con afán, y te amó, y goza de ti hasta ahora entre regias ínfulas y enormes riquezas segura en la dicha del Imperio.

Tenemos que abandonar cualquier idea de que aquella España era un mundo salvaje. Para la época, resultaba más habitable que otros lugares de Europa. Contra lo que pueda parecer con ojos de hoy, el pueblo no era unánimemente analfabeto y hay sobradas muestras de que gentes de condición baja o incluso servil sabían leer y escribir: así lo testimonian las famosas «pizarras visigóticas», placas de pizarra escritas, donde aparecen cosas tan dispares como listas de libertos, encargos sobre aceitunas o compraventas de tierras. Quienes escribían estas cosas no eran monjes ni eruditos, sino gentes del común. En ninguna otra parte de la Europa germánica existen cosas así.

Germanización de Roma

Tanto el poder godo como la élite cultural hispanorromana habían recogido muchos principios culturales de la vieja Roma. Por ejemplo, en materia de legitimación del poder. Esto es lo que escribía san Isidoro de Sevilla sobre el particular:

Dios concedió a los príncipes la soberanía para el gobierno de los pueblos; quiso que ellos estuvieran al frente de quienes comparten su misma suerte de nacer y morir. Por tanto, el principado debe favorecer a los pueblos y no perjudicarles; no oprimirles con tiranía, sino velar por ellos siendo condescendientes, a fin de que este su distintivo del poder sea verdaderamente útil y empleen el don de Dios para proteger a los miembros de Cristo. Ciertamente que miembros de Cristo son los pueblos fieles, a los que, en tanto les gobiernan de excelente manera con el poder que recibieron, devuelven a Dios, que se lo concedió, un servicio ciertamente útil. (...). Cuando los reyes son buenos, ello se debe al favor de Dios; pero

cuando son malos, al crimen del pueblo.

Este principio de limitación del poder ya lo hemos visto aplicado en el IV Concilio de Toledo. Isidoro lo explica en las *Etimologías* con un célebre proverbio latino: «Rex eris si recti facias; si non facias, non eris». Eres rey si actúas rectamente; y si no, no lo eres. Lo que subyace aquí es un cierto pesimismo antropológico, aunque quizá sería más exacto definirlo como puro realismo: Dios es bueno, sin duda, pero el hombre es lo que es, de manera que hay prevenir la aparición de reyes tiránicos y «crímenes del pueblo». Para eso sirven las leyes: «Las leyes se dictan —dice Isidoro— para que, por temor a ellas, se reprima la audacia humana; para que la inocencia se sienta protegida en medio de los malvados y para que, entre esos mismos malvados, el miedo al castigo refrene su inclinación a hacer daño». Es una perspectiva que parece encajar muy bien con el impresionante despliegue legislativo de la monarquía visigoda, sin duda la unidad política que más códigos legales alumbró de entre todos los reinos europeos de su tiempo.

Bajo el magisterio de Isidoro, toda esa sabiduría, legataria de la tradición clásica y puesta en forma por la filosofía cristiana de la vida, termina convirtiéndose en el pensamiento dominante en el reino. Que los reyes y la propia Iglesia estuvieran a la altura de las circunstancias ya es harina de otro costal, pero, en cualquier caso, la guía ética había quedado sentada. Y lo más importante es que Isidoro no fue un autor aislado, sino que, bajo su magisterio, creció una elite intelectual muy respetable. Nuestro propio sabio se ocupó de que así fuera.

El «renacimiento isidoriano»

En el IV Concilio de Toledo, Isidoro impuso a todos los obispos la obligación de establecer escuelas en sus respectivas sedes. Las normas eran muy concretas y descendían hasta el detalle: régimen de internado, en edificio anexo a la catedral y con dos ciclos de enseñanza, el primero genérico para niños y adolescentes, y el segundo dedicado expresamente a la formación de los futuros clérigos. Añádase que nos consta la existencia de escuelas rurales igualmente vinculadas a los centros eclesiásticos, y donde se enseñaba a los hijos de las familias vinculadas a la Iglesia. No es exactamente un sistema de educación nacional, pero hay que valorar el esfuerzo.

No eran casos aislados, no. No cabe exagerar, pero la fórmula «renacimiento isidoriano» que se ha aplicado a esta etapa de la España visigoda parece bastante ajustada. El trabajo de san Isidoro influyó de manera determinante en la elite intelectual del reino, y además debió de hacerlo de manera muy directa. Por ejemplo, Braulio de Zaragoza, aquel obispo que entre otras cosas escribió la vida de san Millán, bebió abundantemente de la sabiduría de Isidoro. El discípulo escribía al maestro cosas como esta:

Tus libros nos han señalado el camino de la casa paterna cuando andábamos errantes por la ciudad tenebrosa de este mundo. Ellos nos dicen lo que somos, de dónde venimos y de dónde nos encontramos. Ellos nos hablan de la grandeza de la patria, ellos nos dan la descripción de los tiempos, ellos nos enseñan el derecho de los sacerdotes y las cosas santas, las relaciones y los géneros de las cosas, la disciplina pública y la doméstica, las causas, los nombres de los pueblos, la descripción de las regiones y los lugares, la esencia de todas las cosas divinas y humanas.

Y el maestro le contestaba con cosas así:

Te envió el libro de los *Sinónimos* no porque sea de alguna utilidad, sino porque así lo quisiste. Mas te encomiendo al Portador y a mí mismo, para

que ores por mí miserable, porque languidezco mucho por enfermedades de la carne y por culpas de la mente.

Las «enfermedades de la carne» se llevaron a Isidoro de Sevilla el 4 de abril de 636, en vísperas del V Concilio toledano. Según la tradición, su cuerpo fue enterrado en una ermita a las afueras de Sevilla, en Santiponce, en el mismo lugar donde Guzmán el Bueno, a principios del siglo XIV, mandará elevar el monasterio de San Isidoro del Campo. Para entonces los restos de Isidoro ya no estaban allí: habían sido trasladados mucho tiempo antes a la basílica de San Isidoro de León, esa joya románica. Pero eso era ya carne muerta. Lo que quedaba vivo era una de las obras más monumentales de toda la Edad Media europea y, desde luego, la seña de identidad por excelencia de la España visigoda.

Y ahora, volvamos a lo que pasó en Toledo cuando se quiso poner en el trono al joven Tulga.

VII. UN MUNDO DE ORO Y PIEDRA

AQUEL TERRIBLE ANCIANO LLAMADO CHINDASVINTO

O sea que al rey lo elegían los nobles y los altos eclesiásticos, sí, pero había que ponerse de acuerdo sobre qué nobles, ¿verdad? Porque a Tulga lo eligieron según el canon 75, pero una parte nada desdeñable de la nobleza enseguida protestó. ¿Por qué? ¿Porque no estaba de acuerdo con el proceso de elección? ¿Porque no había sido consultada? ¿Porque Tulga, una vez en el poder, demostró que no era apto? No lo sabemos. El hecho es que en la primavera de 642, cuando Tulga llevaba poco más de dos años en el trono, una poderosa coalición nobiliaria se alzó en armas. La encabezaba un anciano de setenta y nueve años: Chindasvinto, muy probablemente *dux* en alguna zona septentrional, con un largo historial en las conjuras políticas del Reino y seguro vinculado a la misma facción nobiliaria a la que pertenecía el rey. El lugar de la rebelión fue Pampalica, que corresponde a la actual Pampliega, en Burgos. Nadie se opuso a aquel anciano. El 30 de abril de 642 Chindasvinto era ungido rey por los obispos en Toledo. El pobre Tulga fue tonsurado y obligado a profesar como monje en un convento, donde pasaría el resto de su vida. No fue una pena excesiva, después de todo, y por eso se piensa que el nuevo rey pertenecía a la misma facción que el depuesto. De lo contrario, quizá la suerte de Tulga habría sido peor.

Poner orden

La pregunta es por qué se levantó Chindasvinto y la respuesta, a juzgar por lo que hizo el nuevo rey, parece clara: para poner orden. Desde el mismo instante en que llega al trono, aquel anciano despliega una energía extraordinaria. Para empezar, mete el bisturí —aunque sería más exacto decir «el cuchillo»— en las tendencias conspirativas de la propia nobleza visigoda, terreno que conocía bien porque él mismo lo había transitado abundantemente. ¿Cómo lo hace? Con una purga feroz. Doscientos nobles de alto rango y otros quinientos de menor relieve fueron ajusticiados en pocos meses, y otros muchos cientos, incluidos numerosos eclesiásticos, tuvieron que huir al extranjero —en especial a territorio franco— para escapar del puño de Chindasvinto. Pero la operación iba más allá: no se trataba solo de cortar la cabeza de cualquier eventual conspiración, sino que Chindasvinto buscaba, además, asegurar la fidelidad de los nobles que le eran leales. De manera que, generoso, repartió entre su círculo de confianza los bienes confiscados a los represaliados, lo cual incluía a las viudas e hijos de sus víctimas. Puede parecer una salvajada, pero la medida tenía un profundo sentido político: las facciones de la nobleza se agrupaban en torno a intereses familiares y el matrimonio era el principal instrumento para consolidarlos, así que casar a las viudas de los represaliados con nobles leales significaba rectificar los sistemas de alianzas y acrecentar la influencia política y económica de la facción fiel al rey.

Con este nuevo núcleo de nobles fieles a su persona, Chindasvinto se garantizaba una «nobleza de servicio» que le permitiría mantener tranquilo el palacio, controlar el

territorio sin sobresaltos y aplicar el programa de reformas que el rey había concebido. ¿En qué consistían esas reformas? Ante todo, en sanear las cuentas del reino. El problema central estaba en la cantidad de dinero que se quedaba por el camino o, mejor dicho, en los bolsillos de los nobles y eclesiásticos que ocupaban cargos administrativos. Chindasvinto resolvió que quien fuera descubierto en semejante robo tendría que devolver el doble de lo robado. Para controlar mejor a los funcionarios de la Administración, el anciano rey otorgó más poderes de control a los obispos, al mismo tiempo que venía a convertir a éstos en instancias auxiliares de la administración del reino. Administración que, por supuesto, quedaba bajo el control directo del rey y su círculo de confianza. A propósito de este «círculo de confianza»: Chindasvinto no solo nombró a los suyos «duques de provincia» en los distintos territorios del reino, sino que, en el orden doméstico, hizo abundante uso de lo que se llamaba «esclavos reales», es decir, esclavos que formaban parte del servicio personal del rey en palacio, el «oficio palatino», y que cubría aspectos como el gobierno de la cámara del rey, de las caballerizas, del dinero, etc. Era una costumbre bizantina que los reyes visigodos imitaron. Y estos esclavos alcanzaron un poder realmente temible.

El tercer paso que dio Chindasvinto, al mismo tiempo que aniquilaba a las facciones enemigas y engordaba a las amigas, fue procurarse un patrimonio aún más extenso para sí y para los suyos. Esto lo sabemos porque, unos años más tarde, un concilio toledano lamentará en público que Chindasvinto se lanzara a acumular grandes riquezas. Y por

cierto que tal acumulación no fue a parar solo a las arcas personales del propio rey, sino también a las del reino, porque las monedas acuñadas en nombre de Chindasvinto son de calidad ostensiblemente superior a las de sus predecesores. Esta acumulación patrimonial, que al parecer fue mucho más allá de lo que un hombre codicioso podría alentar, tenía un claro objetivo político: ocupar una posición hegemónica en el concierto (o desconcierto) de la nobleza visigoda. El mismo objetivo, en fin, que todas las medidas anteriores. Y es que, en un sistema donde un colegio de nobles decidía a quién pertenecía el poder, resultaba conveniente gozar de una posición dominante en el colegio en cuestión.

Cómo atar corto a los poderosos

Para dotar a su poder de la necesaria cobertura legal y moral, Chindasvinto procedió acto seguido a involucrase intensamente en leyes y cánones. Las leyes fueron las dictadas en el año 644, es decir, dos años después de llegar al poder, y en lo fundamental venían a dar carta de naturaleza a las medidas punitivas que el terrible anciano ya había adoptado. Así, quedaban sujetos a pena de muerte y confiscación de bienes los que se alzaran contra el rey. Aún más: quien hubiera sido condenado por conspiración no podría ser perdonado. Todo lo más, la ley admitía una permuta de pena si los condenados eran un rey, los obispos o los dignatarios de palacio; esa permuta consistía en que, en vez de matar al condenado, se le sacarían los ojos. Y atención, porque la ley era retroactiva, es decir, que podía aplicarse contra cualquiera que en su momento se hubiera levantado contra el propio Chindasvinto. De inmediato el

monarca hizo que esta ley fuera solemnemente jurada por los miembros del oficio palatino, los jueces, los nobles y hasta la jerarquía eclesiástica. Sobrecoge imaginar la escena: algunos de los que juraban esa ley con efectos retroactivos podían ser de inmediato ejecutados por su propio juramento. Un anciano terrible, en efecto, el rey Chindasvinto.

Aquella ley dio cobertura legal a la reforma —llamémosla así— de Chindasvinto. Le faltaba la cobertura moral, religiosa, requisito ciertamente no menor en un Reino formalmente católico, y esa vino en el año 646 con el VII Concilio de Toledo. Un concilio con dos características muy reveladoras: la primera, que los asistentes apenas si llegaron a la mitad de los convocados, muy probablemente por el miedo que inspiraba Chindasvinto; la segunda, que el rey no se molestó en acudir, en un gesto que solo cabe interpretar como deliberada distancia hacia el poder eclesiástico. Esto último resulta una evidencia cuando se repasan las leyes que Chindasvinto adoptó para poner coto al poder de la Iglesia: cuantiosas multas para los obispos que no acudieran a citaciones judiciales, desaparición del derecho de asilo en los templos para los perseguidos por homicidio o brujería, etc.; eso por no hablar de la costumbre de Chindasvinto de intervenir en los nombramientos de obispos. Aquel concilio no tenía en realidad otra función que aprobar las acciones de represalia adoptadas por el anciano rey. Se hizo sin mayor oposición y, además, se extendió la pena a los clérigos que se alzasen contra el monarca: serían apartados de las sagradas órdenes, excomulgados y permanecerían como penitentes el resto de su vida. Esta medida, al parecer, vino motivada porque algunos de los perseguidos habían tratado de escapar

a la muerte ingresando en el estado clerical. El VII Concilio de Toledo dio a Chindasvinto lo que el rey quería: un aval teológico para su política y un reforzamiento de la dimensión sagrada de la figura regia.

En ese momento, y mientras despachaba una campaña contra la enésima insurrección en tierras cántabras y vasconas, el anciano rey dio su mayor golpe de efecto: asoció a su hijo Recesvinto al trono. Ya hemos visto que, desde el canon 75 del IV Concilio de Toledo, el derecho a elegir al rey recaía en una asamblea de nobles y obispos. Asociar a un hijo al trono era tanto como saltarse a la torera el precepto. Chindasvinto lo hizo con una elegante operación: se las arregló para que fueran los obispos quienes pidieran tal cosa. Y una vez recibida la petición, el rey accedió gustosamente. Era el año 649. Chindasvinto iba a cumplir ochenta y seis años.

El que firmó aquella carta episcopal al anciano rey fue Braulio de Zaragoza, del que ya hemos hablado aquí: el mismo que escribió la vida de san Millán y que, fiel discípulo, se carteaba con San Isidoro de Sevilla. Con Braulio firmaban el *dux* Celso y el obispo Eutropio. Braulio se lo pidió así a Chindasvinto:

Y pensando en vuestros trabajos y mirando por el futuro de la patria, vacilando entre la esperanza y el miedo, decidimos recurrir a tu piedad: para que con tu beneplácito nos des a tu siervo el señor Recesvinto como señor y rey, que pues está en edad de combatir y soportar el sudor de las guerras, con el auxilio de la gracia suprema, pueda ser nuestro señor y defensor y descanso de vuestra serenidad, de modo que se apacigüen las insidias y tumultos de los enemigos y permanezca segura y sin miedo la vida de vuestros fieles. Pues vuestra gloria no puede ser discutida por tal hijo, y tanto provecho al hijo se debe al padre.

Braulio era hispanorromano. Es decir que no pertenecía a la minoría goda, sino a la población de cepa latina. Parece que nació hacia el año 585 y, desde luego, en una familia de muy buena posición, uno de esos linajes que desde varias generaciones atrás acaparaban los altos cargos de la Administración y de la Iglesia. Se educó en Sevilla con san Isidoro y en el año 619 aparece ya en Zaragoza. Como obispo, Braulio había protagonizado un episodio interesante durante el VI Concilio de Toledo. Fue cuando en el concilio se presentó un diácono —un tal Turninus— con una carta del papa Honorio I instando a los obispos españoles a ser más duros con los judíos (sí, porque la política antijudía no era cosa solo de los reyes godos). Los obispos reunidos en Toledo encargaron a Braulio responder a Su Santidad. Y lo que Braulio contestó al papa fue lo siguiente: la coincidencia de pareceres debe ser obra no de la fuerza, sino de la divinidad; los obispos hispanos no han descuidado sus deberes; si la conversión de los judíos estaba siendo lenta, ello no era por negligencia, sino porque a los judíos había que convencerles mediante una constante predicación. Era la doctrina de San Isidoro, y también la del papa Gregorio Magno.

La unificación jurídica

A Braulio le tenía reservada Chindasvinto una misión de enorme importancia: la elaboración de un código legal común para todos, tanto hispanorromanos como hispanogodos. Era la pieza que faltaba para la definitiva unificación social después de la aprobación de los matrimonios mixtos y de la unificación religiosa. Esta homologación legal vendrá con el *Liber Iudiciorum*, que no

se terminará hasta años después, ya con Recesvinto reinando en solitario. Pero quede claro que la idea fue de Chindasvinto, que durante su reinado promulgó casi un centenar de leyes, y, por cierto, ninguna contra los judíos. Braulio murió en 651: solo le dio tiempo a estructurar el borrador de la compilación legal en títulos, pero el trabajo quedaba encarrilado para los que vinieran después.

Dice la tradición que Chindasvinto, el terrible anciano, una vez asociado su hijo al trono, fue apartándose progresivamente de las tareas de gobierno. Dedicó los últimos años de su vida a la piedad y la caridad. Fundó un monasterio en Valladolid, el de San Román de Hornija, para que allí descansaran sus restos junto con los de su esposa, Riciberga. La tradición dice también que Chindasvinto y Riciberga dejaron tres hijos: no solo Recesvinto, sino también Teodofredo, supuestamente padre de don Rodrigo, y Favila, supuestamente padre de don Pelayo, además de una hija llamada Glasiunto. Pero eso es tradición. El 30 de septiembre de 653 moría Chindasvinto a la edad de ochenta y nueve años. El terrible anciano que, después de una larga vida de conspiración, dedicó sus últimos años de vida a blindar a la corona frente a los conspiradores.

LO QUE CUESTA UNA CORONA

Aún no había terminado de morirse Chindasvinto, verano de 653, cuando una nueva rebelión estalló en el norte. ¿Una de las habituales depredaciones vasconas? No: un levantamiento en toda regla.

El rebelde Froya

La sublevación la acaudillaba un tal Froya, al que algunas

fuentes dan por escribano de la corte represaliado por el anciano terrible. ¿Un escribano al frente de una rebelión armada? Suena raro, pero la corte estaba llena de nobles guerreros dedicados a oficios palatinos. Imaginemos, por ejemplo, a un noble de familia influyente con un pie en palacio que sufrió las purgas de Chindasvinto. El noble en cuestión huyó para no verse con las tripas abiertas y buscó refugio entre los vascones, cuyas tierras poco controladas se prestaban muy bien para este tipo de asilos. Sin duda habría muchos otros como el tal Froya. Allí, en aquellos montes, no sería difícil entrar en contacto con bastantes compañeros de infortunio; unos y otros, además, seguramente mantendrían contactos con sus pares de otras provincias, unidos todos en el rencor hacia aquel rey que les había desposeído de rango y bienes. Tampoco resultaría complicado convencer a tales o cuales tribus vasconas de que esta vez podían ir mucho más allá en sus acciones: no un simple saqueo en los ricos cultivos del valle del Ebro, sino toda una expedición contra grandes ciudades que acumulaban enormes riquezas. Añadamos al cuadro la colaboración de cualesquiera gentes marginadas y depauperadas, como en tiempos de los bagaudas, pues ya hemos visto que la sociedad estaba rota por la creciente acumulación de grandes propiedades. Con todo eso se puede formar un ejército. O, por lo menos, una fuerza armada capaz de hacer mucho daño.

Froya atacó en la Tarraconense y puso especial atención en apoderarse de Zaragoza. Era una operación política: tomar una capital además, de evidente valor estratégico como centro de comunicaciones- y desde allí romper la columna del Reino de Toledo. A juzgar por las crónicas, el

paso del ejército de Froya fue una verdadera plaga. Ocurre que los vascones todavía eran muy mayoritariamente paganos, de manera que las iglesias, para ellos, no eran otra cosa que lugares indefensos donde se acumulaban objetos de valor. El obispo de Zaragoza, Tajón, escribió a su colega de Barcelona, Quirico, una carta donde detalló los hechos sin eludir acentos de horror:

Se derramó la sangre inocente de muchos cristianos. Unos fueron degollados, otros heridos con dardos y toda clase de armas arrojadas. Hicieron un gran número de prisioneros y se llevaron un inmenso botín. Esta funesta guerra fue llevada a los templos de Dios, los sagrados altares fueron destruidos. Muchos clérigos fueron despedazados con las espadas y muchos cadáveres no fueron enterrados para pasto de los perros y aves. De tal forma que con razón podrían aplicarse a esta calamidad las palabras del Salmo 78.

Nota para curiosos: ese «Salmo 78» al que se refiere el obispo Tajón es seguramente el que nosotros conocemos hoy como salmo 79 de la Biblia latina, el himno de Asaf, porque a partir de la Vulgata de San Jerónimo, a finales del siglo V, los salmos 9 y 10 de la numeración hebrea se contrajeron en uno solo. Por eso es frecuente ver en la numeración de los salmos una cifra entre paréntesis, por ejemplo: Salmo 79 (78). Y el himno de Asaf en cuestión dice así:

Oh Dios, vinieron las naciones a tu heredad. Han profanado tu santo templo. Redujeron a Jerusalén a escombros. Dieron los cuerpos de tus siervos por comida a las aves de los cielos. La carne de tus santos a las bestias de la tierra. Derramaron su sangre como agua en los alrededores de Jerusalén y no hubo quien los enterrase.

Debió de ser atroz, el paso de las huestes desenfundadas de Froya.

Zaragoza, sin embargo, resistió. Parece que las

heterogéneas tropas de Froya pusieron más empeño en saquear los alrededores que en asediar formalmente la ciudad, de manera que Recesvinto tuvo tiempo para organizar un ejército de verdad y correr en socorro de la capital del Ebro. Eso sí, la campaña no iba a salirle gratis. Porque el rey de Toledo tenía su propia hueste, sí, pero para alinear un ejército digno de ese nombre había que contar con la nobleza guerrera, y esta, como hemos visto, tenía muchas cuentas pendientes con Chindasvinto. Recesvinto tuvo que pactar. Mucho, seguramente. Enseguida veremos en qué se sustanciaron esos pactos. Por ahora, quedémonos con lo esencial: Recesvinto logra reunir una fuerza armada imponente, marcha hacia Zaragoza, se enfrenta a las huestes de Froya y las derrota. Froya será decapitado. El rey, no obstante, se mostrará inusualmente indulgente con los vencidos, y en particular con los vascones. No sabemos qué pudo pactar el rey con ellos, pero consta que, en adelante, no hubo más saqueos mientras duró la magistratura de Recesvinto. Y fueron muchos años: hasta el 672. El reinado más largo en la historia de la corte visigoda.

Los oligarcas imponen su ley

Sofocada la rebelión de Froya, Recesvinto convocó de inmediato el VIII Concilio de Toledo, que empezó en diciembre de 653. Cincuenta y dos obispos. El propio rey, presidiendo. Y, por primera vez, representantes laicos del «oficio palatino», en concreto dieciséis condes, con voz y voto en la asamblea. Con esta presencia civil, que a partir de ahora sería habitual, los concilios se convertían de hecho en una suerte de cortes. Aquel concilio iba a sustanciarse en una limitación notable de las prerrogativas regias y en la

devolución de ciertos privilegios importantes a los nobles y a la Iglesia. Por eso cabe pensar que aquí se saldó la deuda que Recesvinto había contraído con determinadas facciones nobiliarias para poder derrotar a Froya. De hecho, el propio procedimiento de la convocatoria fue muy singular: Recesvinto en persona escribió una carta al concilio proponiendo que se redujeran las penas impuestas a los traidores. Sí: Recesvinto proponía suavizar las duras leyes de su padre, Chindasvinto. ¿Por qué? Seguramente no es azar que, poco antes, el prestigiosísimo Fructuoso del Bierzo, obispo de linaje godo y fundador compulsivo de conventos, hubiera escrito al rey para pedirle que moderase las represalias e hiciera ejercicio de misericordia. Al final, todo se reducía a lo siguiente: si Recesvinto quería un reinado tranquilo, tendría que transigir con las reclamaciones de la nobleza y la Iglesia.

Pero, ¿cómo? ¿Acaso no había domado Chindasvinto a la nobleza aniquilando a una buena parte de ella y reforzando a las facciones amigas? Sí, pero esas mismas facciones temían que ahora, con un nuevo rey, sus bienes se vieran menoscabados en beneficio del patrimonio personal del monarca. Añadamos que el sistema de administración militar impuesto por Chindasvinto había entregado un extensísimo poder en manos de los duques que gobernaban las provincias, los cuales ahora iban a proteger sus propios intereses. ¿Y más? Sí: la Iglesia, que no había dejado de sufrir represalias en la persona de muchos de sus miembros relevantes, y cuyo episcopado compartía normalmente intereses familiares con la nobleza, presionaba también para forzar un cambio de paisaje. Recesvinto tuvo que rendirse a

la evidencia: la estructura del Reino era la que era.

Primer punto del Concilio: el perdón a los represaliados. La ley de Chindasvinto prohibía el perdón. El Concilio decidió dejar en manos del rey el ejercicio de la misericordia con los inculpados. Problema: ¿qué pasaría con los bienes confiscados? ¿tendrían que volver a sus anteriores dueños? El daño a los nuevos propietarios sería inmenso. El concilio adoptó una solución de compromiso: en caso de perdón, este no podría ser total y no podría suponer daño o pérdida para el Reino ni sus gentes (léase para sus aristócratas).

Segundo punto: la revisión del ingente patrimonio personal acumulado por Chindasvinto. Todas las opiniones fueron unánimes a la hora de condenar la codicia de Chindasvinto, que había acaparado riquezas a título puramente personal sin que revirtieran en el tesoro regio ni en los nobles de palacio. El Concilio propuso dos cosas que debieron de irritar mucho a Recesvinto. Una, que todos los bienes acumulados por Chindasvinto desde el día de su coronación quedaran bajo el cuidado de Recesvinto pero a título de patrimonio público de la Corona, no como tesoro personal. Dos, que la herencia de Chindasvinto a su hijo y descendientes se redujera a los bienes que poseía antes de subir al trono y a los que después hubiera adquirido de forma justa, o sea, dejando fuera todos los provenientes de confiscaciones y demás. Recesvinto, cuyo patrimonio personal quedaba seriamente tocado por esas propuestas, planteó una alternativa: ampliar el objeto del litigio hasta los tiempos de Suintila, atribuir a la Corona como patrimonio regio todos los bienes adquiridos desde entonces por los sucesivos reyes y, eso sí, permitir que el monarca pudiera

disponer libremente de esas riquezas; concedía Recesvinto que se devolvieran a sus dueños o a los herederos de éstos los bienes obtenidos injustamente o con fuerza, pero no los recibidos como libre donación de otras personas. Lo que el rey proponía no era incompatible con lo que la oligarquía pedía, de modo que todo se aceptó.

Y tercer punto, crucial, del VIII Concilio de Toledo: el mecanismo de elección del rey. Porque la Iglesia y los nobles insistieron en que el rey, conforme a ese canon 75 que tan bien conocemos ya, debía ser elegido por la asamblea de los grandes —los obispos y los nobles de palacio—, y en el mismo lugar donde hubiera fallecido el rey anterior, y en modo alguno por designación personal del monarca a título hereditario. Espinoso asunto, porque el propio Recesvinto había sido elegido después de que su padre le asociara al trono, por mucha carta que hubiera escrito Braulio de Zaragoza. Recesvinto puso paños calientes: en la ley que ratificaba las disposiciones del concilio aceptó reprobar que el rey fuera elegido «por un levantamiento de la plebe rústica» o por «la maquinación de unos pocos», como pedía la asamblea, pero no confirmó el mecanismo electivo. Tampoco hacía falta, en realidad.

Más caña a los judíos

Con quien no hubo compromiso fue con los judíos. Una vez más, y después de la pausa de Chindasvinto, el concilio volvió a recrudecer la persecución. El rey quedaba nuevamente confirmado como defensor de la fe frente a sus enemigos y, por tanto, los judíos volvían a ser exhibidos como enemigos del reino. La lista de medidas antijudías de Recesvinto no es corta: destierro, vigilancia especial sobre

los conversos, penas para quien cooperara con los judíos en su fe, etc. A estas alturas, alguien se estará preguntando por qué tanta reiteración: si el judaísmo ya había sido sancionado tantas veces y tan draconianamente, ¿cómo es que hacía falta seguir legislando sobre el particular? La respuesta es doble. Por un lado, la declaración de antijudaísmo ya se había convertido en una suerte de liturgia retórica del poder, de manera que todo monarca, de forma rutinaria, debía aportar su propia profesión de antihebraísmo. Por otro, y vistas las huellas arqueológicas de lápidas judías en muy diversos lugares del Reino —hay que recordar este dato esencial—, parece bastante claro que las drásticas leyes rara vez se cumplían, porque una cosa es decir lo que hay que hacer y otra, muy distinta, hacerlo o estar en condiciones de imponerlo.

Así acabó el VIII Concilio de Toledo. A primera vista, todo lo que pasó puede interpretarse como una pérdida de poder de la Corona y, hasta cierto punto, como una rendición del monarca ante las exigencias de nobleza y clero. Es verdad. Aquello venía a ratificar la naturaleza oligárquica del Reino en perjuicio de las prerrogativas regias. El poder del monarca quedaba limitado constitucionalmente —valga la fórmula— por las cortapisas puestas a su patrimonio personal, por el mecanismo de elección y por la servidumbre teológica de la defensa de la fe. A cambio, sin embargo, Recesvinto obtenía un paisaje casi absolutamente pacificado en el interior. De hecho, podría agotar su largo reinado en una atmósfera de paz como nunca antes se había conocido. Y dentro de esa atmósfera, nos legó algo de importancia trascendental: su código, el *Liber Iudiciorum*, aquel que

comenzó su padre con Braulio de Zaragoza y que ahora vería finalmente la luz.

UNA SOLA LEY PARA TODOS

La promulgación del Código de Recesvinto, alrededor del año 654, es un acontecimiento de extraordinaria trascendencia por dos motivos. El primero, porque significaba la unificación jurídica del Reino de Toledo y, por tanto, la culminación consciente de la obra de construcción del Estado emprendida con Leovigildo. El segundo, porque lo esencial de este cuerpo legal iba a perdurar durante siglos, hasta el punto de que sería determinante para las leyes y fueros de la posterior Edad Media española. Con este *Liber Iudiciorum*, después llamado *Lex visigothorum* e incorporado a nuestro medievo como *Fuero Juzgo*, el Reino visigodo de Toledo se convertía en el único Reino germánico capaz de construir un estado unitario.

Una *summa* jurídica

El Código de Recesvinto nace con el objetivo de englobar, superar y sustituir a todas las leyes dictadas con anterioridad, y ya hemos visto que la labor legislativa de los visigodos fue realmente profusa. Abolía tanto el *Breviario* de Alarico como todo texto romano anterior, aunque, a efectos doctrinales, parece que el *Liber* está más influido por los códigos imperiales de Teodosio y Justiniano que por la costumbre legal propiamente germánica. En total contenía 578 leyes. De ellas, 324 provenían, corregidas, del Código de Leovigildo. Se incorporaron otras tres leyes de Recaredo y dos de Sisebuto. El resto, de gran importancia, fue el cuerpo legal dictado por Chindasvinto (99 leyes) y el propio

Recesvinto (87 disposiciones). La obra, además de su título preliminar, se dividía en doce libros y 54 títulos. Abarcaba todas las materias imaginables: la legislación civil y criminal, la naturaleza del legislador y el ejercicio de la administración de justicia, las leyes relativas a herejes y judíos, el derecho matrimonial, herencias y sucesiones, compraventas, donaciones, los tipos de crímenes, los robos, el derecho de propiedad, las reglas del comercio, el derecho militar y el derecho eclesiástico. En suma, una obra jurídica total.

Desde el punto de vista político, lo más importante del Código de Recesvinto es que desaparecía por completo la distinción legal entre godos y romanos, que ya de hecho se había extinguido en numerosas esferas de la vida práctica, pero que permanecía en ámbitos concretos como la Administración, por ejemplo. A partir de ahora, para todos regiría un mismo derecho. El artículo más elocuente a este respecto es el que declaraba válidos los matrimonios mixtos, es decir, entre hispanogodos e hispanorromanos. En la vida real ya era un hecho desde mucho tiempo atrás, pero ahora se confirmaba en una fórmula que merece la pena repetir:

Establecemos por esta ley, que ha de valer por siempre, que la mujer romana puede casar con hombre godo, y la mujer goda puede casar con hombre romano ... Y que el hombre libre puede casar con la mujer libre que quiera, que sea conveniente por consejo y por otorgamiento de sus parientes.

Es interesante subrayar eso de «hombre libre» y «mujer libre» porque este código, que efectivamente deshacía la división horizontal entre godos y romanos, por el contrario reafirmaba la división vertical entre señores y siervos. De hecho, reiteraba la prohibición taxativa de matrimonios

entre libres y esclavos. La sociedad de la España goda, como hemos visto páginas atrás, se estaba haciendo cada vez más jerarquizada, con una diferencia creciente entre los dueños de la tierra y los que carecían de toda propiedad, y eso se percibe en este código con medidas que reconocían a la nobleza una posición de privilegio en el plano procesal mientras, por el contrario, los que simplemente eran «hombres libres» permanecían en una posición desventajosa (ya no hablemos de los esclavos o libertos). Por ejemplo, los nobles solo podían ser torturados para que confesaran en casos muy graves (traición, homicidio y adulterio), mientras que para los súbditos de a pie no existía esa limitación. Chindasvinto había intentado crear un círculo aún más especial de la nobleza con el personal del «oficio palatino», es decir, el círculo de la corte, pero eso aquí desaparecía: la nobleza en general ganaba como casta única, sin distinciones políticas. También ganaba el episcopado, pues se consolidaban muchas de sus funciones en la administración de justicia.

Esto no quiere decir que, al menos sobre el papel, cupiera la menor arbitrariedad en materia de justicia. El código dedica todo su primer libro a definir la naturaleza de la ley, que obliga a todos sin distinción de clase, sexo, edad o condición, y reafirma que el rey también está sujeto a la ley. ¿Y quién puede hacer la ley? El rey con los obispos y el «oficio palatino». El espíritu del canon 75 del IV Concilio seguía vigente en cuanto a la limitación de las prerrogativas del monarca.

Repertorio de penas

Vale la pena poner unos pocos ejemplos para calibrar

mejor cómo era el mundo que aquellas leyes reflejaban. La mayoría de edad se adquiría a los quince años. El divorcio estaba permitido en casos de adulterio o de sodomía del marido. El régimen del matrimonio era esencialmente de gananciales, pero cada uno de los cónyuges podía conservar como bienes privativos los que adquiriera por herencia o donación. Las compras y ventas debían hacerse por escrito o bien entregando el precio ante testigos. Esto de las ventas incluía, por cierto, a uno mismo: un individuo podía venderse como esclavo para pagar una deuda, por ejemplo. Si quisiera recobrar la libertad, tendría que pagar el precio de la venta. El préstamo se regulaba con un interés legal del 12,5 por ciento, pero en productos de primera necesidad podía alcanzar hasta un tercio de lo recibido. Había pena de muerte para los delitos de homicidio, de aborto, de incendio de casas en la ciudad, de saqueo de tumbas (si el saqueador era un esclavo) y de traición grave. Los robos solían castigarse condenando al ladrón a devolver nueve veces el valor de lo robado y propinando al delincuente cien latigazos. La homosexualidad se castigaba con la castración y el destierro. La falsificación de documentos oficiales, con la amputación de un dedo, la decalvación y doscientos latigazos. Los brujos sufrirían doscientos latigazos y decalvación pública. Etcétera, etcétera.

Como corresponde al antijudaísmo estructural del Reino de Toledo, el código dedica un libro entero, el 12, a las penas contra los judíos. Había pena de muerte en la hoguera para el converso que quisiera volver al judaísmo, para el que celebrara la Pascua, el Sábado o las bodas en ritos distintos del católico; para el que practicara la circuncisión, para el

que observara las prescripciones judías sobre alimentación y para el que testificara en un tribunal contra un cristiano, aunque sí se les permitía plantear acciones legales contra cristianos libres o esclavos.

Otro aspecto muy importante del Código de Recesvinto es que simplificaba la estructura de la administración hasta el punto de que, aun en pequeña escala, ya puede hablarse de una burocracia de Estado. Antes de este código, normalmente había dos administraciones paralelas: una para los hispanorromanos, que incluía a un gobernador provincial, los jueces y los funcionarios de las ciudades, y otra para los hispanogodos, que tenían los mismos cargos y, además, los de rango superior, o sea, el *dux* o jefe militar y los condes que gobernaban las ciudades. Ahora todo quedaba subsumido bajo una sola organización jerárquica cuya columna vertebral era el sistema visigodo. Dado que la jerarquía goda era de carácter militar, hay autores como García Moreno que definen esta reforma como una «militarización administrativa». Los seis duques del territorio —Narbonense, Tarraconense, Cartaginense, Bética, Lusitania y Galicia— se convertían al mismo tiempo en jefes militares, jefes judiciales y jefes de la recaudación de tributos. En los escalones inferiores, cargos que hasta entonces habían tenido una función puramente militar como los de centenario, quingentenario y tiufado, asumían ahora funciones civiles. Hay que decir que el mismo proceso estaba experimentando la Administración en el Imperio bizantino.

Dentro de este proceso de reorganización, la Iglesia adquiriría un importante protagonismo. Los consejos locales

de las ciudades, herencia de la época romana, habían disfrutado hasta el momento de amplias competencias: los registros de tierras, propiedades, adopciones y testamentos; los pleitos de justicia local; la administración directa de la ciudad y su territorio en materia de mercados, servicios, etc. y la recaudación de impuestos, entre otros. Ahora buena parte de esas competencias desaparecían y pasaban a los obispos y a los jueces de las ciudades, que se encargarían de nombrar a los guardianes (la policía), administrar la justicia y llevar los registros.

Lo germano y lo romano

Hay una interesante —e interminable— polémica entre los especialistas acerca de cuánto hay en el *Liber* de romano y cuánto de godo. La pregunta es muy sugestiva a efectos de historia cultural, porque permitiría dibujar una línea de tradición germánica que se habría mantenido viva durante siglos hasta pasar después a los primeros reinos cristianos en la época de la Reconquista. Pero si la pregunta es sugestiva, la respuesta es inevitablemente decepcionante: es imposible saberlo. Es imposible porque los godos parecen haber codificado muchas de sus costumbres germánicas en términos romanos, y ello al tiempo que romanizaban sus usos comunitarios, de manera que se hace francamente difícil deslindar los dos campos. Hay que insistir en que los visigodos son, con diferencia, los más romanizados de todos los pueblos germánicos, lo mismo en la orfebrería que en la arquitectura, en los usos administrativos y, por supuesto, en el derecho. ¿Cuánto hay en ellos de germánico y cuánto de romano ?

Precisamente lo fascinante de los visigodos es que todo

aparece mezclado. Javier Alvarado ha puesto dos ejemplos que merecen cita, porque son muy ilustrativos. En las costumbres visigodas ancestrales hay dos instituciones muy arraigadas: una es la *Blutrache* o derecho a la venganza de sangre permitiendo que el ofendido o su familia persigan y maten al criminal; la otra es la *Morgengabe*, la donación que el marido hacía a la esposa al alba de la noche de bodas en premio a su virginidad. En principio, son costumbres «bárbaras». Pero he aquí que el *Liber Iudiciorum* recoge ambas: la primera, en numerosos casos, bajo la fórmula de «traditio in potestatem», o sea poniendo al culpable bajo la potestad del ofendido; la segunda, como una de las formas de donación por razón del matrimonio (Libro III, 1, 6). En este segundo caso, el parentesco es tan evidente que vale la pena detallarlo. La fórmula tradicional germánica de la dote del marido a la esposa dice así: «Tanto me alimentan las dulzuras de tu amor, que hago contrato de inmensas donaciones en favor tuyo, por razón de la belleza de tus formas (...) entrego diez siervos y diez siervas, diez caballos de buena sangre y diez mulos, entre otras cosas, y arma, según lo corriente entre los godos según la antigua costumbre llamada Morgengabe». Y ahora compárese con la fórmula que recoge el *Liber Iudiciorum*: «Si el padre quisiera, en nombre de su hijo, dar dote a su nuera, puede entregar la décima parte de aquello que pudiera heredar el hijo tras la muerte de su padre, y además diez mancebos, y diez mancebas, y veinte cabalgaduras...». El contraste entre los dos textos es suficientemente ilustrativo.

El hecho, en fin, es que este Código de Recesvinto, retocado después por los reyes sucesivos, vino a ser algo así

como la culminación de un edificio: con él se ponía la última piedra del Estado que empezó a construir Leovigildo, y por eso se ha dicho que el *Liber Iudiciorum* es un ejemplo de «derecho nacional». Con esta compilación legal, Recesvinto alcanzaba su cumbre como gobernante. Pero aún haría algo más este rey: ordenar la construcción de la iglesia de San Juan de Baños, una de las obras mayores de la arquitectura visigótica. Lo cual nos lleva a un capítulo imprescindible para terminar de entender como era aquella gente: su arte.

RECOPOLIS: UNA IDENTIDAD DE PIEDRA Y ORO

Es enero de 661. Recesvinto vuelve de una campaña contra los vascones, probablemente en Cantabria. Viene enfermo. Al llegar a Balneos, hoy Baños de Cerrato, Palencia, se detiene a descansar atraído por la fama de las aguas del lugar, ya cultivadas por los romanos. Recesvinto bebe de las célebres aguas y se cura. En agradecimiento, manda levantar una iglesia: San Juan de Baños. Su acta de consagración dice así: «Precursor del señor, mártir Juan Bautista posee esta casa, construida como don eterno la cual, yo mismo, Recesvinto rey, devoto y amador de tu nombre, te dediqué, por derecho propio, en el año tercero, después del décimo como compañero ínclito del reino. En la Era seiscientos noventa y nueve. Seiscientos noventa y nueve porque en España el tiempo se contaba con treinta y ocho años más respecto a la cronología cristiana: es la llamada «Era Hispánica». Y ahí quedó San Juan de Baños.

Una cultura singular

Lo que singulariza al pueblo visigodo respecto a los otros pueblos germánicos es su nivel cultural. En ninguna otra

parte hay obras como las de Isidoro de Sevilla, por ejemplo. Tampoco en ninguna otra parte hay compilaciones jurídicas tan constantes. En ninguna otra parte hay una producción orfebre del nivel de las godas. Y en ninguna otra parte hay construcciones como las que levantaron los visigodos. ¿Y por qué son tan singulares? Por lo mismo que lo es su derecho: esas construcciones son tan romanas como germanas. Es la «feliz coyunda», que decía san Isidoro.

La primera gran obra arquitectónica del mundo visigodo, hasta donde ha sido posible reconstruir su paso, es el conjunto palatino y eclesial (todo en uno) de Toulouse. De aquella obra no queda nada, pero entre restos arqueológicos y representaciones de época ha sido posible reconstruir lo fundamental de su perfil. Lo primero que llama la atención de este monumento es que es esencialmente romano, con todas las líneas básicas del arte imperial de ese momento y una clara incorporación de la monumentalidad ornamental bizantina. Hablamos de un palacio con una gran sala en su ábside, igual que la que existía en el palacio imperial de Constantinopla en ese momento, cuyas dimensiones se han evaluado en 200 metros cuadrados (enorme, pues, para una sala de esas características). Junto al complejo palatino, una capilla real, «La Dorada», con una cúpula adornada con estrellas y mosaicos dorados. Y entre el palacio y la capilla, un corredor que da unidad al conjunto. En cierto modo, la naturaleza de este espacio define por completo al mundo godo: una forma germánica de ser romano. O, dicho de otro modo, la imagen que un visigodo podía hacerse de lo que Roma significaba.

El arte visigodo español es posterior: corresponde a una

época distinta, la época en la que los visigodos ya han abandonado la idea de configurar un Reino bajo el amparo legitimador del Imperio y buscan construir su propio espacio político nacional. El estilo sigue siendo romano, es decir, inspirado en las formas tradicionales alumbradas por la cultura imperial. Un buen ejemplo es el hospital eclesiástico de Mérida (el xenodoquio, como se llamaba), construido bajo las órdenes del obispo Masona a finales del siglo VI, del que hoy solo quedan las ruinas. Pero bajo esa cobertura formal late un aliento nuevo. Quizá la muestra más elocuente de esa búsqueda de una identidad política a través de la arquitectura es la ciudad de Recópolis, en lo que hoy es la provincia de Guadalajara, y de la que ya hemos hablado en estas páginas, pero sobre la que vale la pena decir algunas cosas más, porque es riquísima en mensajes.

El diseño urbano de Recópolis es el de una pequeña Constantinopla, con su acrópolis político-religiosa, y al mismo tiempo es el de una villa germana con su rígida estratificación social a partir de un centro donde palpita el poder y que, desde ahí, se extiende al mundo militar en la ciudadela amurallada con su puerta monumental y al mundo comercial, artesanal y agrario del pueblo. Todas las paredes de Recópolis, así como el pavimento, estaban enlucidos en blanco. El aspecto de la ciudad debía de ser realmente impresionante incluso después de que comenzara su decadencia, en el último tercio del siglo VII, cuando perdió fuerza como centro de poder pero siguió recibiendo a nuevos habitantes.

Recópolis obliga a revisar muchas cosas que hasta hace poco se daban por verdad inmutable; por ejemplo, la noción

de que a la caída del Imperio romano se extinguió el mundo urbano, las ciudades quedaron abandonadas y la vida entera se ruralizó. Esto, ciertamente, pudo ser así en un momento determinado, entre el hundimiento del orden romano y la llegada de los bárbaros, y sin duda el fenómeno tiñó el paisaje durante decenios, pero la realidad parece hoy mucho más matizada y compleja: si algunos centros urbanos languidecen, otros mantienen su vigor, aún otros se adaptan a las circunstancias e incluso aparecen ciudades nuevas como esta. Lo que se ha encontrado en las excavaciones de Recópolis obliga también a revisar otro tópico, a saber, el del aislamiento del mundo visigodo, al que durante mucho tiempo se ha considerado encerrado en sí mismo y sin apenas contactos con el exterior; porque en esa ciudad de nueva planta levantada por Leovigildo en el interior de la meseta, en tierras de La Alcarria, han aparecido restos de cerámicas procedentes de todos los puntos del Mediterráneo, lo cual inevitablemente habla de contactos humanos y comerciales muy intensos. Por cierto que, hace poco, un equipo de la Universidad de Harvard, asombrado por la durabilidad de los materiales de Recópolis, ha estudiado la conformación de los pavimentos de la ciudad, una dura mezcla de teja y argamasa, enlucida en la superficie, que habla muy claramente de la calidad técnica del mundo visigodo. Un dato para tener en cuenta.

Arcos de herradura

Los testimonios de aquella época sobre la magnificencia de las construcciones visigodas son muy elocuentes. Gregorio de Tours se maravilla ante la iglesia de San Martín en Orense, por Paulo el Diácono sabemos que la iglesia de

Santa Eulalia y el baptisterio de San Juan, ambos en Mérida, estaban cubiertos de hermosas pinturas, y el obispo Isidoro el Pacense, al que se atribuye la Crónica Mozárabe de 754, no ahorra elogios para las construcciones del rey Wamba en Toledo. Por desgracia, la mayoría de todas aquellas construcciones se ha perdido. Lo que nos ha quedado como obra propiamente visigoda son algunas construcciones del siglo VII. Un momento muy significativo, cierto, porque es cuando el Reino se convierte al catolicismo romano y comienza el proceso de unificación social y política. Esas construcciones, todas eclesiásticas, son tan pocas que merece la pena enumerarlas: San Juan de Baños en Palencia, San Pedro de la Nave en Zamora, Santa María de Melque en la provincia de Toledo, Santa Lucía del Trampal en la de Cáceres, Santa Comba de Bande en Orense, y además restos de construcciones que fueron mucho mayores como la ermita de Santa María en Quintanilla de las Viñas, Burgos, o criptas como la de San Antolín en la catedral de Palencia.

Las notas características de todas ellas son su aspecto masivo, el empleo de sillares de piedra perfectamente cortados y la ausencia de argamasa, con soluciones constructivas eficaces y poco complejas como la bóveda de cañón y, como innovación específicamente visigoda, el arco de herradura. De estos rasgos suele deducirse —no es difícil— una capacidad constructiva más limitada que en la época imperial romana y al mismo tiempo una habilidad técnica notable, pero sin la posibilidad de movilizar gran cantidad de mano de obra. Pero además es posible descubrir determinados rasgos de la espiritualidad de aquel momento, y muy particularmente en el ámbito germánico: la tendencia

a construir espacios poco iluminados puede explicarse tanto por razones técnicas (un insuficiente dominio de la sustentación) como por motivos religiosos (el recogimiento y el misterio), pero, sobre todo, llama la atención la presencia de espacios pequeños en el interior de las iglesias, una característica que nadie ha sabido explicar bien hasta ahora. ¿Eran capillas de cultos singulares, habitáculos de oración y penitencia, espacios deliberadamente diseñados así para la liturgia o, simplemente, recursos constructivos para garantizar la sustentación del edificio? Es uno de los misterios que nos dejan estas iglesias.

El factor religioso es aquí decisivo. Ya hemos hablado de San Millán, de San Isidoro, de San Braulio... Habría muchos más nombres por traer a la nómina, pero contentémonos con uno: San Ildefonso, un hispanogodo toledano al que se atribuye en esta época un hecho milagroso. El 18 de diciembre de 665, Ildefonso, ya obispo de Toledo, se recogió con sus clérigos para cantar a la Virgen. En la capilla encontraron una luz deslumbrante. Todos huyeron menos Ildefonso y dos diáconos. Se acercaron al altar. Allí estaba la Virgen María, sentada en la silla del obispo, rodeada por un coro celestial. La Virgen les mandó acercarse, miró a Ildefonso y le dijo: «Tú eres mi capellán y fiel notario. Recibe esta casulla la cual mi Hijo te envía de su tesorería». Y la propia Virgen vistió a Ildefonso con la casulla. Aún hoy se conserva en la catedral de Toledo la piedra donde pisó la Virgen cuando se le apareció a Ildefonso. Lo notable es que este milagro está documentado desde la propia época visigoda, es decir, no es una reconstrucción posterior.

El de la España visigoda no es un arte estrictamente

original: incorpora numerosos elementos bizantinos y determinados recursos son semejantes a los de las iglesias norteafricanas. Nunca se puede perder de vista que el mundo visigodo forma parte de la atmósfera cultural romana desde el siglo III. Roma sigue hablando en todas esas piedras. Lo que sí tiene una personalidad mucho más acusada es la decoración interior y exterior. En el exterior, los frisos que adornan las fachadas de las iglesias y las ventanas en arco divididas con una pequeña columna o parteluz. Y en el interior, capiteles de formas diversas (pero asimilables a una especie de versión rústica del estilo corintio), relieves en piedra con todo tipo de figuraciones (sobre todo vegetales, pero también geométricas y humanas) y... pinturas. Sin duda las había. Muchas pinturas. ¿Pero cómo eran? No lo sabemos.

Estamos seguros de que las paredes de las iglesias visigodas exhibían pinturas porque hay suficientes testimonios al respecto y porque autores como san Isidoro aconsejaban vivamente que el interior de los templos mostrara un aspecto alegre. Sabemos incluso que hubo paredes vestidas con mosaicos. Pero ignoramos qué contaban esas pinturas. Muy probablemente no serían representaciones humanas, porque la Iglesia española, desde el Concilio de Elvira (principios del siglo IV), era anicónica, es decir, prohibía las imágenes. ¿Y entonces? Lo más parecido que conservamos son las pinturas de la iglesia asturiana de San Julián de los Prados, de principios del siglo IX. Y son suficiente para imaginar el festival de imagen y color que podían albergar las iglesias visigodas. Si a todo eso le añadimos la música, de cuya importancia es testimonio la

atención que san Isidoro le dedica en las *Etimologías* («Nada existe sin la música», llega a decir el sabio sevillano), podremos empezar a hacernos una idea de la belleza y solemnidad de los escenarios visigodos.

Coronas de oro

A esa belleza debieron de contribuir decisivamente las obras de orfebrería, que son uno de los rasgos mayores de la identidad cultural visigoda. La inmensa mayoría de esas obras se perdieron: fueron saqueadas y destruidas por los musulmanes tras la invasión de 711. Las crónicas árabes lo confiesan sin ningún rubor. Solo se pudo salvar lo que algunos clérigos escondieron ante la catástrofe. Son los tesoros de Guarrazar (Toledo) y Torredonjimeno (Jaén), descubiertos entre mediados del siglo XIX y principios del XX y que después llevaron una vida bastante miserable, con sucesivos destrozos y expolios. Lo que hoy nos queda de todo eso son asombrosas coronas votivas y hermosas cruces de oro.

Una corona votiva es una pieza destinada a ser colgada del techo de una iglesia, sobre el altar, como ofrenda del rey a Dios. El gesto lo pusieron de moda los monarcas bizantinos. La función de la pieza es ser admirada como objeto ornamental y sagrado, no ceñir la cabeza de nadie. La más importante de las que se conservan es la de Recesvinto; se encontró otra de Suintila, pero fue robada y se perdió para siempre. La de Recesvinto es una pieza de oro de 20 centímetros de diámetro con incrustaciones de piedras preciosas, en un tipo de combinación que sí se considera específicamente germánico. En cuanto a las cruces, algunas de increíble belleza, también estaban vinculadas a la idea

sagrada de la realeza e igualmente forman parte de las donaciones regias a las iglesias. Un dato interesante: entre la numerosísima pedrería del Tesoro de Guarrazar hay 243 zafiros azules que proceden nada menos que de Ceilán, el actual Sri Lanka. Sin duda se trata de piezas del tesoro visigodo, reunidas a su vez en distintos momentos del periplo de este pueblo, y reutilizadas ahora para vestir estas ofrendas.

Todo aquello quedó reducido a polvo en 711, cuando el Reino visigodo de Toledo cayó bajo los efectos combinados de una invasión extranjera y una nueva guerra interior. Pero su huella se mantuvo viva, como un débil eco, en el arte asturiano posterior. Sería otra España de piedra y oro.



Basilica de San Juan de Baños, Palencia.

EL HOMBRE QUE NO QUERÍA REINAR

Muy mal debía de estar el paisaje a la muerte de Recesvinto para que la elite del Reino fuera a buscar a un hombre que no quería reinar. Ese hombre era Wamba, un

tipo entrado en años que ya había ocupado cargos importantes y que seguramente conocía demasiado bien a sus pares. Todo sucedió del siguiente modo: Recesvinto enfermó, se retiró a la población de Gérticos, cerca de Valladolid, y allí murió y fue sepultado. La nobleza palatina que acompañaba al rey buscó de inmediato un sucesor y, probablemente como solución de compromiso, escogió a ese hombre, Wamba, respetado por todos y tal vez no temido por nadie. Cuenta Julián de Toledo, coetáneo y biógrafo del rey, que Wamba se negó una y otra vez a recibir la púrpura; tanto se negó que incluso hubo que amenazarle a punta de espada. El hecho es que, ante tan contundentes argumentos, Wamba aceptó. Era el 1 de septiembre de 672. Y por eso la localidad de Gérticos tomó luego el nombre de Wamba, como aún se llama hoy.

Unción preventiva

Lo primero que hizo Wamba fue marcharse a Toledo para ser no solo coronado, sino también ungido: sobre la sanción política, la religiosa. Diecinueve días después de su elección, entraba en la capital. Julián de Toledo dejó una descripción muy vívida de aquel momento, milagro incluido:

Cuando llegó para recibir el emblema de la santa unción, a saber, en la iglesia pretoriense, la de los santos Pedro y Pablo, distinguido por el ornato real, detenido ante el altar divino, dio su palabra a los pueblos según la costumbre. Luego, dobladas las rodillas, por las manos del sagrado sacerdote Quirico, el óleo de la bendición se derrama sobre su cabeza y se manifiesta el poder de la bendición, ya que al instante se hace visible esta señal de salud moral: desde su misma cabeza, donde el óleo había sido derramado, se elevó en forma de columna una cierta evaporación parecida al humo, y desde ese mismo lugar de la cabeza se vio salir una abeja, la que siempre ha sido un signo de felicidad venidera.

La sanción episcopal, aquí, era mucho más que una

formalidad: otorgaba a la persona del rey una dimensión sagrada que resultaba de lo más apropiado en una situación en la que los puñales volaban por el aire. ¿Y por qué volaban los puñales? Por lo de siempre: la nobleza del Reino, celosa de sus prerrogativas, acumulaba cada vez más poder territorial, económico y... militar, porque su privilegiada posición le permitía alinear huestes que ya se estaban convirtiendo en verdaderos ejércitos. ¿Y esos ejércitos privados podían oponerse a los de un rey? Tal vez uno solo no, pero más de uno, sí. Estamos asistiendo al nacimiento del orden feudal.

Wamba vio confirmados todos sus temores de inmediato. Había partido en campaña hacia el norte, en una de las habituales expediciones de castigo contra las bandas de vascones, cuando de repente se subleva en la Septimania un noble llamado Ilderico, conde de Nimes. No es un espontáneo: el movimiento lo apoyan nombres muy importantes de la nobleza local, tanto civil como eclesiástica. En la sublevación encontramos al obispo Gumildo de Magalona (en torno a la actual Maguelone, a orillas del Mediterráneo francés) y al abad Ramiro. Parece que hubo por medio dinero merovingio; de hecho, el obispo de Nimes, que se llamaba Aregio, no quiso secundar la rebelión y fue depuesto por Ilderico y enviado, cargado de cadenas, al Reino de los francos, que nombraron un obispo nuevo para la diócesis. ¿Qué querían? Nombrar otro rey, como se hizo con el tal Ilderico. Pero no un rey en Toledo, sino alguien que gobernara específicamente esas tierras de la Septimania. Todos los demás reinos germánicos habían sufrido ya ese proceso de fragmentación en pequeños señoríos: allá donde

se mantenía un rey, era previo acatamiento del poder privado de los nobles, como estaba ocurriendo en el país de los francos.

La traición de Paulo

Como Wamba estaba en campaña, optó por enviar a un brazo de su ejército para sofocar la insurrección. Lo mandaba un general llamado Paulo, nombrado duque de la Narbonense. ¿Quién era este Paulo? No lo sabemos muy bien. Hay quien piensa, por el nombre latino, que era un hispanorromano, pero sabemos que, al menos en teoría, los altos puestos del ejército correspondían a gente de estirpe goda, y también sabemos que, después de la conversión del Reino, muchos hispanorromanos adoptaron nombres godos y viceversa. Este Paulo, en todo caso, debía de gozar de cierto ascendiente sobre la nobleza goda, según indican los acontecimientos posteriores. Porque es el hecho que Paulo, a medida que avanza hacia el noreste, empieza a experimentar una sorprendente transformación: ralentiza su marcha, negocia aquí y allá, recaba el apoyo del *dux* de la Tarraconense, Ranosindo, con mando sobre los vitales pasos fronterizos de los Pirineos («Clausuras Pirenaicas», se llamaba el área) y termina pasándose al enemigo. No solo se pasa al enemigo, sino que llega a la Septimania y es reconocido como rey por los sublevados, Ilderico incluido. Solo el obispo metropolitano de Narbona, Argebado, como antes había hecho Aregio de Nimes, se manifiesta hostil a la usurpación. Es un dato interesante sobre la ambivalencia de la Iglesia en estos lances: la estructura eclesiástica se mantiene, en principio, fiel a la corona, pero muchos clérigos locales tienden a identificarse con los poderes

nobiliarios. La cuestión es que Paulo, como dice Julián de Toledo, «usurpó el reinado y atrajo hacia sí con criminal irreflexión a la muchedumbre de los conjurados, a la que no capturó con la ayuda de las armas, sino con la obra de la perfidia».

Wamba se encuentra con algo mucho peor que una sublevación. Paulo ha roto el Reino y, además, lanza puentes a otros grandes nobles del resto del país. El viejo rey tiene que actuar con energía. Y lo hace. De entrada, ordena una ofensiva general contra los vascones para solventar lo antes posible ese asunto que le tiene atado de pies y manos. Siete días: eso tardaron los hombres de Wamba en resolver la campaña. Los vascones firman la paz con la habitual entrega de tributos y rehenes. Y acto seguido, ya con las manos libres, Wamba enfila hacia la Narbonense. Enfrente, Paulo ve que su conjura corre el riesgo de naufragar: las tropas de Wamba se aproximan mucho más rápido de lo esperado, los nobles del resto de España no le secundan y, para colmo, los refuerzos que esperaba del Reino de los francos tardan en llegar. Paulo ofrece a Wamba un pacto: que le reconozca como soberano de la Tarraconense y la Narbonense, y terminarán las hostilidades. Pero Wamba se niega a cualquier componenda.

El rey lleva a sus tropas a Calahorra. Después, a Huesca. Avanza a toda velocidad. Llega a Barcelona y la ciudad se rinde. Lo mismo ocurre en Gerona. El paso de las tropas es una plaga. Como la soldadesca se entrega a detestables excesos, Wamba reacciona aplicando una disciplina severísima: los violadores, por ejemplo, son circuncidados como si fueran judíos, lo cual, en aquel contexto, significaba

la muerte civil del violador. Delante de los Pirineos, el ejército de Wamba se divide en tres brazos, de oeste a este: uno entra por la Cerdaña hasta Llivia, el segundo por Osona y el tercero, con el propio rey, sigue la calzada romana por el litoral. Las tropas de Toledo completan su despliegue con ataques navales en la costa. En cada ciudad conquistada, Wamba reparte el tesoro local entre los guerreros. Es una apisonadora: se rinden sucesivamente Narbona, Beziers, Agde, Magalona... Los rebeldes van cayendo. El *dux* Ranosindo y el gardingo Hilidigisio son hechos presos. Otro conjurado, Witimiro, huye para avisar a Paulo, pero ya es demasiado tarde. El 1 de septiembre de 673 se rinde Nimes. Los rebeldes se entregan bajo promesa de que sus vidas serán respetadas. Y sus vidas lo fueron, sí, pero no su honor ni sus bienes: juzgados por alta traición, sufrieron la pena que prescribía la ley, a saber, decalvación y confiscación de sus bienes. Wamba, el viejo rey, regresó a Toledo en paseo triunfal. En su cortejo llevaba a Paulo decalvado, con una raspa de pescado en la cabeza (parodia de la corona que quiso ceñir), sin barbas, desnudos los pies, cubierto de harapos y atado en un carro tirado por camellos.

La reforma militar

Wamba había ganado, pero los acontecimientos acababan de demostrar hasta qué punto la cohesión del Reino era frágil. Primero: los señores de la tierra se habían convertido en un poder capaz de poner en jaque a la Corona. Segundo: la capacidad práctica del rey para movilizar ejércitos estaba quedando visiblemente disminuida. Tercero: el papel de la propia Iglesia, cuyos intereses parecían cada vez más trenzados con los de la nobleza, empezaba a ser

peligrosamente ambiguo. De todos estos problemas, el militar debió de ser el más grave o, por lo menos, el más acuciante. Quizá en su campaña de la Septimania sufrió Wamba dificultades de reclutamiento que desconocemos. El hecho es que el rey, casi recién retornado a Toledo, resolvió ejecutar de inmediato una ambiciosa reforma militar que le garantizara disponer de tropas en caso de invasión extranjera o rebelión interior. Era el 1 de noviembre de 673.

Lo que decidió Wamba fue reglamentar de forma estricta la aportación de tropas al ejército real, incluyendo sanciones severísimas para quienes no acataran la norma. Esa norma era esta: cuando el rey llame a las armas, todos los nobles, dignatarios, obispos y eclesiásticos en general, e incluso cualquier persona privada, en un radio de 100 millas desde el lugar del conflicto, quedan obligados a concurrir con toda la fuerza armada que puedan reunir, es decir, cada cual con sus mesnadas o clientelas. La obligación es insalvable: si el señor se halla enfermo, por ejemplo, ello no le exime de hacer que sus tropas acudan. Y a quien desobedezca la orden, le aguardan penas severísimas: confiscación de bienes para pagar los daños causados por la incursión enemiga, privación del derecho de testificar, quedar a merced del poder del rey (que podría hacer con el desobediente lo que le diera la gana, excepto matarlo) y, si el inculpado es un eclesiástico de alto nivel, destierro después de haber pagado de su bolsillo todos los daños causados por el conflicto. Si la causa del llamamiento había sido una rebelión interior, entonces la desobediencia sería penada invariablemente con el destierro y la confiscación de todos los bienes sea quien fuere el desobediente. De esta manera, por otro lado, Wamba

se aseguraba de que todo el mundo se lo pensara dos veces antes de levantar la mano contra la Corona.

El rey que no quiso reinar, sintiéndose fuerte tras su victoria sobre los vascones y sobre los rebeldes de la Septimania, dictó además otras medidas claramente orientadas a reforzar el poder público del monarca frente al poder privado de los nobles. En materia de administración, hizo todo lo que pudo por apartar a la nobleza de los cargos palatinos y reservarse el derecho a nombrar libremente a los altos cargos del Reino. Y en materia eclesiástica, además de nombrar personalmente a unos cuantos obispos, metió mano en el espinoso problema de los prelados que engordaban sus bolsas a expensas de los bienes de la Iglesia: al parecer, era frecuente que algunos obispos se apoderaran de los bienes de las iglesias rurales y los añadieran a los de su propia sede, así como que donaran tierras a personas que a partir de ese momento iban a trabajar para el prelado en cuestión, de manera que empezaba a crecer el número de siervos que dependían del poder eclesiástico. El objetivo de Wamba era que el número de personas vinculadas directamente a la Corona fuera mayor que el de los unidos por lazo de vasallaje a los nobles laicos o eclesiásticos. Una vez más, el poder público de la Corona contra el poder privado de los nobles.

Este asunto es de una importancia decisiva porque, en gran medida, va a ser el principal motivo de la acelerada descomposición del Reino de Toledo. La estratificación social y las consiguientes relaciones de dependencia habían llegado a un grado tal de complejidad e intensidad, que toda la política cotidiana del Reino quedaba subordinada a esta

nueva situación. Y para entender mejor lo que estaba pasando, bueno será retratar la escala social de la España visigoda.

LOS GRANDES Y LOS PEQUEÑOS: UNA SOCIEDAD A PUNTO DE ESTALLAR

Es muy importante lo que empieza a pasar ahora, en el reinado de Wamba. Porque de aquí, en efecto, arranca todo lo que vendrá después. Wamba ha identificado el problema —no era el primero en hacerlo— y tratará de ponerle solución, pero se encontrará sin fuerza material para cambiar el curso de las cosas. Si Wamba ha pasado a la historia como el último gran rey goda, es porque puso todo su empeño en construir un poder público. Su fracaso se debió, fundamentalmente, a la rígida estructuración estamental de la sociedad visigoda y al enorme poder personal (privado) acumulado por los magnates del Reino, tanto laicos como eclesiásticos. Y como en este asunto es decisivo entender cómo funcionaba aquella sociedad, vamos a tratar de explicar su estructura.

Señores y siervos

Ante todo: estamos hablando de una sociedad muy rígida. La división en clases o estamentos no atiende solo a la posición económica (incluso esta puede ser secundaria), sino más bien a aquellas «tres funciones» que Dumezil describió como consustanciales a todas las sociedades europeas y que encuentran un eco muy gráfico en el ideal de república de Sócrates: en la cabeza de la comunidad hay una elite rectora de naturaleza sacerdotal y jurídica, en el pecho —siguiendo la figura socrática— anida la fuerza guerrera y protectora, y en el vientre reside el pueblo que produce y

reproduce. En el plano práctico, eso implica la existencia de tres órdenes muy definidos: una aristocracia del conocimiento de la que salen jueces y sacerdotes, una nobleza guerrera de la que salen los reyes y los jefes territoriales y, por último, una amplia masa popular dedicada a los trabajos del comercio, la artesanía o el campo. Prácticamente no hay circulación entre el grupo de los de arriba y el de los de abajo: para un campesino es muy difícil ascender al grupo superior, a su vez estratificado en diferentes segmentos. La religión o la guerra pueden servir de plataforma, pero no es algo habitual. Tampoco la riqueza, en principio, sirve por sí sola para ascender. Por el contrario, la pobreza puede conducir al descenso: es el caso del hombre libre que lo pierde todo y ha de convertirse en siervo, por ejemplo.

En la España visigoda, esa pirámide social se superponía a la de la España romana y el resultado era un paisaje bastante complejo, sobre todo en los estratos superiores. Empecemos por señalar tres grandes grupos: los hombres libres, los siervos y los esclavos. Los primeros son por lo general poseedores de tierras, los segundos trabajan para los primeros y los terceros, literalmente, no cuentan más que como mano de obra. Los hombres libres se clasifican a su vez en distintos estratos en función de su linaje, su oficio y sus propiedades. En la práctica, entre un hombre libre con poder y otro de su misma condición, pero sin poder ni riqueza, hay tanta distancia como entre un señor y un siervo. Esto, insistamos en ello, era común tanto a la sociedad goda como a la romana. La diferencia estaba en el tipo de función que cada cual ocupaba a partir del momento en que nació el

Reino visigodo. El reparto de tierras inicial se hizo a razón de dos tercios para los godos y uno para los romanos. Eso otorgaba a los primeros una posición claramente ventajosa. También los cargos públicos más elevados fueron en su mayoría para los godos. Pero la mayor parte de los grandes terratenientes en determinadas regiones eran fundamentalmente hispanorromanos y, por otra parte, éstos mantenían su propia administración pública en el nivel local.

A medida que las comunidades se fusionaron, como hemos visto páginas atrás, estas diferencias fueron matizándose. En la Hispania romana, en su día, hubo hombres libres de baja condición que pudieron llevar una vida razonablemente cómoda gracias al comercio, pero eso empezó a cambiar con el hundimiento del orden imperial y las grandes transformaciones económicas del país. Del mismo modo, también entre los godos hubo hombres libres que sustentaron su independencia en la pequeña propiedad campesina, pero la perdieron a medida que avanzaba el proceso de acumulación de tierras. A la altura del último tercio del siglo VII, bajo el reinado de Wamba, la pirámide social goda y la romana estaban prácticamente superpuestas. Y había sobre todo dos grandes clases sociales, según la misma tendencia que caracterizó al final de la época imperial: los *honestiores* y los *humiliores*. Los primeros eran la nobleza, cuya honra se daba por supuesta por razones de linaje, y los segundos eran los pobres, los más humildes, los atados a la tierra («humilde» viene de *ad humum*). Esa división se aplicaba incluso al clero.

La nobleza visigoda

Esa nobleza visigoda, trufada ya de elementos hispanorromanos, constituía un mundo en sí misma. Empecemos por lo más alto: los *maiores* («mayores»), que es como se designaba al estamento superior del reino. Los *maiores* acaparaban los cargos más relevantes del gobierno y el ejército. A su vez se estratificaban también en distintas categorías, ya no por estamento social (pues todos pertenecían al mismo), sino por el oficio que desempeñaban en el reino. En la cúspide, los *primates palatii* o dignatarios de palacio, una veintena de personas que ejercía el cargo de conde palatino. Tras ellos, los *seniores gothorum* o *viri illustres*, que es como se llamaba a los que ejercían los empleos de *dux* (duque, jefe militar de un territorio) y *comes* (conde, jefe político-militar de una circunscripción provincial). En tiempos de Wamba había seis duques y unos ochenta condes. También existían *comes* que prestaban servicio en palacio. Y por debajo de éstos, aunque con una gran influencia personal, se hallaban los *gardingos* (de la palabra germánica *wardôn*, que significa «guardar»), y que eran literalmente la guardia pretoriana del rey, un grupo de nobles guerreros vinculados al monarca por relaciones de obediencia personal y que le acompañaban en las campañas militares, le protegían y ejecutaban sus órdenes más inmediatas. Estos *gardingos* se llamaron también *fideles regis*, los fieles del rey, y es un apelativo que volveremos a encontrar después, en los primeros años del Reino de Asturias.

Lo esencial del oficio palatino se ventilaba entre estos *maiores*. Sabemos que, en el gobierno diario de palacio, había tres áreas de la esfera pública regidas por otros tantos

condes: el *comes notariarum*, que llevaba la redacción y el registro de los documentos de la cancillería real; el *comes thesaurorum*, que custodiaba el tesoro real, y el *comes patrimonium*, que administraba el patrimonio regio. Cada uno de ellos contaba con los correspondientes auxiliares, todos de un orden social inferior. Junto a esos tres oficios públicos, había otros tres que atendían a la vida interior de palacio: el *comes spatharium*, que era el jefe de la guardia palaciega, el *comes scanciarum*, que era el intendente responsable de los abastecimientos y la comida, y el *comes stabuli*, encargado de las caballerizas del rey. Una vez más, todos auxiliados por personal de un estrato social más bajo. A éstos se los llamaba *mediocres* o *minoris palatii*.

Los *maiores* eran decisivos en el gobierno del Reino porque componían lo fundamental del Aula Regia, la asamblea donde se tomaban las grandes decisiones. Esta institución existió siempre: primero se llamó «Consejo regio», después «Palacio regio» y por último «Aula Regia». De aquí salía todo: las leyes, las decisiones políticas, las acciones militares, incluso el nombramiento de un nuevo rey. ¿Quién formaba parte del Aula Regia? Por supuesto, todos los *maiores* del oficio palatino. Pero, además, los *seniores* aunque no tuvieran cargo concreto, los *condes* con mando territorial o sin él, los jueces a los que el rey llamara expresamente y los *gardingos*. Los miembros del Aula Regia eran designados por el rey, pero esa libertad de decisión estaba limitada por la simple naturaleza de la política: no era prudente dejar fuera del Aula a determinadas familias de *honestiores* con suficiente poder como para complicarle la vida al monarca. Este, por su parte, compensaba a los

miembros del Aula con bienes y honores, de manera que la posición de los poderosos se fue haciendo cada vez más privilegiada.

Obispos y magnates

Fuera del área de gobierno, pero con una influencia social muy acusada, había otras categorías que englobaban a las personas de alto linaje o abundante fortuna: los *senatores*, los *potentes*, los *magnates* y los *consors*, términos en realidad intercambiables, de significado muy fluido porque fueron superponiéndose con el paso del tiempo, y que designaban a los terratenientes hispanorromanos e hispanogodos. Los hispanorromanos, en concreto, solían llamarse a sí mismos *senatores* porque con frecuencia invocaban un real o supuesto linaje senatorial en el viejo imperio. Todas estas categorías pertenecían al orden romano de los *honestiores*, es decir, la clase alta, pero no eran propiamente *maiores* porque no desempeñaban cargos públicos en el reino. Los obispos de la Iglesia pertenecían también a esta categoría privilegiada.

¿Y cómo podía un obispo convertirse en *magnate*? Por la acumulación de propiedades y de gente dependiente de él. De entrada, era bastante común que los obispos provinieran de linajes acaudalados (entre otras cosas, porque eran los que tenían acceso a la mejor educación). Y una vez en el cargo, los obispos incrementaban su patrimonio por varias vías. Una eran las donaciones de bienes y tierras a la Iglesia, práctica común entre los nobles tanto por piedad como por interés: donar un terreno a la Iglesia y reservarse una parte de los beneficios era una forma de asegurarse de que nadie te confiscaría las tierras. ¿Y estos bienes iban al depósito de

la Iglesia o iban al bolsillo personal del prelado? En principio, a la Iglesia, pero debió de ser muy frecuente que los obispos lo desviarán a su patrimonio personal, y por eso hubo que legislar mucho al respecto.

Otra vía de adquirir poder, muy común en la Iglesia, era sumar clientela. Pongamos un ejemplo: la Iglesia libera a un esclavo, que queda trabajando en una propiedad agraria de un obispado; después, la Iglesia favorece que ese liberto se case con una mujer de condición libre; a partir de ese momento, los bienes y la descendencia del matrimonio pasan a ser dependientes del obispado, al que obedecen y pagan tributo. Porque el poder no consistía solo en acumular oro y tierra, sino también en sumar personas, «clientes», como se los llamaba desde los tiempos de Roma. La palabra «cliente» viene del latín *cluere*, que significa «obedecer», «acatar», y se utilizaba para designar a aquellas personas que, siendo libres, es decir, no esclavos, tenían que ponerse bajo la protección de alguien de rango social y económico superior. De aquí nacerá la institución del «vasallaje» en la Europa feudal.

¿Volvemos al Oficio Palatino? Hemos visto a los *maiores* que gobernaban y a los *minoris* que les auxiliaban. Hemos de ver ahora a los *inferiores*. Importante: no eran *inferiores* socialmente, pues formaban parte también de la nobleza, sino que el nombre obedece al tipo de cargo que desempeñaban dentro de la estructura del Reino. Eran inferiores, por ejemplo, los *thiufadus*, una categoría muy específica del mundo visigodo. Los *thiufadus*, originalmente, eran generales, es decir, jefes de los ejércitos, pero a partir de la militarización de la Administración por Chindasvinto

—si no antes— empezaron a asumir también el cargo de jueces. Por cierto que los jueces propiamente dichos también pertenecían al orden de los *inferiores*.

El origen del feudalismo

Este era el paisaje general de la nobleza, es decir, la clase dominante, en la España visigoda. Contra eso tenía que luchar un rey. El enemigo en casa, podríamos decir. Y en realidad el modelo puede extenderse al resto de Europa en este tiempo. A partir de aquí, se disparó una mecánica cuya nota mayor fue la progresiva acumulación de poder (público) en pocas manos (privadas) que a su vez competían entre sí por hacerse con pedazos cada vez mayores de la tarta. Y de ahí nació la Europa feudal.

El proceso no es difícil de explicar. Un rey es poderoso porque es la cabeza de un pueblo. Normalmente, ha llegado ahí no solo por propios méritos, sino también gracias al concurso de otros que esperan algo en recompensa. Una vez arriba, el rey se rodea de personas que le deben fidelidad y que, a cambio, reciben prerrogativas en forma de riquezas, poder o tierras. Estos fieles usan tales prerrogativas para construir su propio núcleo de poder personal, núcleo que incluye también a sus gentes afectas. Si ese núcleo de poder alcanza una densidad importante, es posible que el fiel deje de serlo para imponer su propio interés singular o, al menos, para asegurarse de que no solo no menguará, sino que crecerá. De entrada, podrá ponerse de acuerdo con otros en su misma situación para proteger sus respectivos patrimonios (y, eventualmente, apropiarse de los patrimonios de otros). A partir de un cierto nivel de poder, estas gentes pueden incluso estar en posición de disputarle

la cabeza al rey o, más frecuentemente, de imponerle condiciones a cambio de su apoyo.

A lo largo de nuestro relato hemos visto numerosas veces situaciones de este tipo en distintos escenarios: la feroz purga del vándalo Genserico sobre los nobles de su propio Reino o, al contrario, el naufragio de los reyes de Austrasia ante la fuerza de su aristocracia. Como mecánica de poder, no es algo exclusivo de los reinos bárbaros, evidentemente: semejantes fuerzas actúan en el consejo de administración de cualquier multinacional de nuestros días (o en el comité de cualquier partido político). La tendencia a la creación de oligarquías es una constante de la vida política en todos los tiempos. En el mundo visigodo, este mismo fenómeno fue acentuándose a medida que el Reino adquiría poder y, con él, una creciente disposición de recursos económicos y humanos para los oligarcas. También en el Imperio bizantino se vivió esa situación.

¿Era posible frenar el proceso de «privatización» del poder? Sí. Los reyes van a intentar dotarse de instrumentos que garanticen la continuidad de lo público: ejércitos propios, una burocracia lo más independiente posible de los magnates del Reino y de la propia clase nobiliaria, la sucesión hereditaria en el trono, etc. Lo hace Eurico, lo hace Leovigildo, lo hace Chindasvinto, lo hace Recesvinto... También Wamba lo intentará por todos los medios. Con frecuencia la Iglesia apoyará este intento de construcción de un poder público, en parte porque es reflejo del concepto teocrático del orden social y en parte porque le interesa para sus propios fines, pero también aquí veremos —ya lo hemos visto— cómo no pocos eclesiásticos de alto rango entran en

el juego del poder privado. Para construir un espacio de poder público es necesario disponer de una capacidad material de decisión lo suficientemente fuerte como para imponerse sobre las ambiciones particulares, sean territoriales o de otro tipo. El Reino visigodo de Toledo demostrará, trágicamente, que carecía de tales recursos.

Trágicamente, sí. Porque trágico fue el destronamiento de Wamba a manos de la oligarquía del reino. Y eso ya no tendría vuelta atrás.

VIII. EL AMARGO FINAL

EL TRIUNFO DE LOS OLIGARCAS

Wamba fue demasiado lejos. Sin duda su ley militar ultrajó muchas sensibilidades. Debió de haber muchos nobles humillados, demasiados bienes confiscados, demasiados obispos pillados *in fraganti* y demasiados siervos haciendo carrera en la Administración de palacio para indignación de una nobleza que se consideraba con derecho a copar todos los resortes del reino. El hecho es que fueron a por Wamba. Y entre los conjurados había gente del círculo más fiel del rey.

La misteriosa tonsura de Wamba

Corren varias versiones sobre la forma en que Wamba fue destronado. La más común dice que el rey fue narcotizado por alguna traidora mano de palacio y, aprovechando tal estado, se le tonsuró como a un clérigo, de manera que quedara inhabilitado para reinar. Otra versión — la que nos da el XII Concilio de Toledo— confirma la tonsura, pero dice que se practicó a petición del propio rey en un momento en el que Wamba se sentía enfermo de muerte. En tal trance, el monarca habría firmado dos documentos de previsión sucesoria: en el primero señalaba al conde Ervigio como su sucesor y en el segundo instaba al obispo Julián de Toledo a ungir lo antes posible al nuevo rey. Prisa, desde luego, sí que hubo: la tonsura de Wamba fue el 14 de octubre de 681, Ervigio fue proclamado rey al día siguiente y una semana después, el 21, ya había recibido

la unción regia en Toledo. Wamba se repuso de la enfermedad, pero ya era demasiado tarde: tuvo que retirarse a un monasterio (el de Monjes Negros de San Vicente, en Pampliega, Burgos) y allí permaneció hasta su muerte en 688.

¿Qué pasó en realidad? La versión oficial, que es la del Concilio, resulta francamente dudosa; no es imposible que el rey, viejo y enfermo, pidiera penitencia, pero llama mucho la atención que Wamba optara por un mecanismo de sucesión tan irregular y, sobre todo, sorprende la urgencia en ejecutarla. Así que, muy posiblemente, se trató de una conjura. Lo difícil es saber qué mano movió los hilos. ¿Julián de Toledo, el obispo, por oposición a las medidas de Wamba sobre el clero y en particular sobre la diócesis toledana? ¿El grupo nobiliario al que pertenecía Ervigio, que quería frenar los propósitos centralizadores del rey? ¿Tal vez una facción rival de Ervigio, y entonces lo que este hizo fue adelantarse con la complicidad de Julián de Toledo? Nunca lo sabremos.

Ervigio era un hombre importante de palacio, un *maior* con oficio de conde, vinculado a la facción nobiliaria de Chindasvinto. Según la tradición, el padre de Ervigio habría sido un alto dignatario de oriente («griego», dicen las fuentes) llamado Ardabasto, que llegó exiliado a España y aquí se casó con una hija de Chindasvinto, Glasiunta. El linaje puede ser más o menos fantasioso, pero de lo que no cabe duda es de que Ervigio formaba parte del núcleo de poder construido por Chindasvinto. Ahora, designado rey por tan extraño procedimiento, su principal preocupación iba a ser frenar la ira de las facciones rivales, que también intentarían sacar el máximo provecho de la nueva situación.

Recordemos que Wamba había sido elegido rey, bien a su pesar, como solución de compromiso para evitar un conflicto mayor entre los grandes del reino. Ahora, muerto el viejo monarca, el conflicto persistía. Y Ervigio lo sabía mejor que nadie.

Más poder para la Iglesia

Las primeras medidas que toma Ervigio en cuanto llega al poder son muy indicativas de lo que estaba pasando. Literalmente, el rey se envuelve en las túnicas del poder eclesiástico: busca ante todo que la Iglesia le legitime. Convoca un concilio en Toledo (el XII) y ante los obispos subraya que el poder del rey viene de Dios. Acto seguido, pide a los obispos que participen con su consejo en el gobierno del Reino. No es una fórmula retórica: el XII Concilio de Toledo otorga a los obispos la facultad de actuar como supervisores de las sentencias judiciales y, aún más, convierte al obispo en instancia suprema de apelación cuyo criterio ha de ser acatado por el juez so pena de graves multas (hasta dos libras de oro). Junto a los privilegios políticos, Ervigio otorga a la Iglesia un nuevo privilegio económico: anula los obispados creados por Wamba, que habían mermado el poder de las diócesis ya existentes. Y un regalo para Julián de Toledo: se reconoce al titular de la diócesis toledana el derecho a consagrar a todos los obispos designados por la corona, lo cual ratifica a Toledo como cabeza de la Iglesia española.



En aquel concilio no solo participaron treinta y ocho obispos y cuatro abades, sino también quince «varones ilustres» del Oficio Palatino, es decir, la crema de la nobleza visigoda. Ervigio tenía mucho interés en exhibir ante los nobles el apoyo del clero y, al mismo tiempo, mostrar que también aquí estaba dispuesto a hacer concesiones. De entrada, se propuso una revisión del Código de Recesvinto en orden a suavizar los castigos previstos para los nobles que incumplieran la ley. Por ejemplo, se suprimieron las leyes que castigaban a los que maltrataran gravemente a sus esclavos. A cambio, el rey fue inflexible en dos líneas políticas que venían de tiempo atrás. La primera, las normas que regían los matrimonios entre las familias nobles, auténtico motor de las alianzas entre los grandes del reino. La segunda, la ley militar. Como se recordará, Chindasvinto ya había intentado controlar la política matrimonial. Ervigio

propondrá ahora dos cosas: una, que ninguna viuda pueda volver a casarse hasta después de un año de la muerte de su primer marido, salvo que el propio rey proponga ese matrimonio; la otra, castigar severamente a los nobles que abandonen a sus mujeres, salvo que medie adulterio. Ambas medidas tenían un único objetivo: que la corona pudiera controlar la conformación de alianzas nobiliarias por vía matrimonial.

El otro asunto en el que Ervigio entró a fondo, la ley militar, resultaba especialmente delicado. La realidad práctica, ya lo hemos visto, era que el rey no podía reclutar un ejército poderoso sin contar con los grandes señores de la tierra, que eran los que tenían hombres en abundancia tanto por sus respectivas clientelas armadas como por la mano de obra sierva o esclava de sus campos. Ahora bien, esa mano de obra era necesaria para que los campos dieran fruto, así que los señores se mostraban muy renuentes a la hora de llevarla al combate, especialmente si se moría allí. Por eso Wamba había llegado al extremo de penar al desobediente con la privación del derecho a testificar, algo de extrema importancia en un entorno social donde la palabra era la expresión del honor y el honor era el rasgo esencial de la nobleza. Ahora Ervigio va a suprimir esa pena, pero va a sustituirla por otras de dureza semejante. El noble que no acuda cuando el rey llame al combate, será exiliado y se le confiscarán sus bienes. Si se trata de gente de rango inferior, entonces la pena será la flagelación, la decalvación y una severa multa que, de no verse satisfecha, conducirá al desobediente a la esclavitud. Y no se trata solo de comparecer en el campo de batalla, sino que además el señor

debe hacerlo al menos con el diez por ciento de sus esclavos y armándolos de su bolsillo; de lo contrario, el rey se quedará con ese diez por ciento. Era enero del año 681.

Y más poder para la nobleza

Después de asegurarse el apoyo de la Iglesia, Ervigio decidió hacer concesiones a la nobleza. Y no solo a la que le era afecta, sino a toda, incluida la que podía serle hostil. Fue en el XIII Concilio de Toledo, en noviembre de 683. No sabemos qué pasó en el tiempo que media entre los dos concilios, pero perfectamente podemos imaginar que las amenazas crecieron hasta lo insoportable. Y podemos imaginar eso porque Ervigio, en este nuevo concilio, hizo especial hincapié en un asunto capital: proteger ante todo a su familia, para lo cual se mostró dispuesto a ejercer una generosidad sin límites. ¿Por ejemplo? Perdón general para todos los que habían participado en la sublevación de Paulo contra Wamba, devolviéndoles el derecho a testificar y reponiéndoles los bienes que les fueron confiscados.

Al concilio le pareció bien lo del perdón, e incluso lo amplió a todos los condenados por traición desde los tiempos de Chindasvinto, pero eso de devolver los bienes ya era harina de otro costal, porque muchos de tales bienes habían ido a parar precisamente a los conspicuos miembros de aquella asamblea o a sus familias. ¿Qué hacer? Que se devolvieran solo aquellos que habían quedado en manos del Tesoro, es decir, de Ervigio. Y Ervigio, dispuesto a todo, también cedió. Y todavía cedió en una cosa más: el concilio proclamó el derecho de los nobles y los eclesiásticos a ser juzgados solo por sus pares y sin que mediaran tortura, encierro ni confiscación previos, colocando así a los

privilegiados en una posición de aún mayor privilegio.

¿Cabía más? ¡Sí! Porque, por si esto fuera poco, allí se decidió que de ahora en adelante los cargos de gobierno, los escalones medios e inferiores del Oficio Palatino, serían desempeñados exclusivamente por los nobles, privando así a los reyes de la posibilidad de ennoblecer a sus funcionarios adictos: hasta aquel momento, era factible que una persona de condición servil que trabajara para el rey en palacio o en la Administración ascendiera al estatuto de nobleza por decisión expresa del monarca, lo cual permitía a este crear una aristocracia de nuevo cuño y fidelidad demostrada. Pero ahora eso se acabó. Resumiendo: después de haber ampliado los privilegios de la Iglesia, Ervigio aumentaba los privilegios de la nobleza. El camino de construcción de un Estado que emprendió Leovigildo se frenaba en seco. El Reino quedaba en manos de la oligarquía.

Es posible que en aquella escena que nos pintaba a Wamba aceptando la corona a regañadientes y a punta de espada hubiera algo de literatura, pero parece indudable que a Ervigio sí le apuntaban las espadas por todas partes, y de una manera muy poco literaria. A cambio de todas sus concesiones, el monarca logró, eso sí, lo que más le interesaba: anatema contra cualquiera que, muerto Ervigio, actuara contra la salud o la vida o los bienes de su viuda (Liuvigoto, se llamaba), hijos, hijas, yernos y nueras. «La misericordia del rey ha mostrado ser tan extraordinaria — dijo el concilio— que obliga a nuestra asamblea reverendísima a promulgar algo que sirva de recompensa a la misericordia real, y aproveche en lo futuro a su regia descendencia».

Hubo todavía un gesto más: en algún momento de estos primeros años de reinado, y para terminar de blindar a su familia contra los linajes enemigos, Ervigio casó a su hija Cixilo con un noble de alguna facción rival, Egica, al que se supone sobrino de Wamba y que ostentaba la condición de *dux* provincial. Egica, en el momento de desposar a Cixilo, juró solemnemente ante Ervigio que en lo sucesivo defendería la vida e intereses de su familia política. Esto, en principio, aseguraba al linaje de Ervigio y a sus aliados una posición de fuerza dentro de la oligarquía que, de hecho, controlaba ya la vida del Reino. No sabía Ervigio hasta qué punto se equivocaba.

ASÍ SE CAE UN CASTILLO DE NAIPES

Sospechas. Intrigas. Turbias asechanzas. Para colmo, años repetidos de malas cosechas. Con las malas cosechas, hambre. Con el hambre, enfermedades y muertes. Los últimos años del reinado de Ervigio fueron muy oscuros. El rey, según se desprende de documentos posteriores, empezó a verse amenazado por todas partes. ¿Más todavía? Sí: hubo más castigos, más purgas, más confiscaciones de bienes. Con todo eso, el malestar de la nobleza creció. Pero si en la cúspide del edificio crecía el malestar, lo que estallaba en la base era simplemente la desesperación. Los pobres no tienen más remedio que vender a los ricos sus escasas posesiones y ponerse bajo su patrocinio, de manera que los terratenientes se hacen más fuertes aún en tierras y en clientela. En situación desesperada, numerosos esclavos huyen de los campos donde trabajan. El fenómeno crece hasta el punto de que Ervigio tiene que dictar medidas severísimas contra los

campesinos que presten ayuda a los fugitivos. A su vez, y para evitar una explosión social, el rey condona los tributos impagados y castiga los abusos de los nobles que sacan provecho de la crisis acaparando las tierras de los pobres. Pero es imposible contentar a todos.

En este momento, además, ocurre algo imprevisto: los moros atacan. Aunque hay confusas noticias de alguna acción anterior, parece que es ahora cuando por primera vez tenemos «moros en la costa». La expansión del islam ha sido vertiginosa en los años anteriores. Aprovechando que tanto el Imperio bizantino como el Imperio persa han quedado exhaustos tras su larguísima y cruenta guerra, las tribus árabes agrupadas en torno al credo de Mahoma se expanden en todas direcciones. Lo que encuentran es un territorio políticamente desarticulado y apenas defendido. La costa norteafricana es territorio de Bizancio, pero Constantinopla, cuyo dominio es más comercial y político que militar, mal puede hacer frente a la ola. En su marcha a través de las ciudades africanas del viejo Imperio romano, los musulmanes conquistan, pactan, ocupan, organizan y suman nuevos reclutas a sus huestes. La Mauritania Tingitana, que es el norte del actual Marruecos, también cae rápida. En algún momento, una primera avanzadilla cruza el estrecho y pasa a la Península. Es derrotada sin gran esfuerzo, pero Toledo toma nota y refuerza las defensas de Iulia Traducta, la actual Algeciras.

En noviembre de 687 Ervigio enferma. Se siente morir. Propone como sucesor a su yerno, Egica. El 15 de noviembre el rey toma los últimos sacramentos. Egica se dispone a subir al trono. Ervigio muere tranquilo: se ha asegurado de

que nadie tocará a su familia y el sucesor, Egica, ha hecho los oportunos juramentos de respeto a la justicia. Pero Ervigio, una vez más, se equivocaba.

El giro de Egica

Egica no tenía la menor intención de mantener cosido el Reino. Sin duda se le presionaba tanto como a Ervigio, pero Egica tenía otro carácter. Apenas seis meses después de subir al trono, en mayo de 688, convocó el XV Concilio de Toledo. Allí el nuevo rey planteó a los obispos un dilema bastante indecente: «Me habéis hecho jurar que respetaré a la familia de Ervigio —vino a decir—, y yo cumpliré mi palabra, pero también me habéis hecho jurar que no denegaré la justicia al pueblo, y también quiero cumplir mi palabra. ¿Pero cómo honrar a la justicia y al mismo tiempo respetar a la descendencia de Ervigio, cuando esta ha hecho tanto mal al pueblo?». Egica pidió a los obispos que le liberaran de alguno de los dos juramentos, pues no podía cumplir los dos a la vez. La intención del monarca era evidente. Los obispos, navegando sobre un mar que amenazaba fuerte marejada, contestaron con otra sutileza: el bien común —dijeron al rey— es más importante que el de una sola familia, pero eso no impedía velar por el bienestar de los descendientes de Ervigio. Egica se quedó con un palmo de narices, pero no renunciaría a sus propósitos.

¿Qué hizo Egica? Esperar. En Toledo había un hombre cuya influencia se había convertido en un freno para las aspiraciones del nuevo rey: el obispo Julián. Pero Julián de Toledo falleció en marzo de 690 y Egica se vio libre de ataduras. De entrada, debió de ser en este periodo cuando repudió a su esposa, Cixilo, hija de Ervigio: era una clara

muestra de distancia hacia las componendas de las grandes familias del Reino. Enseguida convocó un concilio en Zaragoza —noviembre de 691— y allí hizo aprobar una ley por la que las viudas de los reyes debían ingresar en un convento en cuanto murieran sus esposos. ¿Por qué? Para protegerlas, decía Egica. Quizá tenía razón. El hecho es que así Liuvigoto, la viuda de Ervigio, se vio convertida en monja. Sin esposa y sin suegra, Egica rompía sus últimos lazos con la facción rival.

Es muy difícil saber lo que estaba pasando dentro del Reino de Toledo, porque nos falta un cronista, pero podemos imaginar la situación como una guerra de todos contra todos. Si Ervigio representó los intereses de la familia de Chindasvinto y sus aliados, Egica daba voz ahora a las ambiciones de la familia de Wamba y sus próximos. En medio de esa pelea de grandes linajes, los demás nobles tratan de mantener sus propios privilegios en un ejercicio que podemos definir con el tópico «nadar y guardar la ropa». Tampoco era fácil para un rey entrar a saco en los complicadísimos equilibrios del poder toledano. Los nobles que firman con Egica en el XV Concilio de Toledo son prácticamente los mismos que habían firmado con Ervigio en el concilio anterior. Eso quiere decir que el poder del rey era ya limitadísimo a la hora de cambiar al personal de palacio, es decir, los cargos de gobierno, que dependían fundamentalmente de los enjuagues entre facciones nobiliarias. Lo mismo estaba ocurriendo en el seno de la Iglesia, donde los obispos con más poder —por ejemplo, el decisivo de Toledo— actuaban como una fuerza más en esa especie de conflicto universal que era la corte visigoda. Es

interesante señalar que en el mencionado concilio de Zaragoza el rey propuso medidas para limitar el enriquecimiento del alto clero, que estaba sumando cada vez más gentes a sus clientelas personales.

No hay mal que por bien no venga

Precisamente de la diócesis de Toledo vino la siguiente rebelión contra la corona. A mediados de 692, el nuevo obispo toledano (y primado de España), Sisberto, unge rey al noble Suniefredo y se apodera de la capital. Es un golpe de Estado. ¿Dónde está Egica? Muy posiblemente, en el norte, en cualquier campaña contra los francos, pues sabemos que en esta época hubo al menos tres ataques francos en la Septimania visigoda y que, por cierto, las armas toledanas no pudieron afrontar con excesivo éxito. Suniefredo y Sisberto se hacen fuertes en la capital y buscan apoyo en otros nobles. Conocemos algunos nombres de la conspiración: Frogellios, Teodomiro, Liuvila, Tecla... Suniefredo llega incluso a acuñar moneda intitulándose rey.

La conspiración tuvo muy corto recorrido: sin duda eran muchos los que querían acabar con Egica, pero no para poner a otro en su lugar, sino para aumentar cada cual su propio poder. Egica, por su parte, reaccionaría con la habitual promesa de nuevos privilegios para quien le echara una mano en la recuperación del trono. El hecho es que muy pocos meses después, a principios de 693, Egica está ya en Toledo con un ejército que le permite sofocar la rebelión. Como no hay mal que por bien no venga, el rey aprovecha para dar el golpe de gracia a la facción rival: ha sido la familia de Ervigio —denuncia— la que ha movido la conspiración. Seguramente no era del todo verdad, pero a

Egica aquello le vino de perlas para «limpiar» el Oficio Palatino y aumentar su propio poder. Nadie sabe qué fue del rebelde Suniefredo. En cuanto al obispo Sisberto, fue secularizado, excomulgado, privado de sus bienes y desterrado. En su triste destierro, según parece, se dedicó a escribir. Al menos, la tradición le atribuye tres obras de inequívoco arrepentimiento: *Lamento de la penitencia*, *Exhortación a la penitencia* y *Oración para la corrección de la vida*. Por lo demás, nadie sabe cómo ni cuándo murió el desdichado Sisberto.

La condena de Sisberto no fue una decisión discrecional del rey. Como era obispo, la sentencia tenía que pasar por el derecho canónico, lo cual requería la convocatoria de un concilio. No otra cosa deseaba Egica, que tenía ahora la oportunidad de hacer lo que tanto tiempo llevaba intentando. Fue el XVI Concilio de Toledo, en mayo de 693. De paso, el rey propuso otras medidas que venían a reforzar su autoridad: prohibición de cualesquiera otros juramentos que no fueran el de fidelidad al rey, orden de protección a la familia y descendientes del propio Egica (un clásico a estas alturas), prohibición de que los obispados succionaran las rentas de las iglesias rurales, nombramiento directo de algunos obispos (Sisberto se lo había puesto en bandeja), etc. En suma, Egica trataba de explotar al máximo una situación excepcional para afianzar un poco más el poder de una corona que acababa de quedar gravemente en entredicho.

Es muy relevante esa cuestión de los juramentos, porque pone el dedo en la llaga —y nunca mejor dicho— que estaba infectando al Reino: los vínculos privados personales empezaban a pesar más que los vínculos públicos con la

Corona. Había demasiada gente cuya supervivencia dependía de su fidelidad personal a un noble laico o eclesiástico. La ritualización de ese vínculo a través de un juramento convertía el compromiso en algo de naturaleza casi sagrada. Y al rey también se le juraba fidelidad, por supuesto, pero el rey estaba muy lejos, mientras que al señor se le veía todos los días. Que Egica decidiera prohibir tales lazos es muy revelador porque indica que esa era ya la forma habitual de articulación social en la España visigoda. Y como en tantas otras cosas, la realidad demostraría que las pretensiones del rey iban a quedarse en papel mojado.

Hierro y peste

Otro dato de importancia: el XVI Concilio contó con muy pocos representantes del Oficio Palatino, y casi todos —diez de dieciséis— eran nuevos: sin duda Egica había aprovechado para purgar a fondo la corte, y no era para menos, rellenando los huecos con gente de su cuerda. No es difícil adivinar cómo: los que le ayudaron a sofocar la rebelión de Suniefredo se quedaron con los bienes de los vencidos. La política de confiscaciones masivas sirvió para engordar a la facción afín al rey. El carácter cruento de la operación queda acreditado por lo que pocos años después dirá la Crónica Mozárabe: que Egica «castigó a los godos con dura muerte».

En aquel XVI Concilio ocurrió además algo que merece comentario aparte, porque era objetivamente muy grave: los obispos de la Narbonense no pudieron acudir porque una epidemia de peste estaba diezmando a la población. La acumulación de malas cosechas, hambre y enfermedades habían terminado estallando en forma de epidemia. Tan

grave debió de ser que, por una vez, la Corona decidió que la Narbonense quedaría exenta de ciertas órdenes regias sobre fiscalidad e incluso de las ya habituales medidas contra los judíos —que, por cierto, en el resto del país iban a recrudecerse hasta el paroxismo—. La Narbonense acababa de ser escenario de alguna incursión franca. Podemos sumar eso al cuadro: hambre, desolación, pobreza, muerte, guerra, enfermedad... el apocalipsis, en suma. El Reino de Toledo se estaba cayendo como un castillo de naipes.

SOMBRAS TENEBROSAS SOBRE EL REINO DE TOLEDO

Es aquí, en estos años finales del siglo VII, cuando se fragua la caída del Reino de Toledo. La titánica tarea de Leovigildo y sus sucesores para construir un Estado empieza a borrarse del horizonte. ¿Por qué? Las cosas no tienen una sola causa, sino que todo pasa y pesa a la vez. La fragmentación del poder ya es un hecho: la Corona no tiene, materialmente, los medios precisos para organizar la riqueza, imponer la autoridad y controlar el territorio. ¿Quién tiene los medios? Los señoríos territoriales. Cada uno de ellos intenta sacar el máximo partido de la situación y al rey no le queda otra opción que someterse a ese estado de cosas. Aún más, los reyes, lejos de encarnar un poder público distinto al de los nobles, se comportarán como señores privados tratando de obtener el mayor beneficio para sus propios linajes y aliados. Y cuando vienen mal dadas —un periodo de malas cosechas, por ejemplo—, entonces lo que se produce es un «sálvese quien pueda»: los ricos acaparan lo poco que hay y los pobres se quedan literalmente sin nada. Consecuencias: los ricos pelean entre

sí por quedarse con la mejor parte, mientras los pobres tratan de escapar a la muerte vendiéndose como esclavos... de los ricos.

Apocalipsis

Ahora bien, el esclavo solo salva la vida si el amo le da de comer; si no, lo que le espera es la muerte. Cuando las malas cosechas se repiten, las posibilidades de supervivencia descienden y en lo último que piensa el amo es en quitarse la comida de la boca para dársela al siervo. Entonces los esclavos empiezan a fugarse. ¿Qué hacer? Endurecer las penas para el esclavo fugitivo y para quien le acoja o preste ayuda, como hizo Egica. Pero amenazar con la muerte a quien se está muriendo no es el mejor modo de retenerle en casa, de manera que las fugas se multiplican. Por otro lado, muchos de esos fugitivos son esclavos nuevos, gente que hasta poco tiempo atrás ha tenido su casa en su pueblo, una comunidad que le conoce y que le podrá proteger. Egica impondrá castigos colectivos para las poblaciones donde alguien acoja a un esclavo fugado. Es el tipo de medida que, en una situación de desesperación y hambre, solo genera rencor y cólera. La autoridad aparece como injusticia y la conflictividad social se multiplica.

¿Qué está pasando? ¿Por qué Dios nos ha abandonado? Porque en algo le estamos ofendiendo. ¿En qué? Herejes. En el Reino sigue habiendo herejes. Los arrianos ya no existen formalmente, pero ahí siguen estando los judíos, a pesar de las innumerables leyes de todo género adoptadas contra ellos. Egica las recrudece. En noviembre de 694 convoca el XVII Concilio de Toledo. La asamblea decreta que en todas partes se rece todos los meses por la remisión de los pecados

de la nación visigoda. Significativamente, el mismo concilio decide medidas absolutamente draconianas contra los judíos: todo judío que no se convierta al cristianismo verá sus bienes confiscados y será reducido a la esclavitud. Los bienes en cuestión serían repartidos entre los nobles del partido de Egica y los esclavos se dispersarían por todo el Reino. Tan brutal legislación argüía un motivo político de grueso calibre: los judíos españoles estarían conspirando con sus correligionarios del norte de África para provocar la caída de la monarquía visigoda. No podemos saber si la acusación es verdadera o falsa. Por un lado, ningún documento la avala; por otro, no tendría nada de extraño que una comunidad sistemáticamente perseguida por la Corona tratara de derrocar a su perseguidor.

Fue tal vez este clima de hundimiento general, con tonos apocalípticos, lo que llevó a Egica a tratar de afianzar su poder, una operación que ya no pasaba tanto por controlar los resortes del Estado como por consolidar las alianzas sobre las que se sostenía la Corona. Hacia el año 694 el rey asocia al trono a su hijo Witiza. Sí, el famoso canon 75 decía otra cosa, pero, a estas alturas, el poder respondía a criterios muy poco canónicos. Al mismo tiempo, la repudiada reina Cixilo, la hija de Ervigio, vuelve a aparecer en los documentos, señal inequívoca de su rehabilitación política. Probablemente Egica pensó que, después de sus sucesivas purgas, y en una situación de crisis generalizada como la que vivía el reino, estaba ya en condiciones de construir su propio grupo de poder con su familia, sus aliados, los supervivientes de su familia política y cuantos otros nobles pudieran darle apoyo. Así Witiza se estrena en nuestra

historia: un joven de muy corta edad, que seguro era hijo de Cixilo, sino de un matrimonio anterior del monarca, y que ahora iba a aprender a ser rey desde la posición de *dux* en Galicia, con sede en Tuy. Fue allí donde, según una fuente tardía, el joven Witiza, encaprichado de la mujer del duque Favila, disputó con este y le rompió un bastón en la cabeza causándole la muerte. El hijo del tal Favila se llamaba Pelayo.

La cuestión es que ninguna de las medidas de Egica pudo disipar las sombras tenebrosas que envolvían al Reino visigodo. Hacia 698 hay un nuevo sobresalto: un desembarco bizantino en Levante, posiblemente protagonizado por las tropas imperiales que se retiraban del norte de África ante el avance musulmán. El desembarco fue desmantelado por el *dux* de la provincia, Teodomiro. Inmediatamente después, la peste que se había declarado en la Narbonense, siguiendo implacable su camino hacia el sur, llegó a Toledo. Tan grave fue el brote que la familia real abandonó la ciudad. Y por si faltaba algo, estalla una conjura para poner en el trono al noble Teodofredo, hijo de Recesvinto y, por tanto, miembro de la facción de Chindasvinto. Egica descubrió a tiempo la conspiración, hizo prender a Teodofredo y ordenó que le sacaran los ojos. Teodofredo se retiró a Córdoba acompañado de un hijo suyo: se llamaba Rodrigo. Peste, guerra, hambre, lucha encarnizada entre los grandes del Reino y desesperanza entre los pequeños... Egica murió a finales del año 702. Lo que dejaba detrás era desolador.

La imposible reconciliación

Witiza, el heredero, subió al trono y debió de sentir mareos. Es muy posible que convocara un concilio, el XVIII

de Toledo, pero las actas de este se perdieron para siempre, de manera que ni siquiera sabemos la fecha exacta de su celebración. La opacidad documental hace aún más oscuro este periodo de sombras tenebrosas. En cualquier caso, y por testimonios inmediatamente posteriores, sabemos que Witiza emprendió una acelerada política de reconciliación interior: amnistía para los condenados bajo el reinado de su padre, devolución masiva de bienes a los que habían sufrido expropiación, reposición en sus cargos de los expulsados del Oficio Palatino, quema pública de las deudas con el Tesoro, compensación para los desterrados, devolución al tesoro real de los bienes que Egica se había apropiado... Una especie de borrón y cuenta nueva. ¿Un rey débil, sometido a las presiones de los linajes nobiliarios? Es posible. Pero también es posible que, simplemente, el Reino no pudiera permitirse ninguna otra política después de una década de malas cosechas y hambrunas. Consta que en 707 y 709 volvió el hambre a los campos, y que la peste rebrotó en esos años. En un paisaje así, ¿qué otra cosa hacer sino tratar de cerrar frentes?

Hay que decir que, fuera de España, el paisaje no era mucho mejor. E incluso era peor. El Reino de los Francos, por ejemplo, llevaba años sumido en una crisis permanente: los reyes merovingios habían sido desposeídos de todo poder efectivo («reyes holgazanes», se los llamó) y quienes cortaban el bacalao eran los mayordomos de palacio, suerte de primeros ministros cuya esencial función consistía en arbitrar los intereses de las distintas facciones nobiliarias. En Italia, el Reino lombardo (o longobardo) sufría una ininterrumpida serie de luchas político-religiosas entre

arrianos y católicos que a su vez hacían eco a los antagonismos entre señoríos territoriales. El Imperio Bizantino, por su parte, solo tímidamente comenzaba a recuperarse de su agotadora guerra con Persia, pero había visto cómo se le independizaba el Reino de Bulgaria mientras distintos pueblos eslavos se asentaban en los Balcanes, y ya se preparaba para una nueva convulsión por la guerra abierta entre el patriarcado de Constantinopla y los poderosos monasterios provinciales. Decididamente, las sombras tenebrosas estaban por todas partes, y no solo en el Reino de Toledo.

Inversamente, en el sur se alzaba un poder avasallador. Unificados y disciplinados por una misión político-religiosa, el islam, los árabes sacaban el máximo partido de las debilidades ajenas e incorporaban a sus propias filas a los fragmentos rotos del viejo mundo imperial. Bizancio a duras penas pudo repeler una agresión naval musulmana: si la frenó, fue gracias al alarde tecnológico del «fuego griego», que desmanteló la flota enemiga cuando la propia Constantinopla estaba al borde del abismo. En lo demás, la expansión del islam estaba siendo prodigiosa. Entre 632 y 633 habían caído todos los territorios del sur de la península arábiga, desde los actuales Emiratos hasta Yemen. Entre 635 y 636 las huestes de Medina llegan a Irak y a las posesiones de los persas, desde Seleucia hasta Basora. En el noroeste, en 635 están en Damasco, al año siguiente ponen sitio a Jerusalén (caerá en 638), en 637 llegan hasta Aleppo y Antioquía, en Siria, y a partir de 639 cruzan el Sinaí para apoderarse de Heliópolis y Alejandría, ya en Egipto, en 641. Enseguida la caída simultánea del poder bizantino en Egipto

y del control persa en Irak permitirá a los musulmanes extenderse hasta Libia, por el oeste, y hasta Afganistán por el este. Y todo eso en apenas veinte años desde la muerte de Mahoma.

El islam llega al Atlántico

La ola islámica alcanzó el océano Atlántico a la altura del año 682. El bravo Uqba ibn Nafi, uno de los grandes jefes de guerra musulmanes, llegó a la costa occidental de Marruecos más o menos donde hoy está Agadir, penetró en el agua con su caballo y proclamó ante Alá que ya no había más tierra al oeste. En su avance había creado a lo largo de la costa norteafricana una red de puntos de abastecimiento y control que le permitió mover continuamente a los ejércitos que reclutaba en Egipto. Estos puestos actuaban como nudos de una red: eran al mismo tiempo bases de avituallamiento, guarniciones militares, gobernaciones políticas, focos de cultura árabe en un entorno en su mayoría bereber o bizantino y, por supuesto, funcionaban también como centros de predicación del islam. Uqba era un tipo implacable: no solo impuso sobre las poblaciones locales el acostumbrado tributo de capitación, sino que además se apropió de un numeroso contingente de esclavos y tenía por costumbre mutilar a sus enemigos a modo de escarmiento. Desde estas bases se organizó una estructura de dominación que en la práctica era un emirato. El Magreb ya era por entero musulmán.

La población autóctona, mayoritariamente bereber, abrazó la nueva fe sin grandes resistencias: aquí, como antes en Arabia o en Egipto, el país era un conjunto desarticulado de poderes locales sin fuerza suficiente para vertebrar una

entidad política. Eso no quiere decir que no hubiera resistencias: tierra adentro, en las montañas y los bosques, los bereberes eran dueños del campo. Estas tribus bereberes, formalmente cristianas, habían llegado a un cierto tipo de pacto de convivencia con los bizantinos, como antes con los romanos y los griegos: aceptaban su supremacía política, contribuían a la red económica del Imperio y comerciaban con los agentes de Bizancio, a cambio de una amplísima libertad para vivir a su aire. Pero la llegada de los musulmanes, con sus exigencias de sumisión religiosa, política y económica, lo cambió todo.

En el oeste de la actual Argelia, un caudillo local, Kusaila, rey de su pueblo, alineó un ejército de bereberes y romanos y emboscó a los árabes en Biskra. En aquella batalla murió el bravo e implacable Uqba. Pero la red de guarniciones creada por el propio Uqba funcionó bien: enseguida pudieron los musulmanes reunir tropas con las que aplastar literalmente a las escasas huestes de Kusaila, que murió en combate en la batalla de Meskiana. Una mujer recogió entonces el testigo: Dihia, llamada «la Kahena». De esta enigmática Dihia se dice que era viuda de un rey o tal vez sacerdotisa de su pueblo. Dihia organizó un ejército, hizo frente a los árabes y los derrotó en dos ocasiones obligándoles a retroceder hasta Libia. Para no perderse literalmente en el desierto, los musulmanes optaron por hacerse fuertes en Túnez tomando la vieja ciudad de Cartago, que aún permanecía en manos bizantinas. Desde allí contraatacaron.

Dihia, convencida de que los árabes solo querían las riquezas agrarias de su país, decidió disuadirles con una táctica de tierra quemada: lo destruyó todo a su alrededor.

Con ello firmó su sentencia de muerte, pues los campesinos no solo dejaron de brindarle su apoyo, sino que, aún peor, pidieron socorro a los musulmanes, y el dato da fe de hasta qué punto aquellos anchísimos territorios carecían de una vertebración política eficiente. Naturalmente, los árabes acudieron a la llamada. Dihia terminó sitiada en la ciudad de Tarfa, dio allí su última batalla y en ella murió. El islam encontraba expedito el paso para la ocupación efectiva de todo el Magreb. Al sur del Estrecho se dibujaban más sombras tenebrosas.

AL OTRO LADO DEL ESTRECHO

No sabemos cómo se tomó Toledo la aparición del poder musulmán en la Mauritania; no lo sabemos porque nadie dejó constancia de ello. Pero la mera lectura de los hechos demuestra que Toledo no estaba ya en condiciones de plantear una resistencia decisiva. Muy pocos años atrás, las armas visigodas, incluso en situación de crisis interior, habían sido capaces de frenar un desembarco musulmán y otro de fuerzas bizantinas. Ahora, no: ahora Toledo carecía de los recursos precisos para mantener el control sobre sus posesiones del norte de África. Cosa, por otra parte, nada sorprendente en un Reino que estaba viviendo simultáneamente sucesivos brotes de peste, hambrunas reiteradas, una conflictividad social creciente y un fenómeno irreversible de fragmentación del poder central de la Corona.

El frágil Magreb

Por su lado, los musulmanes se organizaban en el territorio recién conquistado. En 705 hereda el califato de Damasco Walid I, y enseguida decide separar de Egipto las

regiones bereberes para formar con ellas una nueva provincia: Ifriquiya, que quiere decir «África». ¿Quién gobernará esta nueva provincia? Muza ibn Nusair, de linaje yemení: el célebre «moro Muza». Y como jefe militar, su brazo derecho, Tarik ibn Ziyad. En principio la misión de Muza era exclusivamente una: sofocar las revueltas bereberes, cosa que hizo con una contundente mezcla de mano dura —aniquilando tribus enteras— y diplomacia —tomando como rehenes a los hijos de los jefes tribales—. Como antes en Arabia o en Egipto, los musulmanes sacaron todo el partido posible de la desarticulación del territorio.

Toda esta región, el enorme Magreb, no era tierra vacía. Aquí habían estado la Numidia y las dos Mauritancias (la Tingitana y la Cesarense), algunos de los territorios más prósperos de la vieja Roma. De aquí había salido uno de los grandes sabios y santos de la Antigüedad cristiano-romana, san Agustín de Hipona (la actual Annaba, en el este de Argelia). Aunque la caída del Imperio romano y la llegada de los bárbaros redujo todo aquello a cenizas, la influencia bizantina y visigoda había preservado buena parte del antiguo esplendor. Era una tierra rica y llena de promesas. Para los árabes, un paraíso.

¿Quién mandaba allí? En realidad, nadie. En el este del Magreb, la actual Argelia, el poder bizantino se circunscribía a puntos costeros. El interior del país era una suerte de mundo sin orden ni ley, sometido a la voluntad —habitualmente conflictiva— de los reyezuelos locales. ¿Qué era lo que más temían los habitantes de las ciudades? La rapiña de las tribus nómadas. Los bizantinos ofrecían su protección contra los saqueadores, pero, a estas alturas,

Bizancio ya podía ofrecer muy poco. Los pueblos del interior necesitaban otro guardián. En consecuencia, los musulmanes se apresuraron a poner bajo su protección — militar, política y religiosa— cuantas ciudades encuentren a su paso a cambio de una conversión formal de sus habitantes al islam.

Más al oeste, en lo que hoy es Marruecos, la situación era sensiblemente distinta: el territorio no estaba mucho más organizado, pero había un poder distinto que mantenía las cosas bajo control. Ese poder era el de nuestros visigodos. La Mauritania Tingitana, en efecto, era tierra española, si se permite la expresión. Esta provincia, que tenía su capital en Tingis, la actual Tánger, era comúnmente llamada Hispania Transfretana o Hispania Ulterior y desde antiguo había dependido políticamente de la Península. En los estertores del Imperio romano llegaron allí los vándalos, después la recuperaron los godos de Alarico, más tarde pasó a manos de los bizantinos, los visigodos volvieron a hacerse de nuevo con el territorio en el reinado de Sisebuto, a mediados del siglo VII, y así permanecía en el momento de nuestro relato. Pero cuando llegan las primeras oleadas musulmanas, a comienzos del siglo VIII, la situación se había hecho muy precaria: Tingis era un islote medio godo y medio romano rodeado de tribus hostiles. Nadie tenía poder suficiente para controlar las comunicaciones con Ceuta, que era la puerta de la Hispania peninsular. Pero Muza sabrá cómo hacerlo.

Muza tenía lo que los visigodos echaban en falta: fuerza militar. Hasta ese momento, las cabalgadas musulmanas se circunscribían por fuerza al sur de los dominios hispanos: es la estampa de Uqba en las playas de Agadir. Ahora, por el

contrario, era posible marchar hacia el norte. Tingis cae sin remedio. Su gobernador, «el bárbaro Ilian» en las crónicas moras, don Julián en las españolas, se refugia en Ceuta. Era el año 708.

Desastre tras desastre

¿Qué estaba pasando en el Reino de Toledo en este momento? Desastre tras desastre. Consta que hubo sucesivas hambrunas por las malas cosechas en los años 707 y 709. También consta que las medidas conciliadoras de Witiza no sirvieron para gran cosa, porque el grado de ruptura interna era ya tan acentuado que cualquier medida en beneficio de una facción era percibida como un agravio por las otras, y cualquier intento de satisfacer a los agraviados solo servía para agraviar a los primeros. Rodrigo, el hijo del cegado Teodofredo, fue elevado al rango de *dux* de la Bética, compensación que solo sirvió para excitar el ánimo vindicativo del clan beneficiado y la irritación de los demás.

Hay un último elemento en el reinado de Witiza que debe ser tratado con la mayor atención, a pesar de lo complicado que resulta interpretar los hechos por lo insuficiente de los datos documentales. Se trata de la crisis que vivió también la Iglesia, crisis a la que el rey no fue ajeno. La *Crónica Mozárabe* de 754 dice que Witiza instigó al obispo de Toledo, Sinderedo, a «ofender continuamente a hombres santos e ilustres de la Iglesia». No es poca cosa para una crónica que, por lo general, reserva a Witiza comentarios elogiosos. ¿Qué es esa «instigación» del rey contra los eclesiásticos? Siglo y medio después, la versión sebastianense de la *Crónica de Alfonso III* nos añade que

Witiza, «infame y disoluto en sus costumbres, como el caballo y la mula, que no tienen entendimiento», rodeado de concubinas, «ordenó a obispos, sacerdotes y diáconos que tuviesen esposas», y «disolvió los concilios, ocultó los cánones y pervirtió todo el orden religioso». Acusaciones de enorme alcance en un reino que había hecho de la ortodoxia católica su seña de identidad. ¿Qué pasó realmente?

Hoy los historiadores tienden a pensar que toda esta polémica religiosa tiene que ver con el misterioso XVIII Concilio de Toledo, precisamente ese cuyas actas nadie conservó. Y hay quien sostiene que la clave del misterio está en Constantinopla y, más precisamente, en la Sala de los Trullos del palacio imperial. A los concilios allí celebrados se los llamaba «concilios trullanos», y uno de ellos, el del año 692, llamado también «Quinisexto» porque ampliaba los contenidos de los concilios V y VI, tocó un tema delicadísimo: el del celibato sacerdotal. ¿Qué decidió el Concilio Quinisexto? Permitir el matrimonio para presbíteros, subdiáconos y diáconos, pero mantener el celibato para monjes y obispos. Esa norma fue recogida en lo sucesivo en la Iglesia ortodoxa u oriental (por eso los obispos ortodoxos son siempre monjes y célibes, mientras los sacerdotes se pueden casar), pero la Iglesia de Roma no la aceptó jamás, y de hecho nunca ha dado validez al tal Concilio Quinisexto. La pregunta es: ¿trató nuestro enigmático XVIII Concilio toledano de trasponer las normas del Quinisexto sobre celibato sacerdotal? ¿Es a eso a lo que se refieren las crónicas cuando reprochan a Witiza el «ordenar a los sacerdotes que tuvieran esposas», «pervertir el orden religioso» y, por vía del obispo Sinderedo, «ofender

a hombres santos e ilustres de la Iglesia»? No podemos saberlo, pero la hipótesis es, por lo menos, digna de ser tenida en cuenta. Y en todo caso, los indicios que nos dejaron los antiguos apuntan claramente a una seria crisis en el seno de la Iglesia visigoda.

La «tumultuosa invasión» de Rodrigo

¿Podían ir las cosas peor? Sí. Porque entonces se murió Witiza. Corría el año 710. ¿Y cuántos años tenía entonces Witiza? ¿Y de qué murió? ¿Acaso lo mataron? Nadie lo sabe. El hundimiento del Reino visigodo viene envuelto en una nube de incertidumbre donde los pocos datos fidedignos que tenemos se trenzan con reconstrucciones posteriores y leyendas populares. Pongamos que Witiza era hijo del matrimonio de Egica con Cixilo. En ese caso habría nacido en torno a 684 y en el momento de su muerte apenas tendría veinticinco años. También podía ser hijo de un matrimonio anterior de su padre, que es lo más posible, pero eso no consta en ninguna parte y, por otro lado, tampoco esta circunstancia le haría mucho más mayor. ¿Treinta y cinco años como mucho? Demasiado joven para morir. Aunque nada permite asegurarlo con certeza, la hipótesis de la muerte violenta no es descabellada. Menos descabellada aun cuando uno lee lo que dice la *Crónica Mozárabe*, escrita apenas cuarenta años después de estos sucesos: a la muerte de Witiza, Rodrigo «invadió tumultuosamente el reino con el respaldo del Senado». A Rodrigo ya lo conocemos: ese *dux* de la Bética, hijo del represaliado Teodofredo. El «Senado» al que se refiere el cronista es, según los usos de la época, la asamblea de los nobles palatinos y las autoridades eclesiásticas. Y la clave está en esa otra fórmula: «Invadió

tumultuosamente».

¿Qué quiere decir que Rodrigo «invadió tumultuosamente» el reino? Quiere decir que se hizo con el poder de manera violenta; quizá no ilegítima, pero sí en un contexto de tenso conflicto, muy a tono con las circunstancias que el Reino de Toledo vivía desde al menos quince años atrás. Fuera cual fuere el procedimiento, el hecho es que Rodrigo fue elevado al trono y ungido, y de inmediato surgieron rebeliones nobiliarias en otras regiones del país, como era de esperar. Dice una leyenda árabe —lo cuenta Ibn al-Qutiyya— que Rodrigo, en su sede toledana, entró en la Cueva de Hércules y abrió el arcón prohibido, donde vio la imagen de los sarracenos invadiendo España. Dice otra leyenda, al parecer de origen egipcio pero recogida por nuestro *Romancero*, que Rodrigo se enamoró de Florinda, hija del gobernador de Ceuta, don Julián, y aprovechando que la muchacha estaba en Toledo, la forzó, razón por la cual Julián, en venganza, trajo a los musulmanes a España. Todo esto, por supuesto, es folclore y ni siquiera lejanamente se le puede suponer una base real. Lo que sí es real es que el bando de Witiza y Egica se tomó muy mal la coronación de Rodrigo y enseguida hubo un levantamiento. El último levantamiento.

En realidad, en Toledo no estaba ocurriendo nada que no hubiera pasado antes, cuando la conjura contra Wamba o cuando la sublevación de Sisenando. Tampoco nada que no estuviera sucediendo en otros reinos de Europa. La diferencia es que, ahora, había alguien esperando al otro lado del Estrecho para aprovechar la oportunidad.

Año 710. El Reino de Toledo entra en un túnel oscuro. Algo semejante a una nube de polvo —o tal vez de arena... del desierto— cubre al mundo visigodo. Lo poco que sabemos, frecuentemente contradictorio, nos llega a través de crónicas posteriores a los hechos: la transmisión oral mozárabe, la reconstrucción elaborada en las crónicas asturianas, las narraciones musulmanas, tales o cuales ecos aislados en documentos de otras partes de Europa... Nos movemos en un mapa de incertidumbres. Mira uno el paisaje, negro de noche, y de repente aparece un destello aquí, otro allá... Esos destellos iluminan fugazmente el cuadro y nos permiten ver, siquiera un instante, una parte de la realidad. No toda, pero lo suficiente para ir atando cabos. Las cosas pudieron suceder así:

Oppas, Agila, Muza y don Julián

La designación de Rodrigo como rey ha levantado una ola de disidencia. La posición del rey es fuerte en Toledo, la Bética y Lusitania, pero más allá cunde la oposición. En Sevilla, los familiares de Witiza se mueven entre la nobleza del reino; ponen sus ojos en Oppas, un hermano del rey difunto. En el norte, mientras tanto, un hombre se levanta en armas; se llama Agila y se intitula rey: Agila II. Cierta tradición le hace hijo de Witiza. No es tal. Aún más: nada permite asegurar que cuente con el apoyo de los conspiradores witizianos. Pero el rumor da una idea de la confusión que se ha apoderado del reino. Este Agila II se hace fuerte en la Tarraconense y la Septimania: curiosamente, es la misma coalición de intereses territoriales a la que en su día tuvo que enfrentarse Wamba. Y Agila está

dispuesto a todo. Lo sabemos porque de inmediato empieza a acuñar moneda en grandes cantidades, señal inequívoca de que tiene que pagar a un ejército. ¿Para qué quiere Agila un ejército? Para guerrear por el trono.

Simultáneamente, en el sur del Estrecho se acuñan más monedas destinadas a pagar otro ejército: el de los musulmanes. Muza ya ha tomado la decisión y ahora descubre el momento propicio. Está bien informado. ¿Por qué? Porque alguien le está informando. ¿Quién? Aquí aparece de nuevo el famoso don Julián. Según las distintas crónicas, este personaje adquiere un nombre u otro. Parece que su verdadero nombre era Urbano: el conde Urbano, con mando en Ceuta. Lo de «Julián» vendría porque era también conde de Julia Traducta, es decir, Algeciras. Nadie sabe exactamente si este Urbano/Julián era goda o bizantino, o tal vez ambas cosas en un momento en el que el poder imperial había naufragado en la región y solo quedaba una flota. Exactamente la flota que necesitaba Muza para cruzar el Estrecho. ¿Por qué Urbano está ayudando a los musulmanes? Evidentemente, porque quiere la ruina de Rodrigo. Y muy seguramente no actúa solo: lo hace en nombre del partido «witiziano», el mismo que se ha opuesto al nombramiento de Rodrigo como rey, el mismo que está apoyando la candidatura de Oppas, hijo de Égica.

Rodrigo se impone sobre los witizianos en el sur y en el oeste. Al menos, políticamente. Queda, sin embargo, el problema de Agila en el noreste. ¿Agila está actuando en concierto con los witizianos? No lo parece. El hecho es que, relativamente sofocado el problema político en el sur, Rodrigo marcha hacia la Tarraconense. Allí hay combates.

Una fuente dice que Rodrigo peleaba contra los vascones, pero a los vascones ya los hemos visto en otras ocasiones poner sus armas al servicio de alguna rebelión interna visigoda. Es muy posible que Rodrigo estuviera peleando contra los vascones... del bando de Agila. Nada se sabe de aquellos combates. Nada salvo que acabaron muy pronto, porque Rodrigo tuvo que volver al sur: los musulmanes habían desembarcado en Algeciras. Comenzaba la primavera de 711.

La batalla de Guadalete

Tarik, el lugarteniente de Muza, había llegado a Algeciras desde Ceuta: era el enlace marítimo habitual en la época. Lo más probable es que lo hiciera con los restos de la vieja flota bizantina allí estacionada. Y muy verosímilmente atacó el territorio peninsular con el consejo de Urbano/Julián, que conocía bien las flaquezas del Reino visigodo en aquel momento. Las huestes de Tarik, compuestas sobre todo por grupos de bereberes con mandos árabes, se demoraron saqueando los alrededores: era el protocolo, por así decirlo, en unos ejércitos que normalmente se avituallaban sobre el campo. Un sobrino del rey Rodrigo, Sancho, les sale al encuentro, pero es fácilmente rechazado. No había nadie más para defender el territorio. ¿Dónde estaban los ejércitos visigodos?

Los ejércitos visigodos estaban agrupándose en torno a Rodrigo, que en ese momento corría hacia el sur tras constatar que la penetración musulmana iba mucho más allá de una mera expedición de saqueo. Hay que imaginar que el ambiente en las tropas godas no sería el más cordial: de entrada, las huestes de la Tarraconense y la Septimania,

adictas a Agila II, se quedarían en sus territorios; de las otras mesnadas, una buena parte correspondería a los nobles del partido witiziano, obligados por las sucesivas leyes militares visigodas a acudir al campo con sus clientelas armadas, pero cuyo entusiasmo por Rodrigo era simplemente nulo. Así, el ejército con el que Don Rodrigo comparece en el campo de batalla está minado por la división.

La gran batalla es en el río Guadalete; más precisamente, en la junta del Guadalete y el Majaceite, seis kilómetros al sur de donde hoy está Arcos de la Frontera. Nadie sabe cuántos combatientes tomaron las armas en cada bando: las estimaciones van desde los 100.000 de las fuentes antiguas hasta los 2.000 de las contemporáneas. Es mucho más fácil retratar a los que combaten. En el lado musulmán, un ejército fundamentalmente berebere con mandos árabes, con sus masas de infantes provistos de adargas y lanzas cortas, y su rápida y letal caballería ligera armada con dardos y jabalinas. En el lado visigodo, una infantería seguro parecida a la bereber, pero, tras ella, una caballería más pesada, de cotas de malla y lanzas largas; en el dibujo táctico, el rey Rodrigo ocupa el centro del despliegue visigodo y las alas quedan reservadas para los witizianos.

Los visigodos nunca han peleado contra los ejércitos musulmanes, luego desconocen sus tácticas. Eso no debería ser un grave inconveniente: Rodrigo combate en su territorio y con toda seguridad sus fuerzas son superiores en número. Ahora bien, he aquí que, recién comenzado el combate, ocurre algo imprevisible: las alas del ejército visigodo se marchan. Los witizianos, en efecto, abandonan el combate. El ejército musulmán rodea a los de Rodrigo, que

han quedado en clara inferioridad. El combate es durísimo, pero no hay esperanza alguna: el ejército del rey es aniquilado. Muere Rodrigo. Mueren la mayor parte de sus nobles y sus respectivas mesnadas. Mueren incluso, en la confusión del combate, también muchos guerreros del bando desertor.

La gran invasión

Tal vez Rodrigo pensó alguna vez que los moros se retirarían tras llenar sus alforjas con el saqueo del campo de Algeciras. Se equivocó y el resultado fue Guadalete. Tal vez los witizianos pensaron en algún momento que Tarik y los suyos volverían a su orilla después de Guadalete, fuera cual fuere el pacto con ellos. También se equivocaron y el resultado fue el asedio de Medina Sidonia y Sevilla. Lejos de limitarse al saqueo y, aún menos, de regresar a sus bases norteafricanas, los musulmanes ocupan el territorio e incluso traen nuevos contingentes encabezados por el propio Muza. Sevilla resistirá un mes y terminará capitulando; según es tradición, con importante papel de la comunidad judía de la ciudad. Es ya el año 712. Muza divide sus fuerzas: él atacará por el oeste, hacia Mérida, mientras Tarik lo hace por el este, hacia Córdoba. Ambos brazos tendrán que convergir en Toledo.

¿Qué pasaba mientras tanto en el campo visigodo? Después de Guadalete, los escasos supervivientes del bando de Rodrigo habían tratado de reorganizarse en Écija. Allí plantaron cara al avance enemigo, pero todo fue inútil. Desbordados, retroceden hasta Córdoba, ciudad rodriguista, y se encierran tras sus murallas. ¿Y qué están haciendo mientras tanto los witizianos? Ocupar el poder. O más

exacto: ocupar el palacio de Toledo, cosa que Oppas, el hijo de Egica, que ya debía de ostentar allí una posición relevante, hace a toda velocidad. ¿Se dispone Oppas a resistir frente a los musulmanes? No, evidentemente. En ese mismo momento el moro Tarik está marchando directamente sobre Toledo: ha enviado algunos destacamentos a sofocar los pequeños núcleos de resistencia y él ha enfilado sin dudarle hacia la capital. Es una jugada política clarividente. Alguien está asesorando a Tarik. ¿Quién? Urbano (Julián), el conde de Ceuta. Por desgracia para Oppas, los nobles de la ciudad, fieles a Rodrigo, se sublevan; Oppas tiene que huir de Toledo. Tarik frenó su marcha.

En el oeste, Muza llega hasta Mérida y pone sitio a la ciudad. Primera sorpresa: Mérida, ciudad bien amurallada y sobradamente abastecida por el río Guadiana (simplemente Ana, se llamaba en la época), resiste con obstinación. El gobernador de Ifriquiya decide entonces dejar allí un destacamento de asedio y seguir camino hacia Talavera y Toledo. En ese mismo instante, Tarik está ante Córdoba. La ciudad sucumbe, pero la guarnición goda resiste tras los muros de la ciudadela. Finalmente, y tras un mes de asedio, los resistentes, sin víveres, optan por rendirse. Tarik ordenará asesinarlos a todos. Con Sevilla y Córdoba conquistadas y Mérida bloqueada en aquel asedio interminable, los musulmanes controlan las principales ciudades y las vías de comunicación del cuadrante suroeste de la Península. Por el camino, Muza y Tarik ofrecen a los hispanos la habitual propuesta de las tropas musulmanas: respetarán sus vidas y haciendas si aceptan reconocer la

autoridad del califa y pagan el correspondiente tributo al nuevo amo. Con la estructura urbana, política y logística del reino completamente colapsada, para la mayoría no hay otra opción que capitular.

Parar un maremoto con las manos

Muza y Tarik convergen en Toledo antes de que acabe el año 712. No hay casi lucha, pues apenas hay nadie ya para luchar. Oppas retorna a la ciudad y delata a los nobles de la facción de Rodrigo que se habían hecho con el poder: es el momento de su venganza. Sin embargo, no le servirá de gran cosa: tal vez los witizianos pensaban que los invasores aceptarían a Oppas como rey o, al menos, regente del Reino visigodo, pero, sencillamente, eso ya no era necesario para Muza y Tarik, que tenían Hispania a sus pies. Los jefes musulmanes debieron de saltar de gozo cuando descubrieron el tesoro real visigodo: el mayor tesoro real del occidente germánico, con piezas que venían desde el saqueo de Roma por Alarico. Mientras tanto, el Reino entero se hundía.

El Reino de Toledo había sido un estado organizado: sus centros de poder local ejercían un control relativamente eficaz sobre el territorio. Eso es una ventaja cuando el poder está centralizado, porque permite actuar en distintos puntos del país con un mismo criterio; pero es letal cuando el poder se ha fragmentado, porque cada núcleo territorial queda abandonado a sí mismo. Exactamente esto es lo que ocurrió entre 711 y 712, sin una autoridad central —la del rey— que pudiera dar cohesión al conjunto y sin una fuerza militar capaz de actuar en los puntos decisivos. Lo más que podía oponerse a los ejércitos musulmanes era el esfuerzo épico de las huestes privadas de los señores locales. Como parar un

maremoto con las manos.

Con un conocimiento de la organización visigoda que sin duda bebía en los consejos de Urbano/Julián, los musulmanes acometerán enseguida la tarea de controlar los otros puntos fuertes del Reino, los que vertebraban el control del territorio en el norte. Es ya el año 714. Muza asciende por la calzada romana y sucesivamente toma Clunia, Amaya (que pereció por hambre), León y Astorga. Tarik toma el camino de Zaragoza, insta a la ciudad a la rendición y se encuentra con una negativa. Quizá los de Zaragoza esperaban que Agila II, el rey goda en el noreste, acudiera a su encuentro. No hubo tal. Tarik tomó Zaragoza sin esfuerzo, incendió parte de la ciudad, crucificó a todos los hombres, degolló a todos los niños y esclavizó a todas las mujeres. Nunca se había visto nada igual.

Tal vez empujados por el salvaje martirio de Zaragoza, muchos decidieron entonces pactar. Mérida, cuya resistencia se prolongaba ya por más de un año, terminó aceptando una capitulación honrosa con pago de tributos, aunque todos los bienes de sus iglesias fueron desvalijados. En el Valle del Ebro, el conde Casio aceptó convertirse al islam a cambio de mantener sus posesiones y su control del territorio y de ahí nació el poderoso clan Banu Qasi. A un acuerdo similar llegó Teodomiro, el duque de Aurariola, en el sureste peninsular, que a partir de este momento empezó a llamarse *kora* (provincia) de «Tudmir». Tarik y Muza reunieron de nuevo sus tropas en Astorga y desde ahí emprendieron, sin resistencia posible, la conquista del noroeste peninsular por el simple procedimiento de ocupar los centros de poder. El Reino visigodo de Toledo había dejado de existir.

Pero, un momento: ¿y qué pasaba con Agila II? Porque en el noreste seguía habiendo un rey que acuñaba moneda. Pues bien: aparte de acuñar moneda y de acoger a conspicuos fugados como el obispo Sinderedo de Toledo, nadie sabe qué más hacía Agila II. Teóricamente su territorio era la Tarraconense y la Septimania, pero no estuvo en la defensa de Zaragoza, tampoco se le vio cuando Tarik llegó hasta Tarragona ni dio señales de vida después. Por cierto que Tarragona sufrió una suerte semejante a la de Zaragoza: destrucción total y matanza masiva. Se cree que Agila II debió de morir antes incluso de esta campaña musulmana sobre el Ebro, tal vez hacia 713, y fue sucedido por un tal Ardón del que lo ignoramos absolutamente todo salvo la fecha de su muerte: 720. Es ya el año en el que los árabes conquistarán Narbona. Muy posiblemente el amigo Ardón murió allí. Los que pudieron, buscaron cobijo en el Reino de los francos. «Hispanos», los llamaron. Lo eran. Pero también aquí el Reino visigodo había dejado de existir.

Con la caída de Narbona en 720 se cierra la historia del pueblo visigodo. Siete siglos después de su primera migración desde el mar Báltico, trescientos cuarenta y dos años después de la batalla de Adrianópolis, trescientos diez años después del saqueo de Roma por Alarico, trescientos cinco años después de que Ataúlfo pusiera corte en Barcelona, doscientos sesenta y nueve años después de derrotar a los hunos de Atila en los Campos Cataláunicos, doscientos siete años después de la batalla de Vouillé, doscientos años después de que Teodorico uniera bajo su cetro a visigodos y ostrogodos dominando media Europa, ciento ochenta años después de que Toledo se convirtiera en

la capital del reino, siglo y medio después de que Leovigildo construyera por primera vez un Reino independiente en España, ciento treinta y un años después de la conversión de Recaredo y un siglo después de la carta de Sisebuto sobre los eclipses, el mundo visigodo quedaba borrado de la historia.

¿O no?

EPÍLOGO

Dice la tradición que no todos los visigodos sucumbieron ni se rindieron al nuevo poder musulmán. Que muchos de ellos, casi indistinguibles ya del resto de la población hispana por tantos años de fusión, pudieron refugiarse en el norte, tras las montañas, siguiendo el mismo camino que tantos proscritos habían tomado años antes, al huir de cualquier purga en el corazón del poder. Dice la tradición, cuidadosamente alimentada durante siglos, que uno de los que pudieron escapar se llamaba Pelayo. Era hijo de Favila, aquel al que Witiza mató a bastonazos en Tuy. Este Pelayo, espartario del rey Rodrigo, logró llegar a Asturias, donde su familia tenía tierras, y allí se instaló. Añade también la tradición que otro importante visigodo halló igualmente refugio en el norte: el duque Pedro de Cantabria, el último defensor de Amaya, que tras la derrota pasó los montes hacia el norte y resistió al cobijo de las peñas.

Y dice la tradición que el gobernador moro de Gijón, que se llamaba Munuza, quiso emparentar con la nobleza local y escogió como esposa a la hermana de Pelayo, Adosinda (otras fuentes la llaman Ermesinda), y que para garantizar el casorio y alejar a Pelayo lo envió al sur como rehén, y que Pelayo logró escapar y de inmediato encabezó la resistencia contra el musulmán. Y dice además la tradición que Pedro, el antiguo *dux* de Cantabria, levantó otro foco de resistencia. Y que Pelayo y los suyos, perseguidos por los musulmanes, terminaron encerrándose en Covadonga, donde el enemigo tuvo que abandonar porque era imposible sacar a los

cristianos de allí. Y que, en su retirada, los musulmanes, emboscados en los desfiladeros cantábricos, sufrieron un atroz descalabro. Y que el duque Pedro y Pelayo unieron sus fuerzas y también sus linajes, y que Alfonso, hijo de Pedro, que sería Alfonso I, casó con Ermesinda, hija de Pelayo. Y que así nació el Reino de Asturias.

Y dice la historia, ya no solo la tradición, que un bisnieto de Pelayo llamado Alfonso II llegó al trono de Asturias en 791 y restauró todo el orden gótico en palacio, tomándose a sí mismo por continuador de los reyes godos y a su reino por heredero directo del trono de Toledo. Y añade la historia, ya no la tradición, que Alfonso III de Asturias, casi dos siglos después de Guadalete, se puso a escribir la crónica de su Reino y lo emparentó directamente con la época de Wamba, que es el punto donde dejó el relato Isidoro de Sevilla. Y desde entonces los reinos cristianos de España (León, Navarra, Aragón, después Castilla) buscarán la herencia de la Hispania perdida en 711 y el linaje de la corona de Toledo. Y ahora, siglo XXI, entre automóviles y turistas, las estatuas imaginarias de los reyes visigodos adornan, junto a otros monarcas españoles, los jardines de la plaza de Oriente en Madrid.

El Reino de Toledo desapareció para siempre, pero sus códigos, convertidos en *Fuero Juzgo*, sobrevivieron hasta el siglo XIX, el concepto estético visigodo es perceptible en los grandes monumentos del prerrománico asturiano, el modelo municipal de nuestro medioevo fue más godo que romano, la religiosidad isidoriana se prolongó mal que bien en la liturgia y en el mundo monástico y, mucho más a ras de tierra, la huella germánica sobrevive en apellidos tan

comunes como Rodríguez, Ramírez, Ruiz, Gutiérrez, Guzmán, Álvarez o Fernández, por poner solo unos pocos ejemplos. O sea que los visigodos no murieron: como la energía, se transformaron. Se transformaron en lo que nosotros somos hoy. De algún modo, el fuego de la derrota terminó de fundir su silueta en el suelo común hispano, ese suelo donde ya había iberos y celtas y romanos, y por eso en nuestro zurrón histórico colectivo hay un poco de la ira de Chindasvinto, de la grandeza de Leovigildo, de la sabiduría de Sisebuto y, ay, también de la histeria conspiradora de Witerico o del guerracivilismo de los oligarcas de la corte toledana. Ellos no eran nosotros, pero nosotros sí somos un poco ellos.

Ahora lo que nos queda es pasear entre las ruinas de Recópolis, aspirar hondo y percibir la fuerza un tanto desesperada de aquel Alarico que abandonaba Roma buscando una patria para su pueblo. Resulta que al final los visigodos la encontraron. Esa patria era la nuestra.

QUIÉN ES QUIÉN EN LA HISTORIA DE LOS VISIGODOS

Adax (o Atax, o Ataces). Rey de los alanos de España entre 409 y 418. Fundador de Coimbra y conquistador de Mérida. Derrotado y muerto por el rey visigodo Walia.

Aecio (396-454). General romano, hombre fuerte del Imperio de Occidente durante veinte años. Venció a Atila en los Campos Cataláunicos con la alianza del rey visigodo Teodorico I. Después intrigó contra su sucesor Turismundo.

Agila I. Rey visigodo entre 549 y 555. Cabeza de la reacción visigoda contra la hegemonía ostrogoda en España. Entró en guerra civil con Atanagildo. Murió asesinado por sus propios hombres.

Agila II. Rey visigodo entre 710 y 713. Reinó en la parte nororiental de España. Opuesto a Rodrigo, rey en el resto del país. Se cree que murió luchando contra los árabes.

Agiulfo. Guerrero del rey visigodo Teodorico II, traicionó a este y usurpó el trono de los suevos entre 456 y 457, cuando fue muerto por el caudillo suevo Maldras.

Alarico I (370-410). Rey de los visigodos desde 395 hasta su muerte. En busca de una patria, condujo a su pueblo desde los Balcanes hasta la ciudad de Roma, que saqueó.

Alarico II. Rey de los visigodos entre 484 y 507. Último monarca del Reino godo de Tolosa. Elaboró un corpus jurídico conocido como Breviario de Alarico. Murió en la batalla de Vouillé, derrotado por los francos.

Alateo. Caudillo militar greutungo, ostrogodo. En 376 se unió a los visigodos en sus luchas contra hunos y romanos. Murió en combate en 387.

Alavivo. Caudillo tervingio, visigodo, cabeza del partido pro romano. En 376 pactó con el emperador Valente la entrada de los godos en el Imperio romano. Se le da por muerto en la matanza de Marcianópolis en 378.

Amalarico (c. 500-531). Rey de los visigodos desde 511, hijo de Alarico II y nieto de Teodorico el Grande. Derrotado por los francos, murió asesinado por sus adversarios visigodos.

Amalasunta (405-535). Reina de los ostrogodos, hija de Teodorico el Grande, casó con Eutarico, que murió, y después con Teodato, que la hizo asesinar.

Amalos (también escrito Amelungos). Uno de los grandes linajes regios de los godos. Reyes de los ostrogodos desde los tiempos originarios hasta el hundimiento del Reino ostrogodo de Italia.

Andeca (o Audeca). Último rey de los suevos. Derrotado por el rey visigodo Leovigildo en 585, fue depuesto y obligado a tomar los hábitos.

Aorico. Juez y líder de los tervingios en la década de 340-350. Educado en Constantinopla, ordenó una persecución contra los cristianos visigodos.

Arcadio (377-408). Emperador romano de Oriente desde 395. Ante la presión de los visigodos, legalizó su presencia en el Imperio nombrando a Alarico prefecto de Iliria.

Ardón. Sucesor en 713 de Agila II al frente de los visigodos

que lucharon contra los árabes en la Septimania. Se le supone muerto en combate en 720.

Argimundo. Duque y cubiculario de palacio, conspiró para asesinar al rey Recaredo en 590. Fue azotado, decalvado, mutilado y humillado públicamente.

Ariarico. Primer juez conocido de los tervingios en 320-340, padre de Aorico, firmó el primer tratado (foedus) de los visigodos con el Imperio romano .

Asterio (o Asturio o Astirio). General romano en Hispania (419-421), combatió, aliado a los visigodos, contra los vándalos y contra el usurpador Máximo.

Atalo, Prisco. Senador romano, emperador «alternativo» impuesto por los visigodos en dos ocasiones: 409 y 416. Castigado por Roma, terminó exiliado.

Atanagildo. Rey de los visigodos entre 551 y 567, en guerra civil con Agila entre 551 y 555. Instaló la capital del Reino definitivamente en Toledo.

Atanarico (318-381). Juez y líder de los tervingios, trató de alejarse de la influencia romana y cristiana. Derrotado por los hunos en 376.

Ataulfo. Rey de los visigodos entre 410 y 415. Cuñado, primo y sucesor de Alarico I. Primer rey godo en tierra española. Puso capital en Barcelona y casó con Gala Placidia, hermana del emperador. Murió asesinado por un clan rival.

Athaloc. Obispo arriano de Narbona. Alentó una conjura contra el rey Recaredo en 589, junto a los nobles Granista y Wildigerno. Fue desterrado.

Atila (395-453), rey de los hunos desde 434 hasta su muerte.

Combatió contra los ejércitos de Roma y los visigodos, que le frenaron en los Campos Cataláunicos. En la batalla murió el rey visigodo Teodorico I.

Audofleda. Princesa franca, hermana de Clodoveo I. Fue esposa desde 493 de Teodorico el Grande, rey ostrogodo de Italia y hegemónico en España. Madre de Amalasunta, murió envenenada.

Avito, Eparquio (385-456). Senador galorromano y *magister militum*. Embajador ante la corte visigoda de Teodorico II, este le promovió como emperador en 455.

Baddo. Reina visigoda, amante primero y esposa después del rey Recaredo (hacia 589). Es la única mujer que dejó su firma en un Concilio: el III de Toledo.

Balamber. Rey de los hunos en 375, invadió las tierras que ocupaban ostrogodos y visigodos en Ucrania y Moldavia.

Baltos (también escrito Baltingos). Uno de los grandes linajes regios de los godos, dominante entre los visigodos o tervingios. Su último descendiente fue Amalarico.

Berig (c. 65-112). Rey legendario de los godos que dirigió la primera migración desde Escandinavia hasta la cuenca del Vístula, en la actual Polonia.

Bonifacio. General y político romano, gobernador de África. Enemigo de Aecio, llamó en su ayuda a los vándalos de Genserico, que terminaron apoderándose del territorio (año 430 aprox.). Murió tras la batalla de Rímini en 432.

Braulio de Zaragoza, san (c. 590-651). Religioso y escritor visigodo, obispo de Zaragoza y colaborador de Chindasvinto, estudioso de la vida de San Millán y

primer redactor del Código de Recesvinto.

Brunegilda (543-613). Princesa visigoda, hija de Atanagildo y Gosuinda. Reina de los francos en Austrasia y Borgoña, protagonizó una larga y cruel guerra con otra mujer: la franca Fredegunda, reina de Neustria. Ya anciana, murió torturada y descuartizada.

Búlgar. Noble visigodo, duque de la Septimania con Recaredo y Liuva II, represaliado por Witerico hacia 610. Fue rehabilitado por Gundemaro.

Carriarico. Rey de los suevos entre 550 y 559, fue el primer monarca de este pueblo que se convirtió al catolicismo.

Cixilo. Princesa y reina visigoda. Hija de Ervigio, fue dada en matrimonio a Egica, que la repudió poco después de subir al trono (687). Fue rehabilitada cuando cambiaron las circunstancias políticas.

Claudio, duque. Gran general visigodo, dux de la Lusitania, tal vez de origen hispanorromano. Derrotó a los francos en Septimania (589). Cometió el error de confiar en Witerico, que le traicionó.

Clodoveo I. Rey de los francos entre 481 y 511. Apoyado por la Iglesia y el Imperio romano, atacó a los visigodos del Reino de Tolosa y los derrotó en Vouillé (507), matando a su rey Alarico II y provocando la retirada del pueblo godo hacia España.

Constancio, Flavio. General, *magister militum* y finalmente emperador de Occidente (421). Enemigo acérrimo de los visigodos, sin embargo aceptó el pacto del que nació el Reino de Tolosa. Desposó a Gala Placidia.

- Constantino el Grande** (272-337), emperador de Roma desde 306. Firmó con Ariarico en 332 el primer pacto que introdujo a los godos en la política romana.
- Chindasvinto** (563-653). Rey visigodo desde 642 hasta su muerte. Llegó al trono ya anciano tras una larga vida de conspiraciones. Militarizó la administración y ejecutó una profunda purga entre la nobleza. Inició el Código que promulgaría su hijo Recesvinto.
- Chintila**. Rey visigodo entre 636 y 639. Obsesionado con proteger a la corona contra eventuales rebeliones de la nobleza.
- Egica**. Rey visigodo entre 687 y 702. Cabeza de un clan nobiliario contrario al de Ervigio, su predecesor. Bajo su reinado se produjo la peste de 693.
- Elergio**. Obispo de Tarrasa, apoyó al rey Witerico (603) y después formó parte de la conjura que acabó con Witerico y elevó al trono a Gundemaro (610).
- Ervigio**. Rey visigodo entre 680 y 687. Cabeza de un clan nobiliario contrario al de Egica, su sucesor. Con él la corona queda definitivamente en manos de la nobleza.
- Estilicón** (359-408). General romano de origen vándalo, hombre fuerte del Imperio de Occidente desde 395. Frenó reiteradas veces a los visigodos de Alarico.
- Eurico**. Rey de los visigodos entre 466 y 484, con sede en Tolosa. Se independizó formalmente del Imperio romano. Gran político, hizo publicar un Código que compila el derecho visigodo.
- Eutarico** (480-522). Noble visigodo de España, Teodorico el Grande le escogió como sucesor y le casó con su hija

Amalasueta. Su muerte prematura arruinó los proyectos de Teodorico.

Evervulfo. Siervo del rey Ataulfo, asesinó a su señor en 415.

Farnobio. Caudillo greutungo, en 376 cruzó el Danubio con parte de su pueblo huyendo de los hunos.

Favila. Duque visigodo. Según la tradición, fue hijo de Chindasvinto y padre de Don Pelayo. El futuro rey Witiza le mató hacia 695 en Tuy, Galicia.

Félix, Flavio. General romano, *magister militum* en Italia entre 425 y 429. Tercero en discordia junto a Aecio y Bonifacio. Terminó ejecutado por orden de Aecio.

Filimer. Caudillo godo (145-197 aprox.). Guió a su pueblo en su segunda migración desde las tierras del Vístula hasta las estepas de Ucrania.

Fredebaldo. Rey de los vándalos silingos que invadieron Hispania en 409. Fue derrotado y capturado por el rey visigodo Walia en 417.

Fredegario (c.600-660). Cronista franco. Su *Cronicón* aporta datos esenciales sobre la historia de Europa entre 561 y 641.

Fredegunda (543-597). Dama franca de origen plebeyo, amante primero y esposa después del rey Chilperico I de Neustria, asesinó a la visigoda Galsuinda y mantuvo una larga y cruel guerra con la también visigoda Brunegilda.

Fritigerno. Caudillo tervingio, cabeza del partido pro romano junto a Alavivo. Lideró a su pueblo en el cruce del Danubio en 376. Derrotó al emperador Valente en la batalla de Adrianópolis (378).

Froya. Noble visigodo, en 653 se levantó contra

Chindasvinto y Recesvinto y sitió Zaragoza. Derrotado por Recesvinto, fue decapitado.

Gala Placidia (392-450). Hija del emperador Teodosio I. Rehén primero y esposa después del rey visigodo Ataulfo, le dio un hijo al que llamaron Teodosio a modo de reivindicación imperial. Las muertes del pequeño Teodosio, primero, y de Ataulfo después, frustraron el sueño de una Gothia romana. Gala terminará siendo emperatriz consorte de Constancio III y madre del emperador Valentiniano III.

Galsuinda (o Galswinta). Hija del rey Atanagildo y su esposa Gosuinda, fue dada en matrimonio al rey franco Chilperico I de Neustria en 565. Dos años después fue asesinada por orden de Fredegunda, amante de Chilperico.

Geila. Noble visigodo, hermano del rey Suintila. Asociado al trono en 625, traicionó a su hermano, apoyó la conspiración de Sisenando y después se levantó contra este a su vez.

Genserico (c. 390-477). Rey de los vándalos y los alanos desde 428, fundador del Reino vándalo de África.

Gépidos. Tribu germánica. Según Jordanes, uno de los tres grupos en los que se dividieron los godos tras su primera migración, además de los tervingios (visigodos) y greutungos (ostrogodos).

Gesaleico. Rey visigodo entre 507 y 511. Hijo bastardo de Alarico II, tomó la corona tras la muerte de este en la batalla de Vouillé y encabezó la retirada masiva de su pueblo a Hispania.

Gomoario. General de origen godo al servicio de Roma en la década de 360. Combatió a los tervingios para el emperador Valente.

Gosuinda (Goswintha). Reina visigoda, mujer de enorme influencia, esposa sucesivamente de los reyes Atanagildo (545-567) y Leovigildo (567-586). Madre de las princesas Galsuinda y Brunegilda.

Gregorio de Tours (538-594). Obispo de Tours, autor de la *Historia de los francos*.

Greutungos. Tribu germánica. Generalmente identificada con los ostrogodos. Es uno de los tres grupos en los que se dividieron los godos según Jordanes, con los gépidos y los tervingios (o visigodos).

Gundemaro. Rey visigodo entre 610 y 612. Llegó al trono tras asesinar a su predecesor Witerico.

Gunderico (379-428). Rey de los vándalos desde 407 y, además, de los alanos desde 409, dirigió a su pueblo durante la invasión de Hispania.

Hermanarico. Rey greutungo (ostrogodo) entre 340 y 375. Mandó ajusticiar a su esposa Sunilda. Sucumbió ante la llegada de los hunos.

Hermenegildo (564-585). Hijo de Leovigildo y hermano de Recaredo. Tras convertirse al catolicismo romano, se sublevó contra su padre. Fue derrotado y ajusticiado. Casó con la princesa franca Ingunda.

Hermerico. Rey de los suevos entre 406 y 438, dirigió a su pueblo durante la invasión de Hispania y creó el Reino suevo de Galicia, que perduraría hasta 585.

Hidacio (400-469). Obispo de Aquae Flaviae (Chaves,

Portugal) e historiador, es una de las principales fuentes sobre las invasiones bárbaras de Hispania.

Honorio (419-h. 457). Augusta romana, hija del emperador Constancio III y de Gala Placidia, escribió a Atila proponiéndole matrimonio.

Honorio (384-423). Emperador romano de Occidente desde 395 hasta su muerte. Bajo su reinado los visigodos de Alarico saquearon Roma en 410.

Hunerico. Rey de vándalos y alanos entre 477 y 484, hizo mutilar a su primera esposa, una princesa visigoda hija del rey Teodorico I.

Ibba (o Ibbas). General ostrogodo de credo católico, al servicio de Teodorico el Grande, derrotó a los francos en 508-509 y puso en el trono visigodo a Amalarico (511).

Ildefonso de Toledo, san (607-667). Clérigo visigodo. Arzobispo de Toledo desde 657 hasta su muerte. Figura eminente de la religiosidad hispanogoda.

Ilderico. Noble visigodo, conde de Nimes, en 673 se levantó contra el rey Wamba. Fue derrotado.

Ingunda. Princesa franca, hija de Sigeberto I de Austrasia y de la visigoda Brunegilda, en 579 casó con Hermenegildo. Tras la derrota de su marido, huyó a Bizancio. Murió durante la fuga, en 584.

Isidoro de Sevilla, san (556-636). Clérigo hispanogodo, arzobispo de Sevilla. Cumbre de la cultura europea de su tiempo, erudito en diversas materias. Su obra es el mayor exponente de la cultura en la España visigoda.

Iudila. Noble visigodo que tras la muerte de Suintila en 631 se proclamó rey y gobernó en Granada y Mérida. Fue

derrotado en 633.

Juan de Biclaro (540-621 aprox.). Clérigo y cronista visigodo, obispo católico de Gerona. Su *Chronicon* es la principal fuente sobre el reinado de Leovigildo.

Julián, conde (Ilian, Urbano). Gobernador visigodo o bizantino de Ceuta. En 711 facilitó el paso de los musulmanes a España.

Julián de Toledo, san (642-690). Clérigo, teólogo e historiador hispanogodo, descendiente de judíos conversos. Arzobispo de Toledo desde 679. Es la principal fuente sobre el reinado de Wamba. Jugó un papel decisivo en la política de su tiempo.

Justiniano (482-565). Emperador romano de Oriente desde 527 hasta su muerte. Reconquistó buena parte de los territorios del Imperio clásico y, entre otros, el sureste español frente a los visigodos, donde creó la provincia de Spania.

Justino II (520-578). Emperador romano de Oriente desde 565, perdió parte de la provincia de Spania a manos de Leovigildo. Firmó la paz con los visigodos en 572.

Leandro de Sevilla, san (534-599). Clérigo hispanogodo, arzobispo de Sevilla desde 578, hermano y mentor de San Isidoro. Uno de los principales impulsores de la conversión del Reino visigodo al catolicismo romano con Recaredo.

Leovigildo. Rey de los visigodos desde 568 hasta 572 con su hermano Liuva, y en solitario desde esa fecha hasta su muerte en 586. Auténtico fundador de la España visigoda independiente de Roma, merced a la unificación

territorial y el comienzo de la unificación jurídica.

Liuva I. Rey de los visigodos entre 568 y 572, asoció a su hermano Leovigildo al trono. Frenó las invasiones francas en la Septimania.

Liuva II (583-603). Rey de los visigodos entre 601 y 603, hijo de Recaredo y Baddo, fue derrocado y asesinado por Witerico.

Liuvigoto. Reina visigoda, esposa del rey Ervigio, a la muerte de este fue forzada a ingresar en un convento por el nuevo rey, Egica.

Lupicino. General romano derrotado por los tervingios en Marcianópolis en 376.

Martín de Braga, san (o de Dumio). Clérigo hispano de origen panonio, obispo de Dumio. Evangelizador de los suevos, convirtió a éstos al catolicismo en 560.

Masona. Clérigo hispanogodo. Arriano, se convirtió al catolicismo en 579. Obispo de Mérida, presidió el III Concilio de Toledo.

Mayoriano. Emperador romano de Occidente entre 457 y 461. Enemigo acérrimo de los visigodos de Teodorico II, terminó pactando con ellos.

Máximo. Usurpador del trono imperial en Hispania (409-411). Derrotado por las tropas de Roma con ayuda de los visigodos de Walia.

Millán de la Cogolla, san (473-574). Religioso hispano, ermitaño de gran fama, predijo la caída de Amaya en manos de Leovigildo.

Miro. Rey de los suevos entre 570 y 583, se sometió al visigodo Leovigildo.

Muza ibn Nusair (640-716). Gobernador musulmán de Ifriquiya (norte de África), dirigió la invasión del Reino godo de Toledo en 711.

Odoacro (433-493). Rey de los hérulos, en 476 derrocó al último emperador de Occidente, Rómulo Augústulo, y se proclamó rey de Italia. Será muerto a su vez por el ostrogodo Teodorico el Grande.

Oppas. Noble visigodo, hijo del rey Egica y hermano del rey Witiza, en 711 pactó con los musulmanes para hacerse con el trono. Las crónicas asturianas posteriores le sitúan colaborando con los musulmanes contra Pelayo en Covadonga.

Ostrogodos. Denominación romana de una de las grandes ramas del pueblo godo («godos del este»), que corresponde *grosso modo* con la tribu de los greutungos. Sometidos por los hunos, se rebelaron tras la muerte de Atila y terminaron construyendo con Teodorico el Grande un enorme Reino que controlaba Italia, Hispania, el sur de la Galia e Iliria. Derrotados por Bizancio, desaparecieron como pueblo hacia 561.

Paulo. General visigodo, dux de la Narbonense, traicionó al rey Wamba en 673 y se sublevó en la Septimania. Fue derrotado y humillado públicamente.

Pedro de Cantabria. Noble visigodo, dux en Cantabria, resistió en Amaya a los musulmanes después de la invasión de 711 y, derrotado, se refugió tras las montañas. Allí se alió con Pelayo. Un hijo de Pedro, Alfonso, se casará con Ermesinda, hija de Pelayo. Será rey de Asturias como Alfonso I.

Pelayo. Noble visigodo, espartario del rey Rodrigo. La tradición le hace hijo del dux Favila, enemistado con el clan del rey Witiza. Tras la derrota de Guadalete en 711 se refugió en Asturias. Sublevado contra los musulmanes en 718, derrotó al invasor en Covadonga en 722. Creó en torno a Cangas de Onís un Reino independiente que terminaría convirtiéndose en el Reino de Asturias.

Procopio de Cesarea (500-560). Historiador bizantino. Una de las principales fuentes para conocer el reinado de Justiniano.

Recaredo I (559-601). Rey de los visigodos desde 586. Protagonizó la conversión del Reino de Toledo al catolicismo en 589, paso decisivo en la unificación social y política de la España visigoda.

Recaredo II. Rey de los visigodos en 621. Hijo del rey Sisebuto. Reinó solo dos meses antes de morir en circunstancias desconocidas.

Recesvinto (622-672). Rey de los visigodos desde 653 hasta su muerte. Completó la unificación del Reino en el aspecto jurídico con el *Liber Iudiciorum*.

Remismundo. Rey de los suevos de Galicia entre 459 y 469. Casado con una visigoda, fue «hijo de armas» del rey godo Teodorico II.

Requiario. Rey de los suevos entre 448 y 456. Inicialmente aliado de los visigodos, terminó enfrentado con éstos. Teodorico II le derrotó en el río Órbigo.

Requila. Rey de los suevos entre 438 y 448, padre de Requiario. Aliado de los visigodos, casó con Alipia, hija del rey Walia. Llevó al Reino Suevo a su máxima

extensión, hasta conquistar Sevilla y Mérida.

Ricimero (405-472). General y político romano, hijo del rey suevo Requila y de la visigoda Alipia, hija de Walia. Comandante militar del Imperio de Occidente, nombró y derrocó hasta a cinco emperadores.

Rodrigo. Rey visigodo entre 710 y 711. Hijo de Teodofredo y nieto de Chindasvinto, fue dux de la Bética antes de ser elegido rey por una facción de la nobleza. Tuvo que hacer frente al menos a dos rebeliones internas. Derrotado por los musulmanes en la batalla de Guadalete en 711.

Rómulo Augústulo. Último emperador romano de Occidente, derrocado por el hérulo Odoacro en 476. Murió exiliado.

Rosomones. Uno de los más nobles linajes godos, como los baltos y los amalos. Probables instigadores del asesinato de Ataulfo. Rosomones eran el general Saro y el rey Sigerico. Este apenas duró siete días en el trono (415).

Sáfrax. Jefe militar ostrogodo de origen alano. Desde 376 luchó junto a los visigodos contra hunos y romanos.

Saro (o Sarus). General godo de linaje rosomón al servicio del Imperio romano. Derrotado y muerto por los visigodos de Ataulfo en 411.

Sigerico. Rey visigodo en 415. De linaje rosomón, instigó el asesinato de Ataulfo. Fue asesinado por los partidarios de este apenas siete días después.

Sisberto (verdugo). Decapitó a Hermenegildo el 13 de abril de 585. Fue ejecutado a su vez por Recaredo, hermano del anterior, dos años después.

- Sisberto de Toledo** (obispo). Titular de Toledo en 692, conspiró contra el rey Egica y ungió como nuevo monarca a Suniefredo. Fue excomulgado y desterrado.
- Sisebuto**. Rey de los visigodos entre 612 y 621. Reformador político y eficaz jefe militar. Hombre de gran cultura, fue también el primer rey que extremó las medidas contra los judíos.
- Sisenando**. Rey de los visigodos entre 631 y 636. Dux en la Septimania, dirigió con ayuda franca el golpe de Estado oligárquico que derrocó al rey Suintila.
- Suintila**. Rey de los visigodos entre 621 y 631, expulsó a los bizantinos del sureste peninsular y trató de afianzar el poder público de la Corona frente a la nobleza y la Iglesia.
- Suniefredo**. Noble visigodo, con el respaldo del obispo Sisberto de Toledo se levantó contra el rey Egica en 692-693. Derrotado, se desconoce su destino.
- Sunilda**. Esposa del rey ostrogodo Hermanarico. Acusada de infidelidad, fue condenada a morir descuartizada (hacia 360).
- Sunna**. Obispo arriano de Mérida, conspiró contra Recaredo. Murió exiliado en el norte de África.
- Tarik ibn Ziyad**. General berebere. Subalterno de Muza, en 711 dirigió a las tropas musulmanas que invadieron España.
- Teodofredo**. Noble visigodo, hijo del rey Chindasvinto. Hacia 698 se levantó contra el rey Egica y en represalia fue cegado. Padre de Don Rodrigo.
- Teodorico I**. Rey de los visigodos entre 418 y 451.

Verdadero fundador del Reino godo de Tolosa. Venció a Atila en los Campos Cataláunicos. Murió en la batalla.

Teodorico II. Rey de los visigodos entre 453 y 466. Hijo de Teodorico I. Llegó al poder tras asesinar a su hermano Turismundo. Estuvo en condiciones de nombrar a un emperador romano : Avito. Murió asesinado a su vez por su hermano Eurico.

Teodorico el Grande (el Ostrogodo, el Amalo), (454-526). Rey de los ostrogodos desde 474, llegó a gobernar sobre Italia, España, parte de la Galia e Iliria.

Teodosio (347-395). Emperador romano desde 379, de origen hispano. Fue el último en gobernar sobre todo el territorio imperial en Oriente y Occidente. En 382 impuso a los godos un tratado de paz.

Tervingios. Una de las divisiones tribales de los godos, con los greutungos y los gépidos. De los tervingios saldrán los después conocidos como visigodos.

Teudis. Rey de los visigodos desde 531 hasta su muerte en 538. General ostrogodo al servicio de Teodorico el Grande, veló por el trono visigodo de Amalarico hasta la muerte de este y después le sucedió. Murió asesinado.

Teudisclo (o Teudiselo). Rey de los visigodos entre 548 y 549. General de origen ostrogodo, en 541 había derrotado a los francos. Murió asesinado.

Tulga. Rey visigodo entre 639 y 642. Hijo de Chintila. Fue derrocado por Chindasvinto.

Turismundo. Rey visigodo entre 451 y 453. Recogió la corona tras la muerte de Teodorico I en los Campos Cataláunicos. Murió asesinado por su hermano

Teodorico II, por instigación del romano Aecio.

Uldila. Obispo de Toledo, arriano que había fingido su conversión al catolicismo. En 589 se conjuró contra Recaredo. Murió desterrado en el norte de Africa.

Ulfilas (311-383). Obispo y traductor godo de origen capadocio. Tradujo la Biblia al gótico hacia 350. Principal evangelizador del pueblo tervingio.

Valente (328-378). Emperador romano desde 364. Pactó con los godos la entrada de éstos en tierras del Imperio. Murió en la batalla de Adrianópolis a manos de los godos, precisamente.

Visigodos. Una de las divisiones del pueblo godo. Generalmente se acepta que es la forma romana de denominar a los tervingios como «godos del oeste». Tras el saqueo de Roma, crearon reinos sucesivamente en Tolosa, Francia, y en Toledo, España. Progresivamente fusionados con el elemento autóctono hispano, terminaron desapareciendo como pueblo con la invasión musulmana de 711.

Vitimiro. Rey de los greutungos entre 375 y 376, sucesor de Hermanarico.

Walia. Rey visigodo entre 415 y 418. Pactó con los romanos y derrotó a los bárbaros que habían invadido Hispania. Recibió a cambio tierras en la Galia de las que nacería el Reino godo de Tolosa.

Wamba (600-688). Rey de los visigodos entre 672 y 680. Último gran monarca del Reino de Toledo, reforzó el poder de la Corona frente a los nobles. Fue destronado por una conjura. Murió recluido en un convento.

Witerico. Rey visigodo entre 603 y 610. Conspirador nato, traicionó a Liuva II, le derrocó y le hizo ejecutar. Murió asesinado por una conjura nobiliaria.

Witiza. Rey visigodo de Toledo. Asociado al trono por su padre, Egica, en 694. Reinó en solitario desde 702 hasta 710. Su reinado se vio sacudido por crisis de todo género. Murió muy joven, en circunstancias desconocidas.

Zenón. Emperador de Oriente entre 474 y 491. Guerrero isauro de verdadero nombre Tarasis Kodisagios Rusombladadiotes. Presionado en su suelo por los ostrogodos de Teodorico el Grande, se libró de ellos invitándoles a invadir Italia.

Zielvar (o Tjalve). Fundador legendario de la estirpe goda. Descubrió la isla de Gotland desde Escandinavia. De allí habría arrancado la primera migración según la *Gutasaga*.

BIBLIOGRAFÍA PARA SABER MÁS

- ARCE, Javier, *Esperando a los árabes. Los visigodos en Hispania (507-711)*, Marcial Pons, Madrid, 2011.
- CANTERA, Santiago, *Hispania-Spania. El nacimiento de España*, Actas, Madrid, 2014.
- COLLINS, Roger, *La España visigoda, 409-711*, Crítica, Barcelona, 2005.
- DUMÉZIL, Bruno y COUMERT, Magali, *Les royaumes barbares en Occident*, Presses Universitaires de France, coll. «Que sais-je?», París, 2010.
- GARCÍA MORENO, Luis A., *Historia de España visigoda*, Cátedra, Madrid, 1989.
- , *Leovigildo: unidad y diversidad de un reinado*, Real Academia de la Historia, Madrid, 2008.
- , *Los judíos de la España antigua*, Rialp, Madrid, 2005.
- , «Los últimos tiempos del Reino visigodo», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Tomo CLXXXIX, nº III, 1992, pp, 425 y ss.
- GÓMEZ ARAGONÉS, Daniel, *Vouillé, 507: El nacimiento del Regnum Gothorum de España*, HRM Ediciones, Zaragoza, 2016.
- GONZÁLEZ SALINERO, Raúl, *Introducción a la Hispania visigoda*, UNED, Madrid, 2017.
- MARTIN, Céline, *La Géographie du pouvoir dans l'Espagne visigothique*, Presses Universitaires du Septentrion, Lille, 2003.

- OLMO ENCISO, Lauro, *Recópolis y la ciudad en época visigoda*, monográfico de «Zona arqueológica», nº 9, Madrid, 2008.
- ORLANDIS ROVIRA, José, *Historia del Reino visigodo español*, Rialp, Madrid, 2011 (2003).
- PEREA, Alicia (ed.), *El tesoro visigodo de Guarrazar*, CSIC, Madrid, 2001.
- PÉREZ SÁNCHEZ, Dionisio, *El ejército en la sociedad visigoda*, Ed. Universidad de Salamanca, Salamanca, 1989.
- PRESEDO VELO, Francisco J., *La España bizantina*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2003.
- SANZ SERRANO, Rosa, *Historia de los Godos*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.
- SAYAS BENGOCHEA, Juan José y ABAD VARELA, Manuel, *Historia antigua de la península ibérica (II). Época tardoimperial y visigoda*, UNED, Madrid, 2013.
- THOMPSON, Edward A., *Los godos en España*, Alianza Ed., Madrid, 2014 (1969).
- VALVERDE CASTRO, María R., *Ideología, simbolismo y ejercicio del poder real en la monarquía visigoda*, Ed. Universidad de Salamanca, Salamanca, 2000.
- VELÁZQUEZ SORIANO, Isabel, *Las pizarras visigodas*, Universidad de Murcia, Murcia, 1989.

Índice

INTRODUCCIÓN. LA PRIMERA ESPAÑA	4
I. DEL BÁLTICO A ROMA	15
LOS BARCOS DE BERIG	15
Tervingios, gretungos y... romanos	25
Cuando llegaron los hunos	36
Contra Roma	43
Dentro de Roma	52
Sobre Roma	61
II. UN HOGAR EN LA GALIA	70
El sueño de Atila	70
Martillo de bárbaros	80
Un hogar en la Galia	91
En los Campos Cataláunicos	100
III. EL REINO DE TOLOSA	109
Quien a hierro mata...	109
De suevos y vándalos	116
Las tribulaciones de Teodorico II	123
El primer estado visigodo de la Historia	131
El esplendor de Tolosa	141
La catástrofe en Vouillé	150
IV. UNA TIERRA NUEVA EN HISPANIA	159
«Morbus Gothorum»	159
La España de Teodorico V el grande	166
Una dama maltratada y otro rey asesinado	173
El enemigo bizantino	180

Descalabro franco en Zaragoza	188
Lo que hay detrás de una guerra civil	195
V. LA PRIMERA ESPAÑA	205
Las grandes decisiones	205
Así se construye un reino: una revolución política	212
Contra todos a la vez	220
El padre y el hijo: Hermenegildo se subleva	228
La conversión del reino	235
El canalla de Witerico y el enigma vascón	247
La terrible historia de Fredegunda y Brunegilda	257
VI. SÍ, LA TIERRA ES REDONDA	268
Eclipses, flotas y coronas de yedra	268
La cuestión judía	275
Godo rico, godo pobre	282
Los concilios: la constitución del reino	289
La España de san Isidoro	296
VII. UN MUNDO DE ORO Y PIEDRA	303
Aquel terrible anciano llamado Chindasvinto	303
LO QUE CUESTA UNA CORONA	310
Una sola ley para todos	318
Recopolis: una identidad de piedra y oro	325
El hombre que no quería reinar	333
Los grandes y los pequeños: una sociedad a punto de estallar	341
VIII. EL AMARGO FINAL	351
El triunfo de los oligarcas	351
Así se cae un castillo de naipes	358
Sombras tenebrosas sobre el Reino de Toledo	365
Al otro lado del Estrecho	373

Guadalete	380
EPÍLOGO	390
QUIÉN ES QUIÉN EN LA HISTORIA DE LOS VISIGODOS	393
BIBLIOGRAFÍA PARA SABER MÁS	412